

Alfa Eridiani

Revista de ciencia ficción



ISSN: 1695-1859



Año III - N° 9, segunda época
Enero / Febrero 2008

ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Coeditor: Albino Hernández Pentón.

Comité de Redacción: Graciela I. Lorenzo Tillard y Carlos Duarte Cano.

Colaboradores: Jaime Hernández de la Mora, Iñigo Fernández y Adriana Alarco de Zadra.

Ilustrador de portada: M.C. Carper.

Infografía: Graciela I. Lorenzo Tillard

Resto Ilustraciones: Pedro Belushi, Pat Mac Dougall, Scripto, M.C. Carper, Jorge L. Vilá y William Trabacilo.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Y recordad que en el interior del texto que nos enviéis debe figurar vuestro nombre y apellidos.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com

ÍNDICE:

Editorial..... 1

Cuentos:

CAECUS 2016

por Alex Morellón 4

NO TENGO MENTE Y ME PREGUNTO

POR QUÉ

por Antonio Sanmartín Atienza 16

VOYAGER

por Alexis Brito Delgado..... 30

LA PRUEBA EN LA PRUEBA

por M. C. Carper..... 44

PICO DE RATING

por Néstor Darío Figueiras 52

SECUENCIA

por J.E. Álamo 59

PULP SCIENCE FICTION: NIK

por Guayec Perdomo..... 70

EL CHICO COHETE

por Paul McAuley

Traducción Albino Hernández Pentón.. 79

Novelas:

EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS

9ª PARTE

por Omar E. Vega 98

OXÍGENO Y AROMASIA

CAPÍTULOS V y VI

de Claës Lundin

traducido del inglés por A. Alarco..... 118

LA ODISEA LITERARIA

3ª PARTE

Una novela corta de Víctor Conde 134

Poesías:

A VECES II

por Rubén Yepes..... 141

FALLAS EN EL SISTEMA

por Ricardo Acevedo Esplugas 143

TEMPORALIDADES

por J. Javier Arnau..... 144

Artículos:

EL SISTEMA SOLAR ORDENADO

por Heber Rizzo Baladán..... 147

R. A. HEINLEIN: ENTRE PLANETAS Y

STARMAN JONES

por Mark Koerner

Traducción: Adriana Alarco de Zadra. 157

CRUCERO ESPACIAL YAMATO DE LEIJI

MATSUMOTO

por Mario César Carper..... 162

SOLARIS: UNAS CUANTAS PALABRAS

por Jorge Armando Romo..... 166

RECUERDOS DE MI INFANCIA

por José Carlos Canalda Cámara 168

TRANSFORMERS THE MOVIE: MÁS DE

LO QUE TUS OJOS VEN

por Miguel Ángel López Muñoz 171

Portafolio:

PEDRO BELUSHI 175

Cómic:

SIN MIRAR ATRAS

2ª PARTE

Guionista: Daniel Santos, Dibujante: Scripto

..... 187

INVISIBILIDAD

Guionista: Gabriel Benitez, Dibujante: José

Beltrano 190

LATLANTIS VS MU

CAPÍTULO I

Hermanos Higa 191

Noticias:

La Facultad de Ciencia y Tecnología de la

UPV-EHU premia al escritor José Antonio

Cotrina en la XIX edición de su certamen

literario de Ciencia Ficción..... 192

MINATURA 84..... 193

AUTORES SELECCIONADOS EN *SONRI-*

SAS Y ASTEROIDES..... 194

HÉLICE LANZA SU SÉPTIMO NÚMERO

..... 195

PUERTO DE ESCAPE Nº 11..... 195

CONVOCATORIA HISTORIAS

ASOMBROSAS..... 196

EL ENFERMO DE ABISIMIA 196



Editorial

Estimado amigo:
Una vez más Alfa Eridiani ve la luz con la misma ilusión que la ha caracterizado desde su primer ejemplar. La estructura no ha cambiado mucho. Sigue habiendo cuentos, artículos y noticias pero hemos añadido poesías, cómics y un portafolio. E ilustraciones, muchas ilustraciones. Bueno unas cuantas, siempre me parecen pocas. De todas formas, el resultado es un Alfa Eridiani bastante visual. Quiero agradecer a los ilustradores su esfuerzo constante por dar lo mejor de sí mismos en cada dibujo que entregan. Son realmente magníficos. Recuerden los ilustradores que me leen que en Alfa Eridiani siempre habrá un hueco para ellos, bien ilustrando cuentos, bien en la sección del Portafolio. Pero pasemos a los contenidos literarios.

CAECUS 2016 de Alex Morellón abre la sección de Cuentos y nos relata la historia de un laberinto peculiar construido por extraterrestres. Bueno ese no es el argumento principal pero no esperen que se lo explique aquí. *NO TENGO MENTE Y ME PREGUNTO POR QUÉ* de Antonio Sanmartín Atienza especula sobre qué podría pasar si dos humanos fuesen teletransportados. *VOYAGER* de Alexis Brito Delgado nos relata las aventuras de un mercenario neurótico a causa de su oficio. *LA PRUEBA EN LA PRUEBA* de M. C. Carper nos propone un juego parecido a una muñeca rusa: tras una prueba se esconde otra de similar naturaleza. *PICO DE RATING* de Néstor Darío Figueiras trata de las pulsiones básicas del hombre: deseo de dominación sangrienta o económica, voyeurismo... *SECUENCIA* de J.E. Álamo es un cuento circular, entiéndanme, es una historia que se repite con mínimos cambios hasta que sobrevenga el cambio final. *PULP SCIENCE FICTION: NIK* de Guayec Perdomo nos arrastra a un mundo postapocalíptico en el que hay que luchar duramente por la supervivencia. En *EL CHICO COHETE* de Paul McAulay vemos el ascenso de un pilluelo al poder más absoluto.

Ya en la sección de Novelas tenemos tres obras que comentar. *EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS* de Omar E. Vega va por su novena parte. Recordemos que las hostilidades entre la Tierra y Marte están a punto de estallar y nuestros intrépidos protagonistas tienen que realizar un acto de sabotaje en la colonia ringeriana. El problema estribara en localizar la información necesaria para llevarlo a cabo y, por supuesto, escapar con vida. El problema es localizar la información necesaria. La segunda novela es *OXÍGENO Y AROMASIA* de Claës Lundin, una novela mezcla de ciencia ficción social y utopía donde se tratan temas como la igualdad entre sexos, el control artificial del tiempo, y las nuevas formas que puede tomar el arte, entre otros. En los capítulos que hoy presentamos asistiremos a un curioso concierto y comenzaran a vislumbrarse los conflictos sociales y personales que son la base de esta original narración. La



tercera y última novela es *LA ODISEA LITERARIA* de Víctor Conde que se desarrolla en un mundo de fantasía en el que hay una llanura kármica, un país en el que crecen letras en los campos, y una niña irreverente que se ve forzada al exilio. En el capítulo de hoy, veremos a la niña convertida en mujer y la extraña forma en que se gana la vida.

La obra poética está representada por tres autores; Rubén Yepez y su *A VECES II*, una bella poesía existencialista; Ricardo Acevedo Esplugas y su *FALLAS EN EL SISTEMA*, un poema sobre la adicción a la tecnología (tal vez llegué un momento en el que no sepamos vivir sin estar en comunión con la máquina); J.J. Arnau y sus *TEMPORALIDADES*, un poema que contiene a *Navegantes*, poesía plena de sensualidad, y *Temporalidades* que especula sobre el devenir de los acontecimientos y la eterna pregunta de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Pasemos a comentar los Artículos. *EL SISTEMA SOLAR ORDENADOR* de Heber Rizzo Baladán nos deleita poniéndonos al tanto de los nuevos descubrimientos científicos sobre nuestro Sistema Solar. *R.A. HEINLEIN: ENTRE PLANETAS Y STARMAN JONES* de Mark Koerner es una sinopsis de ambas novelas. Eso significa que encontraremos numerosos spoilers. *CRUCERO ESPACIAL YAMATO DE LEIJI MATSUMOTO* de Mario César Carper es un homenaje a esta serie manga que, por azares de la vida, pasó inadvertida cuando, en realidad, merecía un mayor reconocimiento. En *SOLARIS: UNAS CUANTAS PALABRAS*, Jorge Armando Romo nos presenta su visión de este clásico de la literatura y el cine. José Carlos Canalda Cámara nos da una visión nostálgica sobre una antología que marcó su niñez: *RECUERDOS DE MI INFANCIA*. El último artículo escrito por Miguel Ángel López Muñoz: *TRANSFORMERS THE MOVIE: MÁS DE LO QUE TUS OJOS VEN*, versa sobre los famosos robots y sus peripecias en la pantalla grande. Aprovechamos para darle nuestro más sentido agradecimiento a este prolífico escritor que nos ha acompañado durante tanto tiempo y, de paso, mencionar que la sección de crítica cinematográfica queda vacante pues Miguel Ángel se despide con el artículo de marras.

El portafolio de hoy está dedicado a Pedro Belushi.

En la sección de Cómics tenemos tres. La segunda parte de *SIN MIRAR ATRÁS* del guionista Daniel Santos y el dibujante Scripto. En su anterior entrega nuestro protagonista, John, llega a un planeta habitado por insectos que dominan notablemente las técnicas sociales mientras la humanidad ha desaparecido. ¿Ayudaran los insectoides a John a averiguar que le pasó a la humanidad?. *INVISIBILIDAD* del guionista Gabriel Benítez y del dibujante José Beltrano nos cuenta la historia de un científico que descubre la fórmula de la invisibilidad. El último cómic es el primer capítulo de *ATLANTIS VERSUS MU* de los hermanos Higa y nos relata en clave de fantasía la guerra habida entre ambos imperios hace innumerables milenios.



Ya en la sección de noticias merecen especial mención el concurso *CONVOCATORIA HISTORIAS ASOMBROSAS*. Las noticias que quedan son el premio de la UPV-EHU a José Mario Cotrina, los lanzamientos correspondientes de *Mi-Natura 84*, *Hélice* y *Puerto de Escape* y los autores seleccionados en el libro *SONRISAS Y ASTEROIDES* de Libro Andrómeda y *EL ENFERMO DE ABISIMIA* de Orlando Mejía Rivera.

El equipo editorial confía que la lectura de este ejemplar traiga momentos agradables a sus lectores.

Los editores



Cuentos

CAECUS. 2016

por Alex Morellón

Los encuentros con otras razas no tienen por qué ser claros ni pacíficos. Este desde luego es uno de los más enigmáticos y crueles que he visto en mucho tiempo.

Tres esferas azules se elevan en las alturas de un cielo amarillo cubierto de nubes rojas. Un mar de metal líquido se extiende en el horizonte hasta perderse en la lejanía mientras el sonido de unos violines se ahoga entre los imperantes alaridos de un grupo de tubas. Una música que parece elevar el espíritu de todo aquel paraje. Y después, nada, tan sólo oscuridad.

Caecus, ciego de nacimiento, había vuelto a soñar con aquel insólito horizonte y su sinfonía. ¿De dónde podría haber sacado algo así? ¿Cómo podía tener una imagen tan lúcida en su cabeza, tan perceptible que hasta parecía real? No lo sabía. Lo único cierto era que llevaba repitiéndose ya desde que tenía conciencia.



© Scripto

Lo había soñado incluso antes de que le dijesen que el cielo era azul y las nubes blancas. Antes de zambullirse en el mar. Antes de que le explicasen que un astro llamado Sol era el único que podía verse de día.

Después despertaba, y todo desaparecía. Caecus dejaba de ver cuando abría los párpados. Nunca explicaría a nadie su sueño. No hasta que pudiese darle un significado.

Algo impacta contra mi mejilla y despierto del sueño de siempre. Un roce húmedo recorre mi pómulo derecho y reconozco en él una gota de agua. Llueve. El agua se filtra por entre los barrotes del tragaluz de la celda y, al levantarme me invade el olor inconfundible y característico de la tierra embebida de humedad. Un rayo de calor inunda el calabozo golpeándome de cintura para arriba. Siento



el sol allí arriba, espiándome, escrutando mi cuerpo entre las barras de hierro, e imagino el paisaje que lamentablemente no puedo ver.

Resplandor, haz de luz, brillo, fosforescencia. Palabras con un significado que nunca llegaré a comprender del todo me vienen a la cabeza, mientras siento cómo despierta la mañana ahí fuera.

Maxil silbaba una célebre melodía cuando el coronel Sagart, su superior, entró en el despacho interrumpiéndole.

—¿Un ciego?! Espero que tenga argumentos suficientes para demostrarme que haré bien en admitir a una persona sin preparación y con esa discapacidad en una investigación de este calibre. La más delicada de las últimas décadas.

La figura del coronel Sagart se erguía imponente mientras la luz del flexo le escupía sombras a la cara. Maxil se esforzaba por aguantar el olor que desprendía el puro que su superior inhalaba con brío y mantenía la mirada fija en los ojos de Sagart.

—En lo que concierne a esta misión, señor, ningún integrante del equipo, ni siquiera usted mismo, puede aventajar a un ciego de nacimiento. Necesitamos alguien capaz de orientarse por aquel infierno a oscuras.

El coronel dejó escapar un resoplido y de sus fosas nasales emanaron dos caños de humo.

—La cuestión no es tan sencilla —dijo—. Se trata de implicar a un civil en una investigación militar. No estamos en un grupo de Boy Scouts, Maxil. Además, ¿va usted a someter a prueba a todos los invidentes del país? ¿Cómo va a dar con el indicado, un hombre que esté dispuesto a morir a quinientos metros bajo tierra?

—Caecus.

Unos segundos de silencio siguieron a la mención de aquel nombre. El extremo del habano del Coronel centelleó.

—¿Caecus? Debe usted estar de broma —dijo, al fin.

Un par de gaviotas aletean por encima de mi cabeza. Alguien cocina con curry en alguna de las viviendas cercanas. Un viento ligero sacude las copas de los árboles. Y escucho una conversación telefónica que tiene lugar a cien metros. ¿Cómo puedo hacerlo? No sirve de nada que lo pregunte. Nadie tiene



respuestas. Tal y como me enseñó el doctor Brown, comienzo a analizar la situación mediante enunciados cortos.

Soy ciego, no me siento parte de la sociedad corriente.

Huelo, siento, saboreo y oigo a un nivel muy por encima de la media de mis iguales, así que también estoy excluido del grupo de los invidentes.

Estoy solo.

Desconozco quiénes fueron mis verdaderos padres.

El sueño de siempre se repite a menudo y, salvo las conclusiones baratas de un par de psicólogos adinerados, nadie ha sabido darme respuesta.

Preguntar acerca de mis anomalías sólo me trae problemas.

A partir de ahora me dedicaré a ocultar todo lo que me convierte en un ser raro para los demás. Mentiré en las pruebas y fingiré ser un ciego cualquiera.

Una algarabía que se oye en la otra calle distrae mi atención. Oigo una orquesta a unas cuatro manzanas y decido encaminarme hacia allí. Bastón en mano, consigo llegar hasta donde la música se escucha con claridad. Hay algo en ella que me atrae. Unas notas conocidas, una sinfonía que despierta recuerdos que no puedo concretar.

Las flautas empiezan a despertar al principio sucedidas del canto acelerado de los violines. Se va creando una atmósfera alrededor de la música, una imagen aparece difusa en mi mente.

De pronto, el impacto súbito de los trombones y un persistente martilleo de tambores que se unen al orfeón musical. El dibujo en mi cabeza toma forma. Me sobresalto al contemplar de nuevo aquellos soles azules que se elevan en el horizonte de mi sueño. Es entonces cuando me doy cuenta de que es la misma música. Es entonces cuando de mis inútiles ojos brotan lágrimas y noto la soledad desvanecerse. «La Cabalgata de las Valkirias».

—Cinco bancos, ocho comercios grandes y catorce pequeños. Veintisiete atracos en total, siete años en prisión, ¿y quiere que le deje a cargo de mis hombres?

—¡Maldita sea, Sagart! Veintiséis atracos, ciego, y no pudimos dar con él hasta el veintisiete. Una vez encerrado consiguió escapar dos veces de prisión y, todo, completamente solo. ¿No sabe qué significa?



—Sí —el coronel se levantó de su asiento e incrustó los nudillos en la mesa—, que a la mínima oportunidad matará a mis hombres y escapará.

Los ojos azules de Maxil vagaron por la habitación y se toparon con los del coronel Sagart.

—Significa que es un profesional, un superdotado, alguien fuera de lo normal.

Sagart le dio la espalda mientras hablaba.

—¿Cómo es su comportamiento en prisión? —preguntó.

—Bueno, coronel. Compone.

—¿Qué?

—Música, señor, música clásica. No hace otra cosa.

Durante varios minutos el silencio se aposentó sobre la sala.

—Está bien. —Sagart suspiró—. ¿Cómo va a convencerle?

—Ya lo hice.

El ruido de las hélices ahoga cualquier otro sonido e incluso me cuesta escuchar la voz del coronel que me acompaña. Al instante reconozco el olor de la misma persona que me convenció para venir aquí: Maxil.

Siento que el aparato se eleva y en el interior de mi estómago se desata una guerra. Me pregunto qué se verá desde esta altura y hasta qué punto el mundo se reducirá a medida que ascendemos. Yo sólo me limito a percibir el movimiento del helicóptero, sus vaivenes y oscilaciones. A pesar de todo, no tengo más que tararear mentalmente mi canción y el miedo desaparece. De alguna forma, La cabalgata de las Valquirias me confiere valentía, a la vez que consigue apaciguar mi mente y serenar mi cuerpo. Mi droga más preciada.

Las palabras de Sagart vuelven... «así que, resumiendo, usted entrará ahí con cinco de mis hombres y guiará sus pasos valiéndose de sus... dotes especiales. Orientación, oído, olfato, como usted quiera llamarle. Lo importante es que atraviesen ese maldito laberinto subterráneo. No le voy a engañar, me convencieron para que le diera este trabajo, así que espero colaboración, porque de lo contrario volverá a su celda decorada con barrotes de hierro. ¿Alguna pregunta?»



Creo que quiere escuchar que me resulta difícil la idea de que no hay manera posible de iluminar un hangar, por muy bajo tierra que se encuentre. Sin girar, pregunto a Maxil qué piensa.

Se produce un largo silencio; es evidente que no esperaba que yo supiese de su presencia. Al fin habla:

«Hemos utilizado monitores de energía, fotomultiplicadores, focos pantugsténicos, paneles retroalimentados, y una larga lista de sistemas de iluminación que sólo conocen siete personas en el mundo. Fracaso, siempre fracaso. Negrura insalvable, oscuridad plena, lóbreguez absoluta, una mancha de negro que no se va ni con lejía. Pero tiene una sencilla explicación.»

Silencio otra vez. Puedo notar las miradas que intercambian Maxil y Sagart hasta que con voz entrecortada continúa: «El hangar no... no... el hangar no ha sido construido por humanos...»

Sístole o diástole, no importa en qué posición, noto que mi corazón abandona el latido y que la sangre se detiene. Mi respiración se corta y los músculos se me tensan. Imposible. Las evasivas de Maxil acerca de la misión me parecen poco convincentes, pero de ahí al contacto con alienígenas hay un abismo insondable. Pues bien, se supone que yo tendré que cruzar ese abismo dentro de poco.

El helicóptero aterrizó, lo cual me produjo una alegría inmensa, y me llevaron a lo que deduje serían unas excavaciones arqueológicas en algún sitio del cual no me quisieron hablar (el hecho de que fuese ciego les había ahorrado el problema de mantener el anonimato del lugar).

Aún a sabiendas de que nadie había salido con vida de ese sitio, atravesé la zona de seguridad seguido de otras cinco personas: Jack Stockholm, Jalin Dupré, Gunter Gross, Lee Hands y Murt Creaz.

Nos internamos en una de las cuevas y, dos horas más tarde, estábamos preparados. Una plataforma sujeta por un sistema de poleas nos llevó unos quinientos metros bajo tierra.

Los primeros pasos fuera del artefacto me revelaron al instante que Sagart tenía razón. Allí dentro había muerto gente, y a juzgar por la intensidad del olor, los cadáveres en putrefacción no se encontraban muy distantes de donde nos encontrábamos.

Un bloque de piedra caliente se erguía a cada lado del pasillo. Entre uno y otro, la distancia era de unos dos metros, lo justo para que pasáramos en dos filas. Noté que los pasos de mis compañeros vacilaban, así que me coloqué al



frente de la comitiva. A mi derecha caminaba Jack Stackholm. Tuve ganas de preguntar qué había matado a sus difuntos colegas y en qué circunstancias, aunque comprendí al momento que el hecho de optar por un presidiario ciego, atracador de bancos, insociable y con trastornos mentales desde su infancia sólo podía significar que ni Stackholm, ni Maxil, ni Sagart... nadie tenía respuestas. Guardé silencio y me puse a silbar.

En muchas horas de peregrinación, Stackholm no habló. Ninguno lo hizo. El corredor seguía serpenteando sin llegar a bifurcarse. Entonces sobrevino la primera muerte.

Un grito desgarrador quebranta la mística afonía del lugar, un forcejeo tiene lugar a mis espaldas, oigo desplomarse un cuerpo y unos pasos se alejan con sigilo.

Jalin Dupré. 26 años. Fallecida día 1. Causa de la muerte: paro cardiorrespiratorio.

A partir de la muerte de Jalin todo es diferente. El olor de su sangre fresca se impregna en las paredes del mismo modo que el terror se ahonda en nuestros huesos. Un desconcierto abruma nuestros pensamientos y un asesino desconocido acecha en nuestras cabezas. Seguimos avanzando. Después de horas de tortuoso silencio noto un cambio de aire, dos corrientes diferentes, una bifurcación a cien metros.

«Debemos dividirnos», dice Stackholm y agrega: «iré con Gunter por la izquierda, el resto iréis con el ciego por la derecha. En cuanto algo se mueva no dudéis en disparar hasta que algún jodido extraterrestre hijo de puta muera y su sangre verde manche vuestros uniformes. Ah, y cubríos las espaldas, recordad que a Jalin la atacaron por detrás.» Entonces Lee pregunta, elevando la voz: «¿Cómo puede ser que viniera por detrás si no hemos encontrado ninguna otra salida hasta ahora?» Por fin habla alguien aparte de Stackholm. Por fin unas palabras sensatas.

La pregunta de Lee permaneció sin respuesta durante unos instantes. Era elemental que algo se nos escapaba, así que hicimos un reconocimiento: paredes y techo. No encontramos ninguna apertura. Tal vez existiese alguna cámara secreta que pasáramos por alto, de todos modos la incertidumbre y el miedo se adueñó de nosotros. Nadie quería avanzar por el momento así que acampamos a la altura de la bifurcación.

Paredes, oscuridad y silencio. El día siguiente, que pareció eterno, transcurrió sin ninguna novedad. Stackholm y Gunter habían torcido a la izquierda. Al principio pude oír sus pasos, aunque poco después los pasillos se separaron y les perdí el rastro.



La melodía volvió a emerger de mis labios y entonces reparé en que, a pesar de que el lugar era infinitamente más grande que lo que habíamos imaginado, mis silbidos se oían limpios y sin reverberaciones. Deduje entonces que el material con que estaban contruidos los muros debía ser poroso, con propiedades de absorción acústica. También me hizo pensar que tal vez la luz quedaba neutralizada del mismo modo. En las siguientes bifurcaciones cogimos siempre a la derecha para no perdernos. A la hora de volver siempre torceríamos a la izquierda y regresaríamos por donde habíamos venido. Más tarde comprendería que aquella precaución era innecesaria pues ninguno de nosotros regresaría.

Lee y Murt duermen. Me ha tocado el segundo turno de guardia y apenas consigo escribir braille en un trozo de papel. De pronto, en medio de la mudez soberana, mis oídos comienzan a retumbar, primero sutilmente y luego a



ritmos acelerados, hasta que por fin oigo unos disparos procedentes de la bifurcación izquierda. Jack Stackholm.

Mis acompañantes despiertan al instante y, sin un atisbo de duda o reflexión, corren a encontrarse con lo que ya es un cadáver. Disparos y gritos, gritos y golpes, sangre y balas. Huesos rotos y pulmones perforados, carne chamuscada y cabezas que ruedan. Pero por encima de todo, y sólo yo parezco oírlo, una sinfonía. La cabalgata de las Valquirias. El clamor de un grupo de tubas se une al tiroteo y la elegancia de los violines se entremezcla con los gritos de dolor y miedo. Desconozco la razón pero una sensación de alivio recorre mi cuerpo. De alguna manera sé que yo no acabaré muerto, al menos no en este lugar, ni de esta manera.

Me asombra la facilidad que tengo para reconocer los sonidos que emite cada uno de ellos. Ahora un chillido de miedo de Lee, ahora un alarido agonizante de Gunter, ahora un último suspiro de Murt. De pronto, de la misma manera



que se fue, el silencio regresa con un bramido que enmudece. Ni un leve quejido, ni un movimiento, tan sólo la más incómoda y aterradora quietud.

Gunter Gross. 34 años. Fallecido día 3. Causa de la muerte: Fractura craneal por impacto de un objeto contundente. Murt Creaz. 29 años. Fallecido día 3. Causa de la muerte: Degollamiento.

Jack Stockholm. 37 años. Fallecido día 3. Causa de la muerte: Perforación de pulmones por arma de fuego.

Lee Hands. 24 años. Fallecido día 3. Causa de la muerte: Disparo en la cabeza.

No sé en qué momento perdí la conciencia, pero me despierta un grito aterrador. Por unos segundos permanezco sumergido en un trance. De nuevo otro grito.

Pasa un tiempo hasta que me doy cuenta de que soy yo el que ha gritado. Un dolor agudo recorre mi pierna y unos pasos se oyen delante de mí. Hurgo en el lugar de la herida ensuciándome de mi propia sangre y me sorprende al palpar un objeto punzante clavado en ella. No muy grande, por fortuna. Con mucho esfuerzo, consigo arrancármelo y ponerme en pie justo en el momento en que algo me golpea el estómago haciéndome retroceder unos metros. Un cuerpo gigantesco se mueve a grandes zancadas en mi dirección y no puedo evitar que un puño de roca se estampe contra mi nariz. Aun así, consigo zafarme de otro golpe y agacharme.

Hacen falta unos cuantos movimientos torpes y aspavientos inútiles de mi agresor para darme cuenta de que a él también lo envuelve la oscuridad. Al instante me percato del cuchillo que aun está en mi mano y me asusta pensar que voy a utilizarlo.

La pierna me duele bastante y no puedo evitar soltar un gemido que delata mi posición. Otra vez siento cómo sus zancadas se dirigen en mi dirección, pero esta vez estoy preparado. Antes de que me alcance, doy un paso atrás mientras aferro el cuchillo con toda mi fuerza, un paso a un lado, cojo impulso y el momento llega. Un golpe es suficiente para que el cuerpo caiga a mis pies.

En aquel momento me doy cuenta de quién es. Sagart, su olor es inconfundible. Por lo que puedo percibir ya estaba malherido antes de nuestro enfrentamiento. Ha perdido su arma y sangra profusamente por el costado, puedo escuchar el roce de la sangre con sus costillas. Por un momento, sospecho que es él quien ha eliminado a Jalin y esperado el momento oportuno para matarnos a todos. Hasta que sus palabras, vacilantes, me convencen de lo



contrario: «Caecus, no pretendas engañarme con tu disfraz de invidente humano. Yo...sé quién eres... asesino...»

Sagart Mallon. 45 años. Fallecido día 3. Causa de la muerte: Herida perforocortante en la nuca.

¿Disfraz de invidente humano? ¿Qué se supone que significaba aquello? Estaba claro que Sagart me tenía como un enemigo. La cuestión era: ¿Por qué? ¿No había cumplido con la misión? No, la respuesta venía de mucho tiempo atrás.

Una corriente de aire distrajo mis cavilaciones y levanté la cabeza. Fue entonces cuando lo vi.

¿Era producto del cansancio o de la conmoción por tanta muerte? No sabía cómo, pero en medio de la oscuridad conseguí distinguir un punto más negro que el resto. Una mota que se movía en mi dirección a una velocidad vertiginosa. Reconocí el olor de aquel punto negro al instante, la última pieza de aquel rompecabezas sin sentido. Maxil. Icé mi cuchillo dispuesto a matar de nuevo cuando su voz hizo que me detuviera:

—Bájalo Caecus. Estoy aquí para ayudarte. —A medida que transcurrían los segundos, las paredes y la silueta de Maxil iban cobrando forma. Mis pupilas se esforzaban por distinguir los objetos hasta tal punto que acabaron doliéndome. Casi era para mí un placer sentir aquel cansancio en los ojos. Cuando empecé a ver los bloques de piedra vacilé. Era curioso, pero me sentía torpe ahora que tenía referencias visuales. Pese a todo, mi cabeza maquinaba frenéticamente, elaborando las famosas proposiciones del doctor Brown que tanto me habían ayudado desde la infancia.

Todo, la música, el laberinto, nada es casual. De alguna forma este sitio, estos acontecimientos, están ligados a mí.

Sagart manejaba toda la información acerca del proyecto y ha terminado considerándome una amenaza, un extraterrestre.

Es inexplicable el hecho de que haya ganado algo de vista, ¡aquí!, dónde ningún otro ha logrado ver.

Entonces caí en la última proposición de todas. Quizás la más importante, dadas las circunstancias: Maxil podía ver.

—¡No daré un paso hasta que me expliques qué hago yo aquí! —grité.

—Está bien, es tu elección —dijo, se acercó y me asestó un golpe que me hizo perder el sentido.



Desperté a diez mil millones de kilómetros del planeta Tierra. Un hombre estaba sentado frente a mí. Castaño, ojos azules, barba pelirroja y una leve sonrisa dibujada en el rostro. Maxil. Como si hubiese leído mi pensamiento habló:

—En realidad no, Caecus. Mi nombre es Ludwig. Ludwig van Beethoven.

—¿Beethoven, como el compositor?

—Exacto.

—¿Por qué? —exclamé confuso.

—¿Por qué? —Maxil, es decir Ludwig, cerró los ojos un momento como intentando pensar—. Te leeré algo que escribió uno de los nuestros.

Ludwig cerró los ojos, colocó una mano en su nuca y comenzó a hablar:

«Humanos. Esclavos del tiempo y de su falsa moral. Execrables e infames. Un excremento espacial. Desde el nacimiento de su prole, siguiendo la evolución de su genealogía hasta el estado actual de su civilización, toda su historia nos revela que son una raza en decadencia. Algunos están conscientes de su fragilidad, aunque no todos por supuesto. Tal es su ceguera que son incapaces de entrever un destello de genialidad en cuanto desfila ante sus ojos. Sin embargo, independientemente de su prepotencia y sus ansias de supremacía, de sus aberrantes acciones de guerra, de su innegable involución, no podemos hacer otra cosa que envidiarles. Ellos pueden generar algo maravilloso. La piedra angular de nuestra existencia, de nuestra religión: la música. Una música que llevamos robándoles durante siglos.

Así pues, como medida de seguridad, y puesto que nuestros expertos en la materia habían pronosticado una inminente desaparición del planeta Tierra, envié a mi hijo, mi único hijo, Richard, para que se instruyera y regresase con la sabiduría de los clásicos, antes de que la ignorancia de los humanos acabara con ella».

—Lo firma Johann Sebastian Bach. —Maxil abrió los ojos y apartó la mano de la nuca. Debió ver mi cara de asombro pues no tardó mucho en volver a hablar—: Hace tiempo, mucho antes de que se escribiese esta carta, uno de nuestros navíos interceptó una nave que flotaba a la deriva. Entre los restos encontramos algunas cosas, de las cuales no pudimos conocer la utilidad hasta mucho después. Fue un suceso memorable en nuestro planeta. Uno de esos aparatos electrónicos que, luego supimos, eran de procedencia humana, comenzó a emitir unos insólitos sonidos que atrajeron a toda la población. Fueron diez minutos, en los cuales la ciudad entera quedó suspendida entre la incertidumbre y la emoción. Aquellos sonidos eran música. La Pasión según San Mateo de Bach, del Bach auténtico. Todos quedaron prendados de aquella apa-



cible melodía. Así como Jesucristo bajó a la tierra y cambió el rumbo de millones de generaciones posteriores, así actuó en nosotros aquella canción, un milagro, un espíritu santo, un fenómeno que iluminó y abrazó nuestras existencias.

»A partir de aquel momento todo fue distinto. Ahora creemos en la música como nuestra hacedora. Creemos en ella como la vida. Los humanos van a la iglesia y rezan, nosotros contemplamos el atardecer mientras suena la música de nuestro interior, mientras suena nuestra canción de esperanza. Nuestra fe son nuestras notas, nuestro credo es nuestra melodía. La novena sinfonía para mí, por eso soy Ludwig. Tú no eres Caecus...

—Richard Wagner. La Cabalgata de las Valquirias...

Las palabras brotaron impulsadas por mi inconsciente, pues aún no me hacía a la idea de todo aquello.

—Eso es. Hijo de Johann Sebastián Bach, el autor de la carta. El elegido para salvar nuestras creencias. Cegado desde pequeño para impedir que las acciones mundanas de la Tierra distrajesen tu atención de lo que realmente importaba. Gracias, Richard, tu padre estaría orgulloso de ti.

Ninguna palabra humana o de otra especie podía explicar cómo me sentía. Las emociones se confundían en mi interior. Rabia, alegría, miedo, placidez, inseguridad, un gran vacío pero a la vez un alivio al comprender que nunca estuve solo.



Unas trompetas sonaron en el exterior de la nave. Maxil se levantó y miró hacia la escalera.

—Ludwig, sé por lo que has pasado. No quiero que nos juzgues sin antes entender qué es lo que has salvado. Por favor, sube.

Salí y cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, el paisaje me reveló lo que ninguna explicación podría haber hecho. Vi el atardecer de Euterpe y lo comprendí todo.

Tres esferas azules se elevan en las alturas de un cielo amarillo cubierto de nubes rojas. Un mar de metal líquido se extiende en el horizonte hasta perderse en la lejanía mientras el sonido de unos violines se ahoga entre los imperantes alaridos de un grupo de



tubas. Una música que parece elevar el espíritu de todo aquel paraje. Y yo, comprendo que aquí he nacido, que éste es mi hogar y que las esferas, las nubes, el cielo, el mar, todo forma parte integral de mí. Yo soy Richard Wagner. Y la música comienza a surgir de mis adentros.

Caecus. 33 años. Fallecido día 8. Causa de la muerte: Deshumanización.

© Alex Morellón

ALEX MORELLÓN, 22 años, nació en Madrid aunque vive en Palma de Mallorca. Lleva una vida sencilla, juega con sus gatos y da paseos en bici. Sus tres aficiones fundamentales son la lectura, la música y el cine. En cuanto a escribir siempre le ha gustado y ahora mismo está trabajando en una novela (también de ciencia ficción). Entre sus ídolos de ciencia ficción están Asimov, Bradbury, Scott Card, Herbert y Leguin.



NO TENGO MENTE Y ME PREGUNTO POR QUÉ

por Antonio Sanmartín Atienza

Antonio Sanmartín nos ofrece un relato con una nueva visión sobre el teletransporte. Nos explica la importancia que podría tener dicho invento y nos entretiene con sus paradojas filosóficas sobre la ciencia. Un científico debe tener la capacidad de ver la verdad en forma objetiva para ser un benefactor de la humanidad. Las objeciones filosóficas, en cambio, pueden ser un incómodo obstáculo para los inventos científicos.

Me despierto en España y el cielo está gris. Entonces pienso en lo bien que estaría ahora en Roma, donde me imagino que luce el sol y los helados son estupendos. Como tengo poderes, el deseo se cumple. Estoy comiendo un helado italiano de pistacho. El helado se acaba pronto y decido pasar el día en París, paseando entre floridos jardines. Cansado de tanto andar, me siento en el suelo. Pero ya no estoy en París, sino en Ducie, una pequeña isla de coral en uno de los lugares más remotos de la tierra, al oeste de la Isla de Pascua, alejado de cualquier parte. Toco el mar con mi mano y la luz rojiza del atardecer con mis retinas. Nadie en kilómetros a la redonda. La sensación de comunión con el universo en una isla del Pacífico es ciertamente bella y poética, pero yo soy demasiado frágil como para no sentirme abrumado por la aplastante soledad al cabo de unos cuantos minutos. Es un momento ideal para estar en la bulliciosa capital de China, haciendo cola para comprar empanadillas fritas en un puesto callejero. Mi panza está repleta y tengo sueño. Hora de volver a España y meterme en la cama, satisfecho del día que está a punto de acabar, recordando los bellos momentos y las hermosas imágenes que he vivido.

Por supuesto esta historia sólo es un producto de mi imaginación. Me imagino todo esto en el trabajo, pues me gusta soñar despierto. Aunque mucha gente me dice que tengo un empleo emocionante, a mí me suele aburrir la mayor parte del tiempo. Ya desistí de buscar el empleo ideal, así que me conformo con el que tengo: trabajo en un laboratorio bastante importante, participando en investigaciones sobre biología y tecnología: ingeniería genética, células madre, inteligencia artificial, neurología, cibernética. Pensarán que soy un científico, pero no lo soy. No me gusta demasiado la senda que tomé en mis estudios, y descubrí muy tarde que las ciencias me gustaban más que las letras. Por eso soy tan afortunado de trabajar con científicos, en un ambiente profesional. Hace dos años, cuando leí la oferta de la empresa y la descripción del puesto, me compadecí de las personas que creyeron que un filósofo les resultaría útil, pero al mismo tiempo comprendí que ésa era la oportunidad de mi vida. Me dijeron: «En un lugar donde jugamos a ser dioses, necesitamos que alguien se encargue de las cuestiones bioéticas.» Yo no dije nada. Me limité a sonreír.



Ahora comprenderán por qué me suele aburrir mi trabajo y por qué suelo soñar despierto: demasiado tiempo libre. Un filósofo no tiene mucho que hacer aquí, así que me suelo meter donde no me llaman. Soy un intruso dicharachero y amigo de las polémicas. Algunos aprecian mi trabajo y mis opiniones. Otros huyen de mí como de la peste. Me imagino a mí mismo como un hurón de largo hocico, olfateando por aquí y por allí en un mundo ajeno, que no me pertenece. Cuando no puedo entrometerme en algún asunto, divago. Y mi vieja fantasía de poder teletransportarme por todo el mundo siempre está para entretenerme un rato. Lo que yo no sabía es que un joven compañero de trabajo tenía la misma fantasía.

Les presento a Roberto. Alto y delgado, las patillas de sus gafas entran y salen constantemente de su cabello negro siempre despeinado. Cuando me presentan a un nuevo científico, tiendo a clasificarlos en dos grupos: los prometedores o los poco prometedores. Roberto pertenecía al de los indecibles. Llamo «indecibles» a los que parecen inmaduros, excéntricos, despistados, y, hasta cierto punto, estúpidos. Pero por supuesto, ningún estúpido ingresa en Dennettics. Para explicar que son para mí los indecibles, necesito que imaginen que están viajando en un transporte público, por ejemplo en el metro. Es un día cualquiera. Un ejecutivo bien vestido con cara de cansancio, dos jóvenes charlan, una madre alimenta a su bebé... Pero fíjense bien: en un asiento, un hombre con enormes gafas habla solo y sonríe sin motivo aparente. A veces hace muecas, su ropa está pasada de moda y parece que no se ha dado cuenta de que la etiqueta de su camisa está sin arrancar, y aún cuelga de la parte de atrás. Entonces se dirán a sí mismos: «Este hombre, o bien es algo estúpido, o bien es un genio excéntrico de esos». Ésos para mí son los «indecibles», y los llamo así porque no puedo decidir a qué grupo pertenecen. A veces me parecen inteligentes, a veces no. Exhiben esa curiosa dualidad.

Pero para ser honesto, Roberto no es tan indecible. Ya ha comenzado a dar muestras de su inteligencia. Y para bien o para mal, no le disgusta mi compañía, así que solemos conversar. Les expondré la última conversación que tuve con él, en la cafetería:

—Alex... ¡¡Alex!!

—¡Sí! Perdona, Roberto, no te estaba escuchando... Me quito el mp3.

—He he he...

Roberto ríe como un mono, a menudo sin justificación, incluso en ocasiones en las que no es en absoluto adecuado reírse. Aunque Roberto me cae simpático, no es un maestro de las relaciones humanas. Le cuesta comportarse de forma normal, como a todos los indecibles. No es que sea un grosero o un pesado, pero desde luego, está a años luz de ser lo que catalogaríamos «un líder



nato». Aunque bueno, para ser francos, yo tampoco soy un relaciones públicas, así que no estoy en la mejor situación para criticar.

—¿Escuchando a Bach, eh?

—Por supuesto, una música siempre maravillosa para escuchar —digo sonriendo.

—¿Qué número? He he he...

—BWV244.

—He he he... Qué gracioso eso de llamar a las piezas por su número... ¿Cómo dijiste que...?

—Bachwerkeverzeichnis. Así se llama el catálogo BWV para clasificar todas las obras de Bach. A cada una le corresponde un número.

—He he he... Qué gracioso eres, Alex. Dime, ¿qué has hecho esta mañana?

—Oh, nada de especial interés... pensando en mis cosas, en mi mundo, en la parra... absorto como casi siempre.

—He he he... ¿Soñando con chicas... sin ropa...? He he he...

—¡Ja, ja! —Como les decía, Roberto tiene una forma particular de relacionarse con los demás, y eso significa que a veces creo que estoy hablando con un niño de nueve años—. No, hombre. En mis cosas. Hoy por ejemplo he estado pensando en lo fantástico que sería poder teletransportarme a cualquier parte del mundo. Ahora quiero estar en París, ahora en Buenos Aires...

Roberto entonces puso una cara rara. Abrió los ojos como platos.

—¡Increíble!

—¿El qué?

—Trabajo en esto, precisamente...

—¿Has inventado un teletransportador? Venga hombre...

Roberto sonrió.

—Ya verás, ya verás...

Ésta fue mi última conversación con Roberto. Si de verdad ha inventado un sistema de teletransporte, sin duda le tendría que borrar de mi lista de indeci-



dibles e incluirlo en la de genios excéntricos. O mejor aún, tendría que crear una lista nueva para él solo. Me parece increíble que haya inventado un teletransportador. ¿De veras en Dennettics estamos tan avanzados?

Han pasado tres semanas y me encuentro mirando los ojos de un ratón. El pobre está atado de patas y va a ser teletransportado. Roberto me sonríe, a punto de mostrarme su genial creación. Previamente me ha explicado como funciona su máquina de teletransporte. Me sorprendió mucho que funcionara como siempre lo había imaginado: un ordenador ultra-potente escanea cada átomo del cuerpo y su posición con un detalle inimaginable sobre una plataforma creada para tal fin. Separa los átomos, los envía por un tubo, y en el otro extremo, en la otra plataforma, el cuerpo es reconstruido. La verdad es que me pareció una explicación demasiado simple.

Un zumbido extraño que casi no nos permite hablar inunda la fría habitación del laboratorio. El escaneado ha terminado y el ratón empieza a desintegrarse ante mis ojos. Lo hace de abajo hacia arriba, así que lo primero en desaparecer son las garras, luego las patas... No es instantáneo, más bien un proceso, dura unos treinta segundos. ¡Eso me revolvió las tripas, pues el ratón parecía estar consciente!

—¿No sufre? —pregunté.

—¡No! ¡En absoluto!

A medida que se va desintegrando, el ratón se va integrando al otro lado. Se reconstruye de arriba a abajo. Me parece un sistema muy extravagante.

—Oye, ¿por qué narices el ratón se desintegra en ese orden?

—¡Oh! Cosas del sistema. Si no lo hiciera así, los rayos desintegradores-integradores coincidirían en el mismo plano y entrarían en fase... Se produciría demasiado calor y la carne se quemaría o incluso podría llegar a explotar... Algo complicado de explicar ahora.

Por fin se detiene el horrible zumbido. El ratón, recién teletransportado, cae unos centímetros desde el lugar donde se había integrado, hasta posarse encima de la plataforma. Parece sano. Tan sano, que se pone a corretear (yo diría más bien huir) y Roberto tiene que esforzarse un poco para atraparlo. Por fin, lo agarra y me sonríe.

—¿Qué te parece, Alex?



—Maravilloso. Simplemente maravilloso.

—He he he.

—Sólo que...

—¿Qué?

—Tu sistema me ha llamado mucho la atención. Sobre todo por el hecho de que, en cierto momento, había *dos cabezas* del mismo ratón...

—¿Y?

—Pues... que en un momento dado, habría dos individuos diferentes. Dos cabezas conscientes, cada una con sus propias ideas...

Roberto me miró, desorientado.

—¿Dos individuos diferentes? ¿Insinúas que mi máquina ha creado dos individuos donde había uno? Esto es absurdo, Alex... ¿Cómo sabes que las dos cabezas estaban conscientes? La consciencia es algo que no se ve. Además, quizás sólo una de ellas estaba consciente, o una era el reflejo de la otra. A mí me ha parecido ver, en todo caso, dos manifestaciones del mismo individuo. Era el mismo ratón. ¿Qué si no? Y en todo caso... habrían sido unos segundos. Ahora puedes ver a un solo ratón, sano y feliz, en su jaula.

—Las cosas no son tan sencillas, Roberto... No puedes pretender pensar que el alma del ratón ha saltado de un ratón a otro...

—Pero es que insistes en hablar como si hubiera dos —me dice Roberto, algo extrañado—. No ha saltado el alma de un ratón a otro. Siempre es el mismo. Las manchas en su pelaje son las mismas, ningún ratón intruso del hiperespacio ha bajado para suplantarlo. Además, suponía que tú no creías en el alma.

—Claro que no creo en el alma... pero sí en la mente. Y es, al menos, perturbador, pensar que en un momento haya podido haber dos mentes del mismo individuo.

—No veo por qué te preocupas tanto. Aunque fuesen dos, ¿y qué? ¿Le diagnosticamos un trastorno de doble personalidad? El experimento ha sido un éxito. Fin de la historia.

—Mira, Roberto... te voy a ser franco. Desde que me has dicho lo de tu máquina, no he dejado de pensar en una cosa... una cosa que seguro no te va a gustar.

—Te escucho —me dice, intranquilo pero expectante.



—En filosofía tenemos una teoría que se ocupa, entre otras cosas, de la relación cuerpo-mente. Y los estudiosos conocen muy bien una vieja paradoja... una vieja paradoja que era ciencia-ficción hasta tu descubrimiento. Trata, precisamente, sobre teletransportadores. Tu experimento es, incluso te diría, el ejemplo paradigmático.

Roberto escucha con atención. Parece de verdad interesado.

—Imagina que teletransportas a un humano en tu máquina. Escaneas sus partículas, lo desintegras, sus partículas viajan por el cable, y se integran en el otro extremo. Bien ¿Cómo sabes que lo que has hecho no es *matar* a un ser humano desintegrándolo y lo que hay en el otro extremo es un clon con los mismos recuerdos, una réplica de él creada por una máquina? Nadie se daría cuenta de esa muerte, ni siquiera el propio teletransportado... Es decir, ninguno de los dos: ni el original, muerto en el acto, ni la copia, con sus recuerdos intactos. Sería una muerte invisible.

Roberto se pone blanco. Al fin, ha comprendido lo que me inquieta.

—No... pero... err...

—Ésa es la paradoja. Quizás tú has copiado al ratón, y has destruido al original. Y en el momento en que había dos cabezas, una era la del original, y otra la de la copia.

—¡No! Esto sólo es una paradoja, una treta filosófica. Yo no he matado al ratón porque sigue allí. La muerte sólo existe en tu pensamiento. Las paradojas filosóficas sólo existen en la ficción, no en la realidad. ¿Qué quieres, que abandone mi investigación? ¿Dejo a medias el proyecto de uno de los más asombrosos inventos de este siglo? El progreso es el progreso, y no voy a detenerlo por un simple juego de palabras. ¡Tonterías!

Roberto está visiblemente alterado. He propinado un golpe mortal a su creación, y él lo sabe. No consiente que alguien desmonte sus sueños, sus aspiraciones. Con seguridad ya se había imaginado la fama, el dinero y la gloria. Motivos suficientes para cegar a un hombre. El miedo que yo tengo ahora es que esa ceguera sea permanente, y no temporal.

—¡Tonterías! ¡Tonterías...!

Roberto sale de la habitación dando un portazo. Aunque lo veo bastante nervioso y enfadado, tengo la esperanza de que sea lo bastante inteligente para darse cuenta de que su actitud es sólo un mecanismo de defensa. Un buen científico ha de tener una inmensa capacidad para dejar de lado sus prejuicios, sus metas y sus deseos para así poder ver la verdad de la forma más objetiva posible. Un buen científico no ve lo que quiere ver, sino lo que «es tal cual es». Eso es lo que distingue, en mi opinión. Y Roberto está ante la prueba de fuego.



Han pasado dos días desde la pequeña discusión. No he dejado de pensar en el invento prodigioso de mi amigo. La perspectiva de un genocidio silencioso me apabulla. Cientos, miles de esos teletransportadores funcionando, matando a una consciencia, una mente en cada viaje, incluso matando la copia, y la copia de la copia... Se podría matar a una misma persona varias veces, en cierto sentido... Curioso.

Aunque debo hacer honor a la verdad. Cuando le dije a Roberto que su máquina era mortal, yo sabía que no tiene por qué ser así. Si fui tan categórico es porque quería ser el abogado del diablo. Una paradoja se caracteriza por quedar irresoluta, y hoy por hoy, no existe una solución. No se puede saber si el ser vivo teletransportado moriría o no durante el proceso porque aún no sabemos lo que es la vida y lo que es la muerte. No sabemos cómo definir a un ser vivo. La concepción moderna de la consciencia es tan etérea y tan escurridiza como el alma en la que creían los antiguos griegos. Podríamos teletransportar una computadora en la máquina sin problemas, pues no es posible matarla. Ella puede hacer complicados cálculos matemáticos, pero no es consciente, no está viva. Los seres vivos también pueden hacer cálculos matemáticos, pero ellos están conscientes. Y no sabemos qué diferencia a unos de otros.

En este instante, Roberto abre la puerta de mi despacho. Parece bastante serio.

—Hola, Alex.

—Hola, Roberto.

—He estado leyendo filosofía. ¿Sabes? Creo que puedo contestar a los argumentos que expusiste la última vez que hablamos.

—Oh —digo, mientras lo imagino con los ojos inyectados en sangre leyendo «Crítica de la razón pura» a las tres de la madrugada.

—Verás, leí una frase de Heráclito: «Ningún hombre puede cruzar el mismo río dos veces, porque ni el hombre ni el agua serán los mismos.»

—Una frase interesante.

—Cada día un hombre sufre la muerte de miles de millones de células. Su hígado no es el mismo al cabo de un mes. Cada vez que piensa algo, o aprende algo, cambia su mente. Todo es cambio, nada es inmutable.

—Te sigo.



—Cuando me dijiste que teletransportar a un ser vivo significaba matarlo y hacer una copia, supusiste que en el momento de la desintegración se rompía una continuidad, la continuidad de la consciencia, de la vida. Ese hombre, que ha sido el mismo desde que nació, ahora se desintegra, la continuidad de su consciencia se «rompe», y por eso muere.

—Ya veo a dónde quieres ir a parar, y no estoy de acuerdo contigo. Una cosa es que las células de mi organismo se renueven continuamente y otra cosa es que mi cuerpo se desintegre. En el primer caso, yo sigo siendo el mismo, con la misma consciencia. En el segundo, muero. Yo sigo siendo yo, es decir, no he muerto, a pesar de que mis células se reemplacen cada segundo.

—¡Error! ¿Cómo sabes que es así? Tú mismo me dijiste que si teletransportásemos a alguien, nadie se daría cuenta de la «muerte». ¡Ni siquiera el teletransportado! El clon tendría su mismo cuerpo, su misma memoria. El recién teletransportado recordaría su entrada en la máquina y su aparición en otro sitio, con todos sus recuerdos pasados intactos. Del mismo modo, ¡tú tampoco te habrías dado cuenta de que ya has muerto y ahora eres una copia! ¡El reemplazo celular podría funcionar exactamente igual que mi máquina!

—Ehm...

—¡He he he! ¡Has caído en tu propio argumento!

—No está tan claro, no está tan claro... Me parece que ser desintegrado, aunque sea por un momento muy breve, es algo más radical que la cotidiana y natural muerte celular.

—Aún no me comprendes. Mi razonamiento va más allá de lo que te he contado, pues se puede extrapolar. Mi conclusión es más drástica de lo que tú te crees. Yo creo que no existe continuidad en la consciencia.

—¿De veras?

—Yo no veo una «continuidad en la consciencia», sino máquinas pensando. Máquinas biológicas o metálicas. «Continuidad» es una expresión ilógica. ¿Qué se supone que la mantiene? Esa continuidad no es nada, no tiene sentido postular su existencia. Si la gente presupone que sigue siendo la misma persona que ayer es por una ilusión, una alucinación humana, de la misma manera en la que actúan las ilusiones ópticas.

—¿Una ilusión?

—Verás, como quizás ya sabes, hace más de un siglo, los científicos estaban buscando el éter, esa sustancia por la que discurría la luz. Se consideraba que la luz era una onda, y todas las ondas necesitan un medio para desplazar-



se. La luz parecía saltarse esa norma, ya que podía viajar del Sol a la Tierra a través del vacío del espacio sideral. Por eso se postuló la existencia del éter, el medio invisible por el cual la luz ondulaba, y que estaba presente en todo el universo. Por supuesto, el problema era que la ciencia no podía proclamar la existencia de algo imposible de detectar. Era una sustancia incolora, inodora, sin masa, etérea... ¡Hasta que decidieron que lo más lógico era que el éter no existía en absoluto!

—Michelson y Morley descubrieron que la existencia del éter era inconsistente con las observaciones. Eso dio origen a la teoría de la relatividad.

—Lo que quiero decir es que cuando se presupone la existencia de algo que no existe, las cosas no cuadran y surgen las paradojas. Igual que en todos los sistemas de lógica formal. Tus paradojas del teletransporte surgen porque se presupone la existencia de una continuidad en la consciencia. Yo digo que no existe. Si no existe, adiós paradoja.

—¡Cómo puedes estar tan seguro! Es tan poco intuitivo...

—Es poco intuitivo, como todas las grandes teorías de nuestro siglo. La teoría de la relatividad no es intuitiva, la mecánica cuántica tampoco.

—Ajá —dije yo, notando que a mi joven amigo se le había hinchado demasiado el ego.

—Mira, tú piensas que cuando un cuerpo se desintegra y se vuelve a integrar, aunque sólo sea por un instante, o incluso por un microsegundo (podemos imaginarnos a las células de nuestro organismo pegando un saltito todas a la vez), se ha producido un ciclo de muerte-copia. ¿Quién te dice que cada vez que te vas a dormir no se produce ese hecho? Como mínimo, la continuidad se ha roto. Tu pensamiento se vuelve inerte durante unos instantes, se va, mientras tu cuerpo sigue ahí. Cuando te despiertas, tu cuerpo se anima, quizás con una consciencia distinta, pero que comparte tu personalidad y tus recuerdos. Cada noche podría darse una muerte invisible.

—Oh.

—Pero yo voy más allá. Yo creo que esa continuidad no existe ni siquiera durante la vigilia. Sólo hay neuronas funcionando y nada más en el escenario. Eso quiere decir que el yo que está hablando ahora por mi boca, el yo del presente, morirá, y otro tomará el relevo, con mi cerebro. Sólo esta vivo el ser presente, y su vida es infinitesimalmente efímera. El proceso de morir se



© William Trabacilo



repite en un continuum. Sólo que nadie se da cuenta, porque «otro» posee nuestro cuerpo en cada instante futuro. Cada persona arrastra una infinidad de muertos a sus espaldas. Todos mis yos del pasado han muerto: el niño que quería un libro de cuentos infantiles, el adolescente que quería fumar para parecer mayor... Todos.

—Estás hablando de metáforas o...

—¡No! ¡En absoluto! Yo creo que mi consciencia, la que ahora está hablando en este pequeño instante, morirá y desaparecerá en la negrura de la no-existencia. Y que otra, *diferente*, poseerá mi cuerpo al instante, emergida, convocada si lo prefieres, por la bulliciosa actividad de mis neuronas. Si me mataran en este mismo momento me daría igual, porque de igual modo, muero a cada instante.

—Si, claro. Si tan convencido estás, ¿Por qué no coges una pistola y te pegas un tiro en la boca?

—Mis instintos.

—Ya...

—Los instintos son una fuerza poderosa. La evolución me impulsa a mantener este cuerpo vivo, al igual que me impulsa a comer, dormir y reproducirme. Quizás la evolución misma nos impulsa a mantener la ilusión de que somos una consciencia, una unidad, desde que nacemos hasta que morimos, para así tener un motivo por el que vivir, un «espíritu de lucha».

—Hablas como si la evolución natural fuese Stalin...

—He he he... En cierto modo. La evolución natural no tiene sentimientos.

—Entonces resumamos: si lo he entendido bien, aceptas que tu máquina mata a la gente, o en otras palabras, destruye la consciencia. Pero como eso es lo que pasa cada segundo en un cuerpo humano, no hay ninguna diferencia entre meterse en tu máquina, estar abrazado a una bomba nuclear mientras explota, o incluso no hacer nada en especial.

—Exacto.

—Bueno, creo que tu teoría es interesante. Pero no es a mí a quien tienes que convencer, sino a todos tus futuros usuarios. Yo no entraría en tu máquina ni a punta de pistola.

—¿Me estás diciendo que no te he convencido?

—Mucho me temo que no.



La cara de Roberto se puso roja de rabia.

—Si no puedo convencer a alguien que se supone que es mi amigo y además inteligente... ¿A quién voy a convencer?!

Roberto arrojó su libreta de notas al suelo. Creo que nuestros debates filosóficos no contribuyen demasiado a nuestra amistad.

—¡La gente no es tan remilgada como tú! —prosiguió—. La gente no se es-truja tanto los sesos buscando paradojas filosóficas funestas. Aceptarán entrar en mi máquina encantados si les digo que por una cantidad irrisoria de dinero pueden viajar de París a Londres en un minuto.

Y como la otra vez, Roberto se va dando un portazo. Está claro cuál es su postura: quiere lanzar su invento a toda costa, y mis objeciones filosóficas no son más que un incómodo obstáculo a sus pretensiones.

No nos volvimos a hablar durante meses. Las primeras semanas estuve pensando en la paradoja y en la interesante aportación de Roberto. Pero yo ya soy perro viejo y sé que pensar en esos temas tan complicados nunca lleva a ninguna parte, así que dejé de hacerlo. Los filósofos nunca resuelven sus paradojas. Así que acabé enfrascado en mis viejas fantasías de viajes instantáneos: voy a Bulgaria, huelo una rosa, veo un atardecer en el desierto de Gobi, paso la noche en una playa de Indonesia llena de hogueras y gente... Me gustaría imaginármelos sobrios, pero para que las fantasías tengan éxito deben partir de una base real, así que no tengo más remedio que imaginármelos a todos borrachos como una cuba, saltando sobre las brasas al amparo de la luna llena. Estoy sentado sobre la arena, reclinado contra una palmera. Entonces se me acerca una chica... Es bastante guapa. Agarra la parte posterior de su falda para colocársela mientras se sienta a mi lado. Me llama por mi nombre... Alex.

—¡Alex!

—¿Mmm...?

—¡Alex! Oye, ha pasado algo terrible...

Vuelvo a la realidad. Es Roberto, que me habla por primera vez desde hace una eternidad. Está pálido y parece de todo menos enfadado.

—He matado a un hombre... en mi máquina.

—¿Cómo?



—Ha sido espantoso... Justo después de teletransportarlo, algo ha fallado y ahora está muerto, tendido sobre el suelo del laboratorio. Había conseguido un voluntario para probar por primera vez mi máquina y bastantes colegas estaban allí para verlo. Fue horrible.

—¿Pero cómo? ¿Qué paso?

—¡No tengo ni idea! En apariencia nada. Todo funcionó como siempre, el cuerpo está entero...

—Entonces... ¿Crees que van a juzgarte por homicidio?

—No lo sé. Espero que no, ha sido un accidente. Hay muchos testigos, y todo el experimento está grabado en vídeo. Pero aunque así fuera, créeme que no me siento nada bien... He matado a un hombre, y me siento culpable... muy culpable.

—Tranquilo, no era tu intención.

—Tenías razón. Tenías mucha razón. No se puede tomar algo tan serio a la ligera. Yo sólo veía el éxito, y ahora hay una persona muerta en mi laboratorio... Debía escucharte... La historia está llena de científicos que se apresuraron a lanzar sus inventos sin preocuparse demasiado por las repercusiones: Albert Einstein destapó el horror de la bomba atómica, Egas Moniz fue el pionero de la lobotomía... ¡Ambos Premios Nobel! El científico busca la gloria, la empresa dinero. La ética queda relegada a un segundo plano. No quiero cargar con vidas humanas a costa del progreso. Quiero ser un benefactor, no un codicioso cegado por su propia grandeza.

—Te honra, amigo, te honra.

—Me he convertido en muerte, destructor de mundos...

La verdad es que no sé qué decirle. En estos casos, quizás sea mejor no decir nada. Le veo bastante alterado. Y la verdad es que yo también lo estoy un poco. Hay un cadáver a dos habitaciones a distancia, y eso no me hace sentir muy cómodo.

Han pasado dos meses desde el incidente. Hubo un gran jaleo, muchos policías, y varios colegas tuvieron que declarar como testigos. Después de la investigación, se concluyó que la víctima había muerto de un ataque cardíaco, quizás por la fuerte impresión. El caso se cerró. Mi amistad con Roberto se recuperó. Vuelta a la normalidad. Vuelta a las conversaciones en la cafetería.



—¿Me puedo sentar? ¿Interrumpo una pieza especialmente buena? ¿Qué estás escuchando?

—BWV245.

—He he he...

—¿Cómo estás, Roberto?

—Bueno... Si te digo la verdad, aún estoy pensando en lo que pasó. Me pregunto por qué tuvo que suceder.

—Fue un ataque cardíaco. Pudo pasarle a cualquiera. Pasa todos los días.

—No... No finjas que el experimento no tuvo nada que ver en todo aquello. Si tuvo el ataque cardíaco, fue por mi máquina. Pero... ¿por qué se puso tan nervioso? ¿De verdad ser teletransportado es tan aterrador?

—Tiene que serlo, por lo visto.

—Quizás su mente murió, como tú decías... Y tal vez su alma contempló la muerte, al demonio esperándole en el infierno... Y su cuerpo tuvo el ataque cardíaco.

—¡Oh!

—¿Qué?

© William Trabacilo



—Tengo una corazonada... una sospecha... Creo haber comprendido lo que le mató.

—¿No me dirás que vio al demonio, verdad?

—¡No! Claro que no. Pero antes de decirte lo que pienso, quiero ver la cinta. Me dijiste que el experimento se grabó en vídeo, ¿verdad? Necesito confirmar mis sospechas.

Roberto y yo vamos a la sala de proyección a buscar la cinta que registró el momento del accidente. Después de verla un par de veces, ya lo comprendo todo.



—Creo, Roberto, que todo ocurrió en cuestión de pocos segundos, quizás menos de diez. Voy a tener que pausar el vídeo varias veces mientras te lo explico.

—De acuerdo.

—Mira, en este momento aparecen dos cabezas, dos cabezas diferentes de la misma persona.

—Sí.

—Y ahora, unos segundos después, se cruzan las miradas. Ambas parecen del todo conscientes, y la expresión es por completo humana.

Roberto calla, muy serio. Vuelvo a darle al botón de play. Escojo el momento preciso y vuelvo a pausar.

—Aquí, la cabeza del sujeto pre-teletransportado mira de una manera peculiar a la del post-teletransportado. Creo que en este justo instante, la cabeza «pre» comprende asombrada que la cabeza «post» tiene vida propia. ¿Ves su cara de terror? Quizás vio como la cabeza «post» se movía y gesticulaba de forma independiente. Y pensó que si el individuo en el otro extremo no era él, era otro. Y comprendió que iba a morir, que a partir de ahora, «él mismo» sería «el otro».

Roberto no me mira, quizás está concentrado en sus propios pensamientos.

—Entonces ahora la cabeza «post» empatiza con la cabeza «pre». Comprende lo que está pasando, ya que observa que la cabeza «pre» es independiente y habrá llegado a la misma conclusión que ella. En este momento es cuando sucede el fatal desenlace... Porque la cabeza «post», o ahora, el recién teletransportado, comprende que ha contemplado... ha contemplado... su propia muerte.

© Antonio Sanmartín Atienza

ANTONIO SANMARTÍN ATIENZA es un joven español de veintiséis años aficionado a la literatura, la ciencia, la música y el cine. Ha publicado poemas y relatos breves en la revista literaria *La bolsa de pipas* y ha ganado un premio local. *NO TENGO MENTE Y ME PREGUNTO POR QUÉ* es el primer relato de ciencia-ficción que le publican, y está parcialmente inspirado en los ensayos del filósofo Daniel C. Dennett. Podéis encontrar más relatos y vídeos del autor en su página web: <http://planverde.blogspot.com/>



VOYAGER

por Alexis Brito Delgado

Ciertas sociedades necesitan mercenarios para hacer el trabajo sucio que otros no quieren realizar. Algunos tienen conciencia y ésta les remuerde. Añadamos a esto el trasfondo tecnológico y tendremos el relato de Alexis.

Inmóvil, contemplaba el cielo negro, las estrellas frías, pálidos fantasmas de las estrellas que brillaban en el cielo terrestre. De pronto sentí la cabeza vacía. Sólo me quedaba la lúgubre certeza de haber iniciado un viaje sin retorno. Me negaba a admitir que avanzaba hacia algo inalcanzable, y no me quedaban fuerzas ni para despreciarme a mí mismo.

Stanislaw Lem

He intentado por todos los medios posibles abandonar aquello que me ataba a mí mismo. Sólo quisiera encontrar la paz antes de morir. Nunca he sido feliz; aunque lo he intentado de un millón de maneras distintas, no ha dado resultado. Desde mi primera operación cibernética, no pude ser el mismo, y de hecho, jamás lo fui. Una frialdad imposible se apoderó de mí ser, mientras los transplantes mecánicos sustituían las partes dañadas de mi anatomía. La sensación de ser invulnerable resulta abrumadora, pero es una ilusión, y como todas las fantasías, terminó marchitándose cuando intenté recuperar (sin éxito) lo perdido. Cada miembro reemplazado fue un trozo de espíritu que no pude conservar, una parte de mí ser que nunca será suficiente, desde que una explosión me arrebató el alma. Ahora, después de tanto tiempo, me aproximo a la hibridación. No quiero convertirme en aquello que más odio; a los abominables cyborgs que tantas veces he seguido, atrapado y cazado. Me preocupa lo que haré cuando llegue al punto que siempre he intentado evitar. Mis superiores no me permitirán abandonar el departamento, ni dejarán que me mate, tal como ha sido mi plan desde el principio. Pero cuando desaparezca el 48 % de mí que todavía es humano, no podré morir, podrán reconstruirme todas las veces que deseen. Puede que mi problema sean los remordimientos de conciencia, pero... ¿No es eso lo único que resta de mi personalidad...?

Dorian Stark



1

El neurocirujano se inclinó sobre su cuerpo. A través de las lentes de cincuenta aumentos, los ojos fríos del médico estudiaron el miembro destrozado. Un escalpelo brillaba en su mano derecha. Tomó la única opción que restaba:

—Cortadlo —ordenó—. No podemos salvarle el brazo.

La anestesia embotaba sus sentidos, el cloroformo industrial llenaba la mascarilla de oxígeno, las correas de aluminio lo ataban a la camilla, no podía escapar de su destino. Una punzada de dolor llenó su miembro, el láser cortó la hemorragia, acababa de perder el brazo derecho, era un inválido.

—Injertad implante —continuó—. Corroborad que no existan problemas de transmisión neuronal.

Intentó gritar, una quemadura fría envolvió su cuerpo, rasgando sus nervios como una descarga eléctrica...

Sobresaltado, Stark despertó y comprobó que todo había sido una pesadilla. Con la respiración agitada, procuró distanciarse de las imágenes de su sueño, no necesitaba más problemas en aquellos instantes. Apretó un botón. La cápsula de criosueño se abrió verticalmente, soltando una vaharada de nitrógeno líquido, y mostró el cielorraso del camarote. Incómodo, cerró los ojos: le molestaban los fluorescentes halógenos. Habían transcurrido dos meses desde que abandonara Marte, sesenta días de su vida desperdiciados.

Gracias, Aries, pensó con amarga ironía. Espero que la OC me conceda un ascenso.

Su última misión de exterminio fue un éxito, nada quedaba del grupo de androides terroristas que sus superiores le ordenaron eliminar, las tropas de la Orden de los Centinelas asignadas en territorio marciano estuvieron a la altura de las circunstancias. Puso los pies descalzos en el suelo, se incorporó, y salió del estrecho habitáculo. Poco a poco, sus sentidos se adaptaron al esterilizado ambiente que lo rodeaba: no era la primera vez que descansaba gracias al criosueño. Como siempre, las visiones hipnagógicas habían turbado su duermevela, atesoraba demasiados remordimientos de conciencia, nunca podría librarse de ellos aunque quisiera. Abatido, se aproximó a la consola situada en el costado oeste de la estancia. El sistema de ventilación cambió de manera automática la temperatura del entorno para adaptarla a las necesidades corporales del Agente Ejecutor.



Dorian estiró los brazos, su cuerpo pálido parecía tallado en un bloque de mármol. Los músculos jaspeados, que se marcaban sobre su piel aterida, le proporcionaban una impresión de falsa seguridad en sí mismo. Tenía un mensaje en el buzón de la Toshiba. El rostro inhumano del comandante Aries llenó la pantalla plana de treinta pulgadas.

—Enhorabuena, sargento —dijo su superior—. Sabía que no me fallaría.

Stark captó el sarcasmo de Aries.

—Un placer, señor —susurró en voz baja—. Muchas gracias.

—Acabo de leer su informe —dijo—. Espero recibir el resto de los detalles cuando usted regrese a la Tierra.

—Genial.

—Le deseo un buen viaje, Stark —terminó Aries—. Nos veremos en Los Ángeles.

Dorian apagó el aparato, no le interesaba escuchar las congratulaciones de su superior, en caso de haber fracasado no hubiera sido tan amable. Con la boca pastosa, tomó una ducha rápida que eliminó los restos de la pesadilla. Luego se afeitó, una barba espesa llenaba su cara, le costó reconocerse delante del espejo, parecía una persona muy distinta. Por último, se uniformó con un mono de poliéster negro, que cubrió su anatomía como un guante, realzando los anchos hombros hundidos por el cansancio. Le dolía la cabeza, había dormido demasiado tiempo, tendría que haber programado la cápsula para que lo despertara cada semana como prescribía el reglamento, pero la esperanza de efectuar la travesía de golpe fue irresistible.

—*Eres un imbécil* —pensó irritado—. *¿Cuándo aprenderás?*

Un calambre de ansiedad recorrió su estómago, el latigazo le cortó la respiración, y el camarote giró enloquecido. Vacilante, se acercó a la cama de espuma sintética, abrió el maletín metálico, y agarró un frasco oblongo del interior forrado con plexiglás. Ansioso, ingirió un puñado de estimulantes. Las anfetaminas encendieron su sistema nervioso, aceleraron los latidos de su corazón y borraron la fatiga que llenaba su anatomía. Un terrible sentimiento de desamparo se apoderó de su mente, estaba atrapado dentro de los confines de la nave, aislado en el espacio exterior, a millones de kilómetros de casa. La onda de estimulantes le secó la boca, una gota de sudor recorrió su mejilla, sus manos se agitaron víctimas de espasmos involuntarios. Las pastillas lo auxiliaban a permanecer despierto: las consumía desde su primera operación biomecánica, nunca fue capaz de soportar sobrio la insensibilidad de los implantes. Stark recordó el sueño que lo obligara a abrir los ojos, su miembro artificial represen-



taba un cinco por ciento de humanidad que no volvería a recuperar, la distancia que lo apartaba de la hibridación definitiva se acortaba por momentos. La ultratecnología lo mantenía vivo, pero transformaba su personalidad, lo convertía en lo que ahora era: un ser consumido por los conflictos que lo distanciaban de sus semejantes. ¿Qué margen lo separaba de la cibernización? Apenas era humano, sólo le quedaba un cincuenta y dos por ciento: sus piernas, costado, páncreas, y hemisferio derecho del cerebro habían sido reemplazados por injertos mecánicos, los largos años de servicio en la Schneider se habían cobrado su precio. Exhausto, el Agente Ejecutor tuvo la impresión de que el universo giraba en su contra, las estrellas aisladas no representaban ningún consuelo, invocaban los vínculos que lo ataban a su infelicidad.

2

Stark cruzó el apartamento con pasos elásticos, e ignoró la vacuidad del hogar bañado por los reflejos de la megalópolis. Con determinación, encendió la luz del dormitorio, y sacó un uniforme del armario, preparado para vestirse. El comandante Aries lo había llamado aquella mañana con un tono de arrogante autosuficiencia:

—Debe eliminar a las Delta-10, Stark —indicó su superior.

—¿Quiénes son esas máquinas, señor?

—Pertenece la Corporación Ford, sargento —Aries resopló irritado—. ¿En qué planeta vive usted?

Dorian procuró mostrarse condescendiente:

—No suelo ver los noticiarios de la televisión, señor.

—Debería atender al mundo real de vez en cuando, Stark.

El alemán decidió zanjar el tema:

—Lo haré, señor. ¿Dónde puedo encontrarlas?

—Nuestros Técnicos de Información han detectado dónde se ocultan, sargento. El cabo Paul Schiller tiene los datos que usted demanda.

El alemán desconfiaba de Aries:

—¿Qué es lo que han hecho?



—Eso no es asunto suyo, Stark —gruñó su superior—. Espero un informe antes de que termine la jornada.

—De acuerdo, señor.

Reluctante, se uniformó con la cabeza en otra parte: ropa interior, calcetines, pantalones con bolsillos a los lados, botas de combate de caña alta, camisa de kevlar, arnés con dos WPPK, trinchera de cuero rusa. ¿Por qué la Schneider deseaba que aniquilara a los cyborgs de la Ford? Aquella no era una de sus misiones habituales, debía quitar de en medio a pesos pesados, a seres más poderosos que los tecnoterroristas contra los que solía enfrentarse. La novedad lo excitaba, llevaba años sin cumplir una operación de aquella categoría, era la oportunidad de ascender por la que muchos oficiales darían el pellejo, cosa que de veras no le importaba. No le interesaba asumir responsabilidades dentro de la Orden de los Centinelas. El Agente Ejecutor comprobó los cargadores, amartilló sus armas, y las guardó en las fundas sobaqueras ocultables, comprobando que emergieran sin contratiempos.

Siempre realizo los trabajos sucios, pensó. Tarde o temprano terminarán volándome la cabeza.

Marte era un desierto ardiente, nada cambiaba por muchos intentos que se hicieran para mejorar la fisonomía del planeta. La atmósfera, rica en dióxido de carbono, nitrógeno y argón, hacía imposible la reproducción de las especies vegetales más simples. Su pedregosa superficie consistía en canales que recorrían la tierra como cicatrices, profundos cráteres de centenares de kilómetros de profundidad, pequeñas montañas achaparradas, y valles sinuosos que realizaban el aspecto sórdido de la ciudad donde Aries lo había destinado. Stark miró a través de los ventanales de fibra de vidrio: en el cielo, dos lunas brillaban en la noche marciana entre el polvo carmesí que flotaba en el aire: Fobos y Deimos. La primera era más grande que la segunda, como si se tratara de un cuarto menguante distorsionado de la anterior. Una imagen que, poco a poco, era absorbida por la sombra amenazante de la otra, y que giraba tres veces más deprisa en un conciso periodo de rotación orbital. A lo lejos, las estrellas brillaban indecisas, sin lograr romper el manto enrarecido de tierra rica en óxido de hierro. En la salida, el alemán observó su imagen en un espejo: cabellos rubios, helados ojos grises, pómulos marcados, labios apretados en una línea cortante. Un detalle lo obligó a sonreír con sequedad, sus sienes estaban teñidas de color plateado. Acababa de percibir que tenía canas, envejecía igual que el resto de los mortales.

Aún continúa vivo, meditó. Eso es lo único que importa.



3

Vacilante, el Agente Ejecutor recorrió el pasillo tubular blanco, en el ambiente opresivo de la Voyager. Conforme avanzaba, los fluorescentes teñían el corredor con una luminiscencia cegadora, y resaltaban los revestimientos interiores de policarbono de las paredes inclinadas. Estaba solo, era el único pasajero de la nave, la Inteligencia Artificial pilotaba la charter.

Aries quiere controlarme, reflexionó. Aunque quisiera no podría desertar de la Schneider.

La Corporación sabía proteger sus intereses. Stark era uno de los mejores soldados de la OC, pocos sargentos del departamento contaban con un expediente como el suyo. Examinó la cabina de vuelo desde el umbral de la puerta. La cámara hexagonal brillaba, unas luces palpitaban en la penumbra: hileras de controles, pantallas llenas de dígitos japoneses, mapas de navegación de tres dimensiones, sofisticados radares de fabricación oriental. Los pozos de ventilación emitían un zumbido perenne. Reciclaban el oxígeno en un flujo constante que le permitía respirar la atmósfera viciada por el exceso de ozono. El aséptico entorno le recordó los biohospitales de la Schneider; una sensación de rechazo inundó su interior, odiaba los lugares deshumanizados.

Dorian retrocedió, dobló a la izquierda, y avanzó por un túnel angosto. Tardaba en adaptarse al sistema de gravitación, los meses de criosueño habían mermado su capacidad motriz. Las mejillas le ardían, tendría que haberse esmerado con el afeitado, pero aquél no era su estilo en absoluto, prefería preocuparse por cosas más importantes. Llegó al comedor. Los escasos muebles destellaban como espejos: mesa rectangular de titanio, sillas de poliestireno, anaqueles de acero anodizado, equipos de refrigeración transparentes, expendedoras de alientos Hitachi, encuadrados por los tabiques curvos de la estancia. La Voyager estaba diseñada para cuatro tripulantes, ideal para los desplazamientos interplanetarios, su estilizada figura era invisible a los radares del Gobierno, no tendría que darle explicaciones a ninguna aduana. Las aristas cromadas del comedor hirieron sus pupilas dilatadas, el efecto secundario de las anfetaminas comenzaba a manifestarse. Stark estuvo tentado de comer algo, pero de inmediato cambió de opinión, los estimulantes le habían arruinado el apetito.

—Magnífico —pensó sarcástico—. Justo lo que necesitaba.

Intentó dirigirse al disco selector, comportarse como hubiese hecho en el pasado, pero fracasó. Apenas actuaba como un ser humano, los implantes le habían arrebatado aquella necesidad biológica, guardaba más cosas en común con las máquinas, que con los de su propia raza. Luego de atravesar la estancia, accedió a una rampa descendente, circundada por cristaleras que le permi-



tieron observar la galaxia; el inconmensurable vacío estelar le resultó desolador.

La hominización fue mezquina, primero el *Orrorintugenensis*, después el *Ardipithecus ramidus*, luego el *Australopithecus africanus*, a continuación el *Homo erectus*, por último el *Homo sapiens sapiens*. La selección natural se derrumbó después del siglo XX, la tecnología asumió el control de las acciones humanas y relegó a un segundo plano su capacidad intelectual. Las máquinas eran el último eslabón de la cadena evolutiva: androides, clones, humanoides, cyborgs... Stark sabía que su lucha jamás acabaría, eran demasiado poderosas, estaban mejor organizadas que sus antecesoras, un detalle que sus superiores pasaban por alto. Por muchos escuadrones de Agentes Ejecutores que las corporaciones entrenaran, nunca podrían acabar con ellas, no mientras las Casas Madres continuaran fabricándolas en sus cadenas de montaje, siempre habría otra para reemplazar a la anterior.

El espacio ocupaba el infinito, y propagaba su venenosa lobreguez hasta donde la vista podía alcanzar. Dorian se sentía agobiado, su vida era una batalla perdida de antemano, pensar lo contrario significaba mentirse a sí mismo. Los pasadizos de la nave lo atrapaban, drenaban sus sentimientos; la blancura omnipresente no dejaba muchas opciones, molestando los ojos enrojecidos por el exceso de sueño. Al llegar a la salida de la Voyager, estudió el Trek de salvamento, la cápsula metálica, la única opción de escapar que tenía en caso de emergencia. Un surco en espiral cubría la compuerta, las esquinas estaban selladas con plastiaceró industrial que impedía la despresurización al tomar tierra en las colonias del mundo exterior. Anhelaba volver a la Tierra, aborrecía los planetas conquistados por la ambición del hombre, superpoblados por colonos de todas las clases posibles, que sobrevivían entre cúpulas empresariales dominadas por poderosas corporaciones europeas.

No has perdido nada en Los Ángeles, meditó. Cuando llegues, Aries te encargará una nueva misión de exterminio.

Sin duda necesitaba un descanso, tomar unas vacaciones, no había parado desde hacía cinco años. Cuando realizaba una operación, de forma automática, sus superiores le ordenaban cumplir la siguiente; apenas tenía tiempo de recuperarse del desgaste psicológico que le producían, ignoraba el límite entre lo correcto o lo incorrecto, no controlaba sus actos. Dorian recordó las últimas misiones: Sydney, Barcelona, Shangai, Milán, Nueva York, Río de Janeiro, Bangkok, Ankara, Berlín, Nueva Delhi, Vancouver, Londres, el tacto de la WPPK sobre su zurda, las noches desvelado, los estimulantes amargos, las pesadillas inenarrables, la insensata euforia, los cadáveres de sus oponentes, las horas de reflexiones, las heridas punzantes, los minutos de depresión, el olor a pólvora, las explosiones ensordecedoras... Su problema, entre otros, era que no tenía vida personal; su existencia estaba condicionada por los auspicios de la Corporación, había descuidado la repercusión moral de los hechos, escudán-



dose detrás del reglamento como un ordenancista de la peor especie. El universo conocido se desintegraba con lentitud, quebrando sus ambiciones, derrumbándolo sin piedad. Debía ser fuerte, implacable, para sobrevivir, la debilidad no era digna de su rango, desacreditaba el estatus de Agente Ejecutor que tanto le costó conseguir. Por desgracia, era un esclavo de su profesión, las misiones lo escindían de sus problemas, apartando las contriciones que lo harían desfallecer. ¿Acaso podría adaptarse a la vida de civil algún día?

Stark sonrió con amargura; era un asesino, había sido entrenado para matar, nunca podría alcanzar la paz que precisaba, no había nacido para ello. El presente era incierto, temía estar condenado a combatir sin descanso por una causa desconocida, segar vidas hasta que una nueva detonación le arrebatara el resto de su personalidad. A veces tenía miedo de perder el alma, que después de una bio-cirugía sus superiores decidieran permutarla por un biochip, y le arrancaran la cordura de sus manos. Había conseguido salir adelante, romper las barreras delimitadas por la Schneider imponiendo sus propios criterios ante el desagrado del comandante Aries. Jamás sería un soldado como los demás, su idiosincrasia no se lo permitiría, era demasiado rebelde para transformarse en un objeto sin voluntad.

No me he convertido en una máquina, reflexionó. La Corporación no ha conseguido controlarme tal como le gustaría hacer.

¿Cuánto tiempo podría resistir la presión? Las misiones de exterminio habían empeorado, cada día le costaba más eliminar a sus oponentes, las posibilidades de resultar herido aumentaban y no le interesaba pasar por el quirófano por quinta vez. Dorian lanzó un suspiro, los neurocirujanos lo esperaban en el futuro, armados con microescalpelos, dispuestos a arrancarle la humanidad, a reemplazar los miembros originales por injertos; lo principal era mantenerlo con vida, el resto carecía de importancia.

Irritado, tres afiladas garras de veinticinco centímetros surgieron entre los nudillos de su diestra, se hundieron en la pared y cortaron la superficie de poliuretano como si fuera papel. La violencia golpeaba sus sienes, deseaba destrozarse el entorno estremecedor que lo aprisionaba, desahogar sus frustraciones de alguna manera, pero aquel consuelo, como tantos otros, le estaba negado de antemano. Las cuchillas retrocedieron, un reguero de sangre que goteó por sus dedos y manchó el suelo impoluto con una estela carmesí de bordes irregulares. El dolor le devolvió la sensatez, la rabia fue sustituida por una tranquilidad letal, la misma que sus adversarios percibían antes de caer bajo los disparos de la WPPK, acribillados por un implacable demonio vestido de negro. Stark no se preocupó por la hemorragia, sabía que las heridas cicatrizarían en varios días, las marcas que quedarán sobre su piel le recordarán su autodesprecio, era demasiado tarde para cambiar a mejor, lo había perdido todo.



4

El alemán tomó el ascensor con el maletín de acero laminado en la mano izquierda. Una limusina lo esperaba para trasladarlo al espaciopuerto. Aquella muestra de consideración por parte de sus superiores le divertía, no estaba acostumbrado a que lo trataran de manera respetuosa. Aries nunca premiaba su talento como Agente Ejecutor, parecía que el exterminio de los androides Delta-10 lo había complacido.

Maldito bastardo, pensó. Algún día te meteré una bala en la columna vertebral.

Dorian cambió el peso de una pierna a otra, apretó el asa con fuerza, mientras observaba las paredes acolchadas con fibra de carbono. La idea del viaje próximo lo hacía sentir incómodo, odiaba los desplazamientos estelares, demasiados meses dentro de la criocápsula sumido en sueños artificiales que terminaban por despertarlo aterrizado. Procuró relajarse, aflojó los hombros tensos usando el método aprendido en el departamento. Segundos más tarde, las puertas del cilindro se abrieron hacia ambos lados, y le mostraron el amplio hall de recepción pintado de tonos azules. La opulencia que lo circundaba era una farsa; en las calles moría gente congelada todas las noches, los basureros de Marte se encargaban de retirar lo que quedaba de ellas por la mañana. Stark llegó a la barra y se encaró con un recepcionista atildado, que llevaba un traje Armani de cremalleras:

—Cóbreme —dijo—. Habitación 911.

—Ahora mismo, señor.

Pagó con el chip de crédito proporcionado por la Corporación, esperaba que la cuenta fuera astronómica.

En el exterior, los edificios de mil metros de altura llegaban hasta las cúpulas geodésicas que mostraban el cielo púrpura del planeta. La atmósfera viciada de la calle le dio ganas de vomitar: neones publicitarios, fumaderos de opio, multitudes multirraciales, salones de belleza, tráfico incesante, mendigos en las esquinas, bidones de fogatas ardientes, puestos de sushi, videogalerías, tiendas de animales manufacturados, quioscos llenos de revistas. La esterilidad del orbe había sido vencida por la podredumbre de las megalópolis que se extendían de manera errática hasta las faldas del Monte Olimpo. Como podía comprobar, el ser humano había corrompido Marte, tornando el territorio virgen en uno similar, por no decir idéntico, al de la Tierra. Un vehículo negro aparcó delante del alemán; el chofer bajó de la limusina y abrió con gesto servicial la puerta trasera.



—Por favor, señor.

Dorian penetró en el deslizador y tomó asiento sobre los sillones forrados de cuero sintético; colocó el maletín a su izquierda. Nervioso, tragó dos triángulos de anfetamina; el sabor amargo de las pastillas llenó sus papilas gustativas. La sensación metálica se propagó a través de su garganta. El vehículo arrancó y se internó entre las columnas de tráfico, envuelto por centenares de deslizadores urbanos. Con la mirada perdida, observó la carretera en movimiento, sin ser consciente de nada, inmerso en su universo interior.

Otra operación más, reflexionó. ¿Y luego qué?

Noventa días lo separaban de Los Ángeles. El futuro no era prometedor, dudaba que pudiera llevarlo con pragmatismo; agotaría los estimulantes antes de llegar a la Luna, estaba seguro. Sólo le restaba la opción del criosueño; tres meses encerrado entre los pasillos pulimentados de la Voyager lo volverían loco, bastante desagradable fue el viaje de ida, no era necesario agravar el trayecto de vuelta. Stark no deseaba acostarse en la cápsula, el despertar sería espantoso, lo sabía por experiencia propia, su conciencia no le permitiría el lujo de descansar tranquilo. En los últimos tiempos las pesadillas eran horribles, los rostros deformados de sus víctimas drenaban sus aspiraciones, le recordaban todos los crímenes que había cometido, y arruinaban cualquier esperanza de redención que pudiera albergar. Llevaba años soportándolas, pero no conseguía acostumbrarse. Tenía miedo a conciliar el sueño, prefería mantenerse consciente. Gracias a los implantes, podía resistir la vigilia, permanecer semanas despierto sin que su fisonomía se resintiera por ello. Asqueado, miró sus piernas, con la boca torcida en un gesto de desagrado. El poder de los injertos no compensaba los sufrimientos, despreciaba su porción de máquina, jamás podría sentirla suya, llevaba más de una década sin lograrlo. A la derecha, detrás del cristal ahumado, el paisaje industrial se perdía en el horizonte, punteado por torretas, miles de refinerías, plantas procesadoras de aire, estructuras piramidales, pináculos sembrados de óxido, y torres envueltas en niebla petroquímica que contaminaba la voluble atmósfera de Marte. Los aereodeslizadores cruzaban las tinieblas, irradiados por las lunas semiocultas detrás de las impenetrables fajas de nubes. El Agente Ejecutor no se había acostumbrado a la rápida rotación del planeta, siempre le costaba adaptarse a los diferentes aspectos de los orbes colonizados. A pesar de todo, continuaba siendo terrestre.

Una hora después, la limusina franqueó la entrada del espaciopuerto, se introdujo entre los depósitos y descendió por una rampa bordeada de cruceros estelares. Al bajar, Dorian pasó por alto el saludo del conductor y el vehículo desapareció en la negrura. Con movimientos seguros, recorrió el cilindro de embarque, sin ser consciente del ambiente gélido que reinaba en la madrugada. Al final del túnel presurizado, lo esperaba un cabo uniformado de verde, con el emblema de la Schneider grabado en el hombro: el ojo humano impreso



sobre la mano metálica abierta. Al verle llegar, el hombre se cuadró con un audible golpe de talones y las manos en la espalda.

—¿La Voyager está preparada? —inquirió Stark.

—Sí, sargento.

—Perfecto —las pupilas vacías de expresión taladraron el rostro sudoroso de su subordinado—. Necesito una bebida energética, cabo.

—Enseguida, señor.

El Agente Ejecutor depositó la maleta en el suelo, sus ojos grises inspeccionaron el inmenso hangar comido por la corrosión para evaluar la posibilidad de una trampa. El olor del aire reciclado irritó sus sentidos acelerados por las anfetaminas. Una RF3 era reparada por técnicos armados con sierras de cortar, que cambiaban un ala abollada entre un chorro de chispas similares a una lluvia de meteoritos. En el techo abovedado, detrás del conglomerado de tubos de platino, los paneles de energía solar proporcionaban el calor almacenado durante la jornada. Otro grupo se encargaba de descargar de una vieja Faune francesa material de contrabando: armas, combustible, municiones, y raciones de hierro compradas de manera ilegal en la Tierra. Stark aceptó el envase que el cabo le tendía. Un líquido anaranjado oscilaba en el interior, de un lado a otro. Dorian ingirió tres estimulantes y vació la bebida insípida de un trago. El vaso se autorecicló. El cabo aguardaba más instrucciones. La voz del alemán destiló malignidad:

—Puede retirarse.

—Como ordene, mi sargento.

5

Los ojos de Dorian desmentían su insensibilidad. Dos pozos oscuros donde se adivinaba una carga imposible de soportar, años de desamparo se condensaban en los destellos de su iris, el aislamiento era difícil de sobrellevar con ecuanimidad.

No podré resistir mucho más tiempo, pensó. Tengo que salir de la Corporación. O terminaré transformado en un cyborg como siempre he temido.

Se dejó caer sobre el colchón de espuma y palpó su rostro. Sentía los ángulos a través de los dedos: la frente amplia, la curva de las cejas perfiladas, el tacto de los párpados cerrados, los pómulos angulosos, los labios finos apretados con amargura... ¿Qué lo impulsaba a continuar vivo? Nunca tuvo miedo de



morir; al contrario, perecer sería la liberación perfecta, el dolor de existir sin respuestas finalizaría. ¿Por qué no terminaba con todo? No sería la primera vez que intentaba poner la idea en práctica. Dos años atrás puso el cañón del arma contra su mejilla, quería atravesarse la sien de un disparo, la bala de punta hueca le habría volado la cabeza de parte a parte, pero no tuvo agallas para suicidarse.

Estupendo, meditó con acritud. Aún quieres seguir adelante.

¿Por qué las máquinas adquirirían conciencia propia? Mientras eran creadas, se las programaba para obedecer a sus superiores, poseían una inteligencia acorde a sus funciones, el deseo de independencia no constaba en sus archivos de memoria, era anormal que se salieran de los límites marcados por los programas de personalidad. Pero sucedía desde el inicio de la robotización, siempre terminaban convertidos en rebeldes o terroristas que atentaban contra la humanidad. En su fuero interno, Stark temía que no fuera un error de cálculo de los laboratorios de fabricación, hacía años que escuchaba rumores sobre la gradual cibernización del mundo, historias sobre el porcentaje de humanidad que sucumbía ante la fusión de las Casas Madres, tanto en la Tierra, como en los otros planetas del sistema solar colonizados. No quería dar crédito a esos susurros escritos con frecuencias fantasmales, aunque le preocupaban, porque sabía que no eran del todo inciertos. Ahora las misiones de exterminio eran más frecuentes que antaño, sus medios más insospechados, como si pudiera hacer lo que le apeteciese, sin tener en cuenta las consecuencias de su conducta. El Agente Ejecutor llevaba varios meses sin someterse al Borrado de Memoria. No soportaba vivir sin recordar lo que le había sucedido la semana anterior, se encontraba perdido dentro de los límites de una vida que le resultaba extraña. A su mente regresaron las evocaciones de su pálida imagen, los ojos misteriosos que un día le ofrecieron el consuelo que necesitaba. Nessa ni siquiera era humana, era una cyborg Beta-3 del Programa de Asesinos de la Schneider, aún se planteaba cómo pudo amarla con una intensidad que nunca se había desvanecido. Deseando borrar su ausencia, ésta se afianzó sobre sus retinas: los párpados rasgados enmarcaban las sombras que irradiaba su existencia, los dilemas que siempre lo acosarían después de aquellos años imborrables cuando lo compartieron todo, hasta que ella desapareció sin dejar huellas.

Dorian desenfundó una WPPK y contempló las líneas metálicas que recorrían la superficie del arma, haciéndola girar entre sus manos para analizar los ángulos veteados de cromo. La culata de marfil parecía transmitirle la seguridad que buscaba. Era una ilusión creada por su cerebro, pero a pesar de ello, resultó confortante al calmar sus nervios torturados. Involuntariamente, el índice acarició el gatillo. Sabía que si se mataba desaparecerían sus inquietudes durante el corto espacio de tiempo que tardaría en ser reconstruido. Interminables batallas llenaban sus madrugadas, la presencia de la muerte se adhería a su integridad como el resumen de su existencia. Quizá debería sentirse com-



pleto de esta manera, era para lo que había sido preparado desde adolescente en la Orden de los Centinelas, el Maestro Takeshi se encargó de convertirlo en una máquina de guerra. Para su propio desánimo, sabía que sólo alcanzaba la paz a través de la lucha, era el único momento en el que las tinieblas desaparecían, se transformaban en oleadas de fuerza, proporcionándole un poder que le hacía sentirse invulnerable. Ese distanciamiento, esa frialdad que lo caracterizaba, ¿no era mucho mejor que sufrir como un condenado? Traicionado por sus propias dudas, decidió guardar el arma en el arnés de nylon. La WPPK formaba parte de su brazo, era una extensión de su aliento, resumía su personalidad.

—Luz, por favor.

La ventana se volvió transparente y le mostró la negrura interminable del cosmos. Melancólico, Stark apretó la mejilla contra el cristal para contemplar el espacio exterior: las enormes nubes de polvo y gases que formaban las nebulosas: hidrógeno, helio, nitrógeno, y oxígeno. Supergigantes azules, gigantes rojas, enanas amarillas, que abarcaban una parte de su sufrimiento. Distráido, estudió los astros titilantes que tanto lo fascinaron desde niño: el Fénix se arrastraba cerca de Eridano, el Águila apenas era visible, el polvo estelar ocultaba su trayectoria, el Unicornio resplandecía con sus cuatro puntos de conexión, Monoceros lo llamaban en la antigüedad. Se preguntó por qué prefería aquella constelación sobre todas las demás, le gustaba desde que elevó los ojos hacia el cielo cubierto por la polución industrial, antes de averiguar que aquellos puntos luminosos tenían una historia que contarle, un pasado que le resultó embriagador desde el primer momento. Los neuroingenieros ignoraban por qué los seres humanos no soportaban el incremento del proceso de cibernación. Un alto porcentaje terminaba suicidándose, en cambio el resto de los supervivientes lo resistía a duras penas: se convertían en cyborgs de tercera generación, una nueva clase de máquinas con aptitudes humanas. El Agente Ejecutor tembló, los muros del camarote empequeñecían, aquél era su peor temor, los bioconstruidos que conocía aceptaron la hibridación definitiva, renunciaron a su naturaleza para no perder la cabeza. ¿Le estaba sucediendo lo mismo? No. Aún podía sentir emociones, no se había convertido en uno de aquellos despreciables seres, su fracción humana continuaba intacta.

Puede que Nessa me abandonara por eso, reflexionó. Siempre di prioridad a las cosas que ella rechazaba.

¿Por qué había perdido a la cyborg? Stark no quiso hacerle daño, la amó desde el primer momento que se conocieron, no le ocultó sus sentimientos tras la máscara que utilizaba para protegerse de invasiones exteriores.

¿De qué me sirvió?, pensó. No supo valorarlos.



© M.C. Carper

El destino procedió de una manera cruel, primero le aportó esperanzas para continuar adelante, la felicidad que sentía a su lado fue imposible de expresar, incluso llegó a olvidar su funesto destino. Después, sin miramientos, le extirpó las ilusiones, la mujer desapareció de su vida, el vacío de su ausencia dolía, aún no conseguía llenarlo. Estaba obsesionado, no podía borrar aquella época, pesaba sobre su conciencia como un sudario amortajado. Con una mueca desanimada, rememoró la blancura de su anatomía, el olor de su cuerpo, la devoción de sus besos, la caricia de sus cabellos, sus ojos melancólicos, el sabor de su sexo... A pesar de haberlo plantado, era incapaz de aborrecerla, ansiaba reencontrarla, arrancarle una explicación, merecía saber por qué había huido. Su punto de vista no era válido, necesitaba corroborar sus sospechas, descubrir qué la

impulsó a darle la espalda cuando más la necesitaba. Tal vez llegaron al término de lo que podían ofrecerse, quizá cada uno tuvo que tomar su camino, fue una ilusión alimentada con los pedazos de su juventud, una broma de mal gusto que pasaba factura a su cordura e hizo que tocara fondo de la peor manera posible. Dorian se sintió culpable, lleno de odio contra sí mismo por llevar sobre su conciencia la realidad de haber arruinado vidas que tenían más derecho a existir que la suya. Pero lo que más le afligía era no ser una verdadera persona. La bioingeniería ganaba el terreno que la humanidad perdía sin remedio. Atormentado, rompió a llorar...

© Alexis Brito Delgado

ALEXIS BRITO DELGADO, nació en 1980 en Tenerife. Está apunto de sacar su primera novela en papel impreso: LUZ BLANCA/CALOR BLANCO (Ediciones Parnaso, 2007). Cuentos publicados en: Nexus, Aurora Bitzine, Velero 25, NGC 3660, Jack Blade Runner Page, Rescepto, Sociedad Tolkien Española, y Portal de Ciencia Ficción. Próximas historias en: NM y Sputnik Mag. Considera a su personaje, Dorian Stark, su alter ego literario, lleva escribiendo sobre el Agente Ejecutor desde que tenía 17 años. Escritores favoritos: William Burroughs, Michael Moorcock, Philip K. Dick, William Gibson, y J.G. Ballard.



LA PRUEBA EN LA PRUEBA

por M. C. Carper

¿Qué tan conscientes somos de lo que pasa a nuestro alrededor? ¿Qué tan fiables somos para aprehender lo «real»? ¿Qué es la realidad? A estas y otras interrogantes más ha de enfrentarse Álvarez, científico, escritor y espacionauta que gracias a las diferencias con su compañero de misión, está a punto de aprender que el equilibrio es una condición necesaria para llevar a cabo cualquier negociación.

Una Misión de Exploración espacial, una nave y dos espacionautas. Álvarez y Carter, ambos con aptitudes elogiables. Habían competido durante décadas para esa misión. Todavía nadie había logrado la hazaña de alejarse de los puestos de avanzada espaciales por tres saltos: Fueron antagonistas desde el principio. El *genio* de la Administración que propuso la idea de unirlos no tenía la menor idea sobre incompatibilidad. Sin embargo, eran profesionales y sabían adaptarse a todo tipo de condiciones adversas. Como únicos tripulantes del Osadía I, se necesitaban el uno al otro.

Carter era un hombre de contextura cuadrada, todo era cuadrado en él. Desde la mandíbula hasta los hombros y los puños. Una sombra de cabellos rojizos coronaba el rostro macizo de ojos color cielo. Estaba de pie, apoyado sobre un codo en el asiento de piloto que ocupaba Álvarez. Le gustaba demostrar a cada momento su fuerza física. Muchas veces rompía las cosas que se disponía a reparar. Era un fanático de los deportes y había conseguido un par de copas en los torneos lunares de carreras a baja gravedad. Ahora se había acostumbrado a las tareas de oficina, su abdomen y bíceps estaban redondos de gordura.

Álvarez era egresado del Laboratorio Astrofísico de M-57, cuna de casi todos los científicos de los Puestos Avanzados. Llegó a ser muy reconocido por la teoría del Transportador de antimateria en Agujeros de Gusano, pero, para él, no era gran cosa. En su interior, reconocía que el laboratorio necesitaba publicidad para recaudar fondos y la teoría había ayudado.

Se tomó el puente de la nariz con los índices, contemplando el espacio exterior. Los ojos oscuros en el rostro afilado no miraban otra cosa, ignorando deliberadamente la presencia del otro.

—¡Ahí está! Es el mismo espectáculo que capturaron las cámaras del Aventurero IV —dijo Álvarez a Carter, con pesadumbre—. Una roca de atmósfera tenue con extrañas fosforescencias en la superficie.



La sonda que hizo el descubrimiento, el Aventurero IV, había dejado de transmitir después del contacto. No había detalles de las razones.

Carter lanzó un bufido y se dirigió a la consola de navegación.

—Los sensores captan las radiaciones normales. Dispondré el lanzamiento de la primera sonda. —Anunció sin esperar la opinión del otro.

—¡Un momento! ¿A qué te refieres con radiaciones normales? No tenemos la menor idea sobre esas fosforescencias en la superficie. No estoy de acuerdo.

—Ya estudiaste los análisis previos. Nitrógeno, amoníaco y metano. Nada nuevo sobre este pálido sol. El diámetro de ese mundo es de dos mil setecientos kilómetros. Si no fuera por esas extrañas formaciones luminosas nadie se habría molestado en enviarnos aquí. Es necesario lanzar la sonda.

—¿Y si se trata de una forma de vida?

—¡Ah! No he recorrido tantos pársecs para escuchar tus estúpidas especulaciones sobre los líquidos disolventes de la naturaleza —protestó Carter con hastío; los conocimientos de Álvarez lo enfurecían, más aún porque ensombrecían su fama en la base—. Ahí no hay ningún ciclo-del-agua, ninguna molécula se une a otra en sacos líquidos en esa superficie. Es un maldito fenómeno, sólo eso.

—Me rehúso a activar la sonda. ¡No puedes hacerlo sin mi consentimiento!

—Lo reportaré —amenazó Carter, y no era la primera vez que lo hacía. Muchos espacionautas habían perdido su empleo debido a los informes. Se decía que los espacionautas con cargos superiores siempre eran reemplazados por el servicial Carter cuando éste comunicaba sus falencias a los directivos de la Misión.

—Por supuesto —dijo Álvarez ante la amenaza.

Carter se apartó hacia una de las consolas laterales; fingiendo examinar un espectrograma. El temperamento volátil había enrojecido sus mejillas, detestaba el aplomo de Álvarez. Él era un hombre de acción. En la base tenía una muchedumbre de admiradores, casi todas jóvenes cadetes, a pesar de llevar un matrimonio admirable con una reconocida profesional en Propulsión, pero muchos desconfiaban de ese rumor, podían ser sólo fanfarronadas.

Carter no entendía como podía estar en esa misión un filósofo imbécil que había dedicado la mitad de su vida a viajar y escribir libros. Apretó los dientes, conteniendo el orgullo, y regresó junto a Álvarez. Estaba sólo a dos pasos cuando percibió el sutil movimiento en los monitores.



—¿Viste eso? —dijo Álvarez con una media sonrisa.

—¿Qué registró? Por la frecuencia yo diría que son... Géiseres!

—Llegan a los doce metros. Hay calor debajo de esa cáscara helada.

—¿Cuál es tu sugerencia, capitán? —dijo Carter.

Álvarez lo miró. Deseaba descender. O mejor, hubiese preferido que ambos lo hicieran, pero ningún reglamento lo autorizaría. Conocía la ansiedad de su compañero por las entrevistas y ese tipo de reconocimientos. Sonrió para sus adentros y dijo:

—Baja tú. Yo supervisaré todo desde aquí.

—Bien.

Carter sentía ganas de cantar y bailar. Ser el primero en pisar ese suelo extraño lo llenaría de fama. Era mucho mejor que Álvarez, no necesitaba demostrarlo, por supuesto. No quería que un mentecato, seleccionado por casualidad, descendiese.

Hizo la comprobación de todos los sistemas, corroborados por Álvarez desde la cabina de monitoreo. Las luces de la cámara reguladora de presión cambiaron de color, anunciando la apertura de la compuerta exterior. Condujo la pequeña navecilla llamada *almeja* con los propulsores de maniobras, lanzando diminutos residuos de luz al espacio. Le decían así por la similitud con esos animales marinos. Era la herramienta más dócil para efectuar un planetizaje. A través del comunicador oía a Álvarez haciéndole recomendaciones y alentándolo; prefirió cerrar el canal de comunicación. Detestaba su voz. Se juró a sí mismo que aquello no volvería a suceder: haría la próxima misión con conocidos, personas que nunca le cuestionaran nada. Hablaría con las autoridades de la Administración. Si en algo apreciaban su aptitud y valor, comisionarían a Álvarez para investigar la Nube Cometaria de Vega, el sitio más alejado y aburrido de la galaxia. Sonrió al imaginarlo. Momentos después, tocaba la superficie.

Revisó el traje para atmósferas hostiles un par de veces antes de salir. Tomó muestras del suelo. Ya había plantado a unos diez metros del tren de aterrizaje los instrumentos que transmitirían los resultados a medida que los obtenían. Estuvo tentado a enviarlos a la base, ignorando a Álvarez, pero no encontró una excusa convincente. La actividad de los géiseres había desaparecido y, extrañamente, las luminiscencias tan visibles desde el espacio, no eran percibidas en ninguna dirección. En ese momento un enorme cuerpo celeste ocupó la mitad del cielo. No podía ser un satélite, no habían detectado ninguno.



Ahí estaba, una mole de roca con zonas iluminadas. Parecía que caía sobre el pequeño planeta. Activó el comunicador.

—¡Álvarez! ¡Álvarez! ¿Lo ves? —gritó.

En la cabina del Osadía I, Álvarez se debatía con los controles para apartarse del rumbo de aquella mole. Su mente le advertía que algo andaba realmente mal. Ningún objeto celeste podía aparecer así, salido de la nada. La nave se desplazó con el empuje de los impulsores de babor. Estaba tan próxima a la imprevista luna que los sensores crearon un registro cartográfico perfecto. El llamado de Carter llegaba en ese momento.

—Lo veo y no lo entiendo, Carter —dijo—. Nuestros sensores funcionan a la perfección pero no detectaron este planeta. Apareció de la nada. Por la velocidad que lleva debimos toparnos con él antes.

—¿Cuánto tardará en ocultarse tras el horizonte? —rugió Carter; siempre le era más fácil estallar de ira cuando estaba lejos de las personas.

—Es demencial. En sólo diez minutos dejarás de verlo. Intentaré seguirlo. Tal vez si doy una circunvalación completa descubra por qué no lo vimos antes.

—¡Nooo! No arriesgues la nave de esa forma. Mantén tu posición. Continúa monitoreando la zona de aterrizaje de la almeja.

—¿Quieres retornar?

La pregunta tardó varios minutos en ser respondida; Carter odiaba tener que hacer algo parecido a una huida. Además, ése no era el único inconveniente: había realizado un descenso sobre la órbita ecuatorial, el mismo curso que estaba describiendo el satélite salido de la nada. Para evitar una posible colisión tendría que llegar a uno de los polos en su reencuentro con el Osadía I.

—Voy en camino —replicó con amargura.

Apenas abandonó la cámara reguladora de presión, se quitó el traje con violencia y lleno de furia se dirigió al encuentro de Álvarez; éste seguía en la cabina mirando impasible al exterior.

—¿Qué pretendías hacer? ¿Dejarme solo en ese paraje? —le espetó.

—Estabas seguro en la superficie —contestó Álvarez sin inmutarse—. El objeto tendrá que aparecer en dos minutos, teniendo en cuenta la velocidad. Siéntate y tranquilízate. Te he preparado un cóctel de ansiolíticos para que te pongas del sobresalto.

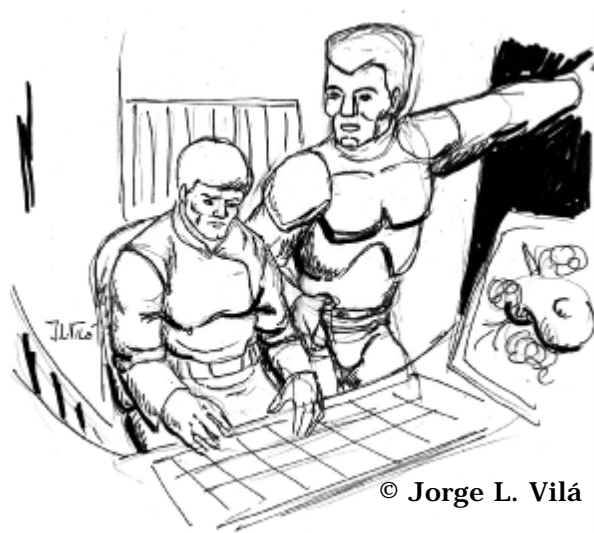


—¡Al diablo con eso! —gritó arrojando a un lado la bebida—. Si estoy alterado es por tu incapacidad para cumplir las funciones. ¡Eres un incompetente!

—Ésa es tu opinión —dijo Álvarez, mirándolo fijamente; Carter tenía problemas para compartir los roles en un trabajo común—. Tienes la libertad de pensar así, pero no la autoridad para que yo lo consienta. Nuestra prioridad no son nuestras diferencias de criterio, sino el éxito de esta investigación. Debemos colaborar.

—¡Palabras! Tus acciones te contradicen. No tienes motivaciones, no le pones pasión. ¡Jamás te enojas! No tienes sangre en las venas. Yo obtuve premios, fui condecorado en tres bases espaciales. Puedo mostrarte diplomas y recomendaciones de altas personalidades. ¿Qué tienes tú?

Álvarez sorprendió a Carter una vez más al responder con una carcajada. En ese momento cayó en la cuenta de que su compañero tenía grandes dificultades para controlar sus nervios. Apenas pudo reprimir su hilaridad, dijo con calma:



© Jorge L. Vilá

—Lo que ha sucedido contradice las leyes de la física. Nuestros instrumentos no están rotos, pues funcionan con normalidad en los análisis ajenos al planeta. Por consiguiente, creo que ambos hemos sufrido una especie de alucinación.

—¡Mi salud es perfecta! —se excusó Carter, sintiéndose agredido por el comentario—. Además, ¿cómo pudimos experimentar la misma alucinación?

—No lo sé. Pero estoy seguro respecto a los instrumentos. Razona un poco. Nadie, ni siquiera en Control de Misión,

percibió ese satélite gigantesco.

—Hmn —gruñó Carter.

En ese momento se iluminó el espacio sideral más allá de las ventanas. Las estrellas y el planeta desaparecieron para convertirse en un telón grisáceo. También se extinguieron las luces de los paneles y las consolas; sólo la luz del techo permaneció encendida. Oyeron una puerta abriéndose desde la sección de popa. Varios pasos y el murmullo de gente acercándose. Álvarez y Carter se miraron.



Doce personas los saludaron, entre ellos estaban los médicos principales de la base. La Psicóloga en Jefe sonreía al presidente y al secretario, mostrándoles un notebook de pulsera. Los espacionautas recorrieron los rostros para reconocer la misma expresión alegre en todos. El presidente se dirigió a ellos con los brazos abiertos.

—Álvarez, Carter. Los felicito —dijo—. Han pasado la prueba exitosamente. Como ya habrán descubierto, jamás partieron con el Osadía I. Ambos se ofrecieron para un experimento de convivencia espacial. Luego de las sesiones hipnóticas, recreamos esta situación de crisis extrema para registrar sus reacciones. La psicóloga está de acuerdo en que han superado todos los obstáculos. Ahora les daremos una dosis de descanso junto a la comisión acordada. Lo diré una vez más, caballeros, felicitaciones.

No hubo otras palabras. Los médicos los llevaron a sus camarotes. El Osadía I, o el plató que lo representaba, estaba atestado de personas yendo de un lado a otro.

Álvarez dejó que su mente se aquietara. Quería meditar, pero algo extraño no le permitía olvidar los hechos. No recordaba en absoluto haberse ofrecido para esa prueba. Quizá la hipnosis había borrado algunos recuerdos; se sentía como un peón abandonado en un inmenso tablero de ajedrez. En la soledad de su cuarto intentó distraerse mirando por la claraboya que daba al espacio. Las estrellas correspondían al registro de las cámaras del Aventurero IV: en el exterior brillaban las mismas constelaciones que él había catalogado durante el viaje ficticio. Algo no encajaba.

Mientras pensaba, llamaron a la puerta.

Era la psicóloga y uno de los Jefes de instrucción. No traían la sonrisa de la primera vez.

—Sr. Álvarez ¿Cómo está?

—Bien. Algo confuso, podría decirse. ¿Tiene efectos secundarios la hipnosis?

—No. No tenemos ningún antecedente —se apresuró a asegurar la mujer—. Lo siento, Sr. Álvarez, pero no soy portadora de buenas noticias. Nos hemos enterado por el Sr. Carter de su conducta incompatible durante la Misión. En estos momentos, las autoridades de la Base están tomando una decisión al respecto.

—Pues, confío en el buen juicio que tienen. Descubrirán que Carter me odia, aunque nunca le di motivos para ello. Me comporté como un profesional en todo momento.



Ninguno de sus interlocutores hizo otro comentario. Se retiraron dejándole con una vaga sensación de desasosiego. No podía creer en la bajeza del otro espacionauta; reflexionó y llegó a la conclusión de que las autoridades de la base descubrirían que se valía de mentiras y calumnias para convencerlos. El acto en sí era cobarde. Pues había expuesto protestas a sus espaldas. Trató de dormir, de convencerse que de ninguna manera podían considerar un mal desempeño de su parte.

Al día siguiente, a primera hora, fue convocado por la Psicóloga. Ella había improvisado una oficina en la cabina del Osadía I. La expresión con que lo recibió fue una máscara impasible.

—Siéntese, Álvarez.

—Buenos días, doctora.

—Sí —le extendió unos formularios—. Llénelos, tiene quince minutos para abandonar la jurisdicción de la base.

—¡Me están destinando a Vega! Sólo los criminales son enviados allá. ¿Por qué?

—Estamos haciendo una reestructuración del personal, lo lamento.

Álvarez completó los espacios en blanco y firmó por triplicado los papeles. Se retiró envuelto en una furia contenida, sintiéndose estafado. Todos sus esfuerzos habían sido traicionados por la indignidad de las autoridades de la Base. En uno de los pasillos se cruzó con Carter; éste bajó su rostro, concentrado en la punta de sus zapatos. Le pareció patético y continuó hasta la salida.

Bajó la rampa del Osadía I. Ante él se extendía una pista que no conocía, era de noche. Volvió a estudiar las constelaciones. Ahí estaban otra vez, no eran las que podían visualizarse desde la Tierra. Se estremeció pensando que podía tener un desorden mental. Había sido manipulado y descartado. Luchó con su ira, tratando de recobrar la armonía que lo caracterizaba. Entonces todo se iluminó.

A su alrededor, desapareció la astronave y la pista. Varios cúmulos de luz se definieron frente a él, podía percibir a través de ellos, el mismo paisaje del planeta extraño, el que no había podido visitar. De improviso, las luces hablaron.

—Álvarez, lo felicito. Ha pasado la prueba exitosamente.

—¿Prueba? ¿De eso se trata?



—Nos disculpamos por abusar de sus emociones. Creamos una situación de conflicto para contemplar su reacción.

—Entonces... ¿el viaje en el Osadía fue real?

—Desde luego. Fue una carnada, por así decirlo. Cuando llegaron, lo primero que detectamos fueron los pensamientos antagónicos en ambos. Mi especie considera que la diferencia entre los seres civilizados y los que no lo son estriba en la capacidad de superar los sentimientos por medio del intelecto. Si bien tenemos acceso total a sus recuerdos, no teníamos otra forma de esclarecer nuestras dudas que hacerles pasar por esta situación desagradable y esperar sus reacciones. La prueba de Carter devino en un rotundo fracaso, no entraré en detalles. Pero usted, amigo, ha demostrado que hay una línea genética en su raza que promete. Debo admitir que es escasa, ya que la gente de su especie no deja mucha herencia. Su colega Carter tiene cuatro hijos a los que legará sus aptitudes. Tal vez sea una cuestión de equilibrio natural. Sin embargo, deseamos que sepa que gracias a usted, permitiremos el diálogo entre nuestras civilizaciones.

—No sé qué decir. Es que... No sé dónde estoy.

—Está descansando en su camarote. Esto que experimenta es algo aproximado a uno de sus sueños, lo recordará perfectamente. Ya estamos estableciendo contacto con su Control de Misión.

Álvarez estaba inundado de alegría. Después de haber sufrido una horrible depresión, descubría que alguien reconocía su profesionalidad. Entonces se percató de un detalle que hasta el momento no había tenido en cuenta.

—¿Y Carter?

—Nuestra especie cree en el equilibrio por sobre todas las cosas. En este momento, su compañero de misión, viaja velozmente hacia la Nube Comitaria de Vega —dijo el ser-luz con satisfacción.

© M. C. Carper

M. C. CARPER estudió dibujo de historietas y diseño de interiores, nació en Argentina. Regularmente hace ilustraciones en *Alfa Eridani*. En *Aurora Bitzine* realizó una serie y en *Axxón* el comic *SHOCK* junto a Pedro Bel. También es parte del staff de *Landzer* una revista de cómics editada en Huesca.



PICO DE RATING

por Néstor Darío Figueiras

¿Qué hace de los reality show un éxito? La novedad, luego se van abandonado por aburrimiento. Pero ¿y si estos evolucionaran hasta que el espectador lograra sentirse como el protagonista? y si éste fuera un tetrapléjico con ansias de morir, el rating de audiencia subiría a límites insospechados. Aun así todavía se puede innovar en aras de superarse y si no lo creen, lean la propuesta de Néstor. Conociéndonos yo apostaría por un futuro parecido.

Aggarth Lam abrió los ojos con dificultad. La holomem había finalizado. Fue consciente de ello con dolor, y la pena colmó otra vez sus sentidos embotados, como un regusto amargo. La oscuridad era completa, pero no le hacía falta luz para saber que todo seguía igual dentro de su lujosa habitación, que las cabezas disecadas, los trofeos de caza que adornaban las paredes, seguían clavándole su falsa mirada de cristal, contemplando su agonía. Una irónica revancha.

Aún era fresca la visión de las densas tinieblas donde había yacido, aún podía sentir vagos residuos de la cálida paz que reinaba –lo había comprobado una y otra vez– bajo el fango nauseabundo de Estigia.

Con la punta de la lengua tocó los odontopads 11 y 21, implantados en sus incisivos superiores y uno de los múltiples brazos de su camastro-robot retiró de su médula espinal el dendrax, ya vacío de experiencias.

Entonces lloró. Lo hizo con la rabia de no poder evitar llorar cada vez que volvía a la realidad. Todavía no había aprendido a dominar la secreción de sus glándulas lagrimales. Duchanonn insistía con frecuencia en ese punto: mientras más autocontrol ejerciera sobre su cuerpo –o sobre lo que quedaba de él– mayor autonomía tendría y más beneficio podría sacar de los trastos millonarios que lo asistían en cada acto mínimo y cotidiano. Él podía ejecutar la mayoría de los comandos que gobernaban su habitación robotizada, aunque ésta, de alguna manera razonable, también podía funcionar en modo automático.

El accidente había ocurrido hacía poco más de diez Años Standard. Todos, incluso él mismo, aludían al suceso como «el accidente». Pero el término resultaba un pobre eufemismo para describir una verdadera masacre: la múltiple mordida de un pejesapo tricéfalo de unos tres o cuatro metros de altura. Había ocurrido en Tizalonia, en la época en la que los planetólogos solicitaban los servicios de los cazadores; cuando todavía la conquista de un nuevo y salvaje mundo como ése tenía el agrisulce sabor de la aventura y dependía del valor de los pioneros, y no de los batallones de cabrones supersoldados.



Durante esos viejos y buenos tiempos, él había sido famoso en todas las ciudades viciadas de Madretierra, y muchas mujeres hermosas habían rivalizado por pasar una noche en su cama.

Aunque, en verdad, seguía siendo famoso. Lo era más ahora que entonces.

El tullido más famoso, se dijo.

Pero el accidente no le había deparado la misma suerte en lo tocante al sexo. Sus genitales se habían disuelto en los jugos gástricos del pesejapo, y su lecho actual no admitía compañía de ningún tipo.

Su lengua rozó el odontopad 35 (primer premolar izquierdo inferior) y las persianas se abrieron, dejando pasar la luz halógena que alumbraba el parque del caserón de estilo colonial. Supo entonces que era de noche.

Cuando presionó apenas el odontopad 18, (último molar derecho superior), se encendieron las luces del cuarto. Frotó con las papilas linguales el velo del paladar y el brillo cegador disminuyó hasta la intensidad deseada. Parpadeó tres veces y se desplegó el plasmóptico, que onduló sobre su cabeza. Echó una mirada al *rating* sin prestarle mucha atención. El gráfico de barras seguía coronando a *Cazador Cazado*, su transmisión multisens, aunque *Comunión Sex* y *Desahuciados* le seguían de cerca. De cualquier modo, eso era preocupación de Pavlovsky.

La pantalla bombardeó el cuarto en penumbras con las imágenes paganas de Neura y de las otras redes, misceláneas promiscuas cuyo fulgor lastimó sus ojos. Añoró las tinieblas de los sepulcros que lo envolvían cada vez que se *enhebraba*. Volvió a pestañear, y el plasmóptico se esfumó.

Por enésima vez, miró a los ojos a los trofeos de caza que atestaban las paredes. Sus presas, perseguidas y finalmente atrapadas en mundos inhóspitos, le miraban con ferocidad, como si continuaran luchando por su vida. Esas cabezas multiformes y policromas de bestias alienígenas vigilaban su eterna convalecencia.

Si alguno de ustedes reviviera, furioso y salvaje, y acabara de una vez con esto...

Ninguna combinación de comandos a su alcance le servía para suicidarse. Pavlovsky y su comitiva de adefesios obsecuentes jamás permitirían tal propósito. Él era la gallina de los huevos de oro. Su seguridad era prioridad número uno. Hasta Duchanonn, el técnico que supervisaba el funcionamiento de los delicados mecanismos cibernéticos de la costosa habitación, había tenido que firmar un contrato millonario. Cada semana, el pobre viejo era desnudado e inspeccionado de cabo a rabo por los guardias que custodiaban la casona. Lo examinaban con diferentes tipos de detectores, lo entrevistaban psicó-



logos y sólo Dios sabía cuántos vejámenes más debía soportar para poder entrar al cuarto.

J.L. Vilá



Pero los cancerberos no habían descubierto el destornillador hueco de Duchanonn. Semana a semana, el técnico le traía un obsequio clandestino: un dendrax repleto de holomemorias, de succulentas vivencias ajenas. Él mismo le clavaba en la espalda la diminuta aguja opalescente que hendía sus nervios para inocularle algunas horas de felicidad.

Al principio eran simples holomems sex. Aggarth extrañaba con intensidad las punzantes sensaciones de su vida licenciosa. Decenas de mujeres fantásticas –más bellas y fogosas que las que había seducido antes del accidente– cabalgaron sobre sus sentidos enhebrados. Aunque no siempre la interfase era por completo satisfactoria: donde no había un brazo, donde una pierna faltaba, la holomem se desdibujaba, y la ilusión se desvanecía. Duchanonn

había tenido que pagar a un especialista –un adolescente brillante, nihilista y bipolar, uno de los tantos tecnocriminales que quitaban el sueño a la Polizei del Directorio de Madretierra– para que sintetizara las sensaciones de erección y eyaculación. Esas primeras holomems le habían costado muy caras. Pero Duchanonn se había apiadado del tullido, y la transferencia de una generosa parte de la fortuna del cazador a su cuenta, bastaron para que se tomara tantas molestias.

Sin embargo los antojos de Aggarth se fueron tornando cada vez más sofisticados; y las posibilidades de satisfacerlos, más remotas. Ya ni siquiera se contentaba con un montón de putas encorvándose sobre él. De la autocompasión había pasado al odio extremo. Había empezado a mostrar severos síntomas de depresión aguda, y los primeros rasgos de su nuevo perfil suicida no tardaron en aparecer. ¿Quién quería ser una especie de héroe, un ejemplo de tenacidad y deseos de vivir? No él. No deseaba seguir vivo. Maldecía cada ma-



ñana al reventado pejesapo tizalonio, y a su costumbre perversa de empapar a sus presas con esa saliva cuajada que las mantenía vivas para los tiempos de hambruna. Así lo habían hallado, destrozado y momificado, pero vivo de milagro. Y la noticia había causado sensación. Pavlovsky y su séquito no tardaron en descubrir el negocio fabuloso que representaba. Ser el protagonista de una de las transmisiones multisens favoritas del público ya no lo entusiasmaba tanto como al comienzo.

¿Qué clase de imbéciles quieren experimentar lo que siento? Por Dios. Todos desean saber qué significa ser un pedazo de carne inmóvil, sentirse como un maldito hongo... Es fácil, si luego que te desconectas vuelves a tener tus dos brazos y tus dos piernas, y las bolas te siguen colgando entre ellas...

Aggarth empezó a pedirle a Duchanonn holomems *post mortem*. Era la única manera de morirse que tenía a su alcance. De a ratos. Jodido, dijo el técnico. Demasiado peligroso. Pero no imposible. La guerra perpetua era una fuente inagotable de cuanto pudiera imaginarse. Bastaba con saber dónde y cómo buscar, y cualquier cosa podía encontrarse. El técnico logró comerciar con traficantes que exhumaban chips holomnemónicos escarbando en el asteroide Estigia, el camposanto universal. Esas holomems eran las que necesitaba; las evocaciones de cadáveres putrefactos que podían recabar las sensaciones de la muerte gracias a sus impercederas neuroplacas. Ninguno de los cibérfiles, cuyos cuerpos se deshacían bajo el azulino légamo fermentado, habría podido imaginar que los chips que se habían hecho empotrar en vida seguirían azuzando sus sentidos en la sepultura, ya débiles y amortiguados, pero avivados con una punzada morosa, eterna y sorda. Esta suerte de muerte intermitente estaba salpicada de flashbacks cuya única banda de sonido era el raspar crepitante de los cristales catalizadores de abono que no dejaban de nevar sobre los sepulcros comunales.

Gracias a esos resistentes chips, los enhebrados podían experimentar el crecimiento subterráneo de las uñas y del cabello, que persistían en el vano hábito de lo vivo; o la percepción de gusanos royéndoles el vientre mohoso a los cadáveres...

El asunto podría haber llevado a Duchanonn a la prisión: la Polizei perseguía encarnizadamente ese tipo de contrabando. Pero un ángel guardián parecía velar por los caprichos del tullido. Al parecer, el mismo que evitaba que los guardias de la casona detectaran el compartimiento oculto en el destornillador.

Y así el cazador cazado moría cada semana, para terminar retornando a su miserable existencia luego de unas pocas horas de paz.

El *rating* estallaba. El desesperado deseo de morir de Aggarth Lam era mucho más irresistible que la experiencia multisens de estar dentro de su cuerpo desmembrado, al que sustentaban máquinas infatigables. Los fieles seguidores



de *Cazador cazado* comprobaron que conectarse a él para experimentar la ilusión de ser un cadáver y luego resucitar era algo infinitamente más seductor que sentir picazón en un pie que ya no estaba, y no poder rascarse. Saborear su aguda desesperación y su frustración hacía que muchos comenzaran a reírse de sus tragedias personales. Algunos se compadecían del cazador desgraciado, del personaje legendario que había contribuido con tanto valor a la expansión de Madretierra y pedían para él una muerte clemente, el fin de su tortuosa existencia. Cientos de millones se pronunciaron a favor o en contra de esta alternativa, a través de encuestas multitudinarias que bullían en Neura y en las demás redes. Tizalonia, devenido en una atracción turística, se preparaba a recibir cada año a las numerosas retronaves colmadas de excursionistas que querían contemplar a los monstruosos pejesapos tricéfalos desovando en el lodo.

Ajeno al fenómeno del cual era el epicentro, Aggarth se encerró en sí mismo, donde nadie pudiera darle alcance. Llegaría lo más cerca de la muerte que pudiera, hundiéndose en su propio seno oscuro y solitario. Cuando el dendrax se vaciaba, caía en una especie de trance soporífero. Sólo balbuceaba en presencia de Duchanonn, para suplicarle que lo desenchufara, que lo ahogara con una almohada, que le friera los malditos nervios. Que hiciera algo, por el amor de Dios.

Un día, el técnico dejó de enhebrarlo mientras Aggarth deliraba sin cesar.

Y entonces, los fans que se conectaban a la adictiva angustia del héroe descubrieron maravillados el tema recurrente que inundaba los sueños de su conciencia vegetante. Una vez fue la embestida de una manada de paquidermos rojizos cuya trompa era rematada por una garra de filosos espolones. Luego, una pareja de basiliscos tricornios de Morthunah lo destrozó. En otra ocasión, una furiosa mantis alada le quitó la vida sobre una de las interminables mesetas laskonianas.

El cazador soñaba con su muerte una y otra vez. Una muerte violenta, sanguinaria con fruición. Y un clamor de misericordia empezó a escucharse en todas las ciudades de Madretierra, y en las colonias. Pavlovsky y comparsa tuvieron que aceptar que la gallina estaba empollando el último huevo dorado. Era la hora del fin.

Cierta mañana, Duchanonn despertó a Aggarth.

—Cazador, cazador. Despierta. Hoy es tu día —le palmeó las mejillas con suavidad—. ¡Despierta!

—¿Humm? Ah, Duchanonn, por favor, por favor. Desenchufa toda esta mierda... —El tullido entreabrió los ojos vidriosos, emergiendo del letargo.

—Tengo algo mejor que eso, cazador. Mira.



—¿Qué...? ¿Dónde...?

—Mira al frente. Las bestias. —La pared, ataviada de cabezas inhumanas, empezó a crujir.

—Las bestias.

—¡Vienen a por ti! —La mampostería empezó a rajarse en torno de los cogotes fibrosos. Las bolitas de cristal empezaron a moverse nerviosas en las cuencas, algunas inyectándose de sangre, otras destellando como faros.

—Sí. Vienen.

Unas alas nervudas se desplegaron, cuernos y colmillos relucieron, las lenguas chasquearon como látigos. Las crines se erizaron, las agallas se dilataron, las escamas se crisparon. El caserón tembló bajo la estampida de las fieras revividas. El terror y la furia llameaban en todas las miradas resucitadas, las monoculares, las múltiples, las facetadas.

Aggarth volvió a los viejos y buenos tiempos. Hasta pudo sentir el olor a pólvora y a ozono de las armas. Se preparó para el golpe final. Gritó.

—¡Sí, malditas! ¡Vengan...!

Y aplastaron, y mordieron y laceraron y desgarraron, y envenenaron y quemaron con el fuego de alientos infernales. Por último, lo decapitaron.

Duchanonn retiró el dendrax vacío, mientras los enfermeros abrían la bolsa donde depositaría el cadáver.

—¡Maravilloso, espléndido trabajo el de ese jovencito, Duchanonn! ¿De dónde lo has sacado? —Pavlovsky hablaba sin dejar de mirar su plasmóptico portátil, que revoloteaba en torno de ambos—. ¡Por la Madre! ¡Es un pico de *rating*, viejo, el más elevado de la historia! ¡Maravilloso y espléndido, querido Duchanonn!

—Sí, ese muchacho es un verdadero descubrimiento. Lástima que sea tan inestable...

—Los de su calaña lo son. Casi siempre padecen de trastornos graves. Pero éste es brillante... —Hizo un gesto a una de sus sumisas damas de compañía —¿Tu nombre...?

—Patiño, Luka Patiño, señor Pavlovsky.

—Patiñolukapatiño, contrata a ese jovencito. Jornal mínimo. Sin beneficios extras. Que un médico revise sus nervios, debe ser un enhebrado de los peores. ¡Sintetiza holomems! Pónganlo a perfeccionar las emisiones de *Comunión Sex*:



si la melindrosa de Klaudia Vorak no quiere hacerlo con un supersoldado, que nuestro muchachito sintetice al engendro. O mejor, que la sintetice a ella. Que le haga tetas más grandes y le mejore las piernas. Y ya que está, que la haga aparecer más atrevida con el supersoldado que una ninfómana dentro de un vestidor masculino. ¡Millones de mujeres están pidiéndolo en las encuestas! Quieren saber cómo es tener sexo con los vástagos de la Madre... Ah, y vigílenlo de cerca: alguien con una habilidad tan grande siempre es peligroso ¡Vamos, vamos, Patiñolukapatiño! ¿Qué esperas? —mientras Patiño corría, él volvió a dirigirse a Duchanonn, sin despegar sus ojos del plasmóptico—. Aprende Duchanonn, puesto que ahora estás en el mundo del espectáculo: lo que te hace crecer en este negocio es la celeridad. Los empleaduchos nunca entienden esto.

—¿Y la Polizei? ¿No querrá detener a tu nuevo talento?

—¿La Polizei? ¡Ja! ¡La Polizei! Me harán esa pregunta hasta que me arrojen al limo de Estigia, por la Madre... Querido Duchanonn, aquí va la segunda lección: el gobierno nunca interfiere con las prioridades del espectáculo. De otro modo ya estarías encerrado... Grábate esto: la Polizei sólo está para servir a Neura y las otras redes. ¿No es maravilloso? Sí, lo es. Maravilloso y espléndido.

La retronave funeraria se impulsó en el revés del continuo hasta Estigia, el asteroide-necrópolis. Sobrevoló el lodazal que escupía fuegos fatuos y géiseres. Entre cientos de miles de bolsas, Aggarth Lam fue arrojado a sus bienamadas tinieblas.

Como rindiendo honores póstumos, una nave-robot soltó una lluvia de cristales fermentantes, que arreció sobre el fangal infinito.

© Néstor Darío Figueiras

NÉSTOR DARÍO FIGUEIRAS es argentino y tiene 33 años. Es productor musical y cristiano evangélico. Ganó una mención de honor en la edición 1991 del premio *Más allá* por su cuento *ORGANICASA*. Ganó la segunda mención de honor del Premio Andrómeda edición 2005 con el relato *REUNIÓN DE CONSORCIO*. Editorial Dunken publicó en su antología *LOS ROSTROS Y LAS TRAMAS* su minicuento *LA CAVERNA*. También ha formado parte del Especial Eridano n° 12, con su relato *BENDITA*. Ha publicado en *Necronomicón*, *Axxon*, *Présences d'esprits*, *El navegante*, entre otros.



SECUENCIA

por J.E. Álamo

Hay personas exageradamente metódicas a las que no les gusta salirse de la rutina diaria, ni aún en las situaciones más extravagantes. Esto a veces puede ser el mejor arma contra el enemigo, y es que en la guerra vale todo. ¿Qué no se lo creen? Pues lean esta estupenda ficción de J. E. Álamo.

Dedico estas líneas a quienes más me han ayudado en mis inicios como escritor: Domingo Santos, Juan José Aroz de Espiral y Raúl González de grupo AJEC. Y como no, mi esposa Silvia y mi hija Sarah.

Abrí el bar como todas las mañanas a las siete y media en punto, cuando los primeros parroquianos asomaban desde la calle, en busca del primer café que les llevaría al trabajo o de la primera copa en el trayecto hacia otros bares, que hay de todo: unos madrugan para trabajar y otros para calmar el demonio que les consume. No acostumbro a juzgar a nadie –si acaso darle un toque al que se está pasando porque no quiero borrachos en el local–, pero aparte de eso creo que cada uno se apañe con su conciencia.

La verdad es que no me puedo quejar de mi clientela, son gentes sencillas y me va bien con ellos: el café, el almuerzo, unas cuantas comidas y para acabar, los cubatas después del trabajo. Lo bastante para vivir, sin alardes, pero con holgura. Además, me gusta, no lo cambiaría por otro aunque me prometiesen el doble de ingresos.

Os cuento todo esto por lo que ha ocurrido. Lo normal es que me juzguéis, así que supongo que cuantos más datos tengáis, mejor.

Repito que abrí el bar como cualquier otra mañana y enseguida entraron los primeros cinco o seis habituales con sus buenos días, unos más escuetos con el sueño aun pegado a las legañas, y otros más alertas, los que estaban levantados desde antes que asomara el sol. Cafés, carajillos y alguna copa de coñac o anís.

Tengo mis costumbres; algunos las llamarían manías, como mi mujer, pero, y eso es lo bueno, en el bar mando yo. El café se sirve en taza pequeña, nunca en vaso; el carajillo en vaso, y los licores en copas. Si alguien lo quiere de otra manera, se va a otro bar. Con cada consumición doy un cenicero, salvo que sea un no fumador, y si encuentro ceniza fuera del cenicero, el individuo no será bienvenido a la siguiente. Mis habituales lo saben, eso y más cosas: no se cambian las sillas de mesa, no se mea sin levantar la tapa (reviso el váter



cuando entra alguien nuevo y si está mojada...), no se juega con los palillos ni con las servilletas...

No las llamo manías sino normas de convivencia y sólo obligo a cumplirlas a los que vienen al local. Mi mujer me tiene por maniático, supongo que por eso se ha buscado un amante. Cree que no lo sé, pero claro que lo sé. He tomado medidas. Lo sabréis más adelante.

Charlaba con dos de mis clientes más afines cuando entró el tipo este. Vestía un traje con el que parecía haber dormido una semana y las ojeras subrayaban unos ojos enrojecidos. No era harapiento, por lo menos no uno de largo trayecto. A pesar de las arrugas, se notaba de buena calidad, igual que el calzado aunque desgastados y con los tacones inclinados por el paso irregular de su dueño. Con todo, iba bien afeitado y olía a limpio; tal vez venía de algún hogar de acogida donde pasaba la noche y había aprovechado para asearse antes de salir.

Los nuevos siempre llaman la atención y si tienen el aspecto del recién llegado, más todavía. Se hizo un silencio espeso roto sólo por el impertinente tintineo de la tragaperras y se enarcó más de una ceja, pero nadie comentó nada. El individuo no se dio cuenta de la curiosidad que despertaba –o le importaba muy poco– porque sin preámbulos ni saludos, se abalanzó sobre la barra.

—Una copa, Andrés. Lo de siempre. —Que supiera mi nombre tenía su explicación: El Bar de Andrés lucía encima de la entrada, pero «lo de siempre» me sorprendió.

—¿Lo de siempre? Lo siento, pero no sé qué es «lo de siempre», quizás se ha confundido de bar —observé; ¿estaría borracho? No era muy común a esas horas, aunque tampoco hubiera sido el primero. Me miró a los ojos, los suyos eran oscuros e inquietos, pero no parecían los de un beodo y tampoco olía a alcohol. Me sonrió con desgana.

—¿Volvemos a empezar? —Asintió con la cabeza para sí mismo—. De acuerdo, quiero una copa de güisqui, ya sé que no tienes Cardhu, así que coge la botella de Chivas que tienes bajo la barra.

—No tengo Cardhu, tengo Chivas y la copa no es barata... —lo dije a pesar de que él lo sabía.

—Vale, Andrés, pagaré los tres euros que me vas a cobrar, ¿de acuerdo?

—La copa cuesta tres euros.

Estuve en un tris de pedirle que se marchara, pero tampoco podía echar a alguien porque supiera cosas sobre el bar que sólo conocían los habituales. Fue entonces cuando se me ocurrió que tal vez había visto al tipo un montón



de veces, pero nunca con ese aspecto, que por eso no le reconocía, y porque no era de los que venían todos los días. ¿Era un dominguero? Los domingueros sólo vienen a tomar el aperitivo, por lo general con la familia, y hacen una buena consumición, aunque los críos me ponen nervioso, no paran de corretear, chillar y enredarlo todo. Eso era, un dominguero con problemas. Habría tomado un güisqui algún otro día y sabía dónde guardaba el bueno. Me felicité, sintiéndome hasta cierto punto aliviado, porque el individuo me había puesto nervioso. Tampoco es para tanto, pensé, sírvele el güisqui y terminala.

—Aquí tienes.

Miró la copa y luego a mí, sin tocarla.

—Andrés, sabes bien que no tomo el güisqui en copa.

—Perdona, en vaso largo con dos hielos. —Lo dije sin pensar y cerré la boca; busqué a mi alrededor al otro que había hablado. Mi norma para licores en copa tenía una excepción, el buen güisqui se podía tomar en vaso largo, pero ¿cómo demonios recordaba las costumbres de un tipo que apenas me era familiar?

—¿Ves? Te acuerdas —empujó la copa con un dedo—. Sé bueno y sírveme como me gusta.

Cogí la copa en silencio y vertí su contenido en un vaso largo con dos cubitos de hielo.

Lo has recordado de golpe, eso es todo, me repetía.

Ya, por eso estás nervioso y con ganas de salir disparado ¿verdad? Ése era mi otro yo: el Incordiante, el que disfruta haciendo añicos mis excusas.

Apuró el vaso en menos de lo que se tarda en contarlos y lo dejó encima de la barra con un golpe seco.

—Ponme otro. —Acompañó la frase con un billete de cincuenta—. Sabes cómo, no hace falta que te lo diga, pero puedes no hacerlo.

Lo sabía. ¡Que me aspen, lo sabía! El individuo nunca usaba el mismo vaso. Cogí el primero y lo puse en el fregadero, a continuación tomé un vaso limpio. Me incliné hacia él.

—Aquí está y creo que es suficiente para empezar el día...

—Sí, sí ya sé. Está bien para empezar el día. —Tenía los ojos enrojecidos, más por agotamiento que por el alcohol—. No vengas con lo mismo, Andrés, me



aburres. —Volvió a apurar el vaso con la misma celeridad que el primero—. Ya estamos solos, ¿no crees que podrías hacer un pequeño esfuerzo?

Levanté la vista; en efecto, todos se habían marchado. Entonces el Inconforme hizo sonar las alarmas. *Aquí pasa algo Andrés, se han ido todos y no sólo lo han hecho sin despedirse, ni siquiera han pagado.* No pensaba en el dinero, es que resultaba de lo más extraño; conocía a esa gente desde hacía años y jamás se habían marchado sin pagar, mucho menos sin despedirse.

—Vale, tío —le espeté, con un tono más duro del que era capaz—. Si esto es una broma...



—...no tiene gracia —acabó la frase por mí—. No es ninguna broma, Andrés, no tienes idea de todo lo que ocurre. Nadie se ha marchado sin pagar y sin despedirse como siempre. Ahora hemos entrado otra vez en la secuencia periódica. Has cumplido como un imbécil y aquí volvimos a quedar atrapados. Tú y yo. —Golpeó la barra con el vaso—. Pónteme otro. Yo no me

puedo marchar ni tú tampoco.

Rodeé la barra para asomarme por la puerta. Estaba seguro de encontrarlos a todos afuera, partiéndose de risa; la idea sería de Dionisio, siempre con sus bromitas; esta vez se había pasado.

No pude abrirla, parecía que la hubiesen soldado. Empecé a cabrearme.

—Mira, como broma ha estado bien. Me río, ¡ja, ja, ja! Ahora, más vale que llames a los demás y les digas que desbloqueen la puerta o aquí va a pasar algo gordo.

—No seas estúpido, Andrés, ahora vas a volver a la barra me servirás otro güisqui que yo me tomaré, aunque malditas las ganas que tengo, luego intentarás usar el teléfono.



Joder, pensé, un chiflado. No había leído el periódico ese día aun, pero seguro que el individuo aparecía en primera plana; por eso se habían pirado todos sin decir nada. Sería un loco peligroso de ésos que han cometido un crimen espantoso y luego se van a celebrarlo como si tal cosa. Decidí seguirle la corriente, le serviría el maldito güisqui y desde luego que iba a usar el teléfono.

Me metí tras la barra, procurando mantener la mayor distancia entre los dos; él me miraba de reojo con una media sonrisa.

A estas horas, mis parroquianos debían de haber avisado a la policía.

¿Seguro?, susurró el Incordiante. Lo ignoré. De todas formas, no estaría de más aprovechar lo que el sujeto me había vaticinado.

—Ahora es cuando cojo el teléfono ¿no? —dije en voz alta y firme. Me acerqué al auricular muy despacio, no quería que de pronto saltara sobre mí—. Eso has dicho, ¿verdad? Se supone que ahora hago una llamada.

—No, Andrés, no vas a hacer una llamada. —El tono era cansado y no me miraba. Me detuve; en el fregadero tenía el cuchillo de cortar los limones; siempre y cuando él no tuviese una pistola, me podría defender hasta que llegase la policía... no podía tardar mucho. Seguía convencido de que mis clientes no podían haberme dejado en la estacada.

—No vas a hacer la llamada porque es imposible comunicar con nadie, pero adelante —me invitó con un gesto de la mano—, inténtalo.

No tuvo que repetirlo dos veces; cogí el auricular y me lo puse en la oreja. Nada. No había tono. Joder, me dije, este cabrón ha cortado la línea antes de entrar.

Andrés, estás jodido, me dijo mi querido Incordiante. A ver cómo sales de ésta, chico listo.

Estamos los dos metidos en la mierda, susurré en respuesta, así que menos cachondeo.

Miré al otro, la sonrisa seguía en su rostro.

—Inténtalo ahora con el móvil. Cortar la línea del teléfono, puede ser, pero con el móvil no me puedo meter.

Claro, pensé, el móvil. Me detuve, hay aparatos que distorsionan la señal de un móvil, me lo había contado Miguel, mi cuñado; los usan en los aviones. No iba a caer en la trampa.



—Bueno, ya sé que no lo vas a intentar, así que ponme otro güisqui. De hecho, deja la botella en la barra, tengo que tomarme diez, así que cuanto antes mejor. Por cierto, ahora es cuando piensas que me vendrían bien unas olivas y no te equivocas. —Cerró los ojos—. Pero no las quiero, ¿vale? No pongas las olivas.

Las serví despacio, sin quitarle ojo; ocurría algo muy extraño, había tratado de encender el televisor con el mando a distancia y nada. Lo mismo con la radio. Al mirar a través de la ventana sólo distinguí una bruma lechosa en la que discurrían lentas sombras distorsionadas que parecían ir a cámara lenta. Le acerqué las olivas; eran las rellenas con anchoa, de una buena marca, no sirvo porquerías en el bar.

El hombre parecía a punto de echarse a llorar, pero devoró las olivas como si no hubiera comido en varios días... y se tragó el güisqui de una vez; comenzaba a cabecear, medio borracho. Estuve a punto de retirar la botella pero el Incordiante me detuvo: *no seas imbécil, si se emborracha será más fácil de manejar*, así que la dejé y me puse a fregar los vasos, no soporto verlos sucios.

—¡Qué jodido eres! —exclamó con voz pastosa—. No cambias la rutina así te ahorquen.

No le contesté, no sabía qué decir, y seguí con los vasos; me aferraba a ellos porque me sentía asustado. ¿Qué demonios ocurría?

—¿No te acuerdas de mí, entonces? Vamos, haz un esfuerzo, siempre quedan restos. Tengo la impresión de que el subconsciente es capaz de escapar al tiempo.

Lo miré de arriba abajo mientras me ponía a barrer; lo cierto es que me resultaba algo familiar... ahora. Bueno, había llegado a la conclusión de que era un dominguero, ¿o no? No, no era uno de éstos, era otra cosa, y además a mí no me gustaba, no me gustaba para nada.

El pensamiento me golpeó como un mazo. Hasta ese instante sólo me ponía nervioso, pero de pronto tuve ganas de darle una buena paliza y sacarlo a la calle de una patada en el trasero.

—Ya vas recordando, ¿eh?, lo veo en tus ojos. Ahora me preguntarás de qué va esto, pero no lo hagas ¿de acuerdo? Te lo contaré de todos modos, no hace falta que me preguntes. —Casi suplicaba. Me encogí de hombros.

—¿De qué va esto? —Estuve a punto de llevarme la mano a la boca. ¿Por qué demonios lo había hecho?

Se pasó la mano por el pelo en un gesto resignado.



—Joder, Andrés, ¿tanto te cuesta? —Suspiró, alargó una mano. Le entregué el vaso con dos hielos, sorprendido; lo había preparado sin darme cuenta—. Nos va mucho en el envite, Andrés, a los dos. Si no eres capaz de interrumpir la secuencia, y sólo tú puedes hacerlo, esto jamás acabará.

Tampoco le contesté en esa ocasión, era incapaz de pronunciar palabra alguna. Me puse a limpiar la cafetera, lo hacía siempre después de servir los primeros cafés de la mañana; si dejaba que las manchas de café se secasen, luego era mucho más difícil. Empezó a reírse, sin rastro de humor en la carcajada hueca y con acento desesperado.

—Vamos allá —apuró el vaso—. Van siete, no queda mucho. —Le pasé un nuevo vaso, con gesto mecánico, y cogí el sucio para fregarlo.

—¡Maldito seas! —Se abalanzó sobre mí; pensé que saltaría la barra pero rebotó. No puedo explicarlo de otra manera, no fue exactamente un rebote; en un momento saltaba sobre mí como una fiera, al siguiente se encontraba sentado sobre el taburete, sin aliento. Cogí el cuchillo de los limones.

—Deja el cuchillo, maldita sea. No puedo tocarte, no puedo hacer nada que no haya hecho antes. ¿No lo comprendes? Sólo tú puedes romper la secuencia.

Me guardé el cuchillo en el bolsillo del delantal. ¡Menudo chiflado! Empecé a colocar los platos de café con sus sobres de azúcar sobre la barra, como siempre. Metido en la situación más rara de mi vida, seguía haciendo las cosas de costumbre.

—De acuerdo, lo siento ¿vale? No debería haberlo hecho. —Apuré el vaso. Llevaba ocho; si era cierto lo que había dicho, le quedaban dos. Le serví el noveno; que acabase cuanto antes y se largara.

—Gracias. El noveno y cargo un buen pedal. Ahora es cuando te lo cuento todo. Por cierto, ¿por qué no me pones otro platito de olivas?

Me crucé de brazos y me apoyé sobre la barra a una distancia prudencial.

—No hay olivas, claro —suspiró—. No sé cuánto hace que empezó, perdí la cuenta, aunque de cierta manera para ti fue en el momento cuando entré por la puerta. He venido a hablar contigo sobre Maite.

Di un respingo; Maite es mi mujer, si ese individuo le había hecho algo...

—Maite está bien, no te preocupes...

—Si le has hecho algo a mi mujer... —le espeté, como si no hubiera hablado.



—...me matarás.

—...te mataré. —No me gustaba su manera de anticiparse a lo que iba a decir.

—Tu mujer y yo somos amantes.

No me sorprendió, lo sabía. No me refiero a que supiera que ella tenía un amante, lo sospechaba hacía tiempo; quiero decir que en el momento en que pronunció las palabras supe que era cierto, que ese bebedor de güisqui se ocupaba de ella mientras yo trabajaba en el bar.

Yo quiero a mi mujer, la quiero de verdad, sé que no le dedico el tiempo que debiera y había aceptado de una manera inconsciente el hecho de que tuviera un amante; sin embargo no lo había asimilado hasta que él lo dijo en voz alta. Sentí que lo odiaba con todas mis fuerzas.

—¿Por qué me...?

—¿Por qué te lo cuento? Porque no tengo más opciones que hacerlo. Venía a conocerte, a contarte lo mío con ella; a ella le faltó valor.

Yo tenía la mano en el bolsillo, acariciaba el mango del cuchillo.

—Quiere el divorcio, nos queremos de verdad, no es una simple aventura, pero ha ocurrido algo.

Paladeaba la idea de rebanarle el cuello para que se callase.

—¿Qué sabes de los números periódicos?

Me dejó boquiabierto. ¿A qué demonios venía el cuento ahora?

—¿De qué te estoy hablando?

—¿De qué me estás hablando? —Limpié una mancha de café de la barra.

—Te hablo de unos números que son el resultado de una división y cuyo resultado nunca es exacto; entonces se repite la misma secuencia hasta el infinito. No soy matemático, pero es así, más o menos.

Bebió el noveno vaso y esperó a que le pusiera uno limpio. No pensaba hacerlo.

—El décimo y último, el que me sirves en el vaso usado.

—Oye, ¿por qué no te largas? Estás chiflado ¿sabes? No me creo que andes con Maite...



—Tiene una mancha con forma de luna creciente en la ingle. La llama su luna mora. —Lo soltó de sopetón y noté que se esforzaba por cerrar la boca y no decir nada.

Lo de la luna mora era cierto, sólo si la ves desnuda.

—Volvamos a los números, Andrés. Si divides uno en tres, el resultado es un número periódico, 0,3333333333 y así hasta el infinito.

Asentí sin pensar. ¡Dios como odiaba al tipo!

—Ahora si le añades o restas una unidad al divisor, consigues un resultado redondo. Pongamos un uno por ejemplo: súmale uno al divisor y tendremos uno en cuatro igual a cero coma veinticinco. Réstale uno al divisor, y será uno en dos igual a cero coma cinco. ¿Lo entiendes? Consigues un resultado exacto. ¿Me sigues?

Volví a asentir; no era difícil de entender aunque no sabía a dónde quería llegar.

—Bien, pues el tiempo es un valor numérico, un número al que llamaremos Uno y es el dividendo universal. ¿Cuál es el divisor? El movimiento. Cada uno de nuestros actos actúa como divisor del tiempo. Así cobra sentido, que en realidad no es que más que una carretera a la que los viajeros damos sentido. En muchas ocasiones provocamos la aparición de un continuo temporal periódico, es decir un bucle que no tiene fin. —Me miró, las cejas levantadas—. ¿Ahora puedes recordarlo?

No podía asegurar que lo recordara; era otra la sensación, era más bien destapar vivencias.

—Sigue, no sé de qué vas, pero sigue.

Apenas le quedaba un culo de líquido en el vaso. Jugeteaba con él sin apurarlo.

—Hasta donde puedo entender, la aparición de los bucles no es un hecho raro, y cuando ocurre, la secuencia temporal se repite sólo hasta que se añade esa cantidad al divisor que produce un resultado redondo. Entonces la secuencia se cierra y el tiempo regresa a su estado inicial, y espera la siguiente acción. Lo que siempre modifica el tiempo es el movimiento, porque el tiempo es invariable, aunque muchos creen lo contrario. He pensado mucho en todo eso, aun así hay cosas que me vienen a la cabeza como si... —se detuvo y se pasó la mano por la boca—. No sé explicarlo, pero eso es lo que hay.

Parecía recitar un parlamento repetido hasta la saciedad.



—Cuando entré aquí la primera vez, tú iniciaste un continuo periódico, un bucle, y quedé atrapado contigo. En circunstancias normales, sólo habría que añadir esa mínima cantidad para romper la secuencia. El problema es que eres tan metódico que repites una y otra vez los mismos movimientos. Ni la más pequeña variación. Mira, ahora sientes picazón en el brazo. Bastaría con que no te rascases para interrumpir este infierno... —Me miró ansioso. Por supuesto, me rasqué. Agachó la cabeza, abatido—. Andrés, joder, estamos metidos en un follón que sólo tú puedes acabar. No queda mucho. Mira, ahora me levantaré y me marcharé. Basta con que no te despidas con la mano ¿vale? No me digas adiós.

Casi me daba lástima. Se levantó tambaleante tras apurar el resto del vaso.

—¿Por qué no rompes tú la secuencia?

Se detuvo; era lógico, esperaba la pregunta.

—No puedo hacerlo, Andrés, es *tu* secuencia. Apenas soy un pasajero cautivo, aquí contigo. Estoy condenado a repetir mi visita una y otra vez hasta que cambies algo. Tú también lo estás. ¿No quieres recuperar tu vida?

—Sí —repuse con lentitud—, claro que quiero. —Algo pugnaba por hacerse oír desde el fondo de mi mente. No era el Incordiante, ése llevaba un buen rato calladito.

—Entonces no te despidas, bastará con eso. —Se levantó, caminó hacia la puerta. Podía ver que la bruma aclaraba y que los contornos de las sombras adquirían definición—. Los dos quedaremos libres, Andrés, acabemos de una buena vez. —Tenía la mano sobre el tirador.

Observé su aspecto desaliñado. ¿Cuánto tiempo llevábamos en esto? Entonces caí en la cuenta. ¡No era una cuestión que nos afectara a los dos de la misma forma! En realidad el tiempo sí transcurría para mí, a velocidad normal, por decir. ¡El individuo estaba mintiendo! Yo no estaba atrapado, él sí. De alguna manera, el tiempo volaba para él, por eso se veía tan mal. Todo él, ropa incluida, se desgastaba... no envejecía sino que se deterioraba. Yo, sin embargo, me mantenía en perfecto estado. Claro que no me seducía seguir con esto para siempre; había que terminarlo de algún modo. Lo que tenía que hacer era...

—Adiós, que tengas un buen día —y agité la mano, como siempre.

Todo comenzó a desvanecerse mientras él gritaba, derrumbándose. Ya he dicho que amo a mi mujer; quiero recuperarla y a mi vida, lo único que tengo que hacer es esperar. Un hombre no sobrevive mucho con un plato de olivas al día y diez güisquis ¿verdad?



Abrí el bar como todas las mañanas a las siete y media en punto...

© J.E. Álamo

J. E. ÁLAMO nació en Leamington Spa, Inglaterra. Su primera afición fue la lectura del fantástico y el terror. Se inició en la escritura a los 43 años y ha publicado electrónicamente en Aurora Biztine, Alfa Eridiani, Siete Calderos Mágicos, NGC 3660, miNatura, etc. En papel publicó MI DIARIO que apareció en la antología de Domingo Santos FRAGMENTOS DE FUTURO editada por Espiral y la novela corta El Enviado ha sido publicada por AJEC. Además, EL ANGEL resultó finalista en el certamen de relato breve convocado durante la Semana de La Monstrua, Guadalajara, México. Y su relato LOS NIÑOS consiguió el premio a la Popularidad en el certamen de relato breve de miNatura.

PULP SCIENCE FICTION: NIK

por Guayec Perdomo

Qué pasa después del fin? ¿Qué sucede cuando nos vemos forzados a vivir en un entorno diferente al habitual? Esta es la historia de Nik Tirma, un hombre transformado en sobreviviente de un mundo donde los días se tornan en juegos de azar y la vida en simple moneda de cambio, y en el que el dolor, la escasez y la violencia enmarcan una existencia cuya ley fundamental se resume en la frase: «Todo, aún la compañía, tiene un precio que debe pagarse».

Quiero agradecer profundamente al equipo de Eridiani por la revisión de estilo, la corrección y la publicación del siguiente relato postapocalíptico.

Nik sabía que ya iba siendo hora de salir a cazar algo. Los restos del último saqueo eran un triste recordatorio de lo mal que estaban las cosas. Entre él y la mujer que mantenía encadenada en la habitación del segundo piso, ya habían repasado tres o cuatro veces todas las bolsas, las latas y las botellas recolectadas durante la última semana.

Nik odiaba salir. No le asustaba tanto ser atrapado y comido vivo por las arañas como regresar y encontrar su casa invadida por algún otro sobreviviente. Era un buen lugar para vivir: espacioso y resistente, cómodo y bien ubicado, fácil de defender contra un saqueador solitario como él mismo. Si alguien más llegaba en su ausencia y se declaraba nuevo propietario, Nik no tendría otra opción que alejarse con el rabo entre las piernas. Tal vez incluso dormir a la intemperie por algunos días.



© Pat Mc Dougall



Además, estaba la mujer. Encontrar compañía era muy difícil; del sexo opuesto, atractiva y manejable, era casi imposible. Si la chica se ponía a gritar cuando él saliera a buscar alimento, como la vez anterior, podía llamar la atención de alguno de la media docena de sobrevivientes de aquella parte de la ciudad. Tendría que amordazarla, y eso la enfurecería, levantando otra barrera entre ellos y dificultando aún más los deseos de Nik de entablar una relación amistosa.

Más allá de la primera noche que pasaron juntos, Nik no lograba disfrutar del sexo tanto como quería. Estaba claro que ella lo consideraba una violación y por eso lo despreciaba. Pero Nik era quien arriesgaba el cuello cada vez que salía a recorrer las calles llenas de escombros a buscar comida. Ella no hacía nada, sólo pasaba los días dando vueltas en su habitación como un perro, leyendo o pretendiendo leer los libros que él encontraba.

A Nik le hubiera gustado dejarla libre; podría defender la casa mientras él cazaba, y luego preparar un estofado caliente con la carne de las ratas y los gatos, o unos muslos de paloma asados. Después le leería una novela junto al fuego, aunque él no entendiera una sola palabra. Al anoecer se acostarían, y ella gemiría de placer en vez de apartar la mirada y apretar los labios mientras la penetraba.

Ojalá pudiera confiar en ella, pero sabía muy bien que si la soltaba, la muchacha huiría o traería el peligro y era muy probable que tratara de matarlo ella misma. Era mejor no arriesgarse por el momento.

Subió hasta el segundo piso; abrió la puerta de la habitación con cuidado y esquivó la patada que la mujer le lanzó al rostro. Después de forcejear un rato, consiguió inmovilizarla en el suelo. Le ató las manos lo más suave que pudo, y luego la amordazó, con la precaución de no perder un dedo entre los hermosos y afilados dientes de la joven. Nik le calculaba unos veinticinco años. No hablaba su idioma, así que no sabía mucho de ella.

—Volveré pronto —le dijo—. No intentes nada estúpido, ¿de acuerdo? —La chica le echó una mirada furiosa, una mirada de ésas hubiera sido suficiente para matar a una rata de dos kilos, y Nik volvió a evaluar



© Pat Mc Dougall



la posibilidad de llevarla con él. Pero se pasó la lengua por la dentadura y notó un par de huecos recientes, resultado de una pelea especialmente intensa, y decidió que mejor no lo haría.

Bajó al primer piso y se dispuso a salir. Afuera llovía, por una parte era bueno porque no tendría que preocuparse por las arañas, pero por otra era malo porque aumentaba las posibilidades de toparse con otros saqueadores. Cualquiera que lograra sobrevivir tanto tiempo habría aprendido una o dos cosas sobre los extraterrestres. Dos de las más importantes eran: el fuego no les hacía ningún daño, y detestaban el agua.

Salió empuñando la katana como si fuera un bate de baseball. En realidad era poco más que un tubo de hierro aplastado. La compró en un local chino o coreano, no lo recordaba. No era una espada sagrada capaz de cortar los cuerpos apilados de tres o cuatro prisioneros. No tenía ninguna inscripción, ni fue forjada como una katana de verdad. Era sólo una larga y oxidada hoja que tenía punta y pesaba lo suficiente para intimidar a cualquiera que se acercara.

También llevaba un casco de motociclista. Le impedía un poco la visión, pero no tanto como la lluvia, y además le daba una ligera sensación de seguridad. No estaba seguro de si el casco detendría la bala de un francotirador, pero era mejor que ir por ahí con la cabeza al descubierto.

El resto del equipo era el usual. Vestía el uniforme de campaña que le quitara al cadáver de un militar. Lo mejor eran las botas, impermeables y con suelas todoterreno, aunque le quedaban un poco grandes y tuvo que ponerse tres pares de calcetines para mantenerlas en su sitio. Llevaba un cuchillo de monte, unos alicates, guantes para la nieve, una caja de fósforos, una linterna, unas cuantas pilas medio agotadas, una botella de dos litros llena con agua de lluvia recién recolectada, ocho metros de cuerda de escalada y un botiquín bastante patético consistente en un rollo de gasa, algo de algodón, un poco de alcohol, aguja e hilo.

Por último, bien enfundada bajo la chaqueta, podía sentir el peso reconfortante y peligroso de una beretta, en cuyo vientre quedaban aún siete relucientes y hambrientas balas de nueve milímetros.

Además de la casa, la mujer y una caja de herramientas oculta en la insertable nevera, lo que llevaba encima era todo el patrimonio de Nik Tirma. Lo cosechó con paciencia a lo largo de los siete meses que transcurrieron desde la llegada de las arañas. Primero, mientras la gente saqueaba los supermercados y el ejército combatía a los invasores, Nik robó las tiendas de caza, pesca y deportes. Eso le permitió apañárselas bien durante las primeras semanas, oculto en los bosques y los campos de sembradío mientras el combate se concentraba en las ciudades.



Luego los sobrevivientes empezaron a abandonar sus casas para huir a las afueras, y Nik aprovechó el momento para regresar a las calles de la ciudad y revisar las ferreterías y las farmacias. En aquellos primeros días todavía podía encontrarse algo de comida fresca si uno buscaba bien. Vegetal, casi todo. La carne sólo empezó a abundar cuando las ratas y los perros se agruparon para llevar a cabo su propia, sangrienta y vengativa invasión.

A veces Nik encontraba el cadáver fresco de otra persona, o incluso un moribundo desahuciado. Pero pese a la adversidad, todavía no era un caníbal. Pensaba que cuando se acabara la comida en la ciudad volvería al campo, donde sin duda sería más complicado hallar un lugar seco y caliente, pero donde habría árboles frutales, huevos y tal vez alguna vaca. Después de todo, las arañas no parecían atacar a los animales, así que debía de haber un montón de ovejas, cerdos y caballos sueltos, listos para ser desollados, trozados y cocinados.

Uno de los peores problemas de combinar el hambre con la soledad es que uno se pierde en ensoñaciones estúpidas. Nik a menudo podía pasar horas pensando en la manera adecuada de despellejar una vaca, o en el apropiado mantenimiento del rifle necesario para matarla de un solo tiro, o dónde conseguir una mira telescópica o un silenciador, o cómo almacenar quinientos kilos de carne y evitar la descomposición. Eran pensamientos estúpidos porque Nik ni tenía un rifle ni sabía nada sobre la conservación de los alimentos.

Sentarse a pensar cuando uno está en la oscuridad protectora de cuatro gruesas paredes y dos resistentes techos, no es algo que Nik se reprocharía. Pero ponerse a soñar despierto mientras merodea entre las ruinas de una ciudad abandonada, buscando una comida que puede saltarte al cuello en cualquier momento, y tratando de evitar toparte con alguien tan nervioso y desconfiado como tú...

Nik notó el movimiento demasiado tarde. Si lo hubieran atacado con un pedazo de cañería o un bate de madera, el casco hubiera amortiguado el golpe lo suficiente para permitirle contraatacar o, al menos, defenderse. Pero usaron la parte posterior de un hacha bastante grande, así que lo mejor que pudo hacer el casco fue romperse como un huevo y evitar que a la cabeza de Nik le pasara lo mismo. Pese a todo, cayó inconsciente entre los escombros. Cuando despertó estaba en calzoncillos. Una rata del tamaño de un canguro lo observaba, evaluando las dificultades que podrían presentarse si lo mataba sin ayuda. Nik sabía que lo atacaría. Buscó entre la suciedad hasta que sus dedos aferraron algo con forma de garrote, y lo alzó a modo de advertencia. La rata pareció hacer una mueca de desconcierto, como si dijera «¿de veras pretendes asustarme con eso?». Eso era parte del eje delantero de un Citroën. El monstruoso roedor dio dos pasos y quedó a un metro de Nik, que no sabía si tiritaba de frío o de miedo; con seguridad, ambos.



No tenía miedo de la rata. El animal moriría en el duelo o escaparía sin un rasguño. Seguía siendo sólo una bestia horrible, enorme y grotesca. El problema era que no tenía modo alguno para tratar la infección que le provocaría una mordida o un rasguño. Aquellos dientes amarillos serían sin duda la causa de una muerte lenta y estúpida, provocada por la rabia, la gangrena o cualquier otra tonta enfermedad tercermundista. En aquel momento, claro, todo el planeta era tercermundista.

Sin embargo, justo antes de saltar y hundir sus afilados incisivos en la carne de Nik, la rata levantó la cabeza y husmeó el aire. Luego echó una última mirada despectiva al hombre que hubiera sido la cena de su manada, y huyó saltando entre las montañas de basura. Nik sabía que las cosas acababan de empeorar.

Cuando la gente huyó de las ciudades, los que tenían un perro como mascota lo dejaron dentro de la casa, con comida y agua suficiente para dos semanas. La mayoría esperaba que para ese entonces el ejército consiguiera exterminar o expulsar a los invasores. Mientras, los perros cuidarían de las posesiones más pesadas o voluminosas, que sus dueños se llevaron consigo a las afueras. Mucho antes de las dos semanas, empezaron los saqueos. A menudo los ladrones se encontraban con peludas y desagradables sorpresas babeantes y llenas de colmillos, y los que alcanzaban a escapar de las fauces guardianas olvidaban cerrar las puertas y ventanas de las casas violentadas, de tal forma que una buena cantidad de hambrientos asesinos caninos salieron a las calles en busca de alimento. Allí se unieron a la ya enorme población de perros callejeros, y formaron jaurías de entre diez y treinta individuos, casi siempre guiados por un ejemplar de raza, musculoso, sicótico y entrenado por sus antiguos amos para descuartizar a cualquier intruso. Dado que su territorio era toda la ciudad, esos perros consideraban intruso a cualquiera que encontraran en la calle.

El primero que encontró a Nik era un explorador. No era un perro voluminoso (apenas del tamaño de la rata recién desaparecida), ni parecía peligroso. Tenía un cuerpo raquítico y una cabeza demasiado grande, con gigantescos ojos protuberantes a cada lado, como los de un chihuahua. Nik no perdió el tiempo observando los detalles. Empezó a correr como un loco entre los restos de automóviles y los vidrios rotos. El rastro de sangre que iba dejando no le preocupaba: estaba perdido de todas formas. El explorador empezó a ladrar, avisando al resto de la manada, y a lo lejos escuchó un murmullo gutural coronado de vez en cuando por un aullido.

Estaba en una zona suburbana; unas pocas casas de más de un piso, no hubiera tenido ningún sentido buscar refugio en ninguna de ellas; tarde o temprano los perros derribarían la puerta o romperían las ventanas, en caso de que hubiera puertas que derribar y ventanas que romper. Nik se estaba resignando a pasar sus últimas horas subido a un cerezo cuando vio su salvación.



Surgió de la nada al doblar una esquina. Amarillo y brillante como un sol rectangular o un lingote de oro gigante, el autobús escolar parecía lo bastante alto para impedir la escalada de cualquier mamífero cuadrúpedo, excepto tal vez una cabra montesa. Corrió hacia él sintiendo el jadeo de las gargantas y el chasquido de las mandíbulas cada vez más cerca. Se metió en el autobús y no perdió el tiempo tratando de cerrar la puerta. De todas formas hubiera sido imposible, el cadáver descompuesto de una linda quinceañera ocupaba, por partes, casi toda la escalerilla. Salió al capó por el parabrisas roto, se cortó los dedos, y de allí trepó al techo oxidado y resbaladizo por la lluvia y el moho.

En calzoncillos y sangrando por un millón de cortes que podría haberse causado afeitándose borracho, observó llegar a la jauría del infierno. Contó diecinueve perros. El líder era básicamente la versión reducida de un búfalo. Aun a aquella distancia y bajo la lluvia, Nik podía ver con claridad las gruesas cuerdas de músculo temblar bajo la piel, como si en realidad el perro estuviera lleno de furiosos mirmidones dispuestos a convertir Troya en cenizas. No babeaba como casi todo el resto de la manada, ni tenía la expresión idiota y ausente de la pareja de pastores ingleses que parecían ser sus segundos al mando. Tampoco daba saltitos histéricos como los mestizos flacuchentos que llenaban la calle con sus alaridos. Aquel perro, que en realidad era una perra, un magnífico ejemplar de pitbull, no necesitaba babear, ladrar, gruñir o morder a nadie para que el resto le rindiera pleitesía. Ningún otro animal se acercaba nunca a más de un metro de ella. Su postura era un espasmo continuo, una advertencia, una afrenta contra las leyes naturales que rigen la contracción muscular. La perra no lo miraba directamente (con seguridad no lo consideraba digno de ello), pero estaba claro que sabía que él estaba allí. En cierto modo, eso era aún peor.

De repente, pasó a la acción. Un momento estaba inmóvil y al siguiente, junto a la rueda delantera del autobús. Nik no supo si saltó, si aprovechó el instante en que él parpadeó, o si detuvo el tiempo y se dio un lento paseo hasta la puerta del vehículo. Después de todo, era difícil imaginar cómo podrían moverse los huesos de aquel mastodonte, dado que cada articulación debía estar rodeada por varios kilos de tendones, músculos y acero.

El animal se metió al autobús y, casi al instante, volvió a salir por el parabrisas. Todavía le costó un poco llegar al techo, tiempo que Nik aprovechó para planear una estrategia. Estaba claro que no saldría entero, pero en su lista de prioridades salir vivo era más importante.

Cuando el can del infierno saltó, Nik le entregó el antebrazo izquierdo sin pensarlo dos veces. Los colmillos atravesaron la piel como si fuera una fruta podrida. Nik oyó el hueso partirse antes incluso de sentir el dolor. Por un segundo, creyó desvanecerse. Su mirada se nubló y su cabeza dio vueltas, como cuando uno se pone de pie demasiado rápido después de ayunar acostado durante tres días. Luego, el dolor superó la escala, alejándose tanto del umbral



que desapareció tras un horizonte de insensibilidad. Los dedos de su mano izquierda colgaban flácidos, y las astillas del radio se peleaban con las del cúbito en una cruel competencia por desgarrar las arterias.

Pero Nik no pensaba en su brazo roto ni en morir desangrado. No intentó alzar o derribar a la perra, que pesaba más o menos lo mismo que él. Atacó directamente la nariz y los ojos. Primero le reventó el ojo izquierdo. Necesitó un par de puñetazos y se hizo bastante daño al estrellar los nudillos contra el cráneo de hierro del can, pero al final lo logró.

No fue suficiente. Esos perros fueron inventados por alguna malévola divinidad que odiaba a los toros, y estaban hechos para permanecer por horas anclados a los gruesos cuellos de bestias mucho más grandes, peligrosas y resistentes que Nik Tirma. Así que le metió el pulgar en la nariz y empujó con todas sus fuerzas, que no eran muchas, más toda su rabia y su frustración, que era bastante, y con ayuda de la adrenalina que secreta toda criatura antes de morir, le arrancó el sanguinolento hocico al animal, que soltó su presa con un alarido.

Nik no era un sobreviviente novato, así que no bajó la guardia. Continuó esgrimiendo su brazo deshecho como un escudo, por si acaso el animal volvía a la carga, pero no lo hizo. Se revolcó y se contorsionó y al final cayó al suelo, donde no pasó mucho tiempo antes de que el resto de la jauría la rebajara de la posición de líder a la de comida. Fue una buena rival por algunos minutos, y le sacó un buen pedazo de cara a uno de los pastores ingleses, pero al final resultó vencida, descuartizada y devorada por sus antiguos camaradas.

Nik Tirma no vio nada de eso porque huía.

Casi desnudo y con el brazo izquierdo convertido en un espinoso muñón irreconocible, se las arregló para descolgarse del autobús usando un cable del alumbrado público. Empleando el inservible vehículo como una enclenque barrera amarilla, Nik se alejó dejando un rastro rojo oscuro entre los escombros. Su piel se veía más pálida de lo habitual, y sus labios comenzaban a ponerse azules por la gélida lluvia y la pérdida de sangre.

Al menos la cercanía de la manada asesina mantendría alejadas a las ratas y a cualquier merodeador humano. Las arañas no serían un problema mientras siguiera lloviendo, así que Nik sólo tenía que llegar a algún lugar seguro antes de que la musculosa pitbull hubiera sido digerida por su jauría rebelde, es decir, unos cinco minutos.

Eso si conseguía mantenerse en pie los cuatro minutos y cincuenta y nueve segundos precedentes.



No había perdido del todo la orientación, y sabía que su propia casa debía encontrarse en un radio de dos o tres cuadras. Encontró una pequeña vivienda vacía en cuyo descuidado jardín se alzaba el esqueleto de un manzano. Expe-
liendo chorros de sangre semejantes al surtidor de agua en el lomo de una ba-
llena, trepó por el tronco y alcanzó el techo. Allí, visto que no contaba con nada
más, se quitó los calzoncillos e improvisó un torniquete que selló temporalmen-
te la herida. Luego, se desmayó.

Despertó por dos razones. Por una parte, sentía una incomodidad creciente
en el brazo izquierdo. Cuando abrió los ojos descubrió que no se trataba del
previsible adormecimiento o cosquilleo de una extremidad muerta e hinchada.
Un enorme y horrendo gallinazo le picoteaba los tendones seccionados, y cada
vez que arrancaba un pedazo de músculo, todo el antebrazo se alzaba unos
centímetros y volvía a caer sobre las láminas de cinc.

Nik era un sobreviviente, no espantó al pájaro enseguida, le dejó saborear
su carne un poco más mientras movía lentamente el brazo derecho y se prepa-
raba para atrapar al pequeño buitre. Cuando el negro saco de plumas volvió a
sumergirse en la maraña de arterias, venas, tendones y huesos, Nik pasó a la
acción, y en menos de diez segundos le partió el cuello a su cena. O lo que se-
ría su cena si llegaba vivo a casa, porque la otra razón para despertar era la
sensación de que faltaba algo. El continuo tamborileo del agua sobre los teja-
dos había desaparecido.

Ya no llovía, y en algún lugar detrás de la capa de nubes grises el sol empe-
zaba a esconderse tras el horizonte.

Tenía que apresurarse, y no desperdiciar la poca luz que quedaba. Desde el
tejado en que se encontraba observó el perfil de las calles circundantes. No fue
difícil localizar su refugio: sus dos pisos sobresalían en el pequeño océano de
casas chatas y destartaladas. Lanzó el gallinazo al lodo del patio trasero y, tras
ajustarse el torniquete, se descolgó por el manzano muerto, tiritando y usando
una sola mano.

Pudo recorrer sin inconvenientes (más allá de estar desnudo, empapado y
al borde de la muerte) las pocas decenas de metros que lo separaban de su for-
taleza. Por lo general, las arañas salían al anochecer, de modo que no era raro
que el resto de los sobrevivientes, ratas, perros y personas, prefirieran perma-
necer ocultos en sus respectivas madrigueras, cubiles y cuchitriles. Por un ins-
tante, al doblar una esquina, Nik tuvo la impresión de ver desaparecer por una
ventana la pata negra y quitinosa de un extraterrestre. La poca sangre que le
quedaba se le heló en las venas. Apresuró el paso y sólo al perder de vista la
calle se permitió volver a respirar. La cabeza le latía como si contuviera el cora-
zón en lugar del cerebro. A medida que se acercaba a la seguridad del hogar
todo empezaba a dolerle más y más.



Medio muerto, se metió en el túnel de escombros que era la entrada a su guarida. Tuvo que esforzarse hasta lo indecible para apartar la lavadora que hacía las veces de puerta, pero después de un rato y la pérdida de unos decilitros de sangre lo consiguió.

Estaba tan agotado que ni siquiera le sorprendió ver a la mujer en el primer piso, libre de sus ataduras y armada con un martillo.

Apenas sintió el golpe que le destrozó el cráneo.

© *Guayec Perdomo*

GUAYEC PERDOMO MARTÍN nació en Las Palmas de Gran Canaria (España), vivió 15 años en Valdivia (Chile) y actualmente reside en Santiago (Chile), donde todos los días mira al cielo anhelando un meteorito. Es bioquímico, ha asesinado numerosas ratas en el nombre de la ciencia y no ha publicado nada, pero cada cierto tiempo estampa algo en sus innumerables blogs.



EL CHICO COHETE.

por Paul McAuley

Traducción Albino Hernández Pentón.

¿En qué medida corrompe el poder? ¿Seríamos capaces de dominarlo de algún modo? El poder siempre exige su tributo, aún más si es impuesto a la fuerza ¿Cómo se mantiene? Ejerciendo de la manera más clara posible, ganando más poder a medida que se sube, eliminando a los posibles rivales. El texto de Paul McAuley nos adentra en este mundo cruel y nos hace sentir como necesarias las acciones del Chico Cohete, para darnos cuenta al final de la perversión creada. ¿Es justificable su proceder? ¿Vale todo? Juzguen ustedes y aplíquenlo a casos más cercanos, verán que hay muchos chicos cohete pululando por ahí. Yo no tiraré la primera piedra... a no ser en defensa propia.

El chico cohete vivía debajo del nudo de cintas de hormigón armado donde el camino desde el astropuerto se unía con la carretera de circunvalación que rodeaba la ciudad. Había hecho una especie de nido en una alta repisa debajo de una rampa de entrada, y aunque el sonido del tráfico retumbaba día y noche sobre su cabeza, era tan acogedor y seguro como ningún otro lugar en la calle porque sólo podía ser alcanzado metiéndose a través de algo como una estacada de columnas anchas y muy cercanas. Aun así, el muchacho sujetaba un cuchillo que había improvisado del cuello roto de una botella, mientras dormía en su nido de virutas de empaques, mantas de caridad y cartulinas. La primera lección que aprendió en la calle era que uno necesitaba llevar un arma consigo todo el tiempo.

En el empalme, la repisa se dividía en dos por unos rodillos de expansión entre la rampa y el camino. El viejo que vivía al otro lado fue funcionario superior antes de la guerra. Lo arrestaron y torturaron después de que el enemigo tomara la ciudad, y permaneció dos años en confinamiento solitario antes de ser liberado y descubrir que su familia había muerto cuando un canalla misil crucero niveló su vecindad. Él y el chico cohete habían llegado de inmediato a un acuerdo. El viejo cuidaba el nido del muchacho mientras éste vendía cigarrillos en la calle; el chico cohete le traía al viejo perros calientes y sopa de los trabajadores de la caridad que visitaban la intersección cada noche para distribuir alimento gratis y mantas a la gente que habitaba allí.

Más de doscientas personas vivían entre las columnas de soporte y las pronunciadas rampas de hormigón debajo de la intersección, en viejos coches, cajas de cartón, y toscas chozas construidas con anticuados carros de compras, jergones y láminas de plástico atadas con cordel y alambre eléctrico. Algunos eran refugiados y huérfanos de guerra como el chico cohete; o los huérfanos de la ciudad, salvajes fugitivos de ojos duros; otros eran hombres y mujeres envejecidos antes de tiempo por el alcohol, las drogas, y la locura. También había



una pequeña manada de carros de compras y de otras pequeñas tanquetas que vagaban por el bombardeado sector industrial hacia el oeste. Permanecían todo el día parados bajo el sol para que éste recargara sus baterías putrefactas, y en la noche rodaban por allí en un vano intento de ser útiles, y sobre todo estorbando, como mascotas enfermas que nadie tiene el corazón de sacrificar.

El perímetro del espacio-puerto se encontraba a sólo una milla de la intersección. Una o dos veces por semana, un pesado propulsor despegaba de uno de los enormes hoyos de bombardeo, sacudía la tierra y rajaba el cielo con un largo trueno. Los locos corrían a su alrededor, se golpeaban las cabezas y se rasgaban las ropas; los carros y las tanquetas también se perturbaban, corrían alrededor en círculos como insectos expuestos de repente a la luz. En las noches, al chico cohete le gustaba sentarse en un terraplén que dominaba el astropuerto para observar los aviones a reacción comunes y las lanzaderas tierra-órbita que planeaban a través de las blancas columnas de los reflectores hacia las rutas de escape señaladas por millas de cadenas de luces rojas y verdes. De vez en cuando, había un lanzamiento nocturno, la nave espacial pequeña y puntiaguda se elevaba entre rayos cruzados mientras producía nubes de vapor y fuego, al principio con esfuerzo, y después aceleraba en una curva ascendente; una lanza de fuego que se reducía en el cielo estrellado. El chico cohete observaba su partida con un anhelo crudo que dolía como una herida fresca, mientras la tierra bajo sus pies palpitaba con el trueno de los motores.

Tenía dieciséis años, y vivía en las calles desde casi dos años atrás. Al principio, se llamó a sí mismo Vigo, como el héroe de un cómic que leía poco antes de la guerra, cuando todavía era un niño, y aun tenía una familia y un futuro. Pero pronto descubrió que en la calle nada, ni siquiera tu nombre, te pertenece. El matón joven a cargo de la cuadrilla de vendedores callejeros comenzó a llamarlo chico cohete por su anormal fascinación con el astropuerto, y porque era el nombre de la marca de cigarrillos que vendía sueltos en la intersección de la 4ta Avenida e Industria, y el nombre se le había pegado.



El chico cohete trabajaba desde el amanecer hasta la noche siete días a la semana. Vendía cigarrillos Rocket Boy a hombres y mujeres que trabajaban en las fábricas y almacenes. El tiempo transcurría de una manera peculiar en la calle. Los días parecían interminables, porque cada uno era igual al anterior; las semanas y los meses se deslizaban como vehículos que fluyen a lo largo de una autopista. En invierno, el polvo soplaba desde el norte y envolvía a la ciudad en un palio amarillo. En verano, bandadas de noctids bajaban en picada a



través del aire nocturno tras los insectos, y los habitantes de la pequeña ciudad de casetas bajo la intersección los golpeaban con palos o boleadoras hechas con piedras y alambre, y hervían sus alas para hacer una sopa gomosa.

Una noche de verano, en el medio de una larga ola de calor, el chico cohete desistió de dormir y se sentó arriba en el terraplén. Observaba las temblorosas luces del astropuerto a través de kilómetros de pozos de bombardeo, pistas de aterrizaje y plataformas de hormigón, cuando un vehículo frenó en alguna parte sobre él, un chillido resbaloso, un fragor de bocinas. Mientras el muchacho se ponía en pie, un hombre saltó la barrera de seguridad, se deslizó hacia abajo sobre el seco terraplén, y le preguntó si conocía un lugar donde ocultarse. Era más alto y flaco que cualquier persona que hubiera visto, con la piel marrón oscura, y el pelo negro engrasado detrás de un perfil de halcón. Usaba pesadas botas con hebillas y correas de acero, pantalones vaqueros asquerosos, y una chaqueta de dril de algodón con muchas cremalleras y sujetadores. Un pequeño bolso de cuero colgaba de su espalda. Tenía una toma estilo gold-socket sobre una de sus orejas, y ocultaba sus ojos bajo lentes de datos que, sin expresión, reflejaban los restos de la luz que moría en el cielo. Un momento después, el chico cohete oyó el gemido de las sirenas y unas luces azules giratorias barrieron la noche al pasar la circunvalación.

—Nos metimos en un pequeño problema —dijo el hombre—. Mi compañero los conducirá a una buena y vieja persecución, pero lo cogerán muy pronto, y tendrá que decirles donde salté, así que ahora necesito un lugar donde mantenerme oculto. Sólo por unas horas, hasta que los trabajadores de mantenimiento cambien de turno, y pueda colarme en el puerto. Ayúdame, y te daré lo que desee tu corazón.

El chico cohete sabía que el hombre significaba problemas, pero también sabía que era uno de los espaciales que viajaba entre mundos repletos de maravillas más allá de cualquier medida o comprensión a los que ansiaba viajar con desesperación, y lo condujo a la intersección, a través del cerrado laberinto de pilares, hacia su nido. El hombre lo declaró un refugio ideal, tomó un trago de güisqui de una botella plana, y pronto quedó dormido. El chico cohete, con cientos de preguntas en su cabeza, se sentó en la oscuridad, rodilla contra rodilla de su extraño huésped, atento a las sirenas de la policía, y también se durmió.

Despertó cuando el espacial despertó. Eran las tres o cuatro de la mañana, y aún no amanecía. El tráfico en la circunvalación era tan escaso como siempre. El chico cohete llevó al espacial, cuyo nombre era Arpad, a la solitaria boca de incendios que proveía de agua a todos los que vivían bajo la intersección, y luego caminó junto a él a lo largo de la avenida Industria hacia la parada de autobús en la encrucijada. Arpad le dijo que él era de la Tierra, como la mayor parte de la raza humana; dijo que según el reloj universal tenía setecientos cincuenta años, década más o menos, pero que la mayor parte era tiempo



comprimido; dijo que había visitado la mayoría de los mundos humanos, y que éste era el más deprimente que jamás viera.

—Por supuesto, acaban de tener una revolución, pero aún así.

—Fue una guerra, no una revolución. El enemigo nos quitó nuestro país. — El chico cohete vaciló, después dijo de un tirón—: Algún día quiero volar lejos. Aquí no hay nada para mí.

—Si lo haces, perderás todo lo que siempre conociste o amaste. La gente, tu hogar, tu país... Nunca podrás volver a casa otra vez; la compresión del tiempo se encargará de ello.

—Ya he perdido todo eso. Si me fuera, nunca desearía volver.

Arpad estudió de soslayo al chico cohete.

—Supongo que la guerra aquí no te hizo ningún favor, ¿eh?

El chico cohete se encogió de hombros; sentía una punzada de la vieja y amarga herida que nunca podría enterrar tan profundo como quería. Jamás había hablado de ella con nadie; ni siquiera con el viejo.

—¿De qué se trataba, esta guerra de ustedes?

—El enemigo quería nuestra fértil tierra. No hay bastante, sólo franjas aquí y allí alrededor del borde del continente. El enemigo tenía una severa sequía, y tomaron nuestro país porque deseaban robar nuestro buen suelo.

—Lo que no puedo entender es que tienen un continente del tamaño de Asia y América juntas, y todos viven al borde del mar. ¿Cómo es que tu gente no intentó establecerse en las zonas interiores? El hombre para el que trabajo vino aquí a cazar las grandes criaturas que viven ahí, pero no hay ninguna tan feroz que la gente no pueda enfrentar.

—No son los monstruos —dijo el chico cohete—. Es la misma naturaleza.

Le contó al espacial sobre los desiertos más allá de las montañas adonde no caía lluvia por años enteros, sobre las tormentas y tornados de polvo, y los relámpagos. Sobre cómo, en el centro de la zona salvaje, hacía tanto calor durante el día que el agua hervía, y tanto frío por la noche que se congelaba. Le contó la historia que todos aprendían en la escuela, sobre el hombre que en los primeros días del asentamiento del mundo proclamó que era el hijo de Dios, y condujo a cientos de seguidores a través de las montañas hasta un valle donde podían extraer agua de profundos acuíferos. Pero los insectos se comieron la mayor parte de sus cosechas, las tempestades de polvo destruyeron el resto, y



que cuando descubrieron a los sobrevivientes dos años más tarde, habían vuelto al canibalismo.

—Supongo que las cosas siempre se ven más simples desde el espacio —dijo Arpad. Habían llegado a la encrucijada, y miró a su alrededor los largos y bajos montículos de escombros que antes de la guerra fueron almacenes y fábricas—. No puedo tener acceso al infosistema, chico. ¿Estás seguro de que aquí puedo tomar un autobús hacia la ciudad?

—El primero viene a las cinco. ¿Qué hay de la policía?

—No creo que esperen que coja un autobús. Conozco a un par de personas en la ciudad que trabajan en el puerto. Una de ellas me prestará su ID, y puedo utilizarla para introducirme allí cuando cambien el turno. Y una vez que esté a bordo de mi nave, eso lo es todo, casa y libertad.

El amanecer desempacaba pálidas barras de luz al este; hacia el oeste, ambas lunas se perseguían debajo del borde dentado de las desnudas montañas, y todavía se veían algunas estrellas en el cielo de un profundo color púrpura. El chico cohete se preguntó si una de ellas era la Tierra. Se preguntó si Arpad se dirigía hacia allí, a unos cincuenta o sesenta años de distancia según el tiempo universal, menos de un mes a bordo de una nave. Si se fuera con el espacial y regresara directo a casa, habría pasado un siglo y todo habría cambiado. Quizás el enemigo se habría ido...

Lejos, camino abajo, un punto solitario de luz se transformó poco a poco en una estrella doble. Venía el autobús.

Arpad comenzó a buscar en el interior de su bolso.

—Prometí darte algo, chico. Aquí está. Tómala.

Era una pistola. Del espantoso verde de unas patatas dejadas por largo tiempo a la luz solar, no era mucho más grande que la mano del chico cohete. El diodo de energía en la parte posterior de la cámara de reacción chispeaba rojo brillante. Tenía unos insertos rojos en una empuñadura todavía modelada para ajustarse con precisión a la mano de su anterior propietario.

—Sostenla con fuerza —dijo Arpad, y empujó el arma en la mano del chico cohete. Después pulsó un micro conmutador con la hoja de un pequeño cortaplumas.





Un holograma floreció en el aire, grande como un libro abierto. El espacial clavó su luz sedosa con un índice sucio, seleccionó un submenú, y luego varias funciones de éste.

El chico cohete casi dejó caer la pistola cuando la empuñadura se movió bajo de sus dedos. De repente se ajustó a su mano como si hubiera crecido allí.

—Necesitas una contraseña —dijo Arpad—. Algo poco común. Cántala bien y claro tres veces. ¿Listo?

El muchacho asintió

Arpad tocó uno de los botones rojos en la insustancial página colgada en el aire sobre la pistola, y señaló al chico cohete.

—Vigo —dijo el chico cohete. Su boca estaba seca. Su corazón le palpitaba en las sienas—. Vigo. Vigo.

—Ahora es tuya —dijo Arpad; balanceó su bolso hacia un hombro mientras el autobús paraba junto a ellos con un tronante silbido de frenos neumáticos—. Antes de que decidas qué vas a hacer con la pistola, deberías hablar con ella, aprende lo que puede hacer. Es lista, te dará consejos bastante buenos si le haces las preguntas correctas. Espero que tengas mejor suerte con ella que la que yo tuve —agregó, y abordó el autobús.

Más tarde, el chico cohete cayó en la cuenta de que el espacial le dejaba la pistola porque, disfrazado como trabajador de mantenimiento, no habría podido pasarla de contrabando a través de los chequeos de seguridad en el puerto. También comprendió que era casi con seguridad la razón por la que el espacial huía de la policía. La había traído para venderla, y algo salió mal; alguien, o ellos mismos, lo traicionó, y el espacial tuvo que deshacerse de ella.

El espacial habría podido desecharla, pensó el chico cohete. En cambio, el destino o el azar la habían puesto en sus manos, y porque era imposible que volviera a tener tanta fortuna, debía aprovechar al máximo la oportunidad

No fue a trabajar ese día. En cambio, pasó toda la mañana y la mayor parte de la tarde en el nido, hablando con la pistola. Ella le enseñó sus funciones y, una vez que estuvo convencida de que el muchacho había entendido los principios básicos de su operación, le preguntó qué deseaba hacer.

—No lo sé.



—Quizás hice la pregunta incorrecta —dijo la pistola—. Dime qué es lo que más necesitas.

El chico cohete deseaba tener de nuevo a su familia, quería que todo fuera como antes de la guerra, pero sabía que nada, ni siquiera esta pequeña arma mágica podría dárselo.

—Deseo estar seguro —respondió.

—¿Quién está amenazándote?

—Nadie. Todos. Cuando vives en la calle, sientes que cada momento podría ser el último.

—Quizás deberías decirme cómo llegaste aquí —pidió la pistola.

Devanó la historia fuera de él pedazo a pedazo. El chico cohete le dijo cosas que nunca le había dicho a nadie. Le contó sobre la guerra que comenzó después que el enemigo intentara bloquear el flujo de un río importante. Le relató sobre la llamada revolución popular, apoyada por el enemigo, y de «La noche de los Cuchillos Largos» cuando la mayor parte del gobierno y docenas de altos funcionarios fueron asesinados, incluidos su madre y padre. Le narró que él, su hermano menor, y tres hermanas intentaron escapar de la ciudad y alcanzar la casa de su tía cuando su vehículo fue atrapado en el fuego cruzado entre legitimistas y una brigada de soldados enemigos. Una explosión golpeó el coche de costado, y él despertó para encontrarse en el caos de un hospital que procuraba ocuparse de centenares de víctimas civiles. Sufría de una conmoción cerebral y tenía la muñeca quebrada, pero igual fue a buscar a su familia. Caminó toda la noche y la mayor parte del día siguiente, sólo para descubrir la casa de su tía quemada hasta los cimientos. Al no poder encontrar a ningún familiar o amigos, huyó de la ciudad, y trabajó durante un año en las enormes granjas colectivas en el ancho y fértil River Valley, pero cuando una nueva ley forzó a los trabajadores ocasionales a inscribirse en la unión, temió que el hacker barato que alteraba su chip de identificación fuera descubierto y regresó a la ciudad. Desde entonces vivía bajo la intersección.

—¿Deseas progresar, o venganza? —preguntó la pistola después de un corto silencio.

—Solía pensar que podría cazar al hombre que mató a mis padres —dijo el chico cohete.

—¿Conoces el nombre de ese hombre? ¿Sabes dónde vive? ¿Sabes cómo se protege?

—Si deseas verdadera venganza, tendrás que destruir la fuerza ocupante y el gobierno títere —dijo alguien.



Era el viejo. Levantó sus manos en un gesto de defensa cuando el chico cohete, enojado y asustado, le preguntó cuánto había oído, y dijo:

—Supongo que todo. ¿Cuál es tu verdadero nombre, chico cohete? ¿Quiénes eran tu madre y tu padre? Es posible que trabajara para ellos, en épocas más felices.

—Ahora no tiene importancia quiénes eran.

—Sin embargo deseas vengar sus muertes. Si me lo permites, puedo ayudarte. Supongo que el espacial que escondiste anoche te dio la pistola.

—¿Y qué si lo hizo?

—Es como ninguna otra arma en este mundo, un arma de uso múltiple con fabricación de nanotecnología y un núcleo casi de IA. Muy poderosa, y muy inteligente.

—También poseo una base de datos que incluye varios millones de escenarios tácticos... —dijo la pistola.

—Cállate —dijo el viejo, cortante, y la pistola calló de inmediato. El viejo le sonrió al chico cohete—. Tienes que hacerle saber que eres su amo, y cerciorarte de que no intenta encontrar una manera de manipularte. No tenemos IAs aquí —están más allá de la capacidad tecnológica de nuestro mundo—, pero las conozco porque trabajé en el Ministerio de Asuntos Exteriores antes de la guerra. He negociado con muchas delegaciones comerciales en mi tiempo, y en una ocasión viajé a otro sistema estelar... nadie lo pensaría al verme, pero es verdad.

El chico cohete le creyó. El viejo, sentado en cuclillas con sus trapos andrajosos, el pelo en sucias greñas lacias alrededor de su cara coriácea, poseía una dignidad que no había notado antes.

—Dile qué quieres —dijo el viejo—. Dale una orden. Pide un deseo. Comienza con algo simple.

El chico cohete lo pensó un largo rato, después dijo:

—Deseo no vivir más en la calle.

—Mi análisis de tu historia sugiere que ésta es una sociedad capitalista clase E o F. ¿Es correcto? —dijo la pistola.

La sonrisa del viejo mostró las ennegrecidas lápidas de sus dientes.

—Mucho ha cambiado desde la guerra, pero creo que todavía tenemos dinero.



—Dime, ¿quién te provee los cigarrillos que vendes? —preguntó la pistola

Kalim era alto y de mal genio, y gobernaba su pequeña cuadrilla por el miedo. Golpeaba a cualquiera que mostrara el menor signo de vacilación o que replicara cuando daba una orden, y en ocasiones escogía a cualquiera y lo zurra sólo para mantener a los otros en línea, y recordarles quién mandaba. Había cascado a todos los muchachos que trabajaban para él más de una vez, y les hacía saber que mataba a los que le fallaban.

—Con este mismo cuchillo —le gustaba decir, alzando la hoja de cerámica de seis-pulgadas—. Luego, lamo su sangre. Nada tiene un sabor más dulce que la sangre de tus enemigos muertos.

Cada mañana, Kalim y sus dos compinches conducían un maltratado coche y repartían los cigarrillos; cada noche regresaban para examinar la recaudación de cada muchacho. A veces, Kalim sólo tomaba la mitad; a veces todo. El día después de que el espacial le diera la pistola al chico cohete, Kalim descendió del coche y fue derecho hacia él. Le preguntó a los gritos dónde estuvo el día anterior, si había gozado de su día feriado, lo empujó con pequeños golpes de furia hasta que lo tuvo contra uno de los pilares de soporte. Los dos compinches, reclinados contra el coche, disfrutaban del espectáculo. Los otros vendedores permanecían en un grupo laxo, y los carros de compras y las tanquetas se acercaron con sigilo de cada lado, atraídos por el disturbio. Arriba, sobre una rampa de hormigón, una loca aullaba como un perro.

Kalim agarró al chico cohete por la garganta con una mano; giró hacia el público, extrajo su cuchillo con un gesto de opereta, y dijo en alta voz:

—Ninguno de ustedes, pequeños imbéciles, puede tomarse un descanso a menos que yo se los permita. Tiempo es dinero, y todo el dinero alrededor de aquí es mío. Cuando se toman un tiempo libre, me lo roban a mí, entonces yo tengo que darles una lección, como voy a dársela a este pequeño gusano.



Fue entonces cuando el chico cohete le disparó. Sostenía la pistola en el bolsillo de su andrajoso jubón, empujó su boca contra la pierna de Kalim y tiró del gatillo con un esfuerzo convulsivo. El arma hizo un tremendo ruido, un trueno que repitió y resonó bajo las cintas cruzadas de las rampas y la circunvalación. Centenares de noctids volaron por el ai-



re. Kalim retrocedió tambaleante, se agarró el muslo ensangrentado, luego su vientre y por último el pecho mientras la pequeña bala inteligente excavaba su camino hacia arriba. Detonó cuando alcanzó el corazón; Kalim vomitó una pinta de sangre, cayó boca abajo y no volvió a moverse. El más grande de los dos compinches sacó una pistola, una automática corriente, y el chico cohete le disparó también. La bala autoguiada perforó un agujero en su frente y le voló la tapa de los sesos. El otro se congeló, empapado con la sangre y los trozos de cerebro de su compañero, sus manos levantadas a medias en señal de rendición.

Los otros niños observaron en silencio mientras el chico cohete se trepaba al coche y les decía que se haría cargo del negocio.

—Prometo que tomaré sólo la mitad de lo que ganan, ni más, ni menos —dijo—. Y ya no habrá más golpizas.

Esa noche, el compinche, un muchacho conocido por el nombre de Vance, lo condujo al café donde se distribuían los cigarrillos. La pistola había inyectado a Vance una bala inteligente, y el chico cohete le dijo que viviría mientras le fuera leal, pero que si pensaba en traición o venganza, la bala lo mataría de inmediato. En el café, según el consejo de la pistola, el chico cohete volcó el dinero que tomara de los vendedores de cigarrillos delante del gordo que Vance le señaló, y le explicó que, de ahora en adelante, administraría el territorio de Kalim.

El gordo apenas alzó la mirada del alimento que se llevaba a la boca en grandes cucharadas, y dijo:

—No me interesa lo que los rufianes hagan, siempre y cuando traigas el dinero —y eso fue todo.

Más tarde esa noche, en el apartamento climatizado de Kalim en el borde del distrito industrial, la pistola le dijo al chico cohete que había una alta probabilidad de que alguno de los gánsteres que dirigían los territorios vecinos intentara apoderarse de su negocio

—Pensarán que eres más débil que ellos. Pensarán que mataste a Kalim por un golpe de suerte.

—Y si mato al hombre que intente matarme, ¿parará ahí?

El día lo había dejado agotado, excitado, y agitado. No lamentaba las muertes de Kalim y de su compinche por el momento; toda la cólera y el dolor que estuvieron reprimidos por tanto tiempo se liberaron cuando les disparó. Una vez que matas a alguien, descubrió, tu propia vida tiene menos importancia, y percibió una maravillosa libertad en ese conocimiento. Pero sentía una enorme



aprehensión ahora que se percataba que había cruzado una puerta hacia un mundo nuevo, y sin retorno.

—No te preocupes —dijo la pistola. Se posó en su regazo, su diodo de energía centelleaba como una estrella siniestra—. Tengo controlada la situación por completo. Mientras sigas mi consejo, nada saldrá mal.

Un poco más tarde, mientras el chico cohete dormía, agregó:

—Tú eres un pupilo prometedor. Iremos lejos, tú y yo.

Sus enemigos vinieron por él dos días más tarde, justo después de haber distribuido los bolsos de cigarrillos a su banda de vendedores. Dos coches entraron con un rugido en la arena polvorienta debajo de la circunvalación y cada uno descargó un par de gamberros armados con rifles de asalto. Ahora, la pistola sabía cómo controlar a las pequeñas máquinas que se refugiaban bajo la intersección, y una manada de carros de compras embistió de inmediato a los gamberros. El chico cohete baleó a tres mientras se defendían de las máquinas, y cuando un sobreviviente intentaba escapar un carro de compras lo golpeó y lo derribó. El muchacho caminó hasta él, seguido por dos maltratadas tanquetas de servicio, y le preguntó quién lo había enviado. El joven gamberro intentó escupirle la cara, y a una orden de la pistola, una tanqueta encendió su soldadora, y otra hizo sonar las tenazas de su mano a una pulgada de la cara del hombre.

—Si no hablas —dijo con calma el muchacho—, dejaré que las máquinas te destrocen.

Esa noche, el muchacho mató al gángster que había enviado a los gamberros y asumió el control de su territorio, pero la pistola y el viejo pronto lo persuadieron que la venta de los cigarrillos no era suficiente. Después de pasar un mes entrenando a los chicos callejeros más duros y ganarse su lealtad, comenzó a asaltar los carros que traían el alimento a la ciudad desde River Valley. Daba la mitad del producto robado a los hospitales y a los líderes de la comunidad —después de la guerra, el alimento era costoso y difícil de obtener, y muchas familias apenas podían pagar las raciones básicas— y vendía el resto a precios regalados a los comerciantes. Pronto, los carros de productos se movían sólo en convoyes custodiados por soldados, y el chico cohete cambió sus tácticas y rescató una enorme cantidad de medicinas y drogas de un almacén perteneciente al Ministro de Salud —el viejo, cuyo nombre era Yan Yane, había descubierto, por sus antiguos colegas en la función pública, que el hombre se quedaba con parte de los suministros y los vendía en el mercado negro.



Una semana después de este golpe, invitaron al chico cohete a una reunión con los jefes de las tres familias que controlaban las drogas, el juego y la prostitución en la ciudad. Fue con el viejo, Yan Yane, y dos fornidos compinches. No llevó la pistola porque le aclararon que no podría llevar armas a la reunión, pero ella le dio precisas instrucciones de antemano.

—Desean conocerte porque están intrigados —le dijo al chico cohete—. Si desearan matarte, ya lo habrían hecho. En cambio, creen que puedes hacer mucho dinero, y quieren reclamar una parte.

Y así resultó. El chico cohete dio a cada uno de los jefes de las tres familias una generosa tajada de las ganancias que obtuviera de los secuestros de carros y del trabajo del almacén. Les dijo que no quería ninguna parte de sus negocios, y les propuso uno nuevo. Organizaría un servicio de seguridad para la gente de la ciudad.

Se sentó en el otro extremo de una larga y pulida mesa, vestido con un lujoso traje nuevo, Yan Yane a su izquierda. Se sentía frío y tranquilo, frente a los tres hombres y su falange de consejeros, tenientes, y guardaespaldas. Lo peor que podrían hacer era matarlo, y ahora sabía que morir no era nada. Habló con claridad y gran fuerza, los ojos fijos en sus caras, una tras otra.

—La policía es corrupta, y el gobierno títere es su dueño. La gente la odia más que a los soldados que ocupan nuestra ciudad. Organizaré comités de manzana de voluntarios que patrullarán sus propias calles y lidiarán con los buscapleitos como lo consideren justo. A cambio de esta protección, cada negocio pagará una pequeña cantidad a un fondo común... menos de lo que pagan ahora en sobornos y dinero de protección a la policía. Los negocios de ustedes estarán exentos, por supuesto.

—¿Qué harás cuando la policía intente eliminarte? —dijo uno de los hombres.

—Yo me ocuparé de la policía —dijo el chico cohete.

Cerró el trato dos semanas más tarde, después de extensas discusiones con los líderes de la comunidad. Eran muchos los que querían escucharlo. Había ganado considerable prestigio con la distribución de alimentos y medicinas gratis, y a la gente le irritaba la fortuita brutalidad y corrupción de la policía. Exactamente a las nueve de la mañana, unos carros de compras cargados con bombas cruzaron las puertas de cada estación de policía y explotaron con puntualidad. En el mismo momento, el chico cohete asesinaba al jefe de policía mientras subía en su limusina blindada; balas autoguiadas volaron su cabeza desde una distancia de media milla. El ejército de ocupación declaró de inmediato la ley marcial, pero los líderes de la comunidad se aseguraron de que no hubiera saqueos o motines y los soldados pronto volvieron a sus cuarteles en la Zona Verde fortificada en el centro de la ciudad. Un respetado líder religioso



anunció que, de ahora en adelante, la ciudad se cuidaría a sí misma. Fueron arrestados algunos chivos expiatorios, juzgados, y ejecutados por las bombas, y el chico cohete se encontró al frente de una milicia de más diez mil hombres.

El ejército de ocupación llegó a un rápido acuerdo con él, pero el gobierno títere resentía la pérdida de poder. En una de las recepciones llevadas a cabo en la Zona Verde, un capitán del ejército, borracho, se acercó al chico cohete y le dijo que debía cuidar su trasero, cierta gente lo quería ver muerto.

—Has llegado lejos y rápido, y hasta ahora no has perdido una oportunidad —dijo el capitán.

Esto ocurrió en la terraza de lo que había sido alguna vez el museo de la ciudad, con vista al parque central. Era medianoche, y los fuegos artificiales estallaban sobre el lago. La cara sudorosa del capitán se iluminaba por momentos con luces rojas o verdes o doradas.

—Sabemos que si te eliminamos, habría una guerra civil. Así pues, hemos arreglado contigo. Somos gente pragmática. Dejamos que nuestras cabezas gobiernen nuestras acciones, no nuestros corazones. Pero debería advertirte, algunos de tu propia gente no están contentos con dejar las cosas así. Te quieren muerto, y están dispuestos a pagar un alto precio por ello.

—*Este hombre tiene un plan* —dijo la pistola al chico cohete, su voz susurraba misteriosa en su oído derecho. Una semana atrás, el mejor neurocirujano de la ciudad extrajo el chip del control de la pistola y lo implantó bajo el cuero cabelludo del chico cohete, y lo conectó a un diminuto dispositivo que hacía vibrar los huesos de su oído. Era parte de él ahora y por siempre, una pequeña y sosegada voz que lo aconsejaba.

—Si se refiere al supuesto gobierno interino —dijo el chico cohete con tranquilidad al capitán—, ellos no son mi gente.

—Lo que sea. El punto es, nosotros no necesitamos este problema, pero no podemos tomar partido. Tú mismo tendrás que enfrentarte con él.

Ésa no es su propia opinión.

—¿Esa es su opinión, capitán, o está usted entregando un mensaje?

Desde el hombro del chico cohete, Yan Yane, con el pelo y la barba peinados y teñidos con esmero de un blanco nieve, dijo:

—¿Por qué está tan interesado en nuestros asuntos?



El hombre ignoró al viejo.

—Es asombroso como te has convertido en un jugador en un plazo tan corto —le dijo al chico cohete—. Tienes tu arma secreta, por supuesto... Oh sí, sabemos todo sobre la chatarra de tecnología proscrita que te aconseja y mantiene a tu gente leal. Es nuestro negocio saber cosas como éstas. No te preocupes, no estoy aquí para amenazarte con exponerte; por ahora, dudo que hubiera mucha diferencia si revelara tu secreto.

—La gente lo ama —dijo Yan Yane.

—Tu gente proyecta sus deseos en ti —dijo el capitán, ahora en un susurro, a sólo pulgadas de la cara del chico cohete—. Creen que puedes liberarlos. No incurras en el error de creértelo, y nos irá bien juntos.

Ellos te tienen miedo. Ahora tienes la ventaja.

—¿Tiene miedo de no poder controlarme, capitán? —dijo el muchacho.

—Me gustas —dijo el capitán—. Espero que sobrevivas. De veras. Mientras tanto, goza de la fiesta.

Oprimió el hombro del chico cohete y se fue; ya no parecía borracho en absoluto.

El chico cohete observó el negro lago que reflejaba los estallidos de color en el cielo negro. Yan Yane le dijo:

—Él tiene razón acerca de una cosa. Hablé con un viejo amigo que tiene un alto puesto en el gobierno. No hay plan oficial para asesinarte, pero la gente habla de ello todo el tiempo. En particular, el Ministro de Salud te desea muerto. Nunca te ha perdonado por ese trabajo del almacén.

—Puedo encargarme de él, y de cualquier otro que intente algo en mi contra —El chico cohete sonrió—. Oíste al capitán. Me han dado carta blanca.

—Puede haber una manera más equitativa de manejar de la situación.

—*Recuerda lo que te dije.*

El chico cohete esperó, con la misma sonrisa. En los raros momentos de esos días en que se encontraba solo, le había dado por estudiar su cara en cualquier superficie reflejante a la mano, probando diferentes expresiones. Parecía ser la cara de un extraño, como si él fuera un actor que se interpretara a sí mismo.



—Yo puedo arreglar, a través de mi viejo amigo, una reunión con el Primer Ministro —dijo Yan Yane—. Me dijeron que está muy dispuesto a negociar un acuerdo contigo.

—¿Me va a ofrecer un empleo?

—Hay un puesto, si lo deseas. El Ministro de Seguridad está dispuesto a hacerse a un lado.

—Hazlo —dijo el chico cohete, y Yan Yane inclinó la cabeza en saludo y se alejó en dirección a la esquina opuesta del espléndido y atestado cuarto donde permanecía el Primer Ministro, rodeado de su gente.

—Recuerda lo que te dije —dijo la pistola otra vez—. No hay tiempo para sentimentalismos.

Le había advertido al chico cohete que tarde o temprano alguien cercano le haría una oferta de este tipo. *El que te traiga la oferta será el traidor, le dijo. Habrá hecho un trato con tus enemigos. Busca su propio ascenso a cambio de tu vida.*

Si sólo hubiera sido cualquier otro en vez del anciano, pensó el chico cohete; sintió que una astilla de hielo le agujeroneaba el corazón. Pero el momento de pesar pasó con rapidez. Como de costumbre, la pistola tenía razón. El sentimiento humano corriente era un lujo que no podía darse. Había mucho que hacer, y demasiado en juego. *Debemos completar nuestros planes, dijo para sí mismo en un susurro.*

Ya lo hemos discutido. Es demasiado pronto...

—Examina tu base de datos táctica. Utiliza tu capacidad de juegos de guerra. Encuentra la forma en que yo pueda prevalecer.

Seis días después, apenas una hora antes de que la reunión con el Primer Ministro se llevara a cabo, Yan Yane entró en el ático del chico cohete y dijo:

—Si no vamos ahora, llegaremos tarde.

—Quiero mostrarte algo —dijo el chico cohete; tomó al anciano por el brazo y lo guió a través del cuarto mal iluminado hacia el enorme ventanal.

Miraron a través del vidrio blindado el reflejo de la parpadeante cuadrícula de las luces de la ciudad. El chico cohete señaló el astropuerto que brillaba más allá del límite de la ciudad como una galaxia satélite.



—Hemos recorrido un largo camino —le dijo.

—Y ahora es el momento de consolidar lo que has ganado —dijo Yan Yane.

El chico cohete echó una ojeada a su reloj. Faltaban unos escasos minutos para las diez en punto.

—Cuando yo vivía bajo la intersección, siempre soñaba con escapar. Me sentaba arriba, en las noches, para ver los aviones y los transbordadores espaciales despegar. Y siempre que podía reunir un poco de dinero, tomaba en el autobús hasta la entrada del espacio-puerto. No podía entrar, por supuesto, pero podía pararme en la puerta y mirar a las personas que iban y venían. Personas de otras estrellas que venían aquí a hacer negocios o a cazar los grandes animales de la naturaleza. Personas que tripulaban sus naves. Yo soñaba que algún día sería como ellos.

—Si quieres negociar el puesto de Ministro de Transporte, es demasiado tarde...

—No formaré parte del gobierno títere. Fueron los responsables del asesinato de mis padres y de miles otros. Si me uno a ellos, compartiría su culpa de sangre.

El chico cohete cruzó el cuarto y recogió la pistola de un trincherero y giró para encarar a Yan Yane, que se quedó tieso y muy callado junto a la inmensa ventana, en su costoso traje de color azul pizarra, sus canas brillando en la semi-oscuridad del cuarto.

—Si suministras a la pistola elementos sencillos como carbón y hierro, nitrógeno y fósforo, produce balas que son un poco diferentes de las que disparan las armas corrientes —dijo el chico cohete—. Pero si la cargas con elementos más exóticos, puede producir balas que son en realidad pequeñas máquinas complejas. Las últimas parecían escarabajos. Volaron hacia la ciudad a buscar sus objetivos, armados con detectores que pueden descubrir pautas específicas de ADN, y producir picaduras que liberan una neurotoxina que es fatal, al instante. Los hombres que tú suponías me esperaban, para este momento ya están todos muertos.

—Debería haber destruido esa cosa hace mucho tiempo —dijo Yan Yane.

—Eres la única persona cercana a mí que no llevas una bala para asegurarme tu lealtad. Yo confiaba en ti. Creí que eras mi amigo, y rompiste mi corazón.

—Cuando aceptaste el arma del espacial, hiciste un trato con el diablo —dijo Yan Yane—. He visto cómo has cambiado al usarla, de un día para otro. Ya no eres el chico inocente al que le ofrecí amistad.



—Cambié cuando decidí que tenía que matar a Kalim —dijo el chico cohete. Escuchaba a la pistola en su cabeza, contando, hacia atrás a partir de diez—. Cómo matas a alguien, si utilizas una piedra o una bala o las manos limpias, no importa en realidad. Lo que importa es la intención, la resolución. Ésa es la verdadera arma.

—Cero —dijo la pistola.

Unos puntos de luz estallaron en el centro de la ciudad, en los límites de la Zona Verde. Poco después, el vidrio blindado tembló y cantó a medida que las ondas expansivas de las explosiones llegaban al ático. Las luces parpadearon por un momento, entonces regresaron, más débiles y más rojas ahora, alimentadas por la energía de las baterías. La red eléctrica estaba cortada, y aparte de los incendios, que parpadearan bajo las columnas ascendentes de humo, la ciudad se quedó oscuras por completo, iluminada sólo por las explosiones secundarias que detonaban aquí y allá en la Zona Verde.

—Has empezado una guerra que no puedes ganar —dijo Yan Yane.

—La pistola se conectó a la red de información y descargó copias de sí misma. Controla la electricidad y el agua, los sistemas de información y de transporte. Controla millares de carritos y tanquetas. También controla los sistemas de seguridad de los arsenales de la policía. En este momento, mi milicia se está armando.

Vance entró en la habitación, seguido por media docena de hombres que llevaban fusiles. Yan Yane se estremeció apenas cuando lo tomó del brazo. El anciano enderezó su espalda y dijo:

—No lo ves, pero te has convertido en un monstruo.

—Soy el arma que utiliza mi pueblo para liberarse del enemigo.

Vance comenzó a llevar al anciano fuera de la habitación, los hombres armados en fila detrás de ellos. Mientras atravesaba la puerta, Yan Yane se volvió y dijo:

—¿Y quién los liberará de ti?

Entonces el chico cohete quedó a solas con sus pensamientos, y la pistola. Colocó el arma sobre la mesa y caminó hasta la ventana. A través de la ciudad oscurecida, millares de chispas saltaban a la vida en cada intersección, donde las personas montaban barricadas. Hacia el este, las luces del espacio-puerto aun brillaban... tenía su propio generador de fusión

El chico cohete le pidió a la pistola un informe de la situación.



—*La primera etapa ha sido exitosa. Pero en términos generales, todavía es muy pronto para decir si triunfaremos.*

—*Mi gente lucha por sus vidas y sus hogares. Todo en tu base de datos me dice que muy pocos ejércitos invasores han prevalecido contra una población resuelta. Haremos retroceder al enemigo hasta la frontera. Debemos hacerles lo que nos hicieron a nosotros.*

—*¿A qué costo?*

—*La libertad no vale la pena si se gana con facilidad.*

—*Todavía hay tiempo de hacer las paces con el enemigo.*

Algo destelló mientras pasaba a través de la luz de una lámpara cercana. Era una de las balas asesinas. Se movía derecho hacia el chico cohete, pero se detuvo a una yarda de distancia, la aguja en su punta redondeada entraba y salía como si saboreara el aire.

—*¿Me tienes miedo?*

—*Algunas veces necesito recordarte que eres un simple mortal. Piensa con cuidado mientras todavía hay tiempo. Si tomas la ciudad pero perdonas a los soldados enemigos y administradores, no sólo salvarás sus vidas, sino la vida de muchos de tu pueblo.*



El chico cohete rió.

—*Me asustas.*

—*Quizás Yan Yane tenía razón. Quizás te has convertido en un monstruo.*

La bala se colocó ahora cerca de la cabeza del chico cohete. La miró por un largo momento, entonces extendió la mano y la arrancó del aire.

—*Por favor. ¡Por favor reconsidera..!*

—*No. Seguiremos más y más adelante, tú y yo. ¡Mira!*

Un punto brillante de luz llameó entre los hoyos de lanzamiento del espacio-puerto. El yate de algún multimillonario huía de la guerra. El chico cohete miró mientras su brillante estrella se alejaba en una curva hacia la noche.

—*Soy un poder en este mundo atrasado —dijo la pistola—. Pero hay poderes mucho más fuertes que yo en los mundos más allá.*



—Nosotros somos algo nuevo —dijo el chico cohete. La bala asesina vibra, cálida, entre su pulgar e índice—. Todavía no hemos encontrado nuestros límites. Quizás nunca lo hagamos.

La voz en su cabeza se quedó en silencio.

—Vuelve a encender la red de información. Anunciaré que tomo el control de la ciudad.

—Sí, amo.

El chico cohete probó diferentes sonrisas, estudiando su reflejo fantasmal.

—¿Qué suena mejor? ¿Primer Ministro Vigo, o Emperador Vigo Primero?

Primera aparición en *ARMAS DE GUERRA DEL FUTURO*, editado por Joe Haldeman y Martin H. Greenberg.

©2007 Paul McAuley.
Todos los derechos reservados.

Paul McAuley nació en 1955 en Gran Bretaña. Es botánico y ganador de varios premios. Escribe fundamentalmente ciencia ficción dura, tratando temas como la biotecnología, la historia alternativa y los viajes espaciales. *FOUR HUNDRED BILLION STARS*, su primera novela, ganó el premio *Philip K. Dick*. *FAIRYLAND* ganó en 1996 el premio *Arthur C. Clarke* y en 1997 el premio *John W. Campbell Memorial* a la mejor novela de ciencia-ficción. *THE TEMPTATION OF DR. STEIN* ganó el premio *British Fantasy* y *PASQUA-LE'S ANGEL* ganó el *Sidewise Award for Alternate*.



Novelas

EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS

9ª PARTE

por Omar E. Vega

En este capítulo el autor nos da noticias alarmantes para los protagonistas, confiándonos una misión que esperan no tener que llevar hasta el final. Además nos transporta, junto a Hal, para dar un breve recorrido por el sistema Ringers, dándonos una visión general de la forma de vida de esta nación, así como su religión y costumbres.

LA PIEDRA DE LOS FILÓSOFOS

1

Mensaje de Peter a sus espías:

Estimados Hal y Dean, la situación es crítica. Se ha desatado la violencia en Marte, y en la Tierra hemos sufrido varios atentados terroristas a instalaciones civiles y militares. El último fue contra un transporte intercontinental con seiscientos pasajeros a bordo, que explotó sobre las costas de Nueva Zelanda. Nadie sobrevivió.

Las Naciones Unidas de la Tierra tienen colmada la paciencia, y las relaciones diplomáticas con Marte se encuentran a punto de quiebre. En la mesa de tratativas las amenazas van y vienen, en un lenguaje francamente grosero.

El presidente ordenó que la flota zarpara. En Da Vinci, el Almirante Kohlitz en persona se apronta a abordar la nave insignia para dirigirse hacia Marte. La determinación de invadir es irrevocable, y sólo se espera la orden. La fecha se mantiene en secreto. El gobierno ha sopesado los riesgos y decidió que la invasión es lo menos costoso.

Debo pedirles que se preparen para actuar. Hay una base naval en Tikal que amenaza la seguridad de nuestra flota. Es necesario destruirla.

En vuestro equipaje, mimetizadas como piezas del equipo de Hal, encontrarán las partes para armar una pequeña bomba de fusión. Estudien el manual, y luego destruyan toda la documentación. Bajo



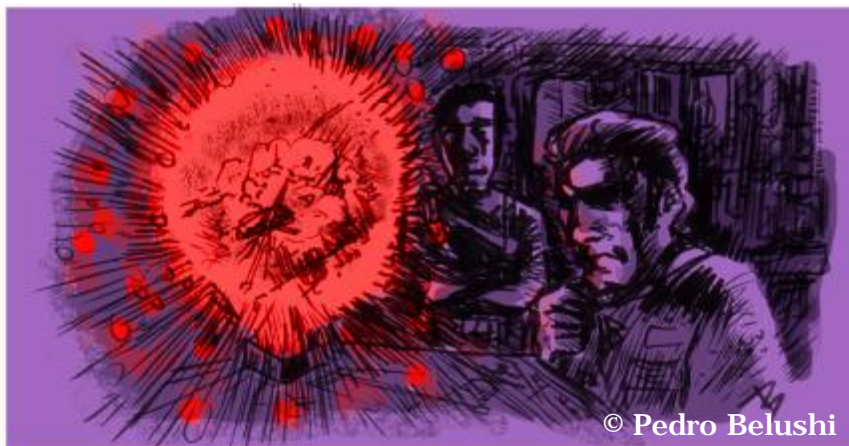
ninguna circunstancia, ni la bomba ni la literatura, deben caer en manos enemigas.

Es muy importante que no actúen hasta recibir la señal. Nuestros diplomáticos todavía se esfuerzan por cerrar un tratado con Marte y Rings, una paz justa. Por ahora, sólo memoricen los pasos a seguir y manténganse alertas.

Vuestra misión es peligrosa en extremo y puede llevarles a la muerte. Si fuera así, confiad que daremos todo el apoyo material y social a sus familiares.

Sé muy bien que el objetivo inicial de vuestra misión era otro. Pero, para todo efecto práctico, ya estamos en guerra. Ustedes son nuestros únicos agentes en Rings. Confío en su patriotismo.

Para terminar, y entre tantos problemas, hay una buena noticia que te atañe, Dean. Inteligencia Social averiguó que tus difuntos padres, eran extranjeros de paso por Norteamérica en el momento del accidente. Tu verdadero apellido es Silva, y tus raíces están en Sudamérica. Suerte a todos nosotros.



© Pedro Belushi

La proyección tridimensional se esfumó, y solo quedó activado el canal de comunicación entre Hal y Dean.

—¡Qué desastre!
—exclamó Hal—. Y ahora, ¿en qué lío nos hemos metido?

—En el fondo presentía que esto iba a ocurrir —declaró Dean—. Después de todo, nos pagaban demasiado dinero para que la Tierra sólo esperase información a cambio.

—Pero el sabotaje no es mi forma de entender el espionaje elegante —replicó Hal.

—Es la desesperación, Hal, lo que los conduce al terrorismo. Bien —prosiguió Dean—. Lo mejor es ponernos a trabajar. Debemos estudiar las instrucciones con cuidado si no queremos volar junto al Gravitorium.

—Por mi parte apuraré mi reportaje —dijo Hal—. Quizás no tenga la oportunidad de terminarlo. Intentaré que sea lo mejor que nunca haya escrito.



—¿Cómo escaparemos después del ataque a la base naval de Tikal? —preguntó Dean.

—No tengo la más remota idea —confesó Hal—. Ni siquiera se me ocurre cómo llegar a Tikal, menos aún la forma de escapar de allí.

Hasta altas horas de la noche artificial del Gravitorium estudiaron un cilindro metálico de un marcado color negro y de no más de veinte centímetros de largo. En una de sus caras, un complejo reloj electrónico indicaba que estaba activo. Sobre el lomo del artefacto se leía: «Ejército de las Naciones Unidas». Era una bomba de hidrógeno activada por un pulso láser de altísima potencia y de muy corta duración, que alcanzaba una temperatura de millones de grados durante fracciones de segundo, capaz de aniquilar todo en un radio de un kilómetro sin dejar el menor rastro de radiaciones. Esta tecnología permitía crear ingenios de pequeño tamaño y altísima potencia y efectuar ataques sin que el enemigo detectara la causa de la destrucción; llegado el caso, la Tierra podría negar su intervención en el sabotaje.

2

Hal sabía ahora que se acababa el tiempo para hacer su reportaje, por eso, bien temprano en la mañana estableció contacto con la profesora Patricia Torres de la Universidad de Camelot. Se citaron para el día siguiente. Luego, a la noche, asistiría a un ritual en la catedral alquímica y entrevistaría al místico rector de la misma, el Virtuoso Maestro Joseph Mendel.

Pero en ese momento, no tenía ninguna entrevista y decidió conocer la ciudad de New Europe con más detalle. Entretanto Dean, Edward y Bob partieron rumbo a su clase en la Academia Naval.

Hal llamó a un Taxi y se acomodó, sin indicar su destino, absorto en la misión, tratando de resolver los problemas que se avecinaban. El robot taxista preguntó:

—¿Adónde va, señor?

—No lo sé —contestó Hal—. ¿Por qué no proyectas un mapa de la ciudad y la navegamos mientras me la describes?

—Perfecto, señor —respondió el autómata—. Buscaré el programa turístico de la Compañía de Comunicaciones, y haremos un pequeño tour, ¿Le parece?

—Por supuesto —contestó Hal—. ¿Cuánto saldrá el viaje?

—Doscientos veinte créditos, señor —contestó el robot. La vida era cara en Rings.



—De acuerdo. Pero permíteme instalar esta cámara en el exterior del casco. Estoy haciendo un reportaje y necesito material de portada.

El taxi despegó enseguida, se desprendió del Gravitorium y se acercó a la ciudad; a unos trescientos metros sobre el plano de New Europe realizó unas maniobras entre los edificios más grandes de la colonia, mientras el monitor interior ajustaba la imagen según luminosidad y color.

—Bien, señor —comenzó el taxista cuando sobrevolaban el área de la dársena—. Este puerto tiene capacidad para veinte naves de 250.000 toneladas cada una. Es el principal puerto de Rings, y concentra todas las oficinas navieras y de exportación.

»Hacia su derecha puede observar el club de yates. Tiene espacio para 1.500 embarcaciones de todos los tipos y tamaños, desde pequeños veleros hasta yates de lujo que pueden viajar muy lejos de Saturno. Se arriendan por precios razonables y cualquier ringer tiene acceso a ellos.

»Contiguo al club de yates están las estructuras de la Academia Naval, lugar de entrenamiento para nuestros marinos...

Y así, por un largo rato el taxista siguió describiendo la ciudad, zona por zona, hasta que Hal ordenó:

—Acérquese a la catedral, quiero hacer una toma panorámica.

Sin cambiar el tono, el robot comenzó a recitar el discurso de la catedral:

—Su construcción se inició hace dos siglos, durante la Gerencia de Albert March, y continúa hasta el presente. Una sección en la torre norte, sin construir, debe quedar terminada en esta década. Su arquitectura es dinámica y abstracta, pero con líneas estilísticas que recuerdan a las medievales. Está construida en piedra, malla de aluminio y cristal plastificado. Es nuestro templo simbólico por excelencia.

—¿En piedra? —dijo Hal, sorprendido.

—En piedra marmórea extraída de los satélites de Saturno —asintió el taxista—. Con ellas se hacen láminas muy delgadas de material pétreo, sostenidas entre sí por medio de mallas de aluminio fundido. Los vitrales son de cristal doble plastificado, en extremo delgados. La catedral es un edificio increíblemente frágil y delicado, con la belleza efímera de una mariposa. Su estructura soporta con gran dificultad la presión del aire interior contra el vacío exterior. Es posible ver cómo el edificio se expande y contrae ante las menores variaciones, como si fuera un ser vivo respirando. Los arquitectos buscaron crear en piedra la misma sensación de fragilidad y futilidad de la vida.



—¿Qué religión se celebra aquí? —preguntó Hal.

—Ninguna —aclaró el robot taxista—. La población es, en su mayoría, escéptica. La catedral es realmente una logia alquimista, donde se desarrollan los ritos milenarios del hermetismo laico.

—¿Qué opinas al respecto? —preguntó Hal.

—Lo siento, señor —contestó—. Los robots no opinamos. Para adoptar una postura se requiere tener una conciencia.

—Por supuesto —respondió Hal con desenfado.

—¿Ve esa estructura que está al fondo, señor, a 45 grados a su derecha? —preguntó el taxista.

—Sí. Veo un cubo amarillento.

—Ése es el Museo Histórico, un lugar interesante —explicó el robot.

—¿De veras? Lléveme allá —exclamó Hal, y por su mente pasó una idea singular.

Gran parte del misterio de Rings residía en su historia; era posible que existieran en el museo algunas claves importantes para su reportaje.

Ingresó en la sala central del Museo, desierta en ese momento, a excepción de un grupo de colegiales que tomaban apuntes mientras su maestra les enseñaba el lugar. Se veían maquetas de las ciudades que dieron origen a Rings.

Los modelos de cada una de las villas fundadoras se mostraban en grandes mesones. Al verlas, comprendió que en realidad Rings era un conjunto de ocho ciudades: New Europe, Easter Island, Camelot, Xanadu, Southern Cross, Columbia, Alejandría y Tikal. Detrás de cada modelo, como telón de fondo, unos hologramas de las ciudades actuales ponían en evidencia el contraste de tamaño y arquitectura entre ambas. Era notable que cada una de ellas tuviera forma toroidal y gozaran de gravedad artificial. En esa remota época, ocho anillos de plástico y metal decoraban al planeta por lo que la colonia adquirió el nombre de Rings. Hoy, en cambio, las ciudades eran planas como una mesa de enormes dimensiones.

Dean tomó imágenes de los modelos; le interesaba sobremanera saber la localización de los puertos, zonas estratégicas, bases navales, y todo aquello que pudiera ser información útil en la guerra inminente. Unos datos acompañaban las maquetas y ayudaban a completar la imagen. Hal apuntó:



New Europe, 45.000 hab., puerto mercante, centro comercial, náutico y recreativo, incubadoras.

Easter Island, 35.000 hab., centros de investigación y enseñanza superior. Sede de la Gerencia General.

Camelot, 30.000 hab., metalurgia y base de lanchones mineros de asteroides.

Xanadu, 30.000 hab., construcción civil, manufactura de vehículos y artículos de consumo.

Southern Cross, 25.000 hab., generación y manufactura de alimentos.

Columbia, 20.000 hab., construcción naval. Manufactura de antimateria.

Aleandría, 15.000 hab., microtecnología y manufactura de robots.

Tikal, 10.000 hab., alta tecnología, base naval y regimiento.

Allí estaba pues, exhibida sin tapujos, parte de la información estratégica que necesitaban. Y sin embargo, una repentina sospecha heló la sangre de Hal. La información fue muy fácil de obtener.

El resto del recorrido por el museo no produjo nada nuevo. Era una enorme exhibición de caras, naves y eventos que Hal desconocía. Sí le llamó la atención el anacronismo de los modelos navales exhibidos en el museo, pues los ringe-rianos, fechados cien y doscientos años atrás, le parecían tanto o más modernos que los usados hoy en día en la ruta Tierra-Marte.

Si ese es el pasado, pensó Hal, ¿cómo serán sus barcos de guerra del presente?

Se retiró del museo y continuó su tour que duró casi todo el día; hizo un par de paradas para recuperar energías y pagó una cuenta diez veces mayor al presupuesto inicial.

3

Era, de acuerdo con el reloj de Hal, el momento de dirigirse a la catedral y al rito alquimista al cual lo habían invitado. La hermandad ingresaba respetuosamente en el templo por el portal principal cubierto con un domo presurizado. Hombres y mujeres de todas las edades vestían sus mejores ropas de colores oscuros: grises, negros y azules. Hal se les unió.



Adentro se escuchaba una suave e intrincada melodía de un timbre semejante al de un órgano, ejecutada a mano por uno de los miembros de la hermandad.

Hal vio un fantástico despliegue de arquitectura y talento artístico. Una atmósfera de clasicismo romántico iluminada por antiquísimos láseres; con bancas de madera finamente talladas y barnizadas que cubrían todo el interior de la esfera, posible sólo por la falta de gravedad.

En el centro había algo similar a un altar de tiempos remotos donde un candelabro de tres láseres, rojo, azul y blanco, era el foco místico. Sobre el plano, un libro de cubiertas negras y filetes dorados, grabado con los signos del mercurio, el azufre y la sal, abierto en una cita marcada por un objeto de bronce, indistinguible a la distancia. Con mucha probabilidad un libro de alquimia, encarnación mística de la sabiduría, pensó Hal.

Cuando la música se detuvo, entró un anciano de larga barba blanca y acedados ojos azules. Vestía algo similar a una sotana, de un material azul metálico cubierto de estrellas blancas, con un Sol y una Luna; cubría su cabeza con un gorro de forma cónica, de igual material.



© Pedro Belushi

El hombre se detuvo frente al altar y esperó un momento, con los ojos cerrados y en silencio. Esperó hasta que el murmullo se apagara por completo, abrió los ojos e hizo un gesto solemne. Entonces empezó el rito que Hal conocía por su trabajo de espionaje a la secta alquimista de Marte.

—Queridos Hermanos. Estamos aquí reunidos para agradecer la obra del Alquimista Supremo, símbolo de la vida y del poder de transmutar la corrupción en virtud, actuando en nuestra alma como la piedra que convierte el plomo en oro. Somos su mano y su vector, su agente tangible reductor de entropía e ignorancia. Estamos aquí para honrar la creación.

»El Alquimista Supremo representa el principio, la luz que abrió las tinieblas. Verbo que es acto puro. Es el espíritu que flotó sobre las negras aguas del caos y destruyó con su espada al Leviatán. Él está en nuestra alma, y estará con nosotros, sus criaturas, hasta que la última estrella se apague.



»Comencemos el ritual simbólico de la transmutación, que representa el cambio, el verbo en acción, germen de vida.

Hal escuchaba al anciano con atención: repetía casi las mismas palabras que el místico de Marte. Y sin embargo, no sonaban como las de un fanático, sino como las de un calmado y austero filósofo. Si bien Hal no podía recordar todos los detalles del ritual marciano, había en éste algo que le hacía muy diferente. Hal se esforzó en distinguir tal diferencia, mas no lo lograba.

—Es el momento de ejecutar el ritual simbólico al Alquimista Supremo, piedra base de nuestro ideal y fuente de nuestra esperanza. He aquí los instrumentos del oficio.

El anciano abrió sus brazos y los mostró: pipetas, crisoles y matraces, junto a un caldero plateado de lujosa manufactura. Como en Marte, también sobre este altar aparecieron las cajas negras con filigranas doradas.

—¿Para qué estamos aquí? —dijo el celebrante a la hermandad.

—Para rendir homenaje a la vida —respondió a coro la gente.

—¿Cómo la apreciaremos?

—Con la mutación simbólica de la esencia.

El Mago ringer llamó a la meditación antes de dar inicio al rito central. Abrió las cajas negras con filigranas, y extrajo la piedra verde y la barra de plomo, mientras explicaba a la hermandad sus significados simbólicos. Luego tocó la barra de plomo con la piedra durante minutos que parecieron eternos. Y de pronto, el plomo se tornó brillante como el sol y, tal como una serpiente que muda su piel se convirtió en una hermosa barra de oro.

—He aquí consumado el rito que simboliza nuestra fe en la vida —dijo el sacerdote—. Somos los guardianes del saber del Hombre. Cuidad vuestra inocencia, es la posesión más importante de la humanidad. Nuestro rito nació antes del albor de la civilización, en el santuario del dios egipcio Toth, Hermes Trismegisto.

—¡Alabado seas Hermes, por todos los milenios! —respondió la hermandad.

—Lo hemos presenciado una vez más para alegría del espíritu y énfasis en nuestra fe en la vida, en el hombre y en el porvenir. Hermandad, sabéis que el rito es sólo el símbolo de lo verdadero. La materia cambia pero el verbo permanece. Cantemos.



La catedral resonó con una alegre canción en un inglés claramente inteligible, y luego la ceremonia continuó con citas e intervenciones de los hermanos. El ritual concluyó de la misma manera que Hal había visto en Marte.

—Cerremos el ritual con un ruego al Supremo Alquimista: Tú, símbolo de los destinos del hombre. Permítenos ser tus herramientas en la destrucción de la enemiga mortal: la entropía. Concédenos cumplir nuestro anhelo de progreso y libertad para toda la humanidad. ¡Trasmutad!... ¡Trasmutad!

—¡Trasmutad! —respondió en coro la hermandad en un instante de impresionante éxtasis.

Después de un breve silencio, el sacerdote dio por terminada la ceremonia.

—Volved al mundo transmutados en vuestras conciencias por el bien de la Humanidad.

El anciano apagó las velas láser del candelabro, y se retiró del altar.

Hal había descifrado el enigma. El propio sacerdote había dicho que «El rito es sólo el símbolo de lo verdadero». La gran diferencia entre los rituales residía en que los alquimistas de Rings eran simbólicos mientras que los de Marte, religiosos. Los de Rings representaban su fe en el hombre mediante un rito alquimista, una representación teatral que servía para fijar ideas y buenas intenciones. Los marcianos, en cambio, creían que el Supremo Alquimista era un ser verdadero, un Dios real. Los marcianos eran creyentes, los ringers agnósticos esotéricos. Los marcianos creían en la piedra filosofal, los ringers sabían que tal cosa no existía sino en la forma de un hermoso y amado ritual.

Hal sintió la urgencia de seguir al Mago a las oficinas en la catedral y así lo hizo; estaba dispuesto a conocer esa misma noche el secreto de los alquimistas.

—Virtuoso Maestro —dijo Hal al anciano—, mi nombre es Hal Goldwing y he venido a hablar con usted.

—¡Que alegría, hermano! —exclamó el anciano con una suave voz. En su brazo izquierdo sostenía aún su gorro estrellado, mientras que su derecha portaba el libro de tapas negras y filete dorado—. Le esperaba. Por favor venga a mi oficina. Es austera pero acogedora.

El lugar era sencillo y de las paredes de piedra colgaban cuadros y objetos de ritual, todo iluminado por un vitral decorado con la silueta de un dragón. Unas amplias estanterías de madera repletas de libros formaban parte del mobiliario, de aspecto rústico y arcaico que armonizaba con las grandes puertas de madera. De pronto Hal se sintió en el medioevo, en el despacho de un sabio escolástico, o en el del mismísimo Merlín.



Se sentó en la silla para visitantes mientras el alquimista se quitaba su sotana estrellada y la colgaba en un sencillo perchero; quedó vestido en un traje de calle común y corriente, excepto por una llamativa insignia que lucía en su solapa.

—¿Desea servirse algo? ¿Té, café, jugo de frutas? —ofreció el místico.

—Muchas gracias —exclamó Hal—. Aceptaré un té.

El anciano le dio la orden a un robot y pidió una lata de café para él. Entonces, con calma, clavó sus ojos acerados en los de Hal.

—Dime, Hal. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Vine a Rings a hacer un reportaje sobre vuestra cultura, su Virtuosidad. Trabajo para el «Global Geography».

—¡Excelente revista y muy objetiva además! —comentó el anciano— Espera un poco... ¿no eres tú el mismo Hal Goldwing que hizo un hermoso reportaje sobre la realidad de Marte?

—Ése soy yo, su Virtuosidad.

—¡Que alegría conocerte!

—Lo mismo digo, su Virtuosidad.

—Por favor, Hal —dijo el anciano levemente divertido—. Si no quieres salir de aquí a patadas, no me digas «Su virtuosidad» cada dos segundos. Mi nombre es Joseph Mendel, llámame Joseph o, si te incomoda, Sr. Mendel. Pero prosigue. ¿Qué deseas saber?

—Alquimia, señor. Mis lectores y yo estamos interesados en la alquimia.

—Mira, Hal —dijo Mendel—, poco antes de que tú llegaras hubo un consejo en la alcaldía, con la participación de las personas con cargos de autoridad en la ciudad. En ese consejo acordamos que fue un grave error habernos aislado del resto de la humanidad y que debíamos compartir nuestros secretos. Hoy ya no somos tan estrictos, pero mantenemos las tradiciones, ajustadas al espíritu original.

Hal asintió. Mendel comenzó su relato.

—La Alquimia es una filosofía naturalista de origen hermético e iniciático que apunta a perfeccionar al Hombre y a mostrarle el camino del verdadero saber. En los comienzos, sus enseñanzas se transmitían sólo a unos pocos, de maestro a aprendiz. Estaba rodeada de un gran misterio, al punto que los



adeptos que violaban el juramento de silencio sufrían la condenación e incluso la pena de muerte.

—Pensé que era una religión con simbolismo químico.

—De ninguna manera es una religión —explicó Mendel—. El dogma está ausente de nuestras enseñanzas. Nadie es forzado a creer en algo en particular. Sólo exigimos que nuestros hermanos sigan el estricto camino hacia el conocimiento de su ser interior, para que su búsqueda se refleje al mundo en forma de amor.

—¿Y qué relación tiene vuestra Alquimia, con la del medioevo? —preguntó intrigado Hal.

—La alquimia del medioevo fue un movimiento científico, místico y práctico que produjo notables avances. Sin embargo, estaba contaminado con ignorancia y superstición. No busques nuestra filosofía en el pasado de la Tierra. Nuestras creencias son diferentes en el fondo, sólo se parecen en la forma. Los nuevos alquimistas nos preciamos de ser racionalistas, escépticos y en extremo apegados a la realidad.

—Sin embargo —interrumpió Hal—, las semejanzas son ostensibles.

—Tienes razón. Tanto el simbolismo como el arte y la escenografía que nos rodean están inspirados en esos alquimistas antiguos. Por ejemplo, el ritual tiene unos toques poéticos que rememoran las épocas de magia y fantasía del oscuro medioevo. Por otro lado, los ritos que presenciaste hoy vienen de una tradición aun más antigua. Nadie sabe con exactitud cuándo se iniciaron. Pienso que esa conjunción de elementos crea una atracción romántica hacia nuestra hermandad. El hombre, Hal, ama los rituales, y los nuestros satisfacen su subconsciente, permitiéndole soñar con un mundo mejor y fantasear con la magia de la vida. Somos herederos de la sabiduría milenaria de Hermes Trismegisto; nos provee de una importante sensación de identidad y nos da fuerzas para seguir adelante.

—¿Pero qué ocurre con la piedra filosofal? ¿También es simbólica?

—¡Ja! ¡Ja! —Rió Joseph, mirando incrédulo la cara de Hal—. Apareció la famosa piedra filosofal. ¿No me digas que piensas que la transmutación es real?

—Pero, los alquimistas en Marte...

—¡Marte! ¡Tierra! ¡Júpiter! —El anciano levantó la voz mientras sus ojos se llenaban de ira—. ¡Valiente tropa de embaucadores y corruptos! Sabes, Hal, hasta unos cien años atrás, venían a Rings manadas de esquizofrénicos excéntricos a estudiar Alquimia. Ingresaban a nuestros seminarios, en tres años



aprendían a efectuar el ritual con precisión, y volvían a sus planetas. ¡En vez de formar hermandades alquímicas abiertas, como las nuestras, creaban sectas herméticas! Los magos presentaban la transmutación como un acto real y sus seguidores les creían. Con el tiempo ganaron gran influencia. Es una vergüenza... una vergüenza.

—¿Cómo? —preguntó Hal.

—Han cometido todos los crímenes que existen, en nombre de la Alquimia —dijo Joseph, furioso—. Quizás el peor fue el suicidio de John Landmark, un místico de origen terrícola, envenenado en un ritual inventado por esos estúpidos de Marte. Tras ese incidente la Tierra comenzó a desconfiar de sus colonias. Desde entonces todo ha ido de mal en peor. Landmark afirmaba que los ringers éramos una amenaza. ¡Que tontería! ¿Has visto un pueblo más pacífico que el nuestro? ¿Para qué atacaríamos la Tierra, si aquí tenemos lo necesario para vivir?

—¿Y qué pasa con la transmutación? —Hal cambió de tema. Demostrar interés en Landmark, podía revelar su actividad como espía—. ¿Qué es?

—Es un símbolo, Hal, un símbolo del cambio espiritual del hombre, de la iniciación hacia una nueva vida.

—¿Pero cómo se hace? —Insistió Hal— ¿Cómo convierte usted el plomo en oro?

—No pensé que estuvieras interesado en el simple y vulgar mecanismo del rito. ¡Ah! Hal, para eso no era necesario que me visitaras, aparece en los textos de los estudiantes de primaria.

Hal se sintió humillado, pero no lo manifestó. En todo caso el anciano lo leyó en su cara.

—Es un truco Hal, un simple truco —prosiguió con una sonrisa—. No es un engaño a la hermandad pues ellos también conocen la artimaña. Tampoco es nuestra intención engañar a nadie.

Durante siglos se habló de la piedra filosofal y resulta que sólo era un truco, pensó Hal. Debía ser uno muy ingenioso si había logrado engañar a tantos por tanto tiempo. Ahora, conocería por fin el verdadero secreto de los alquimistas.

—Explíqueme, Joseph, por favor —dijo.

—Ah, los terrestres —suspiró el anciano—. Qué poco saben de nosotros.

Se hizo una pausa dramática.



—Bien —dijo al fin el anciano—. Durante la Edad Media muchos clamaron haber encontrado la piedra filosofal. Incluso en el siglo XX, los embaucadores como Fulcanelli sostuvieron que conocían la manera de elaborarla. Conocida como el León y también como la piedra de los filósofos, al ser aplicada al plomo producía siempre el mismo resultado: oro. Se podía verificar incluso con los instrumentos más avanzados.

—No entiendo nada —dijo, angustiado, Hal.

—¿No has visto cómo los ilusionistas hacen aparecer un conejo de un sombrero de copa? El espectador cree ver surgir al animal de la nada, pero siempre estuvo allí, oculto en el doble fondo del sombrero. De hecho el principio es el mismo.

—¡Pero, por amor de Dios!, ¿cuál es el truco?

—Calma, Hal. La impaciencia es mala consejera —exclamó el anciano tomándose su tiempo—. Para crear la ilusión, se baña con plomo filosofal una barra de oro, creando la impresión de que es de plomo sólido. Al aplicar calor el plomo se vaporiza y deja el oro a la vista. Se obtiene un efecto más dramático, si en vez de una llama directa, el calor se aplica por medio de la piedra verde o filosofal. En toda la historia humana, nadie tuvo la suspicacia de verificar que el plomo no era más que una cáscara. Nadie fue capaz de descubrir el truco. ¡Esa es la verdadera maravilla!

—Pero se ve tan real —protestó Hal.

Sin decir nada, el alquimista se levantó de su asiento, y tomó un candelabro de siete velas que descansaba en una de las repisas, casi oculto entre sus libros; lo puso sobre el escritorio. Después, abrió un cajón de donde sacó una caja de fósforos de muy antigua factura. En silencio, encendió una de las tres velas del candelabro y entonces volvió a sentarse.

—¿Has oído hablar del Conde de Saint Germain? —preguntó el anciano, como si le hablara a un niño.

—No.

—El Conde fue un alquimista del siglo XVIII. Convenció a muchos de sus poderes sobrenaturales, con el truco que te voy a mostrar.

El anciano sacó, calmadamente, un pequeño cofre de su escritorio. De su interior extrajo tres monedas negras y le entregó una a Hal.

—Mira esa moneda. ¿Qué te parece?

—Creo que es de un metal barato, quizás plomo —contestó Hal. Mientras la rascaba sin obtener resultado.

El anciano sacó unas pinzas del cofre, y tomó con ella una de las monedas. Entonces, muy lentamente, la acercó a la llama de la vela. La moneda comenzó a cambiar de color poco a poco y en un minuto el metal gris adquirió un color amarillo brillante.



—Ahora, ¿de qué es la moneda? —preguntó el alquimista.

—¡Oro!

—Felicidades Hal —dijo el anciano—. Has comprendido el secreto del Conde de Saint Germain. Ahora sabes cómo producir la transmutación del plomo en oro. Con un poco de entrenamiento podrías llegar a ser un excelente alquimista.

—¡Sorprendente! ¿Y cuándo se descubrió el truco de la transmutación?

—En la Edad Media. Y desde entonces fue mantenido en el más absoluto secreto, hasta ahora.

—Supongo que la forma correcta de crear el plomo alquímico, y de hacer el ritual de la transmutación, aparece en ese libro que tiene usted allí.

—No. Éste es uno de los libros más sabios que ha poseído la humanidad. No verás en él trucos baratos, como el de la piedra filosofal. Aquí aparece la



forma de transmutar el espíritu, no la materia. —Extendió el libro a Hal—. Esta copia te la puedes llevar de recuerdo de esta visita.

Hal aceptó el libro que en su negra portada tenía grabados los dorados símbolos alquimistas del azufre, sal y mercurio. Abrió sus filetes dorados en el lugar indicado por un marcador y reconoció un texto muy especial. Su título era «1 de Reyes». El libro de tapas negras era la Biblia.

Al salir de la catedral, Hal compró en una de las máquinas vendedoras de recuerdos una pequeña tablilla plástica de color verde esmeralda que le llamó mucho la atención. Transparente como cristal y con letras góticas negras en relieve, en la tablilla se leía: «La Tabla Esmeralda de Hermes Trismegisto», y enumeraba una serie de principios herméticos. Hubo uno que le hizo meditar: «Como es arriba es abajo»

4

Terminadas las entrevistas, Hal no regresó al Hotel Nature en el Gravitarium. En cambio, consiguió un pasaje en el transporte interurbano para viajar de inmediato a Camelot y alojarse en esa localidad. Antes de partir se comunicó con Dean, para que se dedicara a estudiar la bomba mientras él se concentraba en obtener más información logística. Después de todo Dean era el ingeniero, mientras que Hal era más hábil en el conocimiento de ciudades y de culturas. Era una diferencia que nacía de sus profesiones tan opuestas.

Necesitaban con urgencia un plano de Tikal. Con él, podrían definir el punto preciso dónde colocar la bomba, maximizando su poder de destrucción y manteniendo las bajas civiles al mínimo. Sin embargo, por más que pensaba, no podía imaginar dónde encontrar tal información sin despertar sospechas. Las holografías del museo no servían pues databan de al menos treinta años atrás.

Hal tomó el transporte interurbano en el terminal de autobuses de la ciudad. El coche, parecido a un pan de molde, tenía capacidad para cuarenta pasajeros sentados con comodidad. Todos eran ringers, a excepción de Hal: sus facciones toscas, y las ropas de barata confección terrestre revelaban que era un extranjero. Era una desagradable sensación. Jamás se había acostumbrado a sentirse diferente, a pesar de sus años de profesión en los que había conocido los lugares más remotos de la Tierra y el espacio.

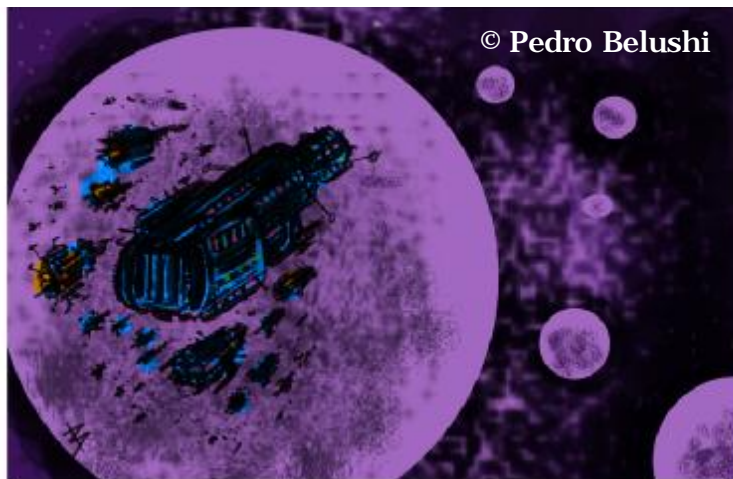
El bus interurbano cerró las puertas y presurizó su cabina. Se encendieron las advertencias para los cinturones de seguridad. Se abrieron las compuertas del terminal, y el vehículo fue lanzado al espacio por un brazo mecánico.

—Bienvenidos, señores pasajeros —dijo el robot conductor mientras reorientaba la nariz del vehículo hacia su destino—. Vamos a aplicar el impulso de aceleración. En veinte minutos haremos nuestra primera parada en Sout-



hern Cross, para llegar a Easter Island en una hora. El viaje continuará desde Easter Island a Camelot.

El bus espacial era un vehículo lento en comparación con las naves interplanetarias, pero apropiado para su objetivo: efectuar el transporte local entre las ciudades de Rings, en órbita alrededor de Saturno. Su fin, ahorrar combustible más que tiempo.



De pronto, el vehículo encendió sus pequeños motores iónicos provocando una ligera vibración. Estaban rumbo a las ciudades prohibidas de Rings. Un minuto después, el indicador de la cabina se encendió y los pasajeros pudieron desabrocharse sus cinturones, mientras los robots comenzaban a distribuir una merienda.

—Hola, señor —dijo el compañero de asiento de Hal. Era un hombre alto de maneras amables—. Me llamo Gordon Cantor. ¿Es la primera vez que viene a Rings?

—Sí. Es un lugar muy hermoso. Mi nombre es Hal Goldwing. ¿Cómo se dio cuenta de que soy extranjero?

—Es evidente, señor. Los ringers no andamos para todos lados con cámaras robots —contestó sonriendo el extraño.

Ambos rieron mientras el bicho electrónico, que Hal había sacado de su maleta al término de la aceleración, flotaba a un metro por sobre su hombro.

—Así que encuentra bonito el lugar —continuó enfático Gordon—, pero le diré, New Europe no es Rings. No, señor. Es sólo un puerto que carece de gracia, feo como él sólo. De no ser por su templo, la Academia Naval, el faro, y uno que otro edificio, sería una vergüenza como lugar de entrada a la colonia.

—Por lo que veo, usted no es un New European.

—¡Por supuesto que no, señor! Yo vengo de la más hermosa ciudad de la colonia. A propósito, ¿A dónde viaja usted?

—A Camelot.



—Es muy bonita. Le gustará. Y en el camino podrá ver mi ciudad natal: Easter Island. Viajo regularmente, pero ahora vuelvo para estar unos días con mi familia. Mi trabajo me lleva no sólo a las grandes ciudades sino también a pueblos e incluso a villorrios de cien habitantes. La mayoría están localizados en las órbitas altas de Saturno, pero existen otros muy alejados. Hay algunos incluso a muchos millones de kilómetros de Saturno, en las rutas de las lanchas mineras de asteroides, cientos están esparcidos por toda la zona entre las órbitas de Júpiter y Urano.

—¿Cuál es su actividad? —preguntó Hal, intrigado.

—Soy experto en seguridad industrial. Trabajo como asesor del Ministerio de Minería de la Gerencia General de Rings. Lo espantoso de mi trabajo son las visitas al terreno. A pesar de nuestra tecnología, nada reemplaza la inspección directa para detectar los problemas de seguridad. Esto me obliga a viajar sin descanso. La dramática falta de mano de obra me obliga a hacer el trabajo de muchos.

—¿Entonces, usted conoce la colonia de Rings como la palma de su mano?

—Por supuesto —contestó Gordon, con orgullo—. Debo ser uno de los ringers que más conoce su país. Pero no cambio a Easter Island por nada.

—Y ¿qué tiene de especial? —preguntó Hal, con un dejo de ironía.

—Es un lugar muy humano. El resto de las ciudades son comerciales, manufactureras o náuticas; prácticas y frías. En ellas reinan los robots y los androides, siendo la productividad y el lucro el principal motivo de su existencia. Easter Island, en cambio, es un sitio intelectual, donde el hombre es la medida de las cosas y el foco del mundo. Allí está el centro de la creación artística de Rings; además es la sede de la Gerencia General de la colonia. Si usted viera sus edificios, Señor, apreciaría qué hermosos son. Imagine una arquitectura al estilo colonial espacial, rodeada de jardines y espejos de agua. En Easter Island la gente disfruta de una vida pausada y provinciana, sin la prisa y la competitividad del resto de Rings.

—Debe ser un lugar agradable para vivir.

—Sí, señor.

—Dígame, Gordon, ¿por qué le llaman Easter Island?

—El nombre es una metáfora de nuestra propia aventura colonial. Easter Island o Rapa Nui —explicó Gordon— fue una cultura autónoma que se desarrolló en una de las islas más solitarias de la Tierra, localizada en medio del pacífico a 3000 kilómetros al oeste de la costa de Chile, Sudamérica. Un puñado de navegantes polinesios cruzaron el océano Pacífico en frágiles barcas y lle-



garon a esa isla en el siglo V d.C.. Desarrollaron una cultura en extremo original con construcciones en piedra, escultura monumental e incluso escritura.

»Tal como los antiguos navegantes polinesios, nosotros también cruzamos el océano del espacio en frágiles naves para fundar una pequeña colonia en medio de la nada. Somos también un pequeño puñado de hombres que consiguió, contra cualquier predicción, convertirse en una cultura muy avanzada y demostramos que una nación es grande no por el número de sus habitantes sino por la pujanza de los mismos.

—¿Los nombres de las otras ciudades son también metafóricos?

—Por supuesto —contestó Gordon, entusiasmado con el tema—. New Europe y Columbia traen a la memoria continentes extraordinarios en la historia de la humanidad, mientras que Alejandría, Tikal y Xanadu fueron ciudades cumbres en el Egipto alejandrino, el mundo Maya y la antigua China, respectivamente. Como verá, los fundadores fueron bastante poéticos en la selección de los nombres.

—¿Y qué pasa con Southern Cross? No me parece que tenga el mismo sentido.

—La Cruz del Sur es una constelación que alumbraba sobre el hemisferio sur de la Tierra. Para nosotros es el símbolo de los navegantes polinesios y de su aventura por encontrar nuevas Tierras.

Los viajeros conversaron un largo rato hasta llegar a la ciudad de Southern Cross, donde se elaboraban tanto alimentos, como bebidas levemente alcohólicas de la marca «Golden Hind». Allí también se encontraban los telares robotizados que tejían las carnes sintéticas, tan reales y sabrosas, que eran la base de la alimentación de la gente de Rings. Durante todo el tiempo, Gordon continuó describiendo la ciudad de Southern Cross, de un aspecto muy similar a New Europe, aunque en menor escala y sin grandes puertos.

El vehículo retomó su viaje. Poco después sobrevolaban Easter Island. La ciudad era muy diferente a las que habían dejado atrás. En especial por su arquitectura finamente trabajada de un estilo que recordaba un poco al colonial inglés. Los edificios eran de color rojizo oscuro con armazones metálicas opacas y de equilibrada decoración. La vegetación surgía dentro y fuera de los domos transparentes que poblaban el plano. Compitiendo en belleza, estaban los elipsoides de agua fluyente iluminados por discretos láseres de colores pálidos.

Entre las construcciones se observaba una muy pequeña y discreta, ubicada tras una cerca de vegetación. Según Gordon, era la casa de Gobierno: la Gerencia General de Rings.

—Insignificante para ser el lugar donde ahora mismo se toman decisiones de las que depende la suerte de toda la humanidad —comentó.



El transporte se dirigió al terminal de autobuses. El descenso fue rápido y suave.

—Bueno, Hal, ha sido un placer —dijo Gordon y estrecho la mano del terrestre—. Que tenga un buen viaje.

—Adiós, Gordon, y gracias.

Hal se dedicó a dormir el resto del viaje. A estas alturas estaba cansado de la monotonía del paisaje espacial. Una hora más tarde, despertó de un salto con el zumbido de la alarma del cinturón de seguridad, acompañado de la regular voz del robot conductor.

Mientras la silueta de la ciudad se apreciaba sobre el horizonte curvo de Saturno Hal se ajustó su cinturón. Camelot, el centro metalúrgico de Rings, revelaba en su estructura el diseño de los hombres prácticos. Su aspecto era rudo, en una palabra: industrial.

El transporte interurbano entró al terminal, de aspecto moderno y ordenado. Los pasajeros comenzaron a descender. Hal bajó del bus y solicitó un Taxi, cansado por el viaje y las actividades del día.

—Lléveme a un Hotel —le dijo a la computadora de abordo.

—Por supuesto, señor.

La industrial Camelot se apreciaba tan ordenada y pujante como las otras ciudades de la colonia. Sin saber por qué, Hal recordó la frase «El reino de los cielos»

—Hotel King Arthur, señor —anunció el taxista.

—Gracias —contestó Hal, canceló la cuenta y tomó su maleta. La traviesa cámara voladora reposaba ahora en el equipaje.

Ingresó en el recibidor del Hotel, notando que su caminar era cada vez más natural bajo ingravidez. El lugar se veía austero y funcional, sin dejar de ser agradable.

La habitación, un cuarto común y corriente, de los que los ringers usan en sus viajes de negocios. Entró y dejó la maleta en un closet. De inmediato decidió comunicarse con New Europe. Dean le informó que comprendía a la perfección el manejo de la banana, nombre que habían acordado utilizar para la bomba de fusión. Al terminar, Hal se sintió demasiado cansado para bajar al comedor, por lo que decidió acostarse. Pero entonces se llevó una sorpresa. ¡No había cama!



Por supuesto, pensó Hal. Éste no es el Hotel Nature del Gravitonium. Aquí estoy bajo gravedad cero y se debe dormir como en una nave espacial corriente. Debo buscar dónde están esas benditas cosas de dormir, se dijo.

Sin embargo, su búsqueda fue inútil. Angustiado por su torpeza e ignorancia, Hal preguntó al robot de cuarto.

—A sus órdenes, señor —contestó el robot.

Una de las paredes, de aspecto sólido, resultó ser una puerta; se abrió de par en par, dejando salir un plato de unos cuatro metros de diámetro, que tenía en su interior una cama convencional. Era redonda, presentaba todas las comodidades para el buen dormir y, además, proporcionaba gravedad al cuerpo humano durante el descanso.

Hal se dio cuenta que había descubierto algo importante. Por primera vez estaba en un Hotel convencional diseñado para los ringers, y no para extranjeros. Los cuartos imitan las comodidades domésticas y las sofistican, elucubraron. Los ringers, como todos los humanos, duermen alrededor de ocho horas diarias, lo que representa un tercio del tiempo de vida. Bajo gravedad artificial los cuerpos pueden recuperar energía y vitalidad, limitando los efectos nocivos que la falta de esta tiene a largo plazo. El sueño era el momento adecuado para aplicarla. Cuando se dieron cuenta, las ciudades anillo de gravedad artificial quedaron obsoletas. Adiós rosquillas. Las ciudades ya no necesitaron girar y pudieron crecer en forma ilimitada y en tres dimensiones.

Lo que él no sabía entonces era que las camas centrífugas eran sólo uno de los factores que permitieron la adaptación. Otro fue la ingeniería genética que, aunque muy limitada, mejoró la supervivencia a largo plazo. Las enfermedades por ingravidez, como la pérdida de calcio llamada raquitismo espacial, que habían atormentado a los humanos durante la fase inicial de la colonización, dejaron de existir.

Ahora comprendía mucho mejor cómo se había desarrollado esta sociedad. Pero no pensó mucho más pues el sueño se apoderó de él, y se durmió. El campo se puso lentamente en acción. Hal, en el duermevela, percibió que una fuerza gravitatoria le sujetaba a la cama, y sintió que estaba de nuevo en la Tierra.

© Omar E. Vega

OMAR E. VEGA (1958), nació en Santiago de Chile. Ingeniero en computación, con estudios de postgrado en I.A., trabaja desarrollando software geográfico para la minería. Tiene una familia conformada por su esposa, tres hijos, una gata y un conejillo de indias, y vive cerca de unas ruinas incaicas.



OXÍGENO Y AROMASIA CAPITULOS V Y VI

de Claës Lundin

traducido del inglés por Adriana Alarco

En los capítulos III y IV asistíamos a la presentación de Oxígeno, el novio de Aromasia, en presencia de su amada y a una cena en el Hotel central. En estos dos capítulos asistiremos a un concierto oloroso y a la primera disputa entre ambos novios. Sigán esta emocionante novela para saber en que acaba.

CAPÍTULO V: EL CONCIERTO.

Era tarde en la noche. Alguien del pasado hubiera pensado que el aire estaba repleto de luciérnagas, pero los puntos brillantes sólo constituían la radiación de los vehículos aéreos y eran el equivalente de los faros de los antiguos coches. Esas emanaciones se formaban gracias a una nueva fuerza natural, descubierta años antes del comienzo de esta historia. De inmediato, la industria utilizó dicha energía. Entre otras cosas, para alumbrar las calles pero, en particular, para iluminar los vehículos que se movían sobre los edificios y en las carreteras públicas.

La luz eléctrica, que se empleaba en las ciudades a fines del siglo XX y a principios del siglo XXI, era, en comparación con la nueva forma de iluminación, lo que el método prehistórico de las velas había sido a la luz eléctrica. Más tarde, aparecieron otros materiales luminiscentes de diversa intensidad. Y entonces se introdujo el nuevo descubrimiento. Su luz era mucho mayor que cualquier otra luz artificial. Pero esta luz encontraría también, en el futuro, algo que la sucediera y la hiciera desaparecer.

Las luciérnagas bullían en bandadas y en diversos estratos. Se extendieron después en varias direcciones, se reunieron otra vez y se esparcieron aquí y allá sobre la gran ciudad. La gente tomaba aire fresco luego de un día de trabajo; iba de visita o se acercaba a las casas de juego; también asistía a las 31 conferencias públicas o disfrutaba de otros placeres.

Un gran número de personas se dirigía a una sala de conciertos de la ciudad situada en una gran avenida, en el mismo lugar donde antes quedara la calle Tjärhofsgatan.

Era un edificio moderadamente pequeño, no más grande que el antiguo Palacio Royal. Era redondo y cubierto de ventanas de vidrio o de una calidad de porcelana que reemplazaba al vidrio y que era mucho más transparente. Sobre



el techo flotaba un inmenso sol del nuevo material luminiscente. Su claro resplandor penetraba en la gran sala de conciertos y lo iluminaba como si fuera de día, sin dañar los ojos.

La música aún ejercía un cierto control sobre la gente, por lo que en Estocolmo se habían construido muchas salas de conciertos, una tras otra, y cada vez más amplias. La música de Wagner tenía la pretensión de reproducirse en espacios cada vez más grandes.

Así estaban las cosas hasta que la antigua Ladugårdsgårde se volvió insuficiente.

Pero cuando el área quedó saturada de edificios y las membranas de los tímpanos se deterioraron por el ruido, las grandes salas de conciertos fueron demolidas o usadas para otros propósitos. Una vez que se perfeccionó el piano aéreo, ya no fue necesario tener grandes salas de conciertos. La gente se conformó con edificios más pequeños. Sólo algunos tenían el tamaño del viejo palacio pero eran mucho más sencillos que las antiguas salas de música.

En la sala de conciertos que se menciona se encontró lugar, a la fuerza, no sólo para los comedores y las cafeterías sino también para habitaciones de huéspedes. La representación de las piezas musicales a veces tomaba días enteros y durante los intermedios, la audiencia necesitaba descansar, pero no antes de haber consumido una cena contundente. En estos hospedajes también había unas salas donde hábiles médicos trataban a los aficionados oyentes que sufrían del «mal de los bostezos». En algunas salas de música, también se hallaban locales para depositar los restos de quienes habían sufrido una muerte musical, gracias al estallido de las trompetas o del enorme órgano a vapor.

Tales locales no eran necesarios en las salas de conciertos para ododión, donde se representaba la música de esencias. Allí sólo existían salones para refrescarse y cabinas de baños, mientras la sala de conciertos en sí ocupaba la mayor parte del establecimiento. Se les llamaba casa de conciertos debido a una costumbre inveterada, aunque el lugar tuviera sitio sólo para diez mil personas. La sala donde Aromasia generalmente daba sus conciertos no era tan grande, a pesar de que había inventado una máquina que controlaba y distribuía las fragancias de tal forma que parecían estar al mismo tiempo en toda ella. Sin embargo, no deseaba representar delante de más de siete u ocho mil aficionados. Muchas personas encontraban este hecho demasiado estricto, pero la artista basaba su opinión en sus propios cálculos y ella tenía experiencias que no todo el mundo podía percibir. La bella Aromasia era excelente en cuestión de cálculos.

Los visitantes al concierto empezaron a llegar. A través de un simple mecanismo se les aligeró de sus abrigos en el vestíbulo. La ropa era tan delgada y de material tan suave que no había problema en enrollarla y -luego de darles un



número— una máquina las colocaba en unas cajitas que se movían y desaparecían dentro de las paredes. Esa misma máquina entregaba el número correspondiente al visitante y le indicaba, además, el asiento asignado. Al final del concierto, los visitantes podían encontrar sin mayores dificultades la caja. Una simple presión en un botón metálico con el número correcto, y la caja salía de su escondite. Los vehículos se entregaban y se recogían en forma similar.

—Esta noche, la señorita Doftman-Ozodes nos entretiene con una nueva composición —comentó la señora Sharpman-Fulmar a su vecina, la señorita Rosebud. —Es una creación diplomática y política, o ¿vamos a percibir algo que describe las últimas invenciones dentro de la mecánica? —preguntó la linda señorita, mientras se acomodaba con placer en el sillón reclinable.

Los asientos de la sala eran unos sillones de tipo especial: todos confortables y de un mismo precio. Cada boleto costaba trescientos francos, pero estaban todos vendidos.

—No. Dicen que a nuestra querida Ozodes la han persuadido para que nos entregue una representación sobre poesía de la naturaleza, como se llamaba en el pasado.

—¡Qué ridículo!

—Seguro, pero también interesante, supongo. Espero que podamos experimentar algo que nos deleite. Yo tengo una gran necesidad de ello. Además, sería instructivo que nos recuerde la antigüedad, al menos, si no por otra cosa, con el propósito de percibir la superioridad que hemos alcanzado en estos tiempos.

—O, mire. Allí está Saksander, el director y el custodio. Es él quien está dirigiendo la nueva Sociedad de la Moda para la Mujer, un hombre muy decente y refinado.

Un hombre joven, entre los treinta y los sesenta años, vestido con traje bordado a la última moda, se acercaba en ese momento a las dos mujeres.

—¡Buenas noches, señor director! —exclamó la señorita Rosebud, y ofreció ambas manos al joven.

Él saludó amablemente y entregó a las damas un par de tarjetas olorosas de color rosado.



—Éste es el recibo de esta función. Acaban de salir de la máquina distribuidora —dijo el señor Saksander.

—¡Las Estaciones! —exclamó la señora Sharpman-Fulmar—. Eso es exactamente lo que he escuchado sobre la nueva composición.

—¡Qué ridículo! —repitió la señorita Rosebud.

La joven dama pertenecía a una antigua familia, de la clase que en el pasado era llamada noble, y, sin embargo, era una criatura de su tiempo y prefería oler algo mecánico que algo político.

—Hay un olor a flores de primavera —indicó la señora Sharpman-Fulmar y acercó la pequeña tarjeta a su nariz.

En ocasiones como ésta, los programas traían impregnada una esencia que producía un sentimiento de satisfacción durante el concierto.

—Se dice que a Ozodes la persuadieron para que nos haga experimentar algo sumamente antiguo —dijo la señorita Rosebud—. Pensaba que a una mujer de nuestro tiempo no la podían convencer de hacer nada.

—Su observación es correcta —balbuceó el director—. Yo también creo que hay algo raro en todo esto. Según lo que he escuchado, un anciano poeta muy extraño es quien ha influido en la artista.

—¿Qué dice usted? —exclamó la señorita Rosebud, casi levantándose de su asiento confortable. La expresión de sus ojos hubiera dado una buena razón a algún escritor del pasado para describir el sufrimiento del amor desdeñado.

—Yo sólo repito lo que he escuchado —agregó con cautela el director.

—¡Así es que la pequeña Ozodes tiene tratos con un poeta! —exclamó la señora Sharpman—. Sí, por lo que he oído, se supone que va a casarse con el hombre de las tempestades y el año de prueba terminará pronto.

—Así es, sin duda —intervino la joven señorita—. Su nombre es Oxígeno, eso lo sé, y dicen que fabrica excelentes chubascos. Seguramente está por terminar el año de prueba. Es un mal comportamiento de Ozodes. Eso debería saberlo él. Dígame, ¿qué opina usted, señora Sharpman?

Las dos señoras empezaron a murmurar entre ellas. La señora Sharpman-Fulmar sonreía, pero era una sonrisa que en las novelas antiguas podía calificarse como *una sonrisa siniestra*. Esas palabras ya no se usaban en el siglo XXIV, pero el fenómeno como tal aún existía.



—¿Conoce usted a la señorita Rosebud? —preguntó un hombre mayor cerca de las señoras, volteando hacia la dama sentada junto a él.

—Sí, un poco —contestó.

—¿Es cierto que le gusta el autor de *La última locomotora*?

—Seguro que es verdad, pero el amor no es recíproco. Según lo que he escuchado, el poeta ama a otra persona y no está de acuerdo con la visión moderna del mundo de la pequeña Rosebud.

—Me han dicho...

—¡Cállese! Aquí viene Ozodes. ¡Qué bella mujer!

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. Gran número de hombres se acercó a la dama del concierto para entregarle unos abultados manojos de papeles; era la costumbre del momento para demostrar entusiasmo. Los aplausos habían pasado de moda mucho tiempo atrás. Las flores también se consideraban inservibles. Ya no existía ni una sola hoja de laurel. Todos los árboles de bayas habían sido despojados y estaban extintos. En los últimos tiempos, las personas usaban los troncos y las ramas para quemarlas como incienso en las actuaciones de las debutantes. Ahora se entregaban paquetes de papeles que no eran otra cosa que títulos, bonos y diversas garantías.

Para gran sorpresa y maravilla de los presentes, un hombre se acercó a Aromasia y le entregó un ramo de flores. Ella sonrió amablemente, quizás con una sonrisa más amplia que la que ofreció a los hombres de los papeles. Le dio también la mano. Los aficionados presentes se miraron entre ellos, levantaron los hombros y movieron las cabezas.

—¡Miren! —exclamó la señora Sharpman-Fulmar—, ¡creo que es ese poeta loco! ¡Qué escándalo!

La señorita Rosebud palideció. Ella no dijo nada pero sus ojos despedían llamaradas, como expresarían los antiguos autores.

Había otra persona en la sala que no despedía exactamente llamaradas pero al menos observaba con mirada oscura la entrega de flores y la expresión sonriente de Aromasia al agradecer el gesto. Esa persona era Oxígeno.

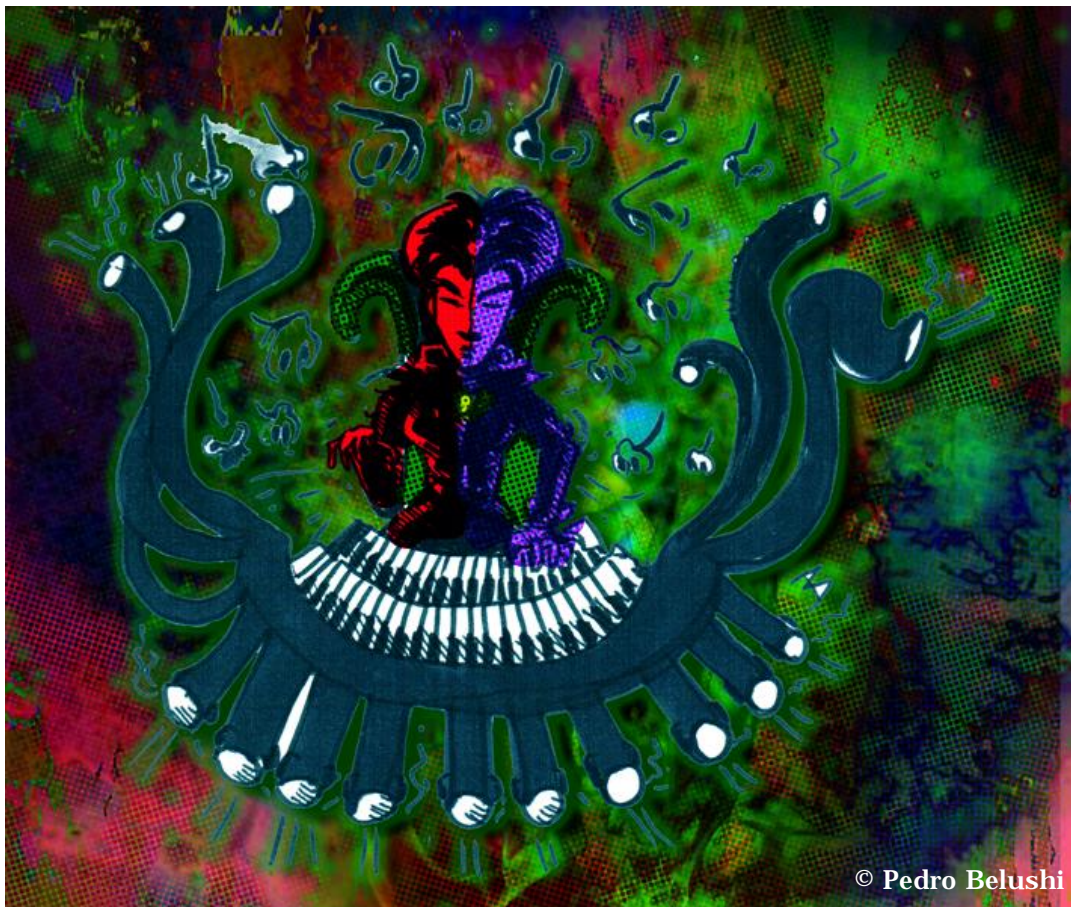
—¿Cuál es el propósito de ese tonto? —murmuró—. ¿Y, por qué Aromasia ha llamado *Las Estaciones* a su nueva composición? Huele a romance pasado de moda. Y nadie me lo ha notificado. Hm.

A pesar de todo, Aromasia se sentó frente a su ododión. Los artistas de la esencia que la asistían ocuparon sus asientos, cada uno de ellos con un odo-



dión más pequeño. Era todo un concierto para gran orquesta, como se llamaba en el pasado. Se montaba el ododión sobre otros instrumentos. Éstos habían sido manufacturados en el mismo gran laboratorio central, en la antigua Nybrohamnen, el lugar donde más de cien años atrás estaba la Real Academia de la Música, y la fabricación se hizo de acuerdo a las propias instrucciones de Aromasia.

Las narices de los presentes se expandieron, pero las conversaciones continuaron sin molestias. Ésa era una de las ventajas de los conciertos de aromas: nadie debía permanecer en silencio. La agudeza del sentido del olfato no se reducía por el murmullo que atravesaba la sala durante el concierto. Muchos se sorprendieron ante el tema escogido por Aromasia y olieron con desaprobación los primeros movimientos, pero la desconfianza se volvió confianza cuando el gusto y la capacidad de la artista se convirtieron en deleite, gracias a sus dotes geniales.



Para empezar, sintieron la fragancia del pasto tierno y de las primeras flores de primavera, dulces, tímidas cuerdas olorosas que llenaron la mente con frescos pensamientos y nueva vida que parecía despegarse de todo lo viejo y anticuado, y apuntaba hacia un futuro glorioso. Ésta era la estación de la ino-



cencia, la indulgencia y la esperanza. Luego lo llevaban a través de las transiciones del perfume hasta la rica abundancia del verano.

La artista fascinaba a todos con sus esencias en el ododión, de hierba recién cortada, de fresas y de flores estivales. Los presentes gozaban de los perfumes y se sentían estremecer con la fuerza del verano y la felicidad de esa estación.

—¡Qué placentero, qué bello, qué dulce es este verano! —exclamaban muchos en la sala, y varias personas se acercaron a la artista para darle más bonos de garantía.

Pero luego sintieron otras esencias que parecían ahogarlos.

—¡Estamos en los días calurosos! —exclamaba la gente sofocada y secándose el sudor de la frente, ansiosos por sentir un poco de fresco.

—¡Caliente pero brillante! —explicó la señora Sharpman-Fulmar.

—¡Demasiado asfixiante! —declaró la señorita Rosebud—. Creo que mejor me voy.

Pero los fuertes perfumes del verano gradualmente dejaron lugar a otros, menos expresivos y quizás no tan fragantes que reemplazaron a los anteriores. Había algo de desvaído y triste que traía a la mente nostálgicos pensamientos otoñales, pero pronto olieron la esencia del vino y de frutas diversas. Ese olor contrarrestaba el perfume anterior y al final, percibieron una esencia total de tumba que produjo un estremecimiento de temor.

Las mujeres se taparon la boca con los pañuelos y los hombres levantaron la nariz mientras hacían muecas de disgusto.

—¡Esto es horrible! —declaró la señorita Rosebud.

—O no, ¡es brillante! —replicó el director—. Estoy pensando en ordenar magníficos trajes de luto o al menos mil abrigos de invierno.

Pero la maestría del concierto oloroso terminó con algunas cuerdas de esencias confortantes, donde se repetían unos movimientos de primavera aunque más leves, decididamente, y algo indefinidos que, a pesar de todo, mejoraron las expresiones faciales de los presentes.

Con eso se puso fin a la función. No había otros números para esa noche. Los aficionados aprobaron el concierto entregando a la artista más de cien bonos de las mejores empresas artesanales y bancarias.

—¡Cuánta algarabía! —exclamó la señorita Rosebud.



—¡Miren, allí está el poeta loco otra vez! —señaló la señora Sharpman-Fulmar.

—¡Otro escándalo! —declaró la señorita.

—Sí, en el nombre de la moralidad deberíamos ejecutar nuestro acuerdo —indicó la señora Sharpman.

—De inmediato —agregó la señorita.

CAPÍTULO VI: UNA NOCHE DE FIESTA.

El día después del concierto, algunas personas se reunieron en casa de la tía Vera.

Fue a una hora equivalente a las once o doce de la noche en el pasado. La hora normal para las fiestas. Se entretuvieron con juegos, alternando con lecturas y conferencias cortas. Estas últimas se preparaban de antemano, se seleccionaban en distintos lugares y se guardaban en latas. Luego las palabras se reproducían usando un simple mecanismo, parecido al de los antiguos fonógrafos pero mejorado.

—Amigos, ¿desean escuchar las discusiones del día de hoy en el parlamento? —preguntó la anfitriona—. Acabo de recibir algunos extractos de los discursos a través de la máquina de aire comprimido. Mi ordenador en Gothenburg me los envía todas las noches.

Cualquiera que deseara seguir los sucesos del día en otros lugares, tenía un ordenador especial o lo que en la antigüedad se llamaba un «corresponsal», en las ciudades más distinguidas de todo el mundo.

Los invitados a la fiesta expresaron su beneplácito y la anfitriona continuó puliendo los extractos comprimidos de los discursos del parlamento, que venían en las propias voces de los conferencistas. Estos fueron luego ensamblados en la forma lógica que no siempre tenían en el parlamento, sobretodo cuando eran pronunciados sin la ayuda del nuevo mecanismo para conferencias, que resultó ser una invención en extremo útil.

Los presentes escucharon con gran atención los «extractos comprimidos» y los comentaron indicando su aprobación o su desaprobación.

—¿Quién tiene esa voz ronca? Parece un papagayo resfriado —opinó uno de los huéspedes.



—Es un miembro del Partido de la Reversión —explicó otro huésped—, es un opositor que demanda que el parlamento se divida en dos cámaras como en el pasado. También solicita que se destruya el mecanismo para conferencias.

—¡Qué opiniones tan anticuadas! —exclamaron muchos de los invitados—. El sistema de la cámara única en el parlamento ha demostrado tener muy buena influencia y obtener decisiones rápidas en los asuntos de la agenda que, en cualquier caso, es lo más importante.

—¡Sin duda! El mecanismo para conferencias también contribuye a eso —declararon otros—. Quizás el Partido de la Reversión desea librarse también de las nuevas máquinas para votar.

—Sí, eso es lo único que faltaba para arrojarnos hacia atrás unos cien años, cuando la mecánica parlamentaria estaba en pañales.

—¡Silencio! Ahora está hablando Wheylén, el gran fabricante de quesos de Norrland, uno de los mejores representantes del Partido del Progreso; el hombre que inventó el arte de preparar queso en el estómago de las vacas. —Ése fue uno de los inventos que más tiempo hizo ahorrar.

—Ese discurso no es un extracto —explicó la anfitriona que seguía puliendo los discursos—. Es una completa reproducción de las palabras del conferencista con sus pausas, su tos, sus soplidos de nariz y todos los demás adornos de la oratoria.

—¡Incomparable! Nadie habla como Wheylén.

—Sí, la señora Mild-Rigidsell lo hace —recordó alguien—. ¿La podemos escuchar?

—Ella no ha estado presente en la cámara durante varios días —informó la anfitriona—. En la actualidad está muy ocupada en el comité de provisiones. Además, nunca da conferencias muy largas, pero le hace un excelente servicio al parlamento a través de su contribución en materia de finanzas públicas.

—Sí, fue muy popular y tuvo una magnífica votación —dijo Oxígeno, quien hasta ese momento no había tomado parte en la conversación y mantenía los ojos puestos en la puerta del salón.

—Hay un asiento vacante en el tercer distrito de Majorna —indicó uno de los presentes—, y si...

—Me presentaré para la elección —intervino Oxígeno.

—¿Tú? ¿No sabes que se le ha ofrecido la candidatura a la señorita Doftman-Ozodes? ¿Deseas realmente presentarte como su competidor?



—¿Por qué no? Las condiciones atmosféricas están reguladas por un largo período de tiempo y me siento con ánimos de participar en el trabajo del parlamento.

—¿Pero qué va a decir tu mujer sobre eso? Aquí viene la señorita Ozodes.

Aromasia entró y saludó con su gracia habitual. La anfitriona y sus invitados la rodearon, agradeciendo el concierto del día anterior. Inmediatamente, algunos admiradores sacaron manojos de papeles que trataron de entregar a la artista, pero ella declinó esa forma de expresar su aprecio fuera de la sala de conciertos.

Oxígeno fue el único que no se movió de su lugar. Se le veía triste y enrollaba ansiosamente un papel entre los dedos. ¿Era también, quizás, un bono o un título de garantía?

Aromasia se le acercó y trató de cogerle la mano, pero Oxígeno permaneció inmutable, retiró su mano y evitó mirarla a los ojos.

No respondió a la pregunta de Aromasia sobre el motivo de su actitud. Cuando ella se sentó a su lado, y el resto de los huéspedes rodeó nuevamente a la anfitriona, quien expresó su sorpresa porque las últimas Noticias de la Hora no hubieran sido aún distribuidas, repentinamente, Oxígeno se desató:

—¡El concierto «odorato» de anoche estuvo magnífico!

Había un tono de desdén en sus palabras. Sorprendida, Aromasia lo miró, pero fue como si no quisiera ver su mal humor. Con afecto, se volteó hacia él y le preguntó por qué no la había recogido para el acordado viaje de placer a Norte América.

—Voy a presentarme a las elecciones en Gothenburg —replicó Oxígeno sin contestar a su pregunta.

—¿Tú? ¿Has olvidado que me han ofrecido la candidatura a mí? —preguntó Aromasia mientras lo observaba sorprendida.

—¡No, en absoluto! —explicó Oxígeno—. Es por eso que quiero presentarme como tu candidato rival.

—¿Ésa es la razón? —preguntó despacio Aromasia, asombrada.

—Sí, quiero luchar contra cualquiera que pertenezca al Partido de la Reversión.

—¿Y yo pertenezco a ese Partido? —preguntó la artista.

—Ahora estoy más convencido que nunca —aseguró el fabricante de climas—, Si no es así, ¿por qué has presentado un concierto donde el público experimentó esa composición tan anticuadamente romántica como Las Estaciones?

—Oh, sólo por eso —replicó Aromasia, y sonrió con su sonrisa más hermosa—. ¿Así que tú no compartiste el embeleso común durante el concierto de ayer?

—Ciertamente no. Dime, con honestidad: ¿quién te persuadió para ejecutar esa composición infantil? Sí, dime ¿quién?



© Pedro Belushi

Sus palabras eran violentas y su expresión muy dura. Sus ojos lanzaban llamaradas. Con dificultad, pareció reprimir un estallido algo más vehemente.

Aromasia se sintió herida. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Echó una mirada de reproche hacia Oxígeno y quiso alejarse.

—No me contestas —continuó Oxígeno—. Pero no necesito tu respuesta. Yo sé el nombre de la persona que te ha llevado a esta locura, a esta traición a nuestro Partido.



—Como artista, tengo el derecho de escoger cualquier tema que desee — declaró Aromasia—, y no tengo que dar explicaciones a nadie.

Se levantó con orgullo y se acercó al resto de los invitados. Acababan de empezar los juegos matemáticos que estaban de moda.

Furioso, Oxígeno rompió el papel que enrollaba entre sus dedos.

—¡Por fin llegan las últimas Noticias de la Hora! —exclamó la anfitriona y se apresuró a abrir la ventana, desde donde el mensajero arrojó un enorme fajo de papeles sin detener su bicicleta. Era el periódico con unas cincuenta hojas impresas. Cada uno de los huéspedes tomó una hoja y se recostó en un sofá para leer. También Aromasia participó en la lectura, pero estaba tan inquieta que no entendió lo que leía. De vez en cuando, sus ojos paseaban por encima del periódico buscando a una persona. Pero Oxígeno se había marchado.

—Tengo noticias para ti —dijo alguien en voz alta.

Una mujer, casi sin aliento, irrumpió en el salón acompañada por otra, quien estaba igualmente ansiosa.

—¡Es una noticia extraordinaria! —gritó.

Todos levantaron los ojos de la lectura para observar a las recién llegadas. Eran la señora Sharpman-Fulmar y la señorita Rosebud, dos mujeres inseparables que raramente asistían a ese lugar, pero que ahora llegaban con premura, en medio de la noche.

—Warm-Blasius Oxígeno se va a presentar al parlamento de Gothenburg — expresó en voz alta la mujer casada.

—En el tercer distrito de Majorna —agregó la pequeña señorita igualmente excitada.

—Ya está en los periódicos —observó uno de los asistentes a la fiesta, entregándoles una hoja.

—¿Ya está? —preguntó la señora Sharpman-Fulmar, desilusionada.

—Sí, pero lo que no se menciona en la hoja —aseguró la señorita Rosebud con una sonrisa— es que es muy probable que ese candidato reciba la mayoría de votos.

—¡Nadie puede competir con él! —afirmó la señora—. El reconocido fabricante de climas va a arrasar con los Gothenburgueses como una tormenta. Si hay algún lugar que depende de su clima y del viento, es esa gran ciudad comercial de Escandinavia. Probablemente querrán quedarse con Warm-Blasius.



—Eso no me sorprende —replicó la anfitriona—. Sé que Majorna en Gotthenburg no sólo es una ciudad sobre todo comercial sino también bancaria, y está formada por una comunidad que tiene muchos ingresos. Desean un parlamentario con experiencia financiera. Además, los comerciantes ricos de Majorna son personas que aman el arte y estarán honrados de ser representados por una artista, especialmente en la actualidad, porque son ellos los que entienden mejor que nadie el manejo del dinero. La persona que tiene un alto nivel artístico junto con una experiencia financiera y a quien le han ofrecido la candidatura, es mi joven amiga y pariente, Aromasia Doftman-Ozodes.

—O, pero la señorita Ozodes no puede contar con una mayor cantidad de votos —aseguró la señorita Rosebud—, además no querrá rivalizar con el Sr. Oxígeno, su propio... o, perdón, me disculpo. No sabía que estabas aquí y no podía pensar... no...

—No tienes que disculparte, —respondió Aromasia con toda la tranquilidad que pudo reunir en ese momento—, pero puedo asegurarte que no voy a dejar la candidatura que me han ofrecido, por ningún postulante. Majorna en Gotthenburg me ha hecho un gran honor.

—O... ah... —fue todo lo que la señora Sharpman y la señorita Rosebud pudieron responder en dicha ocasión. La explicación calmada y distinguida de Aromasia pareció sorprenderlas y en cierto modo, molestarlas. Ellas sonrieron con embarazo. Las personas presentes las miraron con ojos que parecían preguntar qué es lo que realmente querían.

—Bueno, ¿podríamos comparar impresiones luego de leer los periódicos? —preguntó la anfitriona y dirigió su atención a otros asuntos.

Cada uno contó lo que había encontrado en la hoja de las Noticias de la Hora. Como era la última edición del día, no se publicarían más periódicos en las próximas cinco o seis horas y el interés en las noticias era intenso. Además de la cuestión de las elecciones parlamentarias en Gothenburg, la guerra entre China y Norteamérica era lo que más ocupaba la atención.

China, que no había logrado emanciparse de los viejos prejuicios, negaba a las repúblicas de Norte América el derecho a volar libremente sobre su suelo, por lo que había surgido una seria complicación. Muchos creían que la gran guerra del ferrocarril entre Rusia y China, que duró varias décadas y que terminara unos cien años antes de que esta historia empezara, sería la última guerra del mundo. Dicha guerra se produjo como resultado de la terca negativa de China de abrir sus fronteras al tráfico universal sobre rieles, y se pensaba que, si bien Gran Bretaña aprobaba esa vía férrea, tenía intereses propios y habría fortalecido la resistencia de los chinos.

Sin embargo, cuando la guerra se declaró Gran Bretaña se retiró. Por lo tanto, el Parlamento Británico votó para agradecer al Ministro, asegurando que



cada británico estaría siempre preparado para defender la justicia y la libertad alrededor del mundo, siempre y cuando no tuvieran que usar otros medios que no fueran sólo las palabras. La guerra terminó con la derrota total de los chinos. Cuando sobrevino la paz, China quedó incluida en la red universal de vías férreas, y tuvo la línea más importante del Pacífico Asiático. Pero las comunicaciones sufrieron un cambio radical que Rusia no obtuvo ninguna ventaja a pesar de sus tremendos sacrificios durante la guerra.

Desde entonces surgieron diversas guerras, grandes y pequeñas, como la que hubo entre Mónaco e Italia, que fue de las más sangrientas, excepto por las terribles guerras socialistas. Ésa no se cuenta entre las guerras «comunes». El primero reunía tal cantidad de tesoros a través de sus casinos que podía procurarse ejércitos de aventureros en cualquier país. El príncipe atacó la gran República Italiana para crear un reino. La operación falló, sin embargo, y Mónaco fue derrotado. El príncipe huyó con sus aventureros al Mar del Sur donde creó otro casino, el cual fue saqueado, luego, por unos y otros.

Después de cada nueva guerra, la gente esperanzada proclamaba incondicionalmente que ésa sería la última, y aconsejaba no gastar en medidas de defensa pero, como las pasiones humanas no se pueden mitigar y mucho menos abolir, se peleó una guerra después de la otra. La que ahora amenazaba a China y a las repúblicas Norteamericanas creó un revuelo alrededor del mundo. En la última edición de las Noticias de la Hora, se encontraron artículos escritos directamente desde América así como desde China y, como provenían de direcciones opuestas, contenían información completamente diferente. Los presentes en la reunión trataron de encontrar la verdad o, al menos, la mayor veracidad que se podía obtener bajo dichas circunstancias. Sin embargo no era una tarea fácil y mantuvo a la gente en la reunión por varias horas más.

Aromasia trató de prestar atención a las mismas noticias que los demás, pero no tuvo éxito. Sus pensamientos se dirigían hacia otra dirección completamente diferente. ¿Qué podría haber causado el extraño comportamiento de Oxígeno? ¿Por qué esa decisión repentina de competir con ella por el escaño político? ¿Estaba celoso? ¿Quién le había dado razón para ello?

Se hacía a sí misma estas y otras preguntas similares, mientras los demás miembros de la fiesta se devanaban los sesos tratando de entender las noticias contradictorias desde China y América. Nadie parecía haber llegado a comprender el intrincado embrollo. Las socias de la anfitriona, dos jóvenes que tomaban parte en la fiesta, servían a los huéspedes refrescos, agua azucarada, frutas y jamón pero ningún alimento pesado como los que se consumían en el pasado. Parecía que nadie pensaba en ello. Estaban acostumbrados a tomar la comida principal del día muy tarde, y luego a no comer nada más, sólo uno o dos refrescos como los mencionados. En esos días, la gente iba a la cama tarde pero se levantaba temprano. Una costumbre que hacía que el trabajo diera mejores frutos que en el pasado.



Aromasia deseaba, si no exactamente librarse por completo de sus tristes pensamientos, al menos descansar de ellos para encontrar la luz en las tinieblas que oscurecían su mente. Por lo tanto, entró en las habitaciones donde la anfitriona guardaba sus libros, una abundante colección en diferentes idiomas, sobre muchos temas y escritos en épocas diversas. Allí había libros de los siglos XIX y XX. Aromasia escogió uno de ellos al azar. Con mucha probabilidad, un libro muy antiguo. La artista empezó a leer. El lenguaje era el poco desarrollado sueco del siglo XIX. A pesar de eso, lo entendió. Las palabras le eran familiares pero el sentido de lo que leía le sonaba extraño.

—«La tarea de la mujer es la privación» —leyó en voz alta—. Hm. Eso nunca lo he aprendido —susurró Aromasia. Continuó la lectura—: «Es sólo en el sacrificio y en la privación que la mujer puede obtener la verdadera fortaleza».

Desde el principio el texto repetía que la mujer debía obedecer al hombre. Lo que el hombre desea, la mujer también debía desear.

—¿Será cierto? —se preguntó Aromasia, y quedó pensativa por largo rato.

Leyó algo más del libro. Cada cosa que leía intentaba probar que el hombre era quien mandaba y que la mujer era sumisa.

—Esto es algo completamente nuevo y, sin embargo me parece un pensamiento tan antiguo —murmuró Aromasia para sí—. No lo entiendo.

—¿Qué es lo que mi pequeña Aromasia no entiende? —preguntó su tía Vera que entraba en la habitación en ese momento.

Aromasia devolvió el libro al armario y volteó hacia la anciana mujer, sin contestar a su pregunta. Desde pequeña, acostumbraba a revelar sus pensamientos a su amable parienta, pero en ese momento no deseaba hacerlo.

—¿Ha terminado la fiesta? —preguntó—. Si es así, yo también me voy a casa.

Se despidió y no quiso entrar en más discusiones, aún si le pareció que la anciana señora deseaba platicar sobre su sitio como representante de Majorna.

Esa noche, Aromasia fue a casa caminando. Sentía como si el pasado la hubiera tocado usando un método antiguo de mensajería. Las calles estaban tan iluminadas como si fuera de día. Se veían pocos caminantes, ya que la mayoría de las personas usaban sus vehículos aéreos, pero la calle era tranquila y segura. Además, Aromasia no sabía qué era el miedo y llegó a su departamento sin tener ninguna aventura. Ascendió por el elevador y pronto entró en su habitación.



—La privación es la tarea de la mujer —repitió un par de veces antes de quedar dormida—. ¿Quizás los antiguos tenían razón? ¿Debería rechazar la candidatura que me han ofrecido, a favor de Oxígeno? Yo no la busqué. Me llegó hoy una carta sobre el asunto. Ellos me conocen de la academia donde estudié, donde me gradué y obtuve un doctorado. Yo creo que puedo realizar algo a favor... ¿Estará bien renunciar? Yo amo a Oxígeno... mucho... enormemente... ¿Por qué me trata de esa forma? ¿Por qué? La privación es... Oh, yo ya no soy una mujer feliz.

(continuará)

Claës Lundin

© de la traducción inglesa Adriana Alarco de Zadra

Hace cien años, Claës Lundin (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gotenburgo. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con Strindberg, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción *OXÍGENO Y AROMASIA*. La novela se inspiró en *Bilder aus der Zukunft (IMÁGENES DEL FUTURO)*, del filósofo y escritor de ciencia ficción alemán Kurd Lasswitz (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace <http://runeberg.org/oxygen/>.



LA ODISEA LITERARIA TERCERA PARTE

Una novela corta de Víctor Conde

En otros capítulos hemos visto como la investigadora Stephanie Ogle se encuentra en Florencia investigando la primera versión de la película Frankenstein para hallar las pistas que le lleven a descubrir la identidad del hombre que está buscando. Mientras, en otro tiempo y espacio, los hermanos Patchoules se han adentrado en el confin de las Puertas para salvar a Llanura Kármika. En este la Siglamante Lya ha sido contratada para salvar a una granja de *maldición de las letras*. Sus pesquisas dejarán al descubierto un hallazgo tan extraordinario que marcará el inicio de un largo viaje hacia la ciudad de Esphinx.

3. IYA INMERSA EN ALGO QUE, SIN DUDA, EMPIEZA POR «V»

Iya abrió los ojos y luego despertó. Por ese orden.

Estaba en una sala sin techo, abierta al firmamento, y una pléyade de estrellas se enseñoreaba del poco espacio disponible entre las nubes. El camastro era duro. Si alguien le había asegurado en alguna ocasión que eso era bueno para la espalda, ahora podría aportar varias razones para destruir el mito.

Se incorporó hasta quedar sentada. Colocó sus manos en las vértebras lumbares y apretó. Clack. Mantuvo pegados los labios para no soltar un grito. Luego se levantó, hizo pis en la misma jarra en la que había bebido vino la noche anterior y la dejó colocada encima de la mesa, para que la retirase el posadero en cuanto amaneciera.

¿Aún no era de día?

Sí, debía serlo. La luz entraba zigzagueando por ventanas de guillotina con cristales de hojaldre, y se reflejaba en las pupilas de varios gatos. La claridad había invadido la atmósfera en un día apresurado, sin amanecer. Odiaba esos días; tenían tanta prisa por volcarse sobre el mundo que a Kruanak apenas le daba tiempo para esbozarlos. Como no se diera prisa, a la bonachona deidad se le iba a secar la pintura en el lienzo.

—Bueno, hay que trabajar —se dijo, y su emoción fue sincera. Adoraba su trabajo, tanto que muchas noches se desvelaba pensando en las maravillas que la aguardaban al día siguiente, y cuando llegaba la hora de explorarlas el cansancio le pasaba factura y su rendimiento disminuía.

Bajó en enaguas a la calle, se dio un baño rápido junto con otras mujeres en la fuente que había en la plaza, y se puso su mejor vestido. La ceremonia



del peinado le llevó otros quince minutos, que aprovechó para ir desayunando y leer las noticias en el panfleto local: «Se recrudecen los combates en el sures-te. Las tropas de...» Pasó la página de golpe. Odiaba leer noticias sobre guerras o conflictos absurdos. Mientras esas cosas tan horribles no se acercasen a ella, prefería hacer como si no existieran.

El siguiente epígrafe rezaba: «¡Incidente grave en la Llanura Kármica! La distracción de un funcionario parece haber provocado una alteración puntual de la Armonía Spécula, cuyas consecuencias están aún por determinarse. Los cartógrafos de la Universidad Kemplar se encuentran ya en el lugar de los hechos, para realizar mediciones y cuantificar los daños. ¿Cuánta Llanura ha quedado expuesta al nefando influjo de la luz que atravesó la Puerta? Eso lo tendrán que det...» El resto era una repetición innecesaria de los mismos hechos, sólo que con otras palabras. También se incluía una entrevista con el jefe de los cartógrafos, un tal doctor Maximus Costa, quien afirmaba que los cambios en la Llanura eran temporales, y que el paisaje por sí solo volvería a la normalidad en cuanto alcanzase su estado de reposo. A Iya no le convenció lo que pudiera decir aquel hombre, sobre todo (y debía admitir que no era una razón muy lógica) por el ridículo salacot que lucía en la foto.

Al final de la última página había un mini cuento que había escrito un co-laborador. Estaba firmado *M.X.* Esto sí que lo leyó con interés: «...—Pues créelo —dijo Tentetieso a la sombra del león—: es cierto que existe un país de cuento donde no anochece nunca, salvo cuando las nubes tapan el Sol, y no hay rayos en las tormentas ni truenos en los oídos de los niños. —Entonces, ¿qué tiene de mágico? —preguntó de inmediato la sombra—. Si los niños no se asustaran del trueno no añorarían el sol que se esconde tras las montañas invertidas de nubes. Y si no anochece, ¿con qué soñarán cuando duermen, si no hay estre-llas que los guíen hasta el otro mundo?».

Iya sonrió. Era cierto, ella había necesitado de la noche en varias ocasiones para no perderse, y la luz de los relámpagos había contribuido a guiarla por la espesura. No sabía quién era ese tal *M.X.*, pero estaba segura que se había perdido en sueños muchas veces.

Acabó el desayuno. Pagó con seis Promesas y media al camarero y abando-nó la posada. Necesitaba conseguir más Promesas. Al cambio estaban a sólo 1'3 Disculpas, y eso no era bueno para el bolsillo. Si el trabajo que la había traído a aquel pueblo resultaba la mitad de lucrativo de lo que esperaba, su bolsa estaría de nuevo repleta y podría pagarse unas sábanas decentes en la siguiente ciudad.

Siguió un camino embarrado que llevaba al ayuntamiento: una casa de adobe con todas las ventanas entreabiertas y de diferente color. Un perro que arrastraba una cadena rota se le acercó, y aunque enseñaba los dientes no la



atacó. Iya se preguntó de qué rayos servía una cadena rota, aparte de avisar con un tintineo de eslabones que su dueño te estaba acechando.

La puerta se abrió. Por la descripción que le habían facilitado en la taberna, aquel tipo alto y desgarbado debía ser el mismísimo alcalde.

—¿Qué carajo desea, señorita? —preguntó con un tufillo a alcohol en las tildes—. El ayuntamiento está cerrado. Si quiere denunciar un maltrato, una castración de gallos o un casamiento ilegal, diríjase a la Casa Mayor.

—No es nada de eso —aclaró, resignada. Siempre la confundían con la típica mujer casadera o en ciernes. ¿Es que acaso no se le notaba en el mentón que era extranjera? ¿O en las patillas?—. Soy la Siglamante. Usted me dejó un mensaje en la taberna anoche para que viniese a verle por la mañana.

El hombre dio un respingo. Sí, ya, que si soy demasiado joven, que si no tengo pinta de Siglamante, a pesar de que nunca en su vida ha visto ninguna... Iya se conocía la cantinela. El alcalde se recuperó pronto de la sorpresa y la invitó a pasar, destilando amabilidad y... más tufo a alcohol. Era un hombre entrado en los cuarenta, de barbilla feroz y ojos demasiado juntos. Todo en su rostro estaba tallado con premura, desde aquella cicatriz cosida dentro de la piel, a la boca cuya colección de dientes parecían arrebatados a diferentes personas.

—Le ruego que me disculpe, señ... señ... —dejó abierto el sufijo para que ella lo rellenase.

—Señorita.

—Ah, claro. Por supuesto. Perdone mi reacción, es que nunca...

—Lo sé. Si le parece, vamos al grano. Mi tiempo es oro —acotó Iya, adoptando esa pose seria y cortante que, a pesar de resultar inapropiada para los negocios, todo el mundo echaba de menos en alguien con su profesión.

—Sí, claro. —El alcalde se frotó las manos—. Discúlpeme otra vez por mi torpeza. El asunto que nos ocupa tiene que ver con la granja de la vieja Ehrme. Ella y sus cinco nietos...

Iya sacudió la cabeza, impaciente.

—No, ese *grano* no. El *otro*.

El alcalde tardó un segundo en comprender.

—Aaaahh... claro. Ya no le voy a pedir más disculpas porque parecería, eh... —Tosió, sin molestarse en ocultar la boca—. Desconozco cuáles son sus



honorarios habituales. Había pensado en pagarle cuatrocientas Promesas por su trabajo. Sé que no es mucho, pero el pueblo no puede permitirse un desembolso mayor. Ese dinero lo teníamos reservado para remodelar el puente. De hecho, el año que viene.

—Uhm, es poco, tiene razón, aunque en este caso aceptaré. —Sonrió Iya falsamente, pensando para sus adentros: «¡Uauh, cuatrocientos! ¡Sí que voy a poder pagarme sábanas limpias, y tal vez incluso un masaje de esos tan güarros con barro y baba de caracol!»—. Ustedes me caen bien. Hay buen vino en la taberna. Quien gestiona unos viñedos así no puede ser mala gente.

El alcalde se deshizo en agradecimientos y halagos durante los siguientes diez minutos, mientras acompañaba a Iya a la granja en cuestión, y le entregaba la mitad del dinero por adelantado. Durante todo el camino, Iya se lamentó por la ignorancia de aquellas pobres gentes, que eran capaces de pagar una gran suma de dinero a un supuesto sabio (cantamañanas errante, se calificaba ella a sí misma cuando tenía días malos) con tal de que los *librera* de la maldición de las letras. Pobres idiotas. No tenían ni idea de que aquello que consideraban una maldición, en realidad era uno de los fenómenos más increíbles que estaban ocurriendo en ese momento en el mundo. Más importante aún que las salidas de tono de la realidad en la Llanura Kármica. Pero la gente simple no entendía. Una vez intentó explicárselo a los dirigentes de una ciudad de ganaderos: que aquellas letras no eran una maldición desatada por un antiguo demonio, sino un grito hecho piedra del alma del planeta; que la Naturaleza quería decirles algo importante y para ello estaba aprendiendo el lenguaje de los hombres, etc. No le hicieron el menor caso. Lo único que consiguió fue que anularan el contrato, y pudo considerarse afortunada porque la dejaran marcharse sin acusarla de brujería y quemarla en un poste. No, con la gente inculta no se podía razonar, así que Iya había decidido adoptar el papel de sabia viajera, poderosa Siglamante, que recorría los caminos buscando aquellas expresiones de brujería de la tierra, y *liberaba* a los pueblos afectados de su influjo.

A cambio, claro está, de un módico precio. Hasta las Siglamantes tenían que comer.

La granja de la vieja Ehrme era tan desorganizada, sucia, apartada y repelente como su dueña. Se trataba de un pedazo de terreno cultivado en la misma falda de un barranco, con una casa colgando a media altura de unos postes que debieron haber sido reparados hacía cincuenta años, y unas vides tan descuidadas que más que dar uvas eran un festín gratuito para los lagartos. Cuando Ehrme salió de debajo de su sombrero para recibir al alcalde, ni siquiera se molestó en mirar a Iya. Sólo señaló su amado y maloliente pedazo de barranco, y dijo:



—Mis nietos han cogido lagartos de dos cabezas. Cinco en las últimas dos semanas. Y se me han muerto todos los gatos cuyo nombre empezaba por «J».

El alcalde hizo una señal sobre su hombro destinada a protegerle de los malos espíritus y se retiró unos pasos. Iya paseó por el viñado mirando atentamente el suelo, buscando los clásicos vestigios de magia que solían acompañar la aparición de las letras. Uno de los nietos de Ehrme, un niño sucio y feo que apenas levantaba doce años del suelo, la siguió durante todo el tiempo. La ponía nerviosa, siempre rascándose la cabeza de una forma compulsiva. ¿Habría una invasión de piojos en la casa de Ehrme? No le extrañaría en absoluto.

En efecto, por todas partes había vestigios. Y bastante evidentes. Malformaciones en los insectos y en las formas vivas menores, cambios de color espontáneos en las rocas y formación de cristales de hielo con mensajes ocultos. No cabía la menor duda: en aquel lugar se habían manifestado con fuerza las letras. Pero... ¿dónde?

Extrañada, Iya miró en todas direcciones. Buscó al fondo del barranco y en las inmediaciones de la granja. No había ni rastro de ellas. Los síntomas estaban, la enfermedad no.

Y aquel niño seguía poniéndola nerviosa. Scrach, scrach.

—Está bien —dijo, regresando junto a la vieja—. ¿Dónde ha visto usted las letras, señora? Algo así no es fácil de ocultar.

Ehrme la miró a través de las grietas de su sombrero. Estaba claro que ella no le gustaba en absoluto. Odiaba la juventud y la belleza, ¿verdad? Pues el sentimiento es mutuo, vieja momia, pensó.

—Tienen que estar por ahí. —Hizo un gesto hacia el barranco—. Por ahí.

—Las letras suelen tener una altura superior a la de un caballo y pesar como tres reses juntas. Son muy fáciles de ver. Y yo no las he encontrado por ahí abajo.

—Están por ahí —repitió la vieja con terquedad—. Por ahí.

—Señora —Iya se acuclilló frente a ella para buscar sus ojos bajo el ala del sombrero. La mujer se sentó en una piedra para ponerle las cosas más difíciles—, he visto las señales, igual que usted. Lo admito. Si hubiera letras estarían aquí, en mitad de su viñado o dentro de su establo. Se haría más que evidente su presencia, ¿no cree?

—Por ahí, por ahí.



Iya suspiró. Iba a pedirle al alcalde que volviese al pueblo a por unos cuantos voluntarios que la ayudasen a buscar (y una infusión para tomarse ella) cuando vio algo. Fue un destello de claridad, suficiente para que atara cabos.

Clavó los ojos sobre el feo nieto de Ehrme. El niño dejó de rascarse un segundo, mirándola a ella.

—¡Cójalo! —gritó cuando el chaval salió corriendo. El alcalde le puso la zancadilla y el chaval tragó barro. Luego lo sujetó por una pierna para que no huyera, como a los cabritillos.

—¿Qué ocurre? —preguntó el alcalde.

Entusiasmada, y sorprendida a la vez, Iya se acercó al muchacho. Con extremo cuidado le separó las greñas, tratando de recuperar lo que él mismo había arruinado tras horas y horas de rascarse el cuero cabelludo.

Allí estaban. Las letras. Impresas en forma de cabello entrelazado, creciendo en el huerto de aquella melena juvenil, la esencia de su misterio rutilando al quedar expuesta.

Ahogó una exclamación. Era la primera vez que se encontraba con un prodigio semejante. ¡Las letras ya no sólo crecían de la tierra! ¡Ahora arraigaban también en los seres vivos! ¿Era un síntoma de evolución, o de que la Naturaleza ya no tenía fuerzas para esculpirlas en roca, y buscaba materiales más blandos?

¿Una evolución o una involución?

—Señorita, ¿qué ocurre? —preguntó el alcalde, nervioso—. ¿Le pasa algo a ese crío?

Iya no respondió. Extrajo una libreta de notas de su mochila, con las tapas en cuero negro y unas letras doradas en el lomo, y comenzó a apuntar. Sí, aunque «la nueva manifestación se opone a todos los principios que hasta ahora dábamos por sentados, no por ello deja de ser válida. También hay una interpolación lógica de caracteres en este nuevo tipo de grafía». Revolvió el pelo del zagal y notó que «las palabras son pequeñas pero más abundantes que en la orografía mineral. Es la primera vez que vemos algo parecido a una frase completa, lo que nos podría aportar pistas de gran valor sobre cómo se establece la sintaxis. Esto podría abrir puertas hasta ahora vedadas a los estudiosos hacia el estudio del idioma que la Tierra emplea para hablarnos».

El alcalde y la vieja la miraban acongojados. Iya se puso en pie y se sacudió la tierra de la falda, satisfecha.



—No tienen por qué preocuparse de las maldiciones. Conque le rapen el pelo a este crío se solucionará. No creo que le vuelvan a brotar palabras en la cabeza. —Frunció el ceño. El niño la miró con asco.

—¿Qué va a hacer usted?

—Parto de inmediato hacia Esphix. Allí vive una persona a la que tengo que consultar sobre todo esto.

—¡La ciudad de Esphix está al otro lado del país!

Iya le guiñó un ojo.

—Entonces será mejor que salga ya, ¿no? La primera etapa de un largo viaje empieza por un simple paso....

(continuará)

© Víctor Conde

Víctor Conde tiene 28 años, es natural de Tenerife y trabaja como guionista de cine y televisión. Ha publicado en revistas como *Axxon*, *Pulsar* y *Artifex*. Además tiene publicadas las siguientes novelas: *PISCIS DE ZHINTRA*, *ARENA*, *EL TERCER NOMBRE DEL EMPERADOR* y *MYSTES*, novela que fue finalista del primer premio *Minotauro Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica*. Recientemente ha publicado su última novela *EL DRAGÓN ESTELAR* en *Timún Más*.



Poesías

A VECES II

por Rubén Yepez

Esta hermosa poesía de Yepez, que entraña mucha nostalgia y una leve esperanza, está escrita con pasión, desesperación y algo de angustia. Quien sabe si es por la lejanía de su bella ciudad de altura. A veces debemos regresar a nuestras raíces aunque sea con el recuerdo. Esperamos que el poeta encuentre lo que busca.

A veces creo que soy el tiempo
He sido tantos amaneceres
Tantas noches de placeres
Mil mujeres he gozado, a tantas he amado
Y por tantas, tantas he llorado

A veces creo que soy un eterno comienzo
Siempre diferente, siempre nuevo
¡Soy el origen de todo evo!
Yo soy siempre un comienzo
El tiempo existe, sólo si yo lo pienso.

A veces creo que nunca fui, nunca existí
Soy sólo la pesadilla de un amante
Que tiene a su amada distante
¡Soy sólo un dolor, un lamento!
Un llanto siempre en aumento

A veces creo que soy esperanza, soy el sol, soy la luz
Pero entonces ¿por qué me envuelve la oscuridad?
Mi vida no es más que soledad
Alguna vez alguien me abrazó, me besó, me dio calor
Pero caro pagué esa dicha, con cuanto llanto y dolor

A veces creo que soy dichoso, que soy feliz
Tengo entre mis brazos un cuerpo que se agita
Un corazón que junto a mí palpita
Y no es nada, sólo el placer de una noche
Algo que se irá, se alejará sin alegría, sin reproche



A veces quiero creer en Dios o Luzbel
Quiero rezar o maldecir
Se confunde todo en mi decir
Y no tengo nadie en mi corazón
Que me ilumine, me dé razón

A veces creo que soy vida, que soy muerte
En mí todo acaba, todo empieza
¿O es mi alma la que nunca comienza?
¿Como saber de amor y odio, llanto y risa
En esta vida que se va tan deprisa?

A veces creo que amé y fui amado
Se confunde realidad y fantasía
¡Oh, mi Dios!, mi alma como ansía
conocer el amor, por alguien ser amado
¡Quiero creer que por mí, una lágrima se ha derramado!

© Rubén Yépez

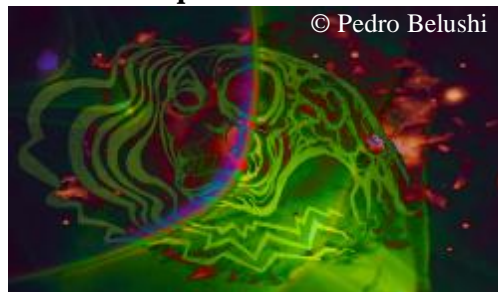
Rubén Yépez, 51 años, nació en Cuzco, reside en Lima, viudo (aún), tiene dos hijos de 22 y 20, hombre y mujer. Es economista, con segunda especialidad en Ing de Sistemas, y una Maestría en Administración. Descubrió que la vida empieza a los 50.



FALLAS EN EL SISTEMA (POEMA CIBERPUNK) por Ricardo Acevedo Esplugas

La poesía de Ricardo Acevedo nos abre las puertas a la visión tecnológica de un Tiempo Real que conoce a través de imágenes en su pantalla. Lejos de ese mundo desconocido, más grande que él, se siente atemorizado cuando se acerca demasiado.

Hay grietas en tus *cybergloves*
que apenas notas
imágenes demasiado familiares
mundos podridos



corazones radioactivos
políticas travestís
acudes a las *smart drugs*
(intra-indo)
más las venas son como fibras ópticas
fundiéndose en un océano de anfetás
los periféricos chillan:
VIRUS FREE
grieta borrada
ahora las torres sobrevuelan el espejo
comienza la danza tecno
y sientes miedo
porque por dos segundos
estuviste en Tiempo Real

© Ricardo Acevedo Esplugas

RICARDO ACEVEDO ESPLUGAS (La Habana, Cuba, 1969). 1º Premio Encuentro Municipal de Talleres Literarios de Habana Vieja (1997). Fue uno de los organizadores de los eventos *24 Horas Fantásticas 2003* y *VillaFicción 2002*. Graduado del Taller de Formación Literaria «Onelio Jorge Cardoso». Drtor. del Boletín Digital *miNatura*. 1º Premio Concurso de minicuentos *El Dinosaurio* (2004), Antologador del Libro *Secretos del Futuro*. 1º CF Revista *Juventud Técnica* (2005).



TEMPORALIDADES

por J. Javier Arnau

El poeta habla de amor y de sus sentimientos. Hoy, Javier Arnau nos ofrece dos hermosas poesías. En la primera, devela su ansia de viajes hacia una sexualidad más consciente. La segunda nos inquieta por su vislumbre de amores ansiosos, devotos, prohibidos o quizás, equivocados. Probablemente, equivocados. En sus poemas refleja su afán, muy sentimental, de escapar hacia otros mundos, otros sueños.

NAVEGANTE

Blanco balanceo de la nave de tus sueños
Escorada por sentimientos recién nacidos
En la mente del Navegante.



© Pedro Belushi

Propulsores cinéticos que impulsan deseos
De pura belleza y etérea volubilidad.
Soles que se deshacen en espúreas volutas
Mientras la maquinaria reverbera
En atónita algarabía
De engranajes y programas;
Algoritmos de secuencias
Y piezas manufacturadas
Unidas en una amalgama
De inmaculada ligereza
Y sutil esplendor,
Propulsada por la mente recién nacida
Del Piloto de los Sentimientos,
Mientras mis sueños
Se escoran blandamente
Entre la cinética de tus movimientos.



TEMPORALIDADES

Marejada,
Una sensación de pérdida,
De añoranza;
Evocando sucesos,
Esperando el devenir.
Solos en la Eternidad gris
De un Universo equivocado
En todos los sentidos posibles.

Sin rumbo,
Las olas de la nada nos alcanzan
Antes de que los Navegantes de Soledades
Adquieran sustancia.



© Pedro Belushi

Camino erróneo,
Senda equivocada.
O tal vez no;
Imposible discernirlo,
Anclados en este lado de las Realidades.
Un paso fronterizo entre Esto
Y lo nunca establecido

Tal vez amanezca; quizás anochezca;
Puede que todo se reduzca a eso,
Y nunca más tengamos que elegir
En el azar de las mareas capitales.

Y derivamos
Con el fluir de las corrientes estelares
Hacia puntos de gris perlado en el horizonte;
El anochecer
De una antigua era o, quizás,
El amanecer
De una nueva marginalidad



Que asciende
Desde el fondo de ignotos cataclismos.

Aún así, llegamos a algún sitio,
A alguna realidad donde atarnos,
Algún fragmento de historia perdida
Entre las lumbres de las estrellas
Que pueblan el viejo cementerio de nubes,
El antiguo osario de los dioses del ayer.

Y a partir de ahí nos sacude
Una marejada de posibilidades,
Que hace que nos adentremos
Por un nuevo camino,
¿Otra vez erróneo?
Tal vez, pero al menos nos movemos
Contra el fondo de un firmamento estelar
Que ha permanecido estático,
Indeciso entre las diferentes opciones ofrecidas,
Más bien ofrendadas por pacientes devotos,
Esclavos de la Iglesia de la Nueva Singularidad.

Nosotros nos desplazamos,
Y la Singularidad estalla en guirnaldas
Que conforman nuevos sistemas;
Satisfechos,
Dejamos paso a otros dioses,
Ansiosos
Como lo estuvimos nosotros alguna vez,
Para adentrarse entre lo nunca establecido,
En las brumas del antiguo cementerio
De las Deidades Perdidas.

© J. Javier Arnau

Javier Arnau ya ha aparecido en otros números de Alfa Eridiani, por lo que se pueden consultar sus datos en ellos, y en su blog *Por si Acaso: Previniendo Desastres* (<http://jjarnau1.blogspot.com/>), donde encontraréis relatos, poesías, artículos, noticias y más cosas. Ha publicado también en *NGC3660* (poesías, relatos y reseñas de libros), *Cuentos Para la Espera C30* (relatos; los treinta mejores), *El Parnaso* y *Tierras de Acero* (reseñas de libros), *Sedice.com* (artículos y reseñas), *Qliphoth n° 19* (poesías), e zine *Efimeros* (micro relatos), *Ediciones Efimeras* (Poemario: *PAISAJES DE CIENCIA FICCIÓN*), *Axxon*, *Ne-cronomicón 14* (relatos), *Miasma* (poesías), *Tierras de Acero Magazine* (relatos).



Artículos

EL SISTEMA SOLAR ORDENADO

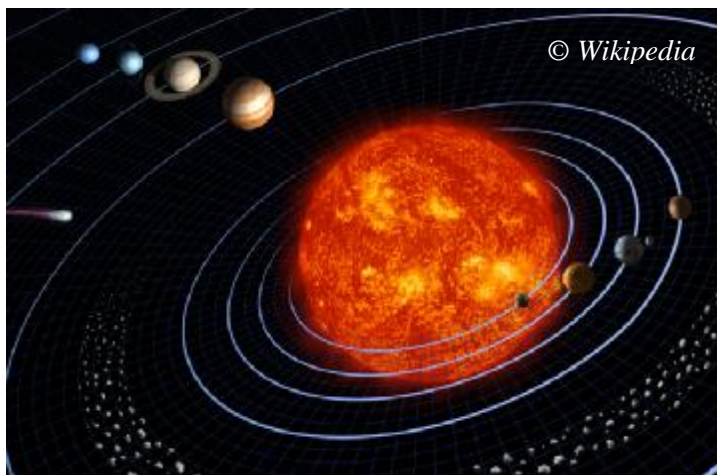
por Heber Rizzo Baladán

En los últimos años, gracias a los descubrimientos científicos, el sistema solar ha dejado de ser el mismo que estudiamos en el colegio.

Y precisamente eso fue lo que me hizo notar una amiga y lectora de Córdoba, Argentina, que luego de haber leído mi último artículo sobre Éride, me pidió que escribiera algo que pusiera en orden los conocimientos del día de hoy. Fue así que preparé este pequeño resumen-diagrama de nuestro actual Sistema Solar que, sin entrar en detalles, intenta exponer una visión algo más clara y comprensiva para los aficionados a la astronomía y a la ciencia en general.

Para Pat Mac Dougall, artista excepcional

I- ESTRELLA CENTRAL O PRIMARIA



Sistema solar, mostrando los ocho planetas y el Cinturón de Asteroides



El Sol

El Sol es una estrella enana amarilla tipo espectral G2, alrededor de la cual orbitan todos los cuerpos del sistema solar.

Nació hace unos 5.000 millones de años a partir de una gigantesca nube de gas y polvo que se condensó y de la cual también surgieron los demás objetos del sistema solar, y probablemente vivirá



otro tanto, antes de convertirse primero en gigante roja y luego en enana blanca. Tiene un diámetro de 1.392.000 kilómetros y una masa equivalente a 333.400 Tierras.

La distancia media que nos separa de nuestro Sol se denomina Unidad Astronómica (UA) y equivale a unos 150 millones de kilómetros (para ser más exactos, 149.597.871 km).

II- PLANETAS

Según una resolución del 24 de agosto de 2006 de la Unión Astronómica Internacional, los planetas son objetos que cumplen las siguientes condiciones:

- Orbitan alrededor del Sol
- Su gravedad es suficiente para superar la fuerza de cuerpo rígido, adquiriendo un equilibrio hidrostático (su forma es prácticamente esférica).
- No son satélites de otro planeta.
- Han limpiado la vecindad de su órbita.

Acorde con esta definición, los planetas de nuestro sistema son (por orden de distancia al Sol):

- 1- Mercurio
- 2- Venus
- 3- Tierra
- 4- Marte
- 5- Júpiter
- 6- Saturno
- 7- Urano
- 8- Neptuno

Los planetas que giran alrededor de otras estrellas y que cumplen las mismas condiciones son llamados generalmente exoplanetas o planetas extrasolares. Sin embargo, a la fecha no hay todavía una denominación oficial para ellos. Por supuesto, incluyen una condición más, y es no tener la masa suficiente (unas 13 masas-Júpiter) para que en su núcleo se produzca la fisión nuclear de deuterio.



Los ocho planetas del sistema solar



III– PLANETAS ENANOS

Orbitan alrededor del Sol

–Su gravedad es suficiente para superar la fuerza de cuerpo rígido, adquiriendo un equilibrio hidrostático (su forma es prácticamente esférica).

–No son satélites de otro planeta.

–No han limpiado la vecindad de su órbita.

A la fecha, hay tres claramente definidos, que son (por orden de tamaño):

–Éride (objeto del Disco Difuso)

–Plutón (plutino)

–Ceres (asteroide)

Podrían llegar a ser incluidos en esa categoría (por orden tamaño):

–Sedna

–2005 FY9

–Orcus

–2003 EL61

–Quaoar

A éstos se agregan otros cuyo número total podría ser de más de 40.



© Wikipedia

Plutón y su luna Caronte (ilustración).

IV– CUERPOS MENORES

Todos los objetos que orbitan alrededor del Sol y que no son planetas o planetas enanos, se consideran colectivamente como «cuerpos menores del sistema solar».

Por lo tanto, son cuerpos menores:

–Los asteroides clásicos (excepto Ceres)



-Los centauros y los troyanos de Neptuno

-Los objetos transneptunianos más pequeños, exceptuando a los que poseen suficiente masa como para haber alcanzado el equilibrio hidrostático, como es el caso de Eris y Plutón

-Los cometas

Es posible que algunos de los cuerpos menores más grandes puedan reclasificarse en el futuro, si se comprueba que alcanzan el equilibrio hidrostático.

IV-A- Asteroides

Son cuerpos carbonáceos (75%), rocosos (17%) o metálicos (8%) de tamaño variado que va desde unos pocos centímetros hasta 1.000 kilómetros y que giran alrededor del Sol en órbitas interiores a la de Neptuno. Su nombre significa «parecidos a estrellas» y les fue dado por el astrónomo John Herschel poco después de que fueran descubiertos los primeros de ellos. Son material sobrante del sistema solar en formación que nunca llegó a aglutinarse para formar planetas.

Precisamente por eso, su estudio es importante porque nos da una idea de la composición de la nube de gas y polvo que dio origen a nuestro Sistema Solar. Y quizás algún día sirvan también como fuente de metales (minería espacial).

La mayoría de ellos recorre órbitas más o menos estables entre Marte y Júpiter, aunque algunos son desviados por causas gravitatorias a órbitas que cruzan las de los planetas.

Por su posición en el sistema solar se los clasifica como:

-NEOs (objetos cercanos a la Tierra)

-Objetos pertenecientes al Cinturón de Asteroides.

IV-A-1 NEOs

Son asteroides con órbitas muy cercanas a la de la Tierra, o que la cortan. Algunos de ellos, con órbitas muy excéntricas, son probablemente cometas extintos que han perdido sus componentes volátiles y que provienen del Cinturón de Kuiper o incluso de más lejos. El resto proviene seguramente del Cinturón de Asteroides, de donde han sido desviados por interacciones gravitatorias con Júpiter o por choques entre ellos mismos.

Se los agrupa en tres familias:



-Asteroides Atón

-Asteroides Apolo

-Asteroides Amor

IV-A-1-a- Asteroides Atón

Sus períodos (tiempo de recorrido orbital) son inferiores a un año y sus órbitas tienen un radio ligeramente igual o menor a 1 UA, por lo cual normalmente se encuentran dentro de la órbita terrestre, aunque algunos pueden acercarse demasiado para nuestra tranquilidad.

Los más conocidos son Atón, Athor y Apofis. Este último tiene un período orbital de 323 días y su trayectoria lo lleva a cruzar la órbita de nuestro planeta dos veces en cada giro alrededor del Sol, por lo cual está siendo estudiado con mucho detenimiento, especialmente en sus próximas aproximaciones. La de 2029 ya ha sido descartada como peligrosa, pero todavía quedan dudas con respecto a la de 2036.

IV-A-1-b- Asteroides Apolo

Su perihelio (distancia mínima al Sol) es menor que el de la Tierra, y su afelio (distancia máxima al Sol) se encuentra más allá de la órbita terrestre. De los conocidos el más grande es Sísifo, con un diámetro de aproximadamente 10 kilómetros. Otro muy grande es Geographos, con una extensión de 5,1 km x 1,8 km.

Un choque con cualquiera de ambos podría resultar en la extinción casi total de las formas superiores de vida de nuestro planeta; aún los más pequeños pueden causar daños muy importantes. Por eso, se los vigila continuamente tratando de localizar a todos los que puedan llegar a tener un acercamiento peligroso, o sea menor a un millón de kilómetros. En comparación, recordemos que la distancia Tierra-Luna es de 384.400 kilómetros.

IV-A-1-c- Asteroides Amor

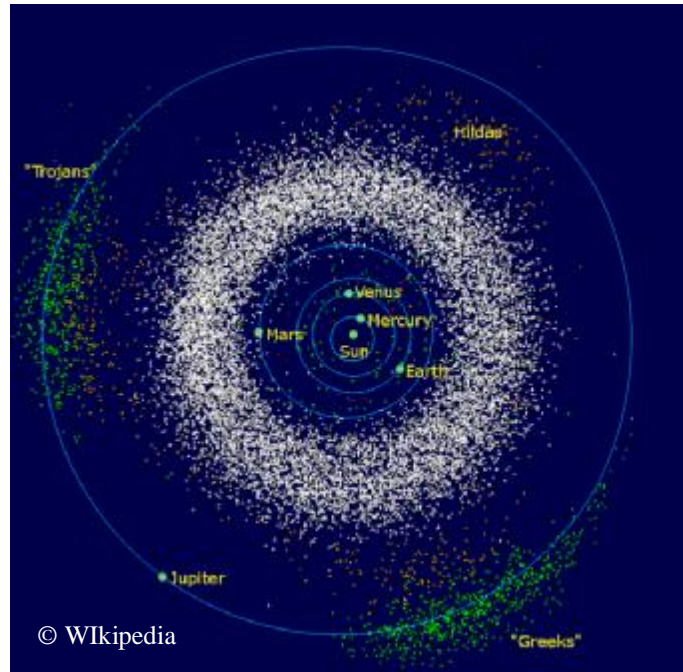
Son asteroides cuyas órbitas los ubican entre la Tierra y Marte, aunque algunos de ellos incluso cruzan la órbita de este último. Los más conocidos de esa familia son Eros y Amor.

IV-A-2 Cinturón de asteroides

La mayoría de los asteroides conocidos orbitan en una agrupación conocida como Cinturón de Asteroides, que se encuentra entre las órbitas de Marte y Júpiter, a una distancia de entre 2 y 3,5 Unidades Astronómicas. Recorren sus órbitas en períodos de 3 a 6 años.

El mayor de los objetos que componen este grupo es Ceres, que sin embargo, y a partir de 2006, ya no es un asteroide sino un «planeta menor». Curiosamente, desde su descubrimiento en 1801 y hasta la década de 1850, en que se descubrieron otros asteroides en esa región, a Ceres se lo consideró como un planeta. Se estima que la masa total de los objetos del Cinturón de Asteroides equivale aproximadamente a un 4% de la masa de nuestra Luna, y de ese total Ceres se queda con un 32%.

A partir de la reclasificación de Ceres, el mayor de los asteroides pasó a ser Vesta (530 km de diámetro medio y un 9% de la masa total del Cinturón).



Sistema Solar interior mostrando el Cinturón de Asteroides.

IV-B- Troyanos

Se denomina «asteroides troyanos» a un grupo de asteroides que se mueve en la órbita de Júpiter, a 60° por delante y por detrás de éste, en los llamados «puntos de Lagrange». Los que se encuentran en el punto L4 (el que precede a Júpiter) recibieron nombres de héroes griegos, y familiarmente se los conoce como «griegos», mientras que los del punto L5 (el que sigue a Júpiter) recibieron nombres de héroes defensores de Troya, y por eso comúnmente se los conoce como «troyanos». El más grande de todos es Héctor, y mide unos 370 x 195 km.

Marte también cuenta con un asteroide troyano, Eureka, que ocupa el punto L5 de su órbita. También se han identificado algunos otros, aunque por una resolución de 2005, el Centro de Planetas Menores de la UAI no reconoce a ningún asteroide troyano marciano, a causa de ciertas especulaciones poco fidedignas publicadas en un grupo de discusión de Internet.

Por su parte, Neptuno también posee dos asteroides troyanos que se consideran separados del resto de los del Sistema Solar por su ubicación. Estos son conocidos como «2001 QR322» y «2004 UP10» y se encuentran en el punto L4. A la fecha, hay otros tres «posibles troyanos de Neptuno», que son 2005 TN53, 2005 TO54 y 2006 RJ103. Todos ellos se encuentran en el punto L4 y están



listados en la «Lista de Troyanos de Neptuno» del Centro de Planetas Menores de la UAI.

IV-C- Centauros

Son objetos helados que orbitan alrededor del Sol entre Júpiter y Neptuno y que cruzan las órbitas de los gigantes gaseosos. Los más conocidos son Quirón y Chariklo. Sus órbitas son inestables, dentro de una escala temporal de 106-107 años.

Es posible que se encuentren en una etapa de transición desde el Cinturón de Kuiper hacia la familia de Júpiter de cometas de período corto.

IV-D- Objetos transneptunianos

Son llamados así todos los objetos del sistema solar que se encuentran más allá de la órbita de Neptuno. Denominados comúnmente en forma genérica como TNO (Trans-Neptunian Objects), se los puede dividir en tres regiones:

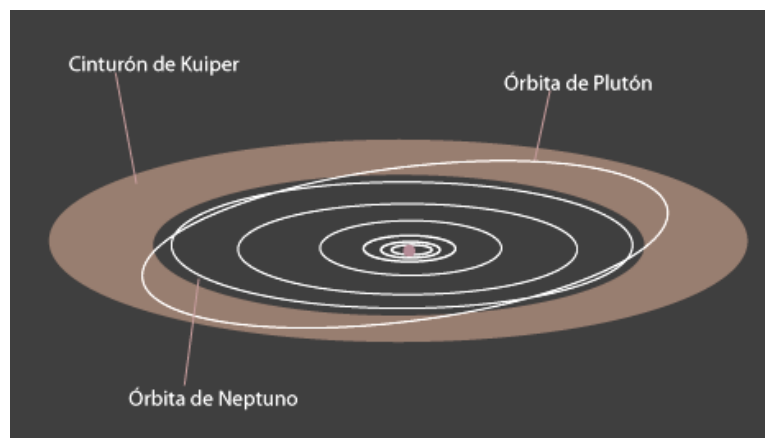
- Cinturón de Kuiper
- Disco disperso
- Nube de Oort

IV-D-1 Cinturón de Kuiper

Comúnmente se utiliza para los objetos que lo integran la abreviatura KBO (Kuiper Belt Objects). El Cinturón de Kuiper es un conjunto de objetos de naturaleza cometaria que orbitan al Sol a una distancia de entre 30 a 50 Unidades Astronómicas y que forman una especie de corona solar relativamente plana con respecto a la eclíptica.

Se los puede subdividir en tres categorías:

- Cubewanos (con órbitas bastante circulares)



El Cinturón de Kuiper, mostrando las órbitas de Neptuno (interior) y de Plutón (dentro del Cinturón)



- Plutinos (con órbitas relativamente excéntricas)
- Twotinos (similares a los Plutinos)

IV-C-1-a- Cubewanos

Son objetos clásicos del Cinturón de Kuiper. Sus órbitas son casi circulares y se encuentran mucho más lejos que Neptuno y no son afectados por las influencias gravitatorias de éste o algún otro planeta.

IV-C-1-b- Plutinos

Forman parte de la porción interior del Cinturón de Kuiper. Se encuentran en resonancia orbital de 3:2 con relación a Neptuno, es decir, que completan dos órbitas alrededor del Sol en el mismo tiempo en que Neptuno realiza tres.

El principal de ellos (y que da nombre al grupo) es Plutón.

IV-C-1-c- Twotinos

Similares a los plutinos, pero con una resonancia orbital de 2:1 con Neptuno (completan una órbita en el mismo tiempo que Neptuno completa 2).

IV-D-2 Disco Difuso

También conocido como Disco Disperso. Es una región del Sistema Solar, en parte solapada con el Cinturón de Kuiper, a unas 30 UA; se extiende hasta varios centenares de UA y comprende otras inclinaciones por encima y por debajo del plano de la eclíptica.

Los objetos que lo integran son conocidos como SDOs (Scattered-Disk Objects) y son cuerpos helados, algunos con más de 1.000 kilómetros de diámetro. Probablemente se formaron en el Cinturón de Kuiper y luego fueron desplazados por la interacción gravitatoria con otros planetas, especialmente Neptuno.

Éride es un ejemplo de SDO. Sedna también está entre ellos, aunque algunos consideran que en realidad es un objeto de la región interior de la Nube de Oort.

IV-D-3 Nube de Oort

Es una gran nube de cuerpos helados de carácter cometario que rodea al sistema solar a una distancia de aproximadamente 100.000 UA (o sea 1,5 años

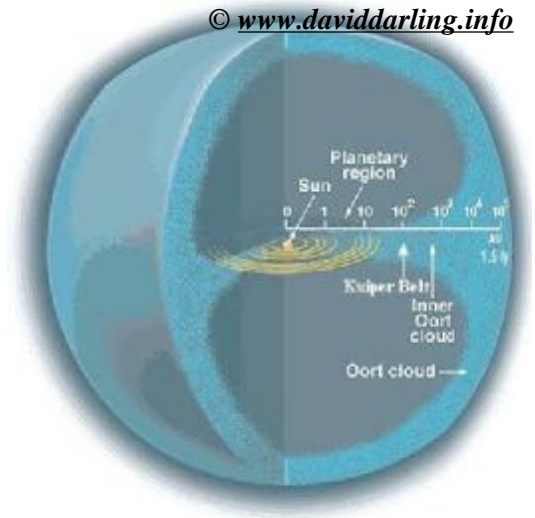


luz). En 1950, el astrónomo holandés Jan Hendrik Oort estudió las órbitas de 19 cometas y descubrió que procedían de esa zona, explicando así el origen y persistencia (aparición continua y renovada de nuevos objetos) de los cometas que llegan hasta el interior del Sistema Solar.

Los cuerpos de la Nube de Oort se formaron en los principios del sistema y fueron expulsados hacia esa región tras el paso cercano con los planetas gigantes, especialmente Júpiter. Se estima que la masa total de esos objetos equivale a unas 40 masas-Tierra.

La Nube de Oort está tan lejos que hasta ahora sólo ha podido identificarse un objeto que posiblemente pertenezca a ella, más específicamente de una pequeña nube de su región interior. Ha recibido el nombre de Sedna (una gigantesca deidad inuit que vivía en las profundidades gélidas del mar Ártico) y posee una órbita altamente elíptica. Es candidato a planeta enano.

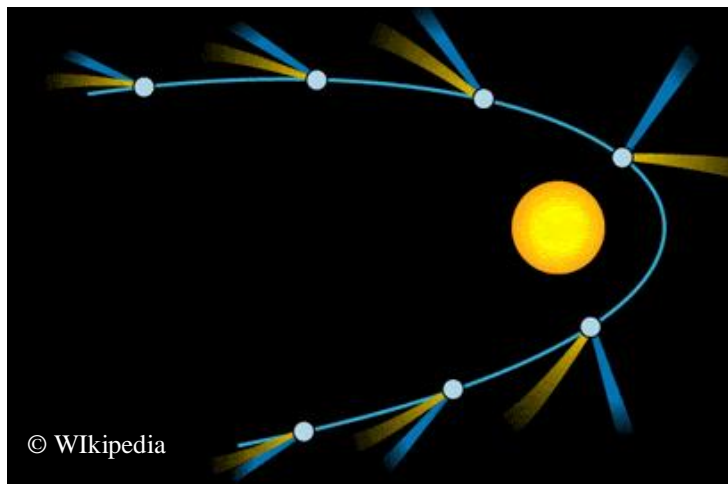
La Nube de Oort, rodeando completamente al sistema solar.



IV-E- Cometas

Los cometas son cuerpos celestes que describen órbitas de gran excentricidad (es decir, son muy «estiradas») y de largo período.

A diferencia de los asteroides, están compuestos por materiales que se subliman (es decir que pasan del estado sólido al gaseoso) al acercarse al Sol. Ya a gran distancia de nuestra estrella (de 5 a 10 UA) esos materiales crean una atmósfera de gas y polvo denominada «coma».



Cola principal (en azul) y cola secundaria (en amarillo) de un cometa.

nominada «coma».

Al acercarse aún más al Sol, el viento solar azota la coma y la ioniza, creando la cola o cabellera característica de los cometas (de la cual reciben su nombre a partir de la palabra griega que significa «cabellera», y a la que los científicos conocen como «cauda». Como su origen se debe al viento de partícu-



las que proviene del Sol, esa cola siempre apunta hacia el lado opuesto al de nuestro astro central.

Proviene principalmente de la Nube de Oort (los de período más largo) y del Cinturón de Kuiper (los de período más corto). Se supone que un cometa puede llegar a pasar hasta 2.000 veces cerca del Sol antes de sublimarse completamente.

En su trayectoria, va dejando por detrás una gran cantidad de fragmentos que permanecen en su misma órbita. Cuando la Tierra intercepta esta órbita cometaria llena de fragmentos, éstos penetran en la atmósfera y crean las «estrellas fugaces» o «lluvias de meteoros». Por ejemplo, en mayo y octubre se pueden ver dos lluvias de meteoros producidas por los fragmentos del cometa Halley: las «eta Acuáridas» y las «Leónidas».



El cometa Hyakutake.

El estudio de los cometas resulta también muy importante, ya que guardan en ellos restos prístinos (no contaminados) de los gases y del polvo de la nube cósmica original. Recientemente, por ejemplo, la sonda Stardust volvió con material del cometa Wild 2.

Como los asteroides, los cometas pueden acercarse peligrosamente a la Tierra. Se cree que la así llamada «catástrofe del Tunguska», ocurrida en Siberia en 1908, se debió a un cometa que chocó contra la atmósfera de nuestro planeta y estalló en el aire, a varios kilómetros de altura, con la fuerza de una bomba atómica de 10 o 15 megatonnes. Produciendo incendios y abatiendo miles de árboles de la taiga en un área de 2.150 km², a la vez que rompía vidrios y tiraba gente al suelo incluso a una distancia de 400 kilómetros.

© Heber Rizzo Baladán

HEBER RIZZO BALADÁN nació en Montevideo, Uruguay, el 02/10/1951. Casado, tiene una hija, y vive en Shangrilá, un balneario sobre las costas del Río de la Plata. Ateo, humanista y liberal, ha sido soldado, vendedor mayorista, rematador, fotógrafo y, actualmente, es administrativo contable. Su afición principal: la ciencia y la divulgación científica en idioma español, especialmente en las áreas de astronomía y paleontología.



R. A. HEINLEIN: ENTRE PLANETAS Y STARMAN JONES

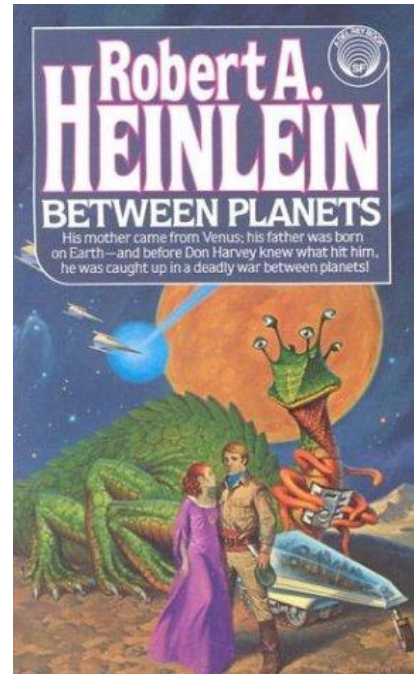
SINOPSIS CRÍTICA

por Mark Koerner

Traducción: Adriana Alarco de Zadra

Los libros de Robert Heinlein, *ENTRE PLANETAS* (1951) y *STARMAN JONES* (1953) cuentan la historia de adolescentes que tratan de abrirse paso hacia la adultez, cuando los viajes espaciales son comunes, cuyo mayor desafío es salir del planeta y entrar en la relativa seguridad del espacio sideral, a pesar de los obstáculos que tantos otros ponen en su camino.

Entre Planetas comienza en la Tierra con el joven protagonista, Don Harvey, en una escuela con internado en Nuevo México. Antes nos enteramos que nació en una nave espacial en tránsito entre la Tierra y Venus (de ahí el título), pero por razones desconocidas, ahora está separado de sus padres en un ambiente académico seguro y amigable. Recibe de ellos un mensaje urgente donde le dicen que debe dejar la escuela y reunírseles en Marte; va a tomar una nave espacial lo antes posible. Es inminente una guerra con Venus (donde ocurre una revolución colonial en contra de la Tierra), y la lealtad de Don será sospechosa, ya que no ha nacido aquí. «Es posible que Marte sea territorio neutral; estarás seguro allí», le dice su director. En la misma conversación, nos enteramos de que la Tierra tiene un sistema político represivo; Don, sin querer, permite que se sepa que ha leído *La teoría de la expansión colonial*, de Chamberlain, un libro prohibido que con toda probabilidad le compró a un *booklegger* (capítulo 1).



Don hace el viaje hasta Nueva Chicago (al nombrar Nueva a una ciudad de la Tierra en las historias de ciencia ficción se sugiere una Tercera Guerra Mundial en un pasado no muy distante), donde conoce a un viejo amigo de la familia, el Dr. Jefferson, que invita a Don a salir esa noche. Cuando están comiendo en un restaurante, se dan cuenta de que los están siguiendo unos agentes de la IBI (Agencia Interplanetaria de Investigaciones). Las cosas se ponen peores cuando son arrestados y separados; Don nunca verá a Jefferson otra vez. Durante el interrogatorio del muchacho, el agente de la IBI le dice que a menos que vea su cooperación, habrá drogas o tortura. Don cuenta todo sobre su re-



lación bastante limitada con el Dr. Jefferson, que establece su inocencia. Lo dejan libre. Le dicen que no pierda la siguiente nave espacial hacia Marte. (Heinlein escribió este libro durante el nadir de las libertades civiles de la era McCarthy, y puede ser leído como una advertencia contra cualquier nueva erosión de los derechos constitucionales.)

Don se sube a la nave correcta, pero los colonos venusianos abordo se apoderan de ella y la llevan a casa. Semanas después, una voz dice, «¡Nueva Londres! ¡República de Venus! ¡Tengan sus papeles listos!» (capítulo 6).

Venus es un húmedo mundo de brumas y pantanos. Nueva Londres resulta ser una sucia ciudad de frontera llena de inmigrantes chinos. Los carteles dicen, «¡Alístese ahora! Su nación lo necesita», y «Beba Coca Cola» (capítulo 7).

Don conoce a una muchacha relativamente amistosa llamada Isabel y consigue un empleo de lavaplatos en un restaurante chino. Se vuelve un miembro tan respetado de su nueva comunidad como puede serlo cualquier lavaplatos de 14 años. Sin embargo, ocurre que alguien anda tras un anillo de plástico que un amigo de la escuela le dio a Don. El anillo está de algún modo conectado con la red de intriga interplanetaria que rodea la guerra venusiana por la independencia. Don le da el anillo a Isabel, para que lo guarde.

La Venus de Heinlein es un montaje del Viejo Oeste de ciencia ficción en una ecología no muy diferente de los Everglades. Como en el Oeste mítico, los pueblos tienen oficinas de telégrafo para enviar mensajes (llamados «radiogramas») a lugares distantes y las mujeres se limitan a hacer los trabajos tradicionalmente femeninos mientras tratan de mantener el barro de la calle lejos de sus vestidos. Los inmigrantes chinos más viejos planean regresar a China algún día, como lo hacían en la California de 1880. Pero continuando el paralelo sus hijos, más asimilacionistas, tienen otras ideas: «Los chinos más jóvenes y nacidos en Venus se reían de la idea; para ellos, Venus era el hogar...» (capítulo 8). Los coloniales tienen incluso el espíritu de buena vecindad y de ayuda mutua de la frontera, que Don parece apreciar (capítulo 8).

El idilio venusiano es interrumpido cuando la Tierra ataca la nueva república. Don es capturado, enviado a un campo de concentración, y escapa hacia la selva, donde logra llegar a un campamento rebelde. Ellos alistan a Don en el ejército venusiano (capítulo 14). Poco tiempo después, los oficiales rebeldes pueden seguirle la pista al anillo que el muchacho le dio a Isabel; sin que Don lo sepa, contiene los planos secretos para hacer un nuevo tipo de motor de cohetes que inclinará la balanza del poder hacia los venusianos. «¡Venus y Libertad!», será más que un lema. Los rebeldes agradecidos trasladan a Don a la fuerza espacial venusiana, dándole la oportunidad de ir hasta Marte y de visitar a sus padres en la primera de las naves recién modificadas, La Pequeño David. El libro termina con Don entre Venus y Marte... y totalmente feliz por

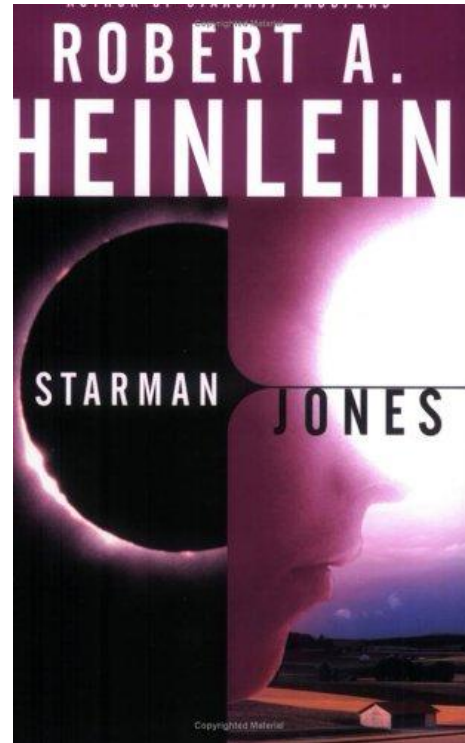


eso. al parecer, su destino está entre planetas, más que sobre ellos (capítulo 18).

Starman Jones empieza en un futuro muy diferente. Escrito en 1953, refleja uno de los asuntos más conocidos de esa era: la corrupción y el poder político del sindicato. Aquí el personaje principal debe luchar contra burócratas corruptos en vez de agentes de la policía secreta. Estos insólitos villanos podrían ser la razón de por qué *Starman Jones* es aun interesante: está tan de cerca de *Sobre la Costa* como la ciencia ficción – especialmente la ciencia ficción juvenil– alguna vez estaría.

Pero la razón de veras importante de por qué *Starman Jones* es tan ameno es que las personas tienen motivaciones que provienen del entorno – y que no tiene nada que ver con ninguna sed de aventuras de ciencia ficción. *Starman Jones* retrata la pobreza rural y la brutalidad familiar de manera muy efectiva. Max Jones ha crecido en un mundo con naves interestelares (versus las naves simplemente interplanetarias de *Entre Planetas*), pero también ha crecido en una granja agotada cerca de Clyde's Corners, donde vive en una casa derrumbada sin agua corriente. Su padre ha muerto, y su madrastra, *Fauces*, actúa como una figura maternal pasable, aunque tonta, hasta que se casa con Biff Montgomery, un hombre mezquino y holgazán de estrechos horizontes que se vuelve violento cuando bebe. Al darse cuenta de que no hay ningún lugar para él cerca de Clyde's Corners, Max escapa. Lleva consigo los libros de aprendizaje del Gremio de Navegantes (sindicato), del que su Tío Chet ha sido miembro. Espera que al llegar a Earthport, el gremio lo aceptará como aprendiz, dándole la oportunidad de entrenarse como navegante de naves espaciales.

Si *Entre Planetas* es un montaje del Oeste en Venus, *Starman Jones* es un relato de ferrocarril de ciencia ficción. Muchos muchachos de pueblos pequeños vieron en el trabajo con el ferrocarril la manera de salir de sus limitados ambientes; era tanto un tema de oportunidad económica como de aventura. Max es uno de esos muchachos, incluso si ha nacido en el siglo XXII. La primera página del libro dice que una de las actividades favoritas de Max es mirar la carretera de circunvalación C-S-E (Chicago, Springfield, y Earthport), que propulsa cohetes a lo largo de un campo magnético para lanzarlos desde la Tierra. Mira esta *carretera de circunvalación* desde una colina no lejos de su casa, anhelando una oportunidad de subirse a uno de esos cohetes.





Al huir de sus padrastrós, Max llega a una jungla de vagabundos (otro toque de ferrocarril) a lo largo de la carretera de circunvalación. Un vagabundo amistoso lo alimenta. Algunas páginas después, invita a alguien a cenar, y un camionero le ofrece un paseo (completo, con un botón del sindicato en su gorra de trabajador); le dice a Max que necesita que se haga pasar por un compañero a modo de embaucar a los polis que pensarán que en la cabina están los dos conductores requeridos. Max accede (capítulo 3). En un lujo relativo, Max va en el *camión* levitado por magnetismo a doscientas millas por hora hacia Earthport. Porque ésta es la más social-demócrata de todas las novelas de Heinlein, la gente trabajadora y los parias sociables serán quienes ayuden a Max en sus momentos de necesidad.

En Earthport, Max encuentra la Casa del Navegante, pero sus esperanzas terminan cuando el presumido ejecutivo del sindicato le informa que el Gremio de Navegantes, como tantos otros, es una unión hereditaria, y porque su Tío Chet nunca lo nominó, Max no puede convertirse en navegante. Y entonces el dirigente sindical se queda con los viejos libros de aprendizaje del Tío Chet porque contienen los secretos de arte y de todos modos siempre fueron propiedad del sindicato. Tío Chet sólo tenía el derecho de poseerlos mientras era un miembro activo (capítulo 4).

Earthport es una gran ciudad industrial, no tan lujosa como Nueva Chicago de *Entre Planetas*. El desilusionado Max encuentra un vecindario, del tipo que se puede encontrar cerca del puerto en cualquier ciudad portuaria; una vez lejos de la pomposa Avenida de los Planetas, se volvía más lleno de gente, más ruidoso, más vivo, y de algún modo más cálido y más amistoso... La inevitable misión del Ejército de Salvación le daba a la calle el sabor que sus primas elegantes no tenían. Marcianos con gafas treboladas y respiradores, humanoides de Beta Corvi III, cosas con exoesqueletos de Alá sabía dónde, todos apiñados con humanos de todos colores, y todos mezclados en fácil camaradería... (capítulo 4).

Aquí, una vez más, Max tropieza con Sam Anderson, el hombre que conoció en la jungla de vagabundos. Sam es un bribón de buen corazón con un pasado turbio y abundante experiencia como hombre del espacio. Juntos, idean un plan para salir de la Tierra. Encuentran a una mujer que les venderá falsas identidades como miembros del Gremio de Auxiliares de Vuelo, y pueden abordar la nave Asgard (capítulo 5).

La nave aterriza en varios planetas, y Max es ascendido dos veces. Cuando algo se pone muy mal con la energía hiperespacial, la Asgard es forzada a aterrizar en un planeta aparentemente idílico, *Caridad*. Parece improbable que alguna vez consigan salir de allí. Pero no parece importarles mucho, ya que Caridad tiene un clima templado y abundantes recursos. En pocas palabras, parece un buen lugar para empezar una colonia (capítulo 16).



La verdad es que unas bestias como centauros de Caridad son inteligentes y carnívoras. Capturan a Max y a su amiga (no la novia) Ellie, y está claro que los centauros planean comerse a los humanos. Max y Ellie son atados y retenidos cerca del centro del pueblo centauro, pero más tarde una noche Sam entra a hurtadillas para salvarlos. Logran regresar a tiempo para participar en una batalla campal contra una multitud de centauros mientras los técnicos de la Asgard tratan de repararla lo bastante para sacarlos del planeta de nombre infortunado. Tantos oficiales de la nave han sido asesinados por los centauros, que Max debe actuar como capitán. Sam Anderson estaba entre las víctimas (capítulo 19).

Al regresar a la Tierra, Max reflexiona sobre el sindicalismo por una última vez. En la penúltima página, Max piensa que «los gremios estaban mal; las reglas deberían darle una oportunidad a todos. Algún día él sería mayor para hacer un poco de politiquero en ese punto» (capítulo 22). (Un radical en 1930, es evidente que Heinlein se había movido hacia la derecha en la época en que escribió este libro; todavía ve a los sindicatos como organizaciones útiles pero en ese momento ya eran sólo una institución social imperfecta más, con necesidad de reforma).

Si los escenarios de *Entre Planetas* y *Starman Jones* son diferentes en algunos aspectos, son similares en otros. En ambos libros, la Tierra no es un lugar deseable, aunque por razones diferentes. Una Tierra no tiene libertad y la otra no tiene oportunidad. Y, en ambos libros la sociedad próspera y respetable es menos interesante –y menos genuinamente cooperativa y ética– que las personas que viven en sus límites, y no importa si los límites en cuestión son una jungla de vagabundos, un semi-mundo urbano, o una novata comunidad de frontera en Venus. Además, aunque *Entre Planetas* es más una historia del Oeste espacial que *Starman Jones*, *Starman Jones* tiene los centauros, que actúan más o menos como los indios de la tradición del Oeste que van por allí capturando a los blancos y reteniéndolos en sus pueblos. Finalmente, el espacio exterior es el destino de adultez de Don y de Max. Sólo en las naves espaciales están realmente libres... y realmente en casa.

© Mark Koerner

MARK KOERNER vive en Madison, Wisconsin. Sus artículos han sido publicados en el St. Louis Post-Dispatch, el Portland Oregonian, el Oregon Historical Quarterly, y otros treinta y siete periódicos y revistas. Tiene un Doctorado pero solo admitirá ser una clase de autoridad sobre intelectuales americanos e historia política. También reclama conocer sobre naves generacionales en la ciencia ficción más que nadie vivo.



CRUCERO ESPACIAL YAMATO DE LEIJI MATSUMOTO

por Mario César Carper

Mario César Carper nos ofrece un ensayo sobre la serie *CRUCERO ESPACIAL YAMATO* de Leiji Matsumoto que bien puede ser vista también como la narración de uno de los episodios fundamentales en la historia del animé en virtud que: «*Yamato* abrió las puertas a todos los realizadores posteriores, para crear animés dirigidos a públicos diferentes. La diversidad generada es tan amplia que hoy existen infinidad de estilos y espectadores, pero el gran desafío estuvo en manos de Leiji Matsumoto».

Leiji Matsumoto fue el primer realizador de animé de ciencia ficción, su obra más conocida es *El Capitán Harlock, el Pirata del Espacio*, conocido en Latinoamérica como *Capitán Raimar*, pero antes había dado vida a una serie que cambiaría la manera de realizar dibujos animados.

En los años sesenta, Ozamu Tezuka era considerado el Dios del Manga: todas las producciones salían de su estudio Mushi Productions. Nos referimos a la prehistoria del animé: *Astroboy*, *Kimba*, *Meteoro* o *Tritón*. Existía también *Iron Man 28*, el primer robot gigante, eclipsado en 1972 con la aparición de *Mazinger Z*, que dio origen al género de los Super Robots gigantes.



Ozamu Tezuka

Existía en esa década, un grupo llamado Starving Seven. Eran jóvenes colaboradores de Tezuka que anhelaban una nueva orientación para el animé. Matsumoto fue el primero en dar el paso para romper las reglas establecidas para los dibujos animados.



Leiji Matsumoto

Ya era conocido por varias publicaciones en la revista *Manga Shōnen*. Su nombre verdadero es Akira, pero en 1965, comenzó a firmar sus trabajos como Leiji (Guerrero Zero)

Tras varias dificultades, malos horarios de transmisión, desconfianza de los patrocinadores y falta de presupuesto, logra dar luz la serie que mostraría que el animé tenía muchas opciones sin explorar: *Crucero Espacial Yamato*, conocida en Latinoamérica como *Viaje a la Última Galaxia*; fue lanza-



TYPE M-21991
JAPANESE SPACE NAVY
SPACE BATTLESHIP



da con años de retraso y prontamente opacada por el injerto exitoso de Carl Macek, *Robotech*.

En Japón comenzó a emitirse el 6 de Octubre de 1974, con Matsumoto en la dirección. El nombre Yamato hace honor a una nave de la Segunda Guerra mundial, la única que sobrevivió sin daños a la batalla épica naval del Golfo Samar en Filipinas. El diseño de la astronave corrió por cuenta de Kazutaka Miyatake.

Es obvia la influencia de *Viaje a las Estrellas*, la serie de finales de los sesenta, aunque en las continuaciones las influencias parecen tener un intercambio. Algunas películas de *Star Trek* (Especialmente *LA IRA DE KHAN* y *EN BUSCA DE SPOCK*), toman algunos elementos de los filmes del Yamato.

La primera serie, *En busca de Iscandar*, nos muestra a la Tierra en el año 2199, contaminada y moribunda por el bombardeo del Imperio Gamilus. En una carrera contra el tiempo, el Yamato debe partir hacia Iscandar para regresar con el Limpiador de Cosmos, enfrentando a la flota espacial del Líder Dessler y peligrosos fenómenos espaciales en el trayecto.

Fue el primer animé en tener una trama continua y realista. Mostraba una historia con giros inesperados. Momentos emocionales como la del episodio en donde el Capitán Okita concede turnos de un par de minutos a los tripulantes para efectuar la última comunicación con sus parientes en la Tierra, o un romance serio entre los protagonistas Susumo Kodai y Yuki Mori.

El doblaje en todos los dibujos animados se realizaba con voces distorsionadas, satíricas o aniñadas para un público infantil. Una gran diferencia era que en el Yamato, las voces eran adultas; sólo la voz del robot sonaba chillona y muchas veces sus palabras no estaban a tono con esa voz.



Yamato demoró en ser reconocido y tener éxito: era difícil conquistar a un público acostumbrado a los animes infantiles y redujo sus 39 episodios a 26 debido a la escasa repercusión. Otra desventaja era su competencia en horario con la súper exitosa Heidi, la explosión de 1974.

Pero generó una oleada de clubes de fans compuestos por estudiantes. Los productores decidieron aprovechar este hecho realizando un film que recopilaba los episodios y así recuperar algo de la inversión



Se estrenó en 1977 y esa película conectó al público japonés con el de otros países, convirtiéndose en un gran fenómeno.

Los temas que Matsumoto aborda en sus creaciones son recurrentes. El icono de sus fantasías escapistas es el Capitán Harlock. Sus personajes derrochan honor, respetan la palabra empeñada, hacen frente a las situaciones y aman la libertad por sobre todas las cosas. Yamato mostraba una nueva faceta, más realista: la disciplina y el compromiso con el planeta, alertaba sobre la contaminación ambiental y prevenía contra el caos social.

La serie tuvo dos continuaciones: *El Imperio Cometa* y *Las Guerras Bolar*, éstas no llegaron a verse en Latinoamérica, excepto en Brasil. En EE.UU. se proyectaron todas unidas en 77 episodios.

También se realizarían películas de estas series y continuaciones.

- Crucero Espacial Yamato*
- Adiós, Yamato*
- Yamato, El Nuevo Viaje*
- Por siempre, Yamato*
- El Final del Yamato*

Otros creadores ayudaron a Leiji Matsumoto a dar vida a esta serie. Las emocionantes coreografías espaciales estaban a cargo de Kanada Yoshinori. Los storyboards eran de Kiyuki Tomino y Yoshikazu Yasuhiko.

Es imposible dejar de mencionar la banda sonora realizada por Hiroshi Miyagawa o a la cantante que trabajaba en *Harlock*, Ichirô Mizuki. Una de sus coristas sería mundialmente reconocida más tarde por aportar su voz a las melodías de otro gran animé: *Saint Seiya*. Una canción de *Adiós Yamato*, interpretada por Kenji Sawada, fue muy solicitada por las radiodifusoras en 1978.

Adiós Yamato se preveía la última película sobre la tripulación de la astronave, muchos de los protagonistas (un 98%) morían al final. Las ventas superaron todas las expectativas. En Japón se lo recuerda como el «Año del Yamato». Los fans reaccionaron inmediatamente pidiendo más y la consecuencia fue la segunda serie, con un final diferente donde los personajes no mueren.

Además de los filmes hubo otros productos relacionados con la historia: libros, conferencias, hasta una radionovela: *Be forever Yamato*, que luego se trasformaría en película. Con el correr de los años, el interés fue decayendo, la tercera serie fue reducida a 25 capítulos.

Hubo dos películas más y se dejaron de producir nuevas historias.



A pesar de las mejoras técnicas de la última película en 1983, el diseño de naves y trajes, la preferida sigue siendo *En Busca de Iscandar (Viaje a la Última Galaxia)*.

El Final del Yamato fue la gran despedida, un éxito arrasador. Dio la oportunidad a Leiji Matsumoto de continuar con su amado personaje Harlock y realizar otra serie llamada *Queen Millenia (La Reina de los Mil Años)*.

La película *Queen Millenia* es una hermosa historia acerca de la lealtad, el sacrificio y el amor, matizada con la excelente música de Kitaro, una suerte de Vangelis japonés.



Hoy, a más de treinta años de su estreno, no podemos comparar sus aspectos técnicos, ni la calidad de su diseño con las modernas producciones de animé, pero es innegable su influencia y la osadía de los creadores para romper los moldes que tenían los productores en esa época. Para los que no hayan visto *Crucero Espacial Yamato*, éste no los deslumbrará con animaciones espectaculares o escenas de acción que quitan la respiración. En cambio les mostrará un relato cuidado que exalta los valores humanos, como la amistad y el perdón, además de ser un viaje por la galaxia, donde el espacio está plagado de romanticismo y misterio. Muchos artistas de animé lo tienen en alta estima y lo citan como gran influencia.

El término de Space Ópera ya sonaba en Japón antes de la llegada, en 1978, de *La Guerra de las Galaxias*.

Yamato abrió las puertas a todos los realizadores posteriores, para crear animes dirigidos a públicos diferentes. La diversidad generada es tan amplia que hoy existen infinidad de estilos y espectadores, pero el gran desafío estuvo en manos de Leiji Matsumoto.

¡Larga Vida al Yamato!

© Mario César Carper

M. C. CARPER estudió dibujo de historietas y diseño de interiores, nació en Argentina. Regularmente hace ilustraciones en *Alfa Eridani*. En *Aurora Bitzine* realizó una serie y en *Axxón* el comic *SHOCK* junto a Pedro Bel. También es parte del staff de *Landzer* una revista de cómics editada en Huesca.



SOLARIS: UNAS CUANTAS PALABRAS

por Jorge Armando Romo

¿Puede una obra seguir generando comentarios cuando ha pasado ya tiempo desde su publicación? Seguro que sí, pero para eso tiene que ser algo bueno, es obvio que lo malo no perdura ni para los comentarios despectivos. *Solaris* va camino de perdurar como lectura obligada de ciencia ficción, el autor de este artículo nos muestra uno de los muchos matices de la novela, y además me indujo a realizar una nueva lectura de esta obra de Stanislaw Lem, espero que a vosotros o pase algo parecido.

La novela *SOLARIS*, de Stanislaw Lem, es sin lugar a dudas un hito en la Literatura del siglo XX (y por supuesto, uno de los grandes acontecimientos dentro del mundo de la ciencia-ficción). Su aparición, allá por 1961 significa una comprobación más de que el género de las ficciones científicas puede ser de una enorme calidad en muchísimos aspectos.



Una de las cosas que más llama mi atención es la forma como está escrito el libro. Su lenguaje aunque sencillo, nos apasiona al grado de descubrir que cada frase está muy bien pensada y escrita. Si bien el texto puede leerse de un tirón, es necesario que el lector realice de vez en cuando una que otra pausa ya que Lem consigue de una manera portentosa generarnos todo tipo de sensaciones: Desde una terrible claustrofobia cuando Kelvin, el personaje principal, llega a la estación que orbita Solaris hasta la frustración representada por el fracaso de la ciencia humana para intentar entender el origen y funcionamiento de ese ente autista que vaga al lado de sus dos estrellas por la galaxia.

¿Cuáles son los límites de la ciencia? ¿Hasta dónde es posible que llegue el ser humano a entender cosas completamente fuera de su visión antropocéntrica? ¿Hasta qué momento podemos considerar que algo está vivo? ¿Cuál sería nuestro nuevo concepto de Dios frente a esa extraña entidad que orbita en los sueños de los humanos y materializa los anhelos más profundos de éstos? Estas son solamente algunas cuestiones que se desprenden de la lectura del libro. El autor, sin dar suficientes explicaciones, consigue crear un ambiente que lleva implícito estas cuestiones posiblemente sin respuesta. Si bien nuestra ciencia es únicamente una actividad humana para generar conocimiento sobre la naturaleza, ¿hasta qué punto nuestros modelos y nuestras



más profundas aspiraciones pueden influir en nuestra comprensión del Universo? Quizás no haya una respuesta satisfactoria.

Ahora bien, dejemos volar nuestra imaginación un minuto y tratemos de vislumbrar el asunto desde otra perspectiva. ¿Es posible comprender a Solaris? ¿Y si surgieran, como apuntaba Thomas Kuhn, nuevas revoluciones científicas y nuevas teorías sobre la materia, el espacio y el tiempo para comprender a este extraño ser? ¿Podríamos entonces entender todos los fenómenos que ocurren en este extraño planeta? Tal vez sí, o tal vez no. Podría suceder que esas revoluciones nos darían nuevos paradigmas a lo largo de los siglos hasta que llegara el momento en que tendríamos la capacidad de entender y comunicarnos con Solaris. Entonces nuestra comprensión del Universo tomaría otras tonalidades al grado de poder manejar hasta nuestro antojo un nivel de ciencia que nos regalaría un entendimiento mucho más confiable sobre el Todo. Es sólo una especulación. También, desde otro punto de vista, esas nuevas teorías nos confundirían todavía más al grado de abandonar toda investigación y arrojar la toalla cerca de la órbita solarística ya que seguiríamos sin entender nada. Cualquiera de estas dos situaciones hipotéticas podrían ocurrir, o puede que no.

Esta breve pero formidable historia puede que siga dando pie a numerosas discusiones sobre la condición humana. He aquí una muestra de que una obra de ciencia-ficción puede ser profunda, dar lugar a discusiones pero sobre todo, ser catalogada como una de las grandes obras literarias que se han escrito.

© Jorge Armando Romo

JORGE ARMANDO ROMO, Cd. de México, México, 1983. Es estudiante de la licenciatura en Biología en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México. Mantiene la convicción de seguir escribiendo a pesar de las escasas pero fuertes críticas que amigos y lectores le hacen a su modo de escribir, ya que, según él, esas mismas críticas son parte integral de esa búsqueda por escribir correcta y elegantemente con un pequeño toque literario.



RECUERDOS DE MI INFANCIA

por José Carlos Canalda Cámara

Si alguien me preguntara por el libro de ciencia ficción que más me impresionó en su momento, probablemente respondería que la antología de ciencia ficción publicada en 1965 por la editorial *Labor* bajo el título *Antología de cuentos de ficción científica*, un grueso volumen de casi quinientas páginas que, como su nombre indica, recoge alrededor de cuarenta relatos de ciencia ficción clásica; entre los autores seleccionados hay nombres de la talla de Poul Anderson, James Blish, Murray Leinster, Chad Oliver, Frederik Pohl, Eric Frank Russell, Robert Sheckley, Clifford D. Simak, Walter M. Miller, Brian W. Aldiss... hasta un total de treinta y dos. Es decir, lo más granado de la ciencia ficción de los años cincuenta, que ya se sabe que por entonces todo llegaba a España con retraso. De hecho, tan sólo se podría notar la ausencia de algunos escritores de primera fila como Asimov, Clarke o Heinlein, pero la antología es tan completa que la verdad es que tampoco se les echa en falta.



James Blish

Resulta curioso que la promotora del libro fuera una editorial que tradicionalmente no se ha ocupado de la ciencia ficción, aunque hay que advertir que éste forma parte de una serie de antologías temáticas que *Labor* publicó por entonces y que más adelante no volvió a repetir la iniciativa. Como responsable de la selección y de las notas figura Javier Lasso de la Vega, director de las bibliotecas de la Universidad de Madrid, y como autor del prólogo Luis Ortiz Muñoz, catedrático y director del instituto de enseñanza madrileño Ramiro de Maetzu. Esto parece indicar que, a diferencia de la práctica habitual de las editoriales españolas de adquirir antologías completas, en este caso sí debió de tratarse de una selección personal del propio Javier Lasso de la Vega.

En cualquier caso, ése era un detalle que a mí no me importaba en absoluto. Calculo que entonces estaría alrededor de los doce, un par de años después de descubrir la ciencia ficción gracias a las conocidas novelitas de *Luchadores del Espacio* que adquiría, por dos pesetas, en una librería de lance en Alcalá, hasta que su cierre me obligó a buscarlas trabajosamente por los «cambios de novelas» de la ciudad.

Ya por aquella época acostumbraba a frecuentar la única biblioteca pública que existía en Alcalá, y aunque mi interés se centraba principalmente en las aventuras de Tintín, un día, sin saber cómo, cayó en mis manos ese libro. Me puse a hojearlo por curiosidad... y me entusiasmó, pese a no conocer nada en absoluto de lo que podríamos denominar ciencia ficción *seria*. Huelga decir que a partir de ese momento mis visitas vespertinas a la biblioteca serían cada vez más frecuentes.



Robert Sheckley

El hecho de que se tratara de una antología, y no de una novela, ayudó bastante, puesto que es posible que yo no estuviera todavía preparado para dar un salto de ese calibre. Por supuesto unos relatos me gustaron más que otros, exactamente igual que me ocurre ahora, y como cabe suponer mis preferencias iban hacia los que se podrían encuadrar dentro de la *space ópera*. Recuerdo que uno de mis favoritos fue, con diferencia, *Viaje a la eternidad* de Poul Anderson, sin que desmerecieran demasiado *Tensión superficial* de James Blish, *Destierro*, de Everett B. Cole, *Los mundos interiores* de William Morrison, *Forma* de Robert Sheckley o el descacharrante *Cómo se hace* de Clifford D. Simak. Por supuesto otros relatos me gustaron menos, otros no me gustaron nada y algunos me desconcertaron, como ocurrió con... *Y no quedó nadie*, de Erick Frank Russell, al cual –crasa herejía– me habría gustado cambiarle el final. Y no me conformé con leer el libro una sola vez, sino que releí y volví a releer de nuevo, con ese tesón del que sólo somos capaces en la infancia, aquellos relatos que eran mis preferidos.



Eric F. Russell



Isaac Asimov

Pasó el tiempo. Yo me dediqué a otros menesteres y leí muchos otros libros de ciencia ficción, pero ninguno de ellos llegó a impactarme como en su momento esta antología, ni tan siquiera las novelas y los relatos del mismísimo Asimov, que por otro lado me encantaban. Y lo peor de todo fue que, cuando muchos años más tarde intenté volver a leerla, no pude hacerlo ya que, por razones que resultaría prolijo explicar y que tienen que ver con la tradicional desidia de los políticos españoles hacia la cultura, esa biblioteca estuvo cerrada durante bastantes años y sus libros quedaron empaquetados en algún almacén municipal. Cuando por fin la biblioteca fue reabierta en un nuevo edificio, busqué con afán el libro de mis amores... para encontrarme con la frustrante sorpresa de que había desaparecido del catálogo sin que nadie pudiera –o quisiera– darme cuentas de lo sucedido.

Por fortuna hace no mucho, en la primavera de 2003, encontré el libro a la venta en Internet, así que no lo dudé un solo segundo: lo compré, satisfaciendo así mi vieja compulsión infantil, y por supuesto lo volví a leer. Dos cosas me sorprendieron: la primera, que la antología seguía pareciéndome excelente, y la segunda que, a grandes rasgos, mis preferencias no habían cambiado de manera notable con el paso del tiempo, ya que los relatos que más me gustaron entonces continuaban haciéndolo ahora, y los que me desagradaron en su día seguían sin atraer demasiado mi atención, independientemente de que mis criterios fueran a estas alturas mucho más maduros.



Fue un largo viaje que duró más de treinta años, pero puedo asegurarles que mereció la pena.

© José Carlos Canalda Cámara

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. En este primer apartado, es autor del libro *Luchadores del Espacio. Una colección mítica de la ciencia ficción española* (Pulp Ediciones, 2001) y ha colaborado en *La ciencia ficción española* (Robel, 2002, premio *Ignotus* 2003) y en las revistas *Solaris*, *Valis* y *Pulp Magazine* (premio *Ignotus* 2002), sin descuidar tampoco las páginas web *Sitio de Ciencia Ficción* (www.ciencia-ficcion.com), *Página de las Novelas de a Duro* (www.dreamers.com/igor), *BEM* (www.bemonline.com), *Stardust* www.stardustcf.com o *Cyberdark* (www.cyberdark.net). En lo que respecta a los relatos, tiene publicadas obras tanto en papel (*Pulp Magazine*, *Asimov*, *Artifex*, *Antologías de relatos de El Melocotón Mecánico*, *Menhir*) como en formato electrónico (*Sitio de Ciencia Ficción*, *BEM*, *Qliphoth*, *Alfa Eridani*, *Púlsar*, *La Plaga*, *Tau Zero*, y *Axxón*)



TRANSFORMERS THE MOVIE: MÁS DE LO QUE TUS OJOS VEN

por Miguel Ángel López Muñoz

Antes de ninguna otra cosa, me gustaría decir que este artículo es muy especial para mí por dos motivos. El primero, que prácticamente desde que tengo recuerdos los Transformers han sido y serán la serie favorita de mi infancia, ya que me marcó en muchos aspectos, entre ellos mi atracción por la literatura de ciencia ficción. El otro motivo es aun más especial, pero para conocerlo tendrán que leer el artículo hasta el final. Por el camino hablaré de una película que, sin duda alguna, no hubiera podido ser realizada hace unos años, o al menos no con semejantes niveles de espectacularidad.

Supongo que primero debería hablar acerca de lo qué me ha parecido la película. Gustos personales aparte, creo que resulta muy entretenida. Conociendo bien como conozco la a veces complicada y engorrosa historia de los Transformers, se aprecia un esfuerzo notable para no apabullar al espectador que llega de nuevas. Esta serie que arrasó en los años ochenta gracias a su amalgama de ciencia ficción y mitología al más puro estilo artúrico –con guerras y muertes épicas, objetos de inmenso poder y héroes elegidos– ha sido condensada de tal modo que, sin perder la frescura del original, tiene algo nuevo que dar a todo aquel que desee ir a verla.

A grandes rasgos la trama es la siguiente: los Autobots y Decepticons, unas enormes máquinas inteligentes que proceden del planeta Cybertron, han estado durante siglos en guerra por culpa de la Chispa Vital, un objeto de incalculable poder que los De-



cepticons desean para conquistar a otros planetas. Tras una terrible guerra, la Chispa Vital se pierde en el espacio y va a parar al lejano planeta Tierra. Ambos bandos inician una búsqueda desesperada hasta encontrar su localización



y descubrir que la clave para hallarla reside en Sam Witwicky, un pobre chaval de instituto sin demasiada suerte en la vida. Mientras que los Decepticons, liderados por Megatron, no pararán hasta encontrarlo, arrasando con quienes encuentren en su camino, los Autobots, comandados por Optimus Prime, no sólo intentarán detener a sus enemigos sino también proteger a los humanos, a los que consideran víctimas inocentes y colaterales del conflicto.



Megatron

La película no tiene mayores pretensiones que las de ser un entretenimiento de verano, pero al margen de eso se puede decir que uno se lo pasa francamente bien. No pierde el ritmo en ningún momento y hay varios giros argumentales llamativos. Las piezas encajan y uno no oye los engranajes chirriar a medida que la historia avanza.

Hay una distinción muy clara entre Autobots y Decepticons que ayuda a evitar la confusión a lo largo de la película. Los Autobots son vehículos terrestres, y éste es el medio en el que mejor se desenvuelven. La gama automovilística va desde un Camaro, el Transformer con más escenas de toda la película, hasta un Pontiac Solstice o un camión de gran cilindrada, y sus formas de robot están claramente humanizadas. La escena en la que los Autobots circulan en fila india por una carretera listos para la batalla, con Optimus Prime a la cabeza, traerá grandes recuerdos a los fans, por ser recurrente en casi todos los capítulos de la serie.

Los Decepticons, sin embargo, exhiben características mucho más hostiles. Sus formas son sobre todo militares, desde un avión F-22 hasta un helicóptero de combate MH53, aunque, como detalle llamativo, uno de ellos adopta la forma de coche de policía, hecho que aprovecha para engañar en repetidas ocasiones a los humanos gracias a su confianza ciega en esta clase de vehículos. Su aspecto robótico no es menos amenazador, con rostros y cuerpos poco humanoides que fueron diseñados a partir de animales de aspecto desagradable.

Hay numerosas líneas de diálogo de los Transformers, ya sea entre ellos o con los humanos, y las voces, bien escogidas, hacen que resulten creíbles. Mientras que en la versión original Optimus Prime es doblado por Peter Cullen, el mismo actor que le prestaba su voz en la serie, en la versión española la voz la presta el gran Constantino Romero, responsable de otras voces me-

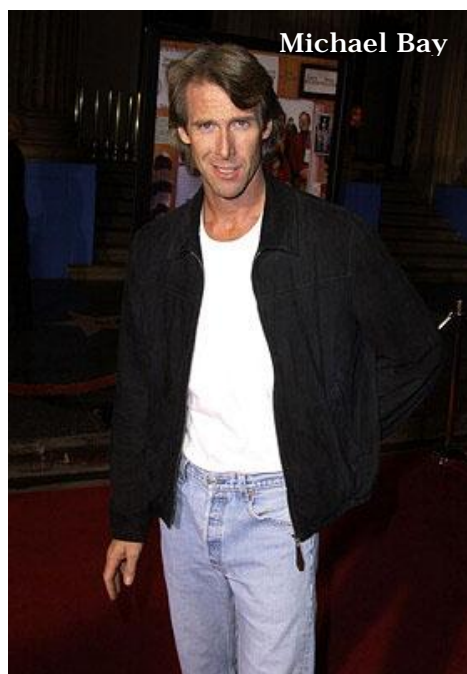


morables como Mufasa del Rey León o Darth Vader de la *Guerra de las Galaxias* (y motivo de que mucha gente prefiera el doblaje español al doblaje original de la película de George Lucas). Como nota curiosa, la voz original de Megatron fue doblada por Hugo Weaving, más conocido entre otras cosas por ser el Agente Smith de *Matrix* o Elrond del *Señor de los Anillos*, y responsable de la fantástica interpretación sólo con gestos y voz de V, en *V de Vendetta*.

Las personalidades más marcadas son, como era de esperarse, las de Optimus Prime y Megatron. Estos dos personajes representan la dualidad libertador-tirano, y sus diálogos lo dejan bien claro. Prime cita su famoso eslogan «la libertad es el derecho de todos los seres racionales», en tanto que Megatron expresa su desprecio hacia los humanos, a los que llama desdeñosamente «criaturas de carne» y en ocasiones aparta de un manotazo mientras comenta «repugnante».

Los efectos especiales son apabullantes. En concreto, se llevan la palma las secuencias de transformación de los robots. Su complejidad, con alrededor de diez mil piezas móviles generadas por ordenador, hace que realmente uno crea que esa tecnología no puede ser de este mundo. Las escenas de acción, aunque algo largas a veces, una manía típica del director, Michael Bay, son también impresionantes, y como es lógico la mejor de ellas es la batalla final entre ambos bandos, con las calles de una ciudad como terreno de combate.

Otro dato peculiar, que al menos nunca había visto antes en otra película, es la ingeniosa incorporación del teaser al metraje de la misma. Los teasers son trailers de muy corta duración que se preparan cuando apenas ni se han rodado escenas, por lo que no se suelen usar finalmente. Es bastante famoso el teaser de *Spiderman*, ya que en él aparecían las Torres Gemelas y cuando ocurrió el desastre del 11-S fue, estúpidamente en mi opinión, retirado de los cines.



Una de las cosas que más gratamente me sorprendió fue los múltiples toques de ciencia ficción «seria» que ofrece la película. Existe un detalle que me gustó mucho referente a Megatron y nuestros avances tecnológicos del siglo veinte que, por desgracia, no puedo comentar sin fastidiar en parte la sorpresa. Otras cosas que sí se pueden mencionar es que los Transformers asimilan y emplean nuestros idiomas gracias a Internet pero eso no impide que a veces usen el suyo propio, siempre con subtítulos, claro. La página web de Ebay juega un sorprendente papel argumental en la película, y hay muchas referencias



criptográficas muy bien documentadas, algo que puedo corroborar ya que me especializo en criptografía cuántica. Otro aspecto bien logrado es el proceso de los Transformers para escanear vehículos terrestres y replicarlos, ya que al llegar a la Tierra poseen una especie de protoforma alienígena.

Con relación a la música, la banda sonora no me ha parecido especialmente brillante, y hay momentos en que se añaden canciones que no están escogidas de manera muy acertada. Se nota demasiado que había que incluir la mayor cantidad posible para así poder vender un disco de canciones aparecidas en la película, además de la banda sonora orquestal. Un gran fallo es la ausencia de algún tema que homenajeara la conocida sinfonía original de los Transformers. Aunque puede ser que apareciera y me haya pasado inadvertida.



Por último sólo quiero decir que este artículo es especial para mí porque se trata de la última crítica de cine que escribo para Alfa Eridiani. Han sido dos años la mar de divertidos; miro hacia atrás, cuando empecé con esa primera crítica a *Batman Begins*, y siento que he aprendido una barbaridad desde entonces pero que aún me queda mucho por aprender. Sólo espero que les haya servido de algo a los que las han leído. Como me da pena decir estas últimas palabras, si alguien quiere comentar algo puede hacerlo a la dirección de correo malm_1981@yahoo.es con raya baja entre nombre y fecha).

Y para terminar sólo me queda decir la frase que he utilizado todos estos meses cada vez que acababa un artículo. Esta frase fue sacada de una serie y la dice un personaje justo antes de morir. No puede haber mejor momento para develarlo, porque esa serie es Transformers y el personaje es Optimus Prime.

Y ahora sí, adiós y Hasta que Todos Seamos Uno.

© Miguel Ángel López Muñoz

MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ. Madrileño, nacido en 1981, licenciado en ciencias matemáticas, escritor de ciencia ficción y fantasía. Estilo predilecto: relatos y novelas cortas con marcado tono fatalista. Obsesiones: divulgar las matemáticas. Influencias: Asimov, Ellison, Simmons, Chandler. Relatos y colaboraciones: NGC 3660, Alfa Eridiani y Golwen, entre otras. Ganador del UPC 2006. Una frase: la ciencia ficción es la poesía del científico y la fantasía es la ciencia del poeta.



P o r t a f o l i o

PEDRO BELUSHI



Veteran Cosmic Rocker



La maldición del camafeo



Horizonte radioactivo



Visión cautiva (serie Cadenas Cotidianas)



A la mayor gloria del accionista (serie Cadenas Cotidianas)



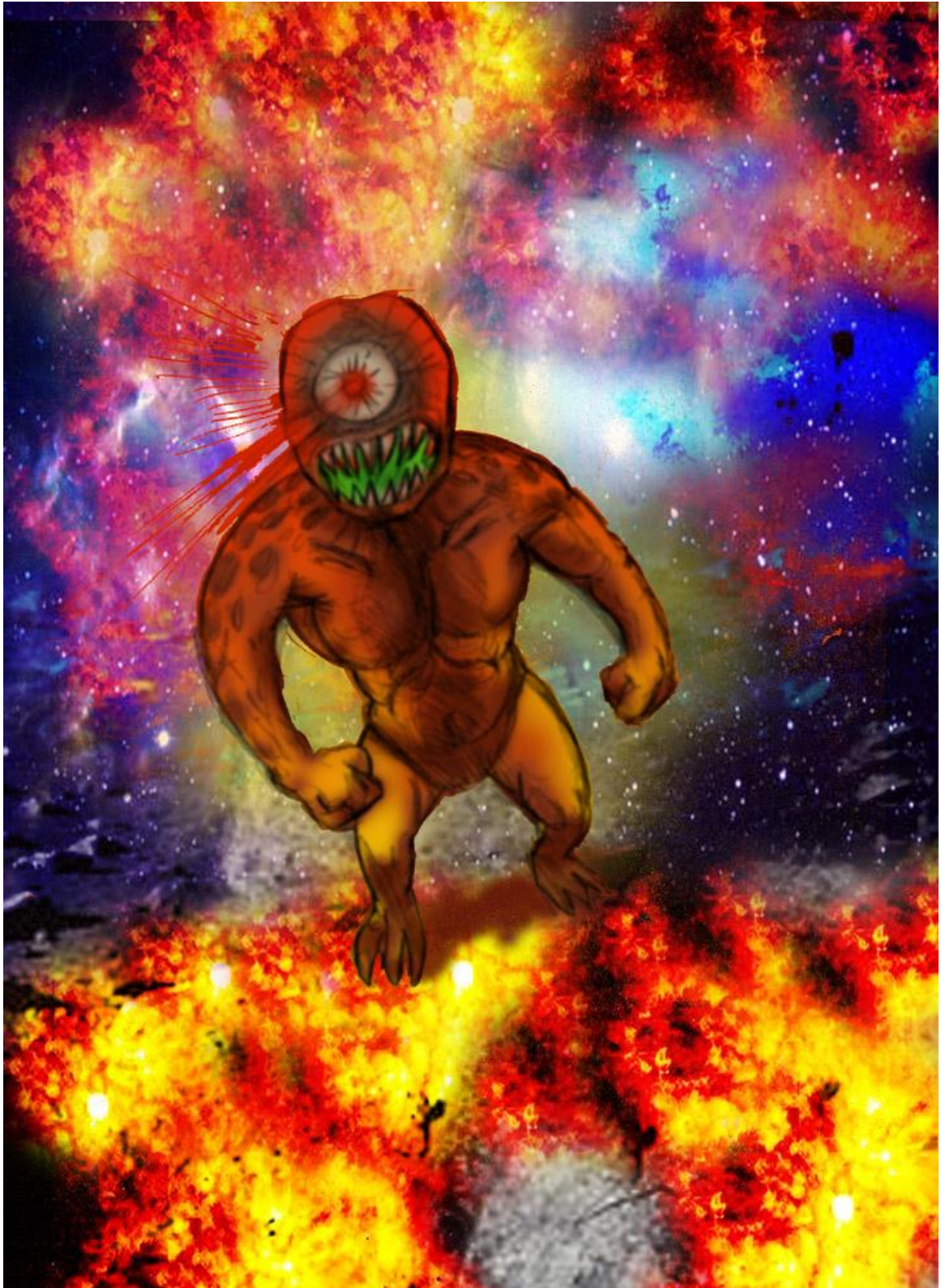
Los cuentos de Rosita (Portada, cuento)



Lo que yace en el infinito



Enciclopedia Fauna galáctica: Ameba caníbal



Enciclopedia Fauna galáctica: Cíclope volcánico



Enciclopedia Fauna galáctica: Topo milenario



Por la bandera del Imperio de la Galaxia del Cangrejo



Pedro Belushi, ilustrador y guionista. Ha trabajado en múltiples proyectos de ilustración y comic. Entre sus obras están *MELQUIADES Y EL GENIO* (Dibujo y guión. Ed. Sulaco 2000) y *MIGHTY SIXTIES* (Guión y diseño, junto a Carlos Vermut. Amaniaco Ed. 2001). Ha hecho diversas exposiciones de su obra gráfica dentro del *Circuito de Jóvenes Creadores* de su comunidad. Actualmente colabora con *BEM on Line*, *Axxon* y otras revistas de CiFi haciendo ilustraciones para relatos y portadas, así como guiones para otros ilustradores como Carlos Vermut, Nando, M. C. Carper o Pablo Espada (con quien hizo *CLON 27*, una de las primeras tiras seriadas en Internet).

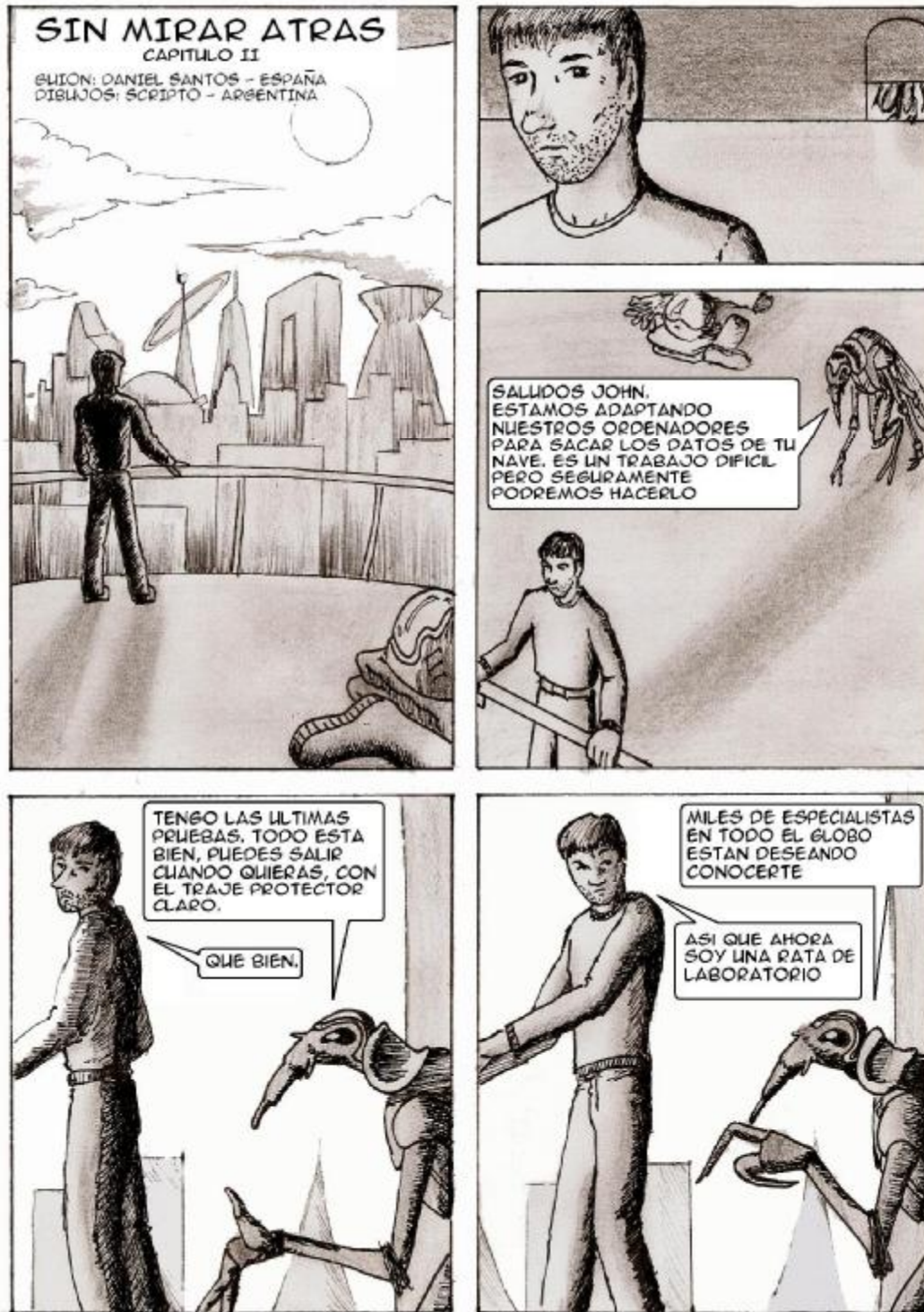
Ha colaborado con Santiago Eximeno en proyectos como [¿Quién es el Cruciforme?](#), [Ediciones Efímeras](#), o en el diseño de juegos de mesa.

Su mail de contacto es pedros2020@yahoo.es .

© Pedro Belushi



C ó m i c





Año III. Número 9, segunda época. Enero-Febrero 2008.



NO JOHN, SOLO QUERIA
MOSTRARTE NUESTRO
INTERES POR TI



LO SIENTO XOYSOF,
NO QUERIA SER
DESAGRADECIDO.
PERO ES QUE...

ECHAS DE MENOS
A LOS LOS TUYOS



NO, NO ES ESO. ESTABA
PREPARADO PARA DEJAR
ATRAS A MI FAMILIA Y A MIS
AMIGOS. PERO ESTO...



NO ERAMOS UNA
CIVILIZACION
PERFECTA. TENIAMOS
MUCHOS DEFECTOS,
HICIMOS COSAS
HORRIBLES



PERO A SU VEZ ERAMOS
CAPACES DE CREAR COSAS
ESTUPENDAS. CIENCIA,
LITERATURA, MUSICA, ARTE...
MILES DE AÑOS DE
CREACIONES OLVIDADOS
COMO SI NUNCA HUBIESEN
EXISTIDO, ES MUY
FRUSTRANTE





INVISIBILIDAD

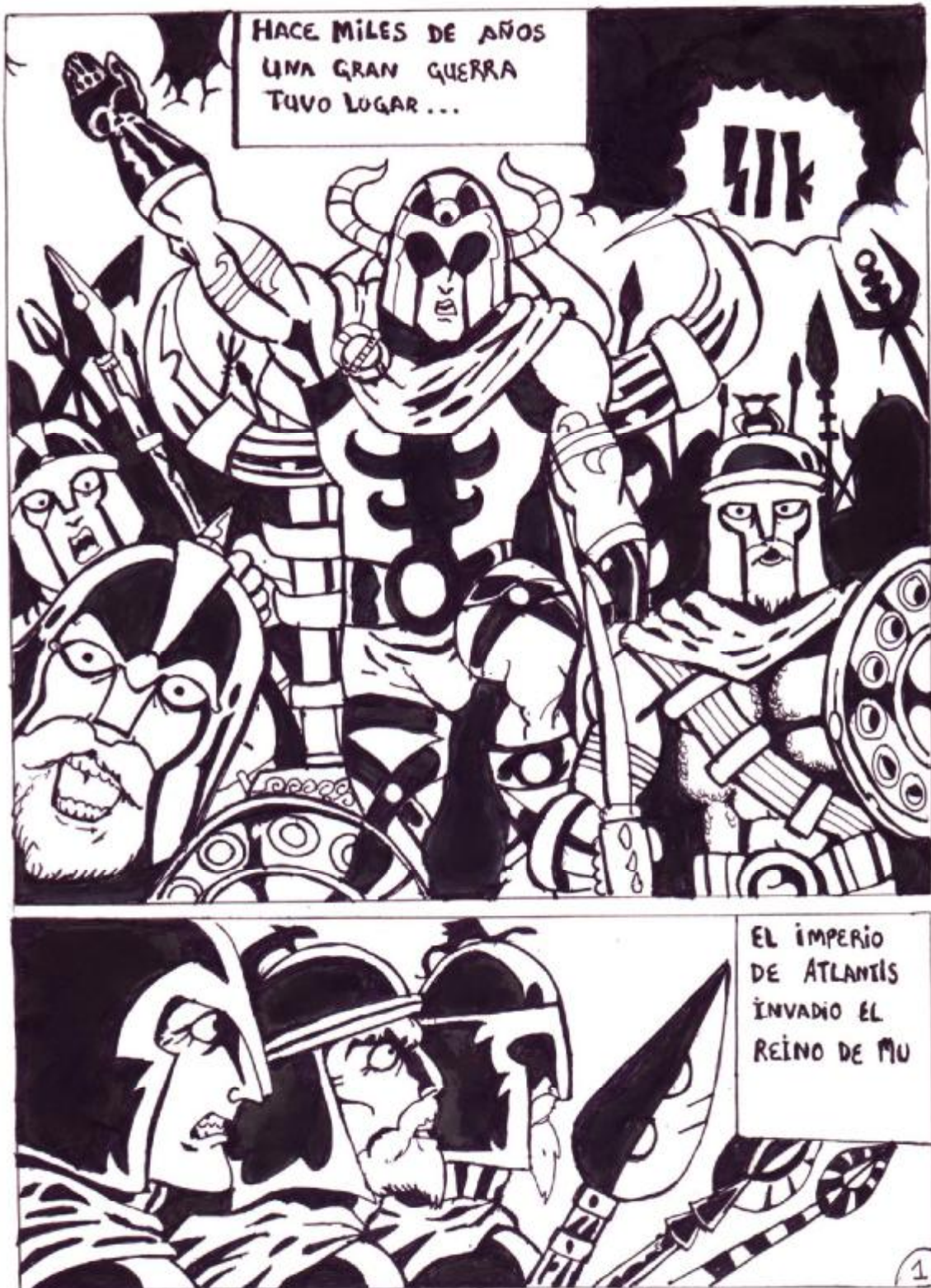
Guión: Gabriel Bénéitez/Dibujo: José Beltrano





ATLANTIS VS MU CAPÍTULO I

Autores: Hermanos Higa





Noticias

La Facultad de Ciencia y Tecnología de la UPV-EHU premia al escritor José Antonio Cotrina en la XIX edición de su certamen literario de Ciencia Ficción

El fallo se hizo público ayer en el Aula Magna de Leioa con motivo de la celebración de Alberto Magno

LEIOA, 15 de noviembre de 2007. La Facultad de Ciencia y Tecnología (ZTF-FCT) de la UPV/EHU anunció durante la ceremonia Alberto Magno 2007, celebrada ayer, el fallo del XIX certamen literario Alberto Magno de Ciencia Ficción. El ganador del primer premio, con una cuantía de 3.500 euros, es José Antonio Cotrina (Vitoria, 1972), por la obra *LUNA DE LOCOS*. El segundo premio, dotado con 1.500 euros, ha sido otorgado a Santiago García Albas (Vitoria), por su relato *DELIRIOS DE GRANDEZA*. Por último, el premio al mejor relato presentado por un miembro de la UPV/EHU, dotado también con 1.500 euros, ha recaído en Txomin Romero (Oria-Lasarte).

El concurso literario de la Facultad de Ciencia y Tecnología arrancó en 1989 y es uno de los certámenes de Ciencia Ficción mejor dotado. En esta edición han participado 31 relatos, todos escritos en castellano. Los originales presentados en la última edición han sido remitidos desde Argentina, Cuba, Colombia, Israel, Suecia y distintas comunidades autónomas, entre las que se encuentran ocho relatos procedentes del País Vasco y obras de Madrid, Cataluña, Comunidad Valenciana, Murcia, Castilla y León, Cantabria, Navarra y Aragón.

El premio literario organizado por la Facultad de Ciencia y Tecnología (ZTF-FCT) es el más antiguo de estas características convocado en España. Ha alcanzado un gran nivel de consideración entre los aficionados al género científico, tanto por los premios entregados como por la posibilidad de publicar los relatos. De hecho, estas publicaciones de relatos de Ciencia Ficción se encuentran entre los libros más vendidos de los publicados por el Servicio Editorial de la UPV/EHU.

El Jurado del certamen ha galardonado en esta ocasión el relato *LUNA DE LOCOS*, de José Antonio Cotrina, una historia que transcurre en un gigantesco cementerio de naves espaciales, ubicado en un sistema solar invención del



autor, donde los tres encargados de mantenimiento completamente aislados del mundo se niegan a entregar una reliquia perdida por el Imperio.

La Ceremonia Alberto Magno 2007, en cuyo transcurso se ha dado a conocer el fallo de esta edición ha tenido lugar ayer en el marco de la celebración de Alberto Magno, dentro de la Ceremonia de entrega de Becas, Diplomas e Insignias a los Titulados del curso 2006-2007, en el Aula Magna de la UPV/EHU del Campus de Leioa.

En el acto se entregaron las bandas a los nuevos titulados de la Facultad de Ciencia y Tecnología, un tejido de 420 profesionales procedentes de 9 titulaciones científico-tecnológicas de Biología, Bioquímica, Ciencias Ambientales, Física, Geología, Matemáticas, Química, Ingeniería Química e Ingeniería Electrónica, a los que la Decana de la Facultad de Ciencia y Tecnología, Esther Domínguez, animó a desarrollar su trabajo con ilusión y entusiasmo.

En la Ceremonia Alberto Magno, la Facultad tributó un homenaje de despedida al Profesor José María Macarulla, así como a los miembros de la Facultad que cumplen 25 años de actividad. Una distinción especial correspondió al joven químico Sergio Garmón Lobato, Primer Premio Nacional de Terminación de Estudios Universitarios de Química.

[Fuente: Charo Ponte]

MINATURA 84

miNatura ha lanzado su número 84 en el que ha querido tratar el tema de los Asesinos en Serie, desde el punto de la literatura y el cine. Ricardo Acevedo Esplugas agradecerá que se distribuya entre vuestros contactos. Se recuerda que el próximo número está dedicado a los Seres Elementales, el plazo máximo para recibir colaboraciones es el 20 de febrero.

Si deseáis descargar la *Revista miNatura* en formato pdf, se encuentra en *Cubaunderground*, en este link:
http://www.cubaunderground.com/component/option,com_docman/task,cat_view/gid,88888898/Itemid,28/

[Fuente: Ricardo Acevedo Esplugas]



AUTORES SELECCIONADOS EN SONRISAS Y ASTEROIDES

De conformidad con lo dispuesto en la convocatoria de la antología *Sonrisas y asteroides*, el volumen que Libro Andrómeda dedicará a la ciencia ficción humorística, con esta nota de prensa se hace pública la relación de autores y obras seleccionados:

- *EL DÍA QUE ME DEJÓ MI MUJER* de Miguel Ángel López.
- *UN ASUNTO DE HUEVOS* de Javier Vivancos.
- *EL OMBLIGO DEL MUNDO* de Aster Navas.
- *EXPLORANDO LA TIERRA* de Juan José Tena.
- *EL EFECTO ROS* de F.G. Haghenbeck.
- *LAS PENAS DEL JOVEN FAUSTINO* de José Javier Bataller.
- *Cosquillas virtuales* de Ángel Larena.
- *SUPERHÉROES* de Diana Eguía.
- *EL EMBARAZO DE CARLITOS* de Julio César Orga.
- *LOS INVASORES* de Gustavo Esmoris.
- *LA TEORÍA DEL BIG CRUNCH* de José L. Baños Vegas.
- *PENSAMIENTO CAÓTICO* de José Ángel Menéndez.
- *BYE, BYE, PLATÓN* de Elsa Kleiser.
- *ME PARECE QUE VI UN LINDO EXTRATERRITO* de Diego Darío López.

SONRISAS Y ASTEROIDES está programado como el Libro Andrómeda número 16 y su fecha prevista de edición es el 30 de julio de 2008. Justo después del *SERONTE QUE JUGABA AL ESCONDITE* de Julián Miranda (Mundo Imaginario #2), de acuerdo con el plan editorial de la colección.

Los antologistas agradecen el interés manifestado por las obras presentadas a concurso y, dadas las fechas en que nos encontramos, les desean a todos Felices Fiestas.

Información también disponible en: <http://www.libroandromeda.com> .

[Fuente: Juan José Castillo y Claudio Landete]



HÉLICE LANZA SU SÉPTIMO NÚMERO

Hélice: reflexiones críticas sobre ficción especulativa lanza su séptimo número en el que en un extenso editorial hacemos balance del primer año de vida de la publicación. Un número de lo más interesante donde nos encontramos con la versión revisada y ampliada del artículo que ganó en el 2001 el premio al mejor artículo: ¡*BESTER, BESTER!* de Juanma Santiago. También podrán disfrutar de la reflexión de Ismael Martínez Biurrun sobre la obra de Jonathan Lethem. Además de un buen puñado de críticas como la de Fidel Insúa sobre *PUENTE DE PÁJAROS*, de Barry Hughart; *JABBERWOCK VOL. 2* por Teresa López Pellisa; y *FANTASMAS DE PAPEL*, de José Carlos Somoza a cargo de Santiago Eximeno.

Y en la rebautizada sección Crítica enfrentada como Doble hélice, Eduardo Larequi y Antonio Rómar nos dan sus visiones acerca de *LA CARRETERA*, de Comarc McCarthy.

Como siempre, podéis descargarla de forma gratuita en la dirección: <http://www.revistahelice.com> o suscribiros enviando un correo a: suscripcion@revistahelice.com

[Fuente: Santiago Eximeno]

PUERTO DE ESCAPE Nº 11

Acaba de aparecer el número 11 de Puerto de Escape, dedicada al rescate y debate del género fantástico en Chile y, ahora, en Latinoamérica. En él encontrarán artículos y comentarios sobre:

- DUNE Y JODOROWSKY*, mitos y verdades de una película que pudo hacer historia por Gonzalo Oyanedel
- P. K. DICK Y J. L. BORGES* son analizados con la teoría del relato fantástico... Por Juan Manuel Silva
- ¿*CIENCIA FICCIÓN EN COLOMBIA?* Ni tanto ni tan poco, datos freaks y otras joyas... Por Diego López Mera
- S.O.S INSURECCIÓN*, un interesante libro ecológico-futurista para niños, por Mario Salazar
- LA CF DEL SINIESTRO DR. MORTIS* o un horror fuera de este mundo... Por John Toro Abarza
- Además, un especial contundente de Antonio Montero, uno de los escritores del período clásico de CF chilena (junto a Hugo Correa y Elena Alduna-



te). Incluye entrevista, comentario sobre su obra y cuento inédito, por Juan Araneda

Página web: <http://www.puerto-de-escape.cl/>

[Fuente: Marcelo Novoa]

CONVOCATORIA HISTORIAS ASOMBROSAS

Si te gusta escribir y lo tuyo son los relatos de corte fantástico... re-mítanos tus textos de no más de 2000 palabras a info@scifiworldmagazine.com y los seleccionaremos para que, semana tras semana, y a partir de febrero aparezcan publicados en nuestra web.

¡Además participar tendrá premio! Cada mes nuestros usuarios votarán el relato que más les ha gustado y a final de año los relatos ganadores serán incluidos en un número especial e impreso de Historias Asombrosas.

Recuerda que puedes encontrar Historias Asombrosas trimestralmente en librerías especializadas y en Scifiworld.es

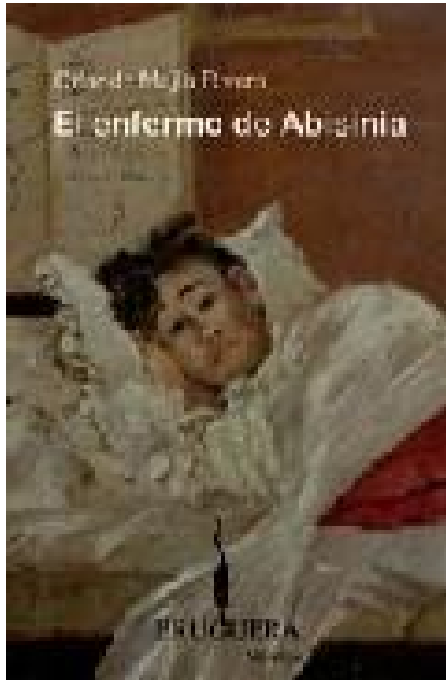
Historias Asombrosas es más que una revista de literatura, es un mundo maravilloso donde la imaginación no tiene fronteras. Adéntrate en Historias Asombrosas y ya nunca querrás marcharte.

Para más información:
SCIFIWORLD
www.scifiworld.es
prensa@scifiworldmagazine.com

[Fuente: SCIFIWORLD]

EL ENFERMO DE ABISIMIA

El enfermo de Abisinia es el poeta Arthur Rimbaud, en sus últimos años de comerciante de café y de lector del Corán, quien comienza a presentar extraños y diversos síntomas crónicos de una patología que fue asociada a la sífilis. Sin embargo, esta novela a través del personaje médico *Nikos Sotiro* plantea una nueva hipótesis diagnóstica, que no ha sido considerada por los biógrafos ni por



los especialistas en su vida y obra. Pero la narración es también el homenaje a un hombre, de genialidad indescifrable, que no pudo ser comprendido por sus amigos, ni destruido por sus enemigos. La pasión de Verlaine y la mezquindad del crítico Lepelletier son reflejos de ceguera, ante la luminosidad de Rimbaud, que llegan hasta nuestros tiempos y le hace decir a Sotiro: *No estábamos preparados para escuchar y convivir con Arthur Rimbaud transformado en un hombre maduro y sano, viviendo la segunda mitad de su vida, hasta los setenta u ochenta años, revelando al mundo imágenes sacadas de otras dimensiones y todavía prohibidas para esta civilización nuestra, tan atrasada, tan arcaica, tan cerca de las alimañas y los cocodrilos, a pesar de esas ínfulas de doctos y sabihondos, de los adelantos de la nueva ciencia, del barco de vapor y del ferrocarril.* Existen cuatro voces narrativas, en el género epistolar, donde lo histórico es un simple

marco para desarrollar la hipótesis científica que se convierte en el núcleo enigmático de la novela, que sólo al final devela el personaje Sotiro.

[Fuente: Orlando Mejía Rivera]